LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y SUD AMÉRICA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Por la patria (2 tomos).
La tierra Charrúa.
Desde Wáshington.
Labor diplomática.
La doctrina Drago y el interés dèl Uruguay.
La diplomacia oriental en el Paraguay.

Luis Alberto de Herrera

LA
REVOLUCIÓN FRANCESA
Y SUD AMÉRICA

F. Sempere y Compañía, Editores
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Cor ª—Valencia

La Revolución francesa y Sud América

I

La fascinación francesa

La cultura social y política de los países sudamericanos es un simple reflejo de la cultura europea. Esa luz prestada por las viejas naciones, que llevan la personería moral del mundo á las jóvenes naciones del nuevo continente, llega hasta ellas de distintos rumbos en proporción muy desigual.

A Italia pide la América del Sur elevadas enseñanzas de arte, la levadura de sus emigraciones, la consigna avanzada de su ciencia jurídica, el encanto de sus versos y los lirismos ardientes de sus poemas musicales; á Inglaterra pide la fórmula, no comprendida, de sus instituciones libres, el concurso opulento de sus dineros, el milagro civilizador de sus iniciativas ferroviarias, ejemplos de cordura política y de sensatez nacional; á Francia pide enorme caudal de doctrina, sus ideas cívicas, filosóficas, sociales, sus gustos, sus predilecciones literarias, sus modas y hasta sus fanatismos y sus idolatrías; á España, aunque menos confesada la colaboración, con injusticia, le pide su hija trasoceánica el perfume de las hermosas memorias del hogar, el calor retrospectivo de tradiciones romancescas que son sus propias tradiciones; á Alemania pide el concurso de su pasmosa energía comercial, maquinarias, ciencia de vanguardia, ideas viriles y acción.

Alguna de esas influencias superiores no ha sido siempre tenaz, ó ha desfallecido; la germánica es de origen muy moderno y alguna otra se acentúa con contornos sentimentales. Ninguna de esas características gravita sobre el aporte al escenario sudamericano de las ideas francesas. Desde hace un siglo su influjo viene creciendo al extremo de ser en la actualidad absoluto, casi excluyente, su imperio.

Tal vez la misma nación favorecida con tan amplio homenaje continental ignora la intensa fidelidad de esta adhesión espontánea, leal é irreflexiva como son los gestos de todas las adolescencias. Porque lo curioso del caso es que la Francia muy poco ha puesto de su parte para alcanzar este éxito de popularidad ajeno á razones económicas, que se extiende en todos los órdenes del pensamiento.

No son los rieles, ni las obras portuarias, ni el canje de productos, ni copiosas transfusiones de sangre los motivos de la señalada simpatía. La América del Sur comercia por más gruéso rubro con otras naciones europeas; pero en cambio compra sus libros, recoge juicios universales, bebe doctrinas, mide el dogma social con el patrón exacto de los veredictos franceses.

Este enamoramiento profundo y tan sentido que no espera la reciprocidad para manifestarse, Francia no lo encontrará más dilatado en sus propias colonias. Sobre todo, en el concepto político y filosófico, puede afirmarse que la América del Sur es una copia, sin alteración, de aquel ruidoso modelo. ¿A qué causas se debe esta singular dominación sembrada por el viento, sin mayor esfuerzo de la parte plagiada?

La fácil declamación corriente contesta, sin dudar, que las naciones de este hemisferio prosternan sus corazones ante la Francia, porque la Francia es la más alta antorcha de la civilización y porque sus entrañas han parido el verbo de la democracia.

Hace muchos lustros que nuestras multitudes vienen repitiendo, sin mucho beneficio de inventario, esa pomposa afirmación que ya va adquiriendo, para nosotros, perfil sacramental. Pero un comentario más intenso

diría que el apasionamiento de los sudamericanos por las ideas francesas arranca, en gran parte, del conocimiento imperfecto que se tiene de otros luminosos núcleos sociales, de otros ideas de gobierno y de otros ensayos, mucho más felices, de libertad. Por otra parte, un idioma comprensible y acariciador para los oídos latinos, una literatura poderosa y por aquella razón muy vulgarizada, la novelesca atracción parisiense, y en primera línea el eco de los días tempestuosos de 1789, transmitido, como por gigantesca bocina, al través del Atlántico, también han concurrido á grabar en el alma americana los rasgos de esa generosa devoción.

La identidad de defectos afirma las amistades rumorosas, y por cierto que la exaltación de los partidos franceses, sus alternativas cesaristas y liberales y el fragor de sus luchas, con tan amplia reproducción en el nuevo continente, han afianzado los víncuios de una instintiva solidaridad moral.

Todos los excesos y todos los pecados cívicos de nuestra raza han encontrado atenuación piadosa ante el ejemplo de otro gran pueblo, honra y prez de la humanidad, que ha sido y sigue siendo, como nosotros, inconsecuente, demagogo, á ratos rebelde, y siempre pronto á la inquietud y á la embriaguez de las aventuras gloriosas.

Incapacitados para encarnar en la práctica viril los anhelos democráticos, porque muchas fatalidades se han aliado para estorbarlo, hemos debido resignarnos á dar vida, sobre el papel, al ensueño de perfección soñada, y de ahí que nos abracemos, con ingenuo orgullo, al texto, á menudo esclarecido, de nuestras cartas constitucionales.

A los teorizadores quedó librada la tarea, casi poética, de vestir con los más brillantes atributos el pensamiento político de los pueblos, que un día, por razón inesperada del azar, se despertaron libres de nombre, aunque atados de pies y manos al sistema colonial.

Se trataba de crear denominaciones republicanas, sin detenerse en la previa y lógica consulta á sobera-

nias incipientes y ajenas, hasta en doctrina, al fuego de las instituciones modernas.

Ningún ejemplo más insinuante, entonces, para nuestros padres legisladores, que las abstracciones de la Revolución francesa, pletóricas de reforma radical y de sonoridad agradable para todos los temperamentos románticos.

Al alcance de la mano estaba aquel caudal, entre sangriento y filosófico, de audaces innovaciones en todos los órdenes de organización pública, y á buen seguro que su coronamiento de lucha á muerte con la realeza le agregaba prestigio á los ojos de los imitadores.

En el Nuevo Mundo se volcaron en toda su integridad, hace cerca de un siglo, los dogmas entregados á la opinión europea en las postrimerías de otra centuria. La retórica nativa y el interés de las fracciones en pugna, luego, se encargaron de decorar con profusión de epítetos el sistema de gobierno, adquirido todo entero y de golpe, como se compra, de apuro, una indumentaria, y en la actualidad ese material de instituciones y de pensamientos prestados continúa gimiendo ensayos de organización en el fondo de cada retorta criolla, es decir, de cada nación sudamericana.

Por entendido que todas nuestras situaciones de fuerza han encontrado abundante apoyo declamatorio en los anales del jacobinismo, siendo justo agregar que, por su parte, también las reacciones inflexibles y el anhelo de las purezas ilusorias se abrazaron á la evocación del martirio girondino.

Copia más ó menos fracasada de las enseñanzas republicanas francesas, natural es que las naciones del Oriente se hayan identificado, hasta extremos apasionados, al país que, en buena ó mala hora, eligieran como guía de su conducta independiente.

La distancia entre los discípulos y la cátedra, en vez de perjudicar ese entusiasmo admirativo le ha concedido el exagerado empuje que adquieren todas las impulsiones soñadoras cuando no se ven de cerca las fisonomías ni se tocan los obligados defectos de la realidad, siempre inferior á la perspectiva.

Ya hemos dicho que una soberbia labor literaria afianzó las atracciones del hermoso modelo, todavía certificadas con la fama de su ciencia eminente, y en otro sentido, por la leyenda de fabulosas conquistas.

La América del Sur vive, pues, con el oído atento á las inflexiones de la voz francesa que ha sustituído, en mucho, á la voz de la propia sangre. Así vemos que, á dos mil leguas de distancia, se vibra con las mismas pasiones de París, recogiendo idénticos sus dolores, sus indignaciones y sus estallidos neurasténicos.

Ninguna otra experiencia se acepta; ningún otro testimonio de sabiduría cívica ó de desinterés humano se coloca á esa altura excelsa.

Sólo en un rumbo están puestas las ardientes afecciones intelectuales y sólo de ese rumbo se reciben los grandes consejos colectivos.

De ahí que, con profunda sinceridad creyente, se repita en América la frase conocida de que todo hombre libre tiene dos patrias: la propia y Francia.

Se presta verdad inconcusa á este concepto avanzado, falso como todas las afirmaciones incompletas, olvidando que el bien universal es obra de la comunidad de poderosos esfuerzos distintos y que las libertades públicas que hoy gozamos no han alcanzado su mejor cultivo en el seno de la familia latina.

Es en otras tierras y en otros climas donde han tenido maravilloso desarrollo las instituciones redentoras, y nadie ignora que, si bien en otros laboratorios sociales no se ha fatigado el frontispicio de los templos y de los palacios administrativos con la divisa pomposísima de «Igualdad, Libertad, Fraternidad», no por eso ha sido menos brillante la sanción práctica de esa seductora trilogía.

La exactitud estricta nos ordenaría dar relieve al anterior aserto, diciendo que la libertad política y religiosa del mundo debe, más que á la Francia, á otras naciones de evolución externa más regular y menos reconocida, por ser ella menos turbulenta.

Pero la opinión general en la América del Sur no lo piensa así y hasta parecería que cada día adquiere ma-

yor arraigo en las conciencias la devoción espiritual de los años primeros.

Casi con temor irreverente nos atrevemos á confesar nuestra discrepancia con esa tan cerrada idolatría, en la parte que se refiere al beneficio sobresaliente prestado á nuestros pueblos por el ejemplo democrático de la Francia.

Pero no es nuestra la culpa si el espectáculo de otras sociedades políticas de diversa cepa y el paralelo ansioso, luego realizado, han sido causa de que se rompiera el encanto exclusivo que también hemos compartido. Estas páginas modestas brotan bajo la inspiración de ese criterio, casi cismático entre nosotros.

Lejos de nuestra mente el propósito de someter á análisis el significado de la influencia francesa en concepto general. Ninguna opinión puede alzarse contra esa preciosa colaboración humana, y por cierto que merecería caer abrumado bajo el peso de su propia insensatez quien se atreviera á renegarla. No; localizando comentarios, nos limitaremos á juzgar la parte tan activa que los sucesos han dado á la Revolución francesa en el desarrollo de nuestros ideales cívicos y filosóficos.

Habrá sido ese terremoto punto de arranque de inmensos bienes para la nación que sintió quemadas las entrañas por el fuego de sus lavas furiosas. Ahí no estriba la cuestión que ahora nos interesa. Nosotros sólo averiguaremos si es cierto que las democracias del nuevo continente han usufructuado esa cosecha de redenciones, tanto como el homenaje corriente lo repite en todos los tonos. Encararemos el drama de 1789 en sus conexiones con este hemisferio, para llegar á la conclusión, después de una larga jornada, de que muchos de nuestros defectos de origen y de tendencia han sido exaltados por la interpretación frenética de aquel otro frenesí.

Demasiada crueldad se pone en el juicio, también generalizado, que atribuye á la madre patria la responsabilidad original de nuestras grandes caídas institucionales. Mucha parte de ese reproche, aunque él sea amargo, debemos volverla contra nosotros mismos que,

ofuscados por la conquista de la independencia territorial, nos lanzamos en la infancia libre á las más descabelladas especulaciones filosoficas, persistiendo todavía, á pesar de los golpes sufridos, en los mismos excesos doctrinarios que han sido causa de nuestro desastre republicano.

Acentuando nuestras deficiencias orgánicas, han sido las ideas absolutas de la Revolución francesa, sus fanatismos demoledores, sus quimeras y sus propósitos abstractos de fraternidad universal y de derechos ilimitados, los factores morales indirectos de nuestra anarquía endémica, que ahora empieza á batirse en retirada.

Así, crudo y contradictorio con arriesgados preconceptos, se yergue el comentario cuando, sustrayéndose á los convencionalismos escritos, se aproxima el pensamiento al fondo mismo de las cosas y se tiene la lealtad preliminar de reconocer que los pueblos de la América del Sur, ajenos á la verdad del sufragio y al ejercicio elemental de la soberanía, poseen de la libertad, más las vibraciones engañadoras de tan dulce palabra, que la verdad positiva de sus beneficios.

La interpretación sofística de la Revolución francesa y de sus consecuencias externas, así como un exagerado afán imitativo, sin consultar circunstancias ni las conveniencias propias, han sido causa de que permaneciera disimulada en nuestro continente esa derrota de las más generosas aspiraciones comunes.

Pero lo extraordinario es que se cierren los ojos á esa evidencia cuando hubiera sido obra de milagro el éxito social de los ideales delirantes de 1789 en el seno de cuerpos políticos extraños á las virtudes de las instituciones libres.

Todo estaba por hacerse en América cuando la emancipación se cruzó en su camino. La definición del coloniaje la da el letargo. Los siglos de estancamiento sólo sirvieron para afirmar el cimiento granítico de las costumbres heredadas. Sin comercio, ó haciendo de su ejercicio delito de contrabandistas; sin libros y concibiendo á la letra de molde como vehículo de disolución

moral; sin mejoras en el orden establecido, porque atreverse á corregir las deficiencias iniciales importaba delito de lesa fidelidad á la monarquía tutora, pero en cambio, con esclavos, con ensayos inquisitoriales, aunque tímidos, con inmigraciones africanas y con ajustada red de atentados y de despojos. Arriba, el fanatismo de la autoridad indiscutida; abajo, el fanatismo de la sumisión. Falta agregar el contingente de una creencia religiosa ultra, tan exclusiva como sincera, que sólo comprendía como legítimo el imperio de las intolerancias.

A justo título se ha alabado el matiz popular de los cabildos; pero ¡cuánta diferencia media entre esos raros síntomas de representación vecinal enfrascada en la tiesura de ceremoniales anticuados y extraños, en el hecho, á las tibiezas de la intervención popular, y el funcionamiento, en otros escenarios, de las comunas, que son algo así como células preciosas donde se elabora la salud de los pueblos y la miel de sus más hermosos derechos!

Ni siquiera existía materia prima propicia á los afanes superiores del artífice. Ni el indio, corajudo y resignado, pero inepto, por lo mismo, para las agitaciones ansiosas del civismo; ni el negro, importado como ser inferior, á pretexto de sustituirlo al aborigen en el envilecimiento del yugo; ni el aventurero ibérico, temerario, desordenado y de escasos escrúpulos, tan pocos como exige la ambición arrebatada, ofrecían elementos felices para fundir, de golpe, bronce de ciudadanos.

Como los individuos, las razas obedecen al determinismo de su origen. Sus cualidades y sus virtudes las transmite el pasado: las corrientes de la sangre, al igual del agua de los ríos, ofrecen el sabor característico de los terrenos que ellas han atravesado. Cumpliendo esa ley, el producto sudamericano de las horas independientes pronto reveló, en la acción, el timbre de sus imperfecciones étnicas.

La montaña de arbitrariedades y de rancios prejuicios, que ocupaba la espalda, sólo podía dar vertiente á las pasiones y al clamor de los excesos y de la fuerza.

Por eso bulle en el alma hervor de protesta cuando la demagogia intelectual, repudiando, arbitraria, todas las atenuaciones de fondo admitidas por la filosofía de la historia, en sus considerandos, pide castigo de hoguera para los protagonistas en el drama, todavía abierto, de las guerras civiles sudamericanas y de la organización nacional.

Sólo la tradición bíblica concibe sin madre, sin gesto de atrás, al primer hombre creado, pero por virtud milagrosa, dicen sus libros; y sólo refiriéndose á ese Adán pudo Miguel Angel suprimir, en su estatuaria, todo rastro umbilical.

Pero las sociedades del Nuevo Mundo, hijas legítimas de su medio ambiente y del cruce de enmarañados antecesores, llevan en su conducta el sello inextinguible de su filiación. De ahí que no hayamos podido ser mejores de lo que venimos siendo.

Por desventura, las circunstancias, en vez de oponer freno á ese fatalismo irregular, le abrieron dilatada cancha. Antes de tiempo, todavía en período intrauterino, fuimos llamados á cumplir delicados deberes de autonomía.

Eramos el desierto inmenso, obscuro, sin vías de contacto, apenas ribeteado de civilización en los litorales, y una mañana inopinada ese desierto y esas poblaciones supieron que el destino los llamaba á una figuración enérgica. Por singular eslabonamiento de las cosas, el despotismo napoleónico engendró la emancipación de un continente.

Llamados á la dura brega sin conocer á ciencia cierta los derechos que defendían; mentores de un dogma de soberanía sólo prestigiado por el eco de exóticas leyendas, los americanos fueron, sin embargo, tan bravos en su sacrificio inmortal, que merecieron ser libres y ellos mismos se creyeron capaces de serlo.

Con hilo de hazañas cosieron los colores de sus banderas, y si la justicia tuviera la aptitud mágica de cegar lagunas y de pulir defectos, desde sus primeros ensayos habría obtenido nuestra raza ancho lote de libertad.

Pero las ineptitudes para el gobierno propio eran de

orden fundamental. Quisimos leer antes de saber deletrear. Laurearnos de académicos sin cursar bachillerato de democracia. Instigados por ese empeño, la pléyade de hombres ilustres que formaban al frente de la milicia indígena liberada anhelaron para los suyos las más preciadas vendimias de la ajena sabiduría. Entonces se lanzan, con gesto iluminado, á la pesquisa de los sistemas más infalibles de felicidad doctrinaria, y en ese propósito se agitan, sin descansar, audaces y generosos, porque, cuando la idea alta lo trabaja, el espíritu entra en celo, afiebrado como la tierra que germina.

Por esa época la propaganda gloriosa de la filosofía ya había conmovido los cimientos feudales de la Europa. Estaban en auge los dogmas revolucionarios de Rousseau. ¡Qué inversión tan colosal en el curso de las ideas universales! Con tradiciones, reyecías, privilegios, experiencias y aristocracias se hizo un gigantesco hacinamiento de combustibles. El principio revelado de la soberanía del pueblo dió la señal del incendio. La moda intelectual ordenaba tener por mal construída á la sociedad existente, que levantaba sus paredes maestras sobre cimientos de opresión. Las agrupaciones humanas no debían reconocer otro origen que el mutuo consentimiento entre sus componentes: ¡las maravillas espontáneas del contrato social! Tan científicos consideraron los contemporáneos estos asertos, que corriendo el tiempo serían esgrimidos por la guillotina en función, que hasta la nobleza, entonces clase privilegiada, se rindió á la atracción equitativa, casi piadosa, de los nuevos postulados. Todavía el ariete no hería la carne viva y se ignoraban los arcanos del porvenir. Con ánimo sonriente se concedió la razón teórica al reformador ginebrino, al extremo de desearse la regresión al estado de naturaleza, que devolvería á la humanidad dolorida toda la ventura despilfarrada en erradas organizaciones.

Muy lejos de la religiosidad de los libros sagrados, partiendo de sus antípodas, se llegaba á otorgar veracidad filosófica al ensueño de las dichas paradisíacas, interrumpidas por la caída del pecado original.

Los rumbos de la educación sufrieron un vuelco y

las páginas extraordinarias del *Emilio* indicaron las rutas prácticas del flamante credo, contradictorio con todo lo existente.

En 1789 hicieron crisis esos colosales sofismas. Fué aquello un cuadro de Rembrandt: iluminada la profundidad obscura de la tela por magistral pincelada de luz. En el despeñadero de la hecatombe ondea el principio de la soberanía del pueblo, arrancado palpitante, por Juan Jacobo, del mármol de las edades, importando poco á la humanidad heredera que fuese equivocada la procedéncia atribuída.

Ahora bien; las repúblicas sudamericanas empezaron á vivir á raíz de ese cataclismo mundial, cuando estaba llena la atmósfera de sus acres olores. Nada más explicable que el entregamiento ingenuo, rendido, total, á la declamación jacobina, protegida en sus desvaríos por los nombres augustos de Montesquieu, de Rousseau, de Voltaire, de Diderot y también de Malesherbes y Condorcet, que nadie tenía apuro en recordar obligados á la inmolación miserable por sus propios discípulos.

No cabía momento más oportuno para intentar la realización de los apotegmas redentores soñados por el vicario saboyano. ¡Magnífico campo de experimentación el ofrecido por un continente entero á las teorías en boga! ¿Podía pedirse mejor arcilla para el ensayo idealista que una masa de hombres extraños á la costra secular de la monarquía europea, sin tendencias políticas definidas, sin cristalización volcánica, más bien unidos que separados por sus fronteras, dibujadas por la inmensidad de las selvas y huérfanos hasta de la instrucción elemental, que alimenta prejuicios y rencores localistas?

El autor de la tesis anárquica nunca pudo soñar tan espléndido homenaje. Las páginas de libros célebres sudaron fórmulas de gobierno para la América, que se prestó muda al sacrificio, tal vez con la resignación de la inconsciencia. Se pensó que basta á los afanes su nobleza para que ellos echen rama.

La historia da fe del resultado de tan pasmosa tentativa teórica.

II

Antecedentes coloniales

Para acentuar el concepto sensato, evoquemos la transición libre de las colonias norteamericanas. Ellas ofrecen el reverso de la medalla.

España había querido convertir á medio hemisferio en un Escorial, lapidar sus energías vitales, tapiarlo, levantar empalizadas en la línea de su horizonte, cerrarlo, á cal y canto, á la vacuna de todos los intercambios (1).

Inglaterra toleró el desenvolvimiento natural de la parte del mundo elegida por sus vasallos para edificar su dicha. Esa condescendencia no tuvo siempre el mérito de la espontaneidad, y más de una vez, la celosa metrópoli quiso detener la evolución autonómica de su prole ultramarina. Pero algunas reacciones autoritarias de ese género desaparecen, perdidas, en el torrente triunfal de aquella emancipación en marcha.

Es común en los historiadores colocar en oposición el tipo de esas dos colonizaciones, y lanzados en el declive de la prueba antagónica, cargar las tintas en el elogio de una y en el proceso de la otra. Así, frente al conquistador ibérico, atributado en exceso, con cualidades rapaces y sanguinarias—que no fueron ciertas en muchos casos—se bosqueja siempre la silueta del pros-

(1) Prieto, *Lecciones de Historia patria*, México. «El comercio extranjero llegó á prohibirse con pena capital.»

crito puritano que, abrazado al Evangelio y á su derecho, llegó náufrago, pero más altivo que su monarca, á las remotas playas del Norte. Así, la sed del oro, que alentó la ambición de casi todos los exploradores del Sur, ha sido marcada con reprobaciones á fuego, con injusto olvido del atraso de los tiempos. Así se flagela, sin piedad, en nombre de la moderna tolerancia, á la intolerancia religiosa de la conquista. Así se extrema el reproche merecido por la legalización de la trata de negros y por el exterminio tenaz de los indígenas, reproche extensible al funesto régimen económico de la metrópoli.

Todo eso es exacto; pero no es del todo exacto suponer á las colonias inglesas ajenas á idénticas imperfecciones.

Según la ley de Massáchusetts, «quien gozando de buena salud y sin razón suficiente, omita, durante tres meses, rendir á Dios un culto público, será condenado á diez chelines de multa». Media diferencia entre ese castigo á la incredulidad y los excesos que han visto otros ambientes; pero el mismo error vibra ahí.

Dice Tocqueville: «Virginia recibió á la primera colonia inglesa. Los emigrantes llegaron en 1607. En esa época la Europa estaba todavía singularmente dominada por la creencia de que las minas de oro y de plata fundan la riqueza de los pueblos, idea funesta que más ha empobrecido á las naciones europeas que las aceptaron y destruído más hombres en América que la guerra y todas las malas leyes juntas. Fueron, pues, buscadores de oro los que se enviaron á Virginia; gentes sin recursos y sin conducta, cuyo espíritu inquieto y turbulento mortificó la infancia de la colonia é hizo inciertos sus progresos. En seguida llegaron los industriales y cultivadores, raza más moral y más tranquila, pero que no excedía, por ningún motivo, al nivel de las clases inferiores de Inglaterra. Ningún noble pensamiento, ninguna combinación inmaterial presidió á la fundación de los nuevos establecimientos. Apenas creada la colonia, se introdujo en ella la esclavitud. Este fué el hecho capital que debía ejercer una inmensa influencia sobre

el carácter, las leyes y el porvenir todo entero del Sur» (1).

En cuanto al concepto restringido del comercio, inspirado por un engaño semejante al que hacía mágico el metal precioso y desdeñables las riquezas de la tierra, no era patrimonial de nuestra metrópoli. También Inglaterra le dió curso legal, y aun después de las sonadas revelaciones económicas de Adam Smith, que rectificaron rumbos, se continuó exigiendo el monopolio de la producción trasatlántica (2).

Pero resta decir, para no extraviar las opiniones, que si el gobierno inglés, dueño de los mares y de una poderosa marina mercante, podía permitirse el lujo de esas aberraciones—pues de todos modos el desahogo productor de las colonias estaba en sus playas—el gobierno español, sin buques y con su bandera perseguida por todos los corsarios, moroso hasta para poner en el istmo los galeones semestrales, abastecedores de todo un mundo, no estaba en condiciones de incurrir, sin enorme perjuicio, en esos extravíos de la época.

Por otra parte, la crueldad de los invasores la conocieron todos los aborígenes de este hemisferio. Esta certidumbre la abonan las crónicas viejas.

A ese respecto leemos lo siguiente: «Los indios recorrían, desde siglos, las soledades. Ellos podían considerarse como los propietarios del suelo. Los blancos se habían creído con el derecho de desposeerlos por la violencia. Los españoles no conocieron otra práctica. Los puritanos ingleses la habían adoptado, y viviendo en una guerra continua con los indígenas, comprometieron á su religión en más de un acto de pérfida barbarie» (3).

---

(1) Tocqueville, *De la démocratie en Amérique.*

(2) Boutmy, *Le Développement de la Constitution en Angleterre:* «En 1750, los propietarios se unieron á los curtidores para impedir la entrada del hierro en barras importado de las colonias, por temor de que se fundiera menos cantidad de ese metal en Inglaterra y que el consumo de madera no disminuyese. Los propietarios también son productores de lana: entonces ellos se combinan con los fabricantes de paños y gravan con un impuesto los percales y de 1721 á 1774 los prohiben en absoluto. Este impuesto, renovado en 1774, desaparece en 1831.»

(3) Allier, *Morales et Religions.*

No procedieron así, dígase en su honor, aquellos cuáqueros admirables, que sólo aspiraban á obtener la libertad interior y á respetar en los demás ese sagrado.

Responden estas observaciones, que formulamos de paso, al deseo de no aparecer en solidaridad con juicios radicales y de muy cómodo simplismo que presentan opuestas á las civilizaciones iniciales de las dos Américas: luminosa, impecable, allá; despótica, vergonzante, como flor de ignominia, aquí. Cada cuerpo dibuja su sombra; pero nunca con esa intensidad.

Acaba de decir en la Sorbona un reputado escritor americano: «Jamás la intolerancia religiosa y las diferencias sociales han sido más exageradas que en la Nueva Inglaterra y en Virginia. En las colonias del centro, como Nueva York, Pensilvania y Delaware, donde la proporción de colonos de Holanda, de Francia y de Alemania era mucho mayor, prevalecía un espíritu mucho más tolerante y más liberal. Pero con todo, es necesario reconocer que al principio en ninguna parte de la América el espíritu de confianza en sí mismo fué realmente unido á ese complemento necesario: el espíritu de equidad» (1).

La homogeneidad de la colonización en el Norte, destruída por perniciosos mestizajes en el Sur, fué desde luego una sólida garantía de éxito social, fortificada por el individualismo sajón, fundador de la fuerza de las unidades, primero; de la familia, más tarde, y de los gobiernos, después. Puritano ó descreído, capitalista ó desamparado, de clase elevada ó de baja extracción, todos los hijos de la vieja Inglaterra y de la ejemplar Holanda, trasplantados al país virgen, traían en el alma un tesoro inagotable: la voluntad férrea de bastarse á sí mismos.

Para nada intervinieron en su odisea las administraciones centrales, á no ser en el otorgamiento de cartas de dominio regional.

Esos súbditos emigraron para no volver, y tan así

---

(1) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique*.

lo cumplieron, que hubo época en que hasta de ellos se perdió memoria.

Por eso no sorprende, es derivación lógica, el pacto sobre libertad de comercio y derecho de votar los impuestos propios, sellado, casi de potencia á potencia, entre la colonia y Crómwell.

¡En este sentido sí que se ahonda la diferencia de orígenes políticos entre unas y otras sociedades del continente!

Conociendo el tan divergente punto de arranque no se concibe á los vecinos de Boston atados al capricho inapelable del soberano y buscando la fórmula de su prosperidad en la orilla del Támesis, como tampoco alcanza el pensamiento, á los pobladores de nuestro escenario, bosquejando la vida propia con prescindencia de la corte de Madrid. Procedentes ó absurdos, los mismos títulos, las mismas ordenanzas rigieron en la gran casa matriz y en la sucursal inmensa. Todas las ideas de la monarquía señora y del vasallo, sometido de rodillas, estaban en el mismo meridiano.

Purgaron con su vida la rebelión contra esa regla de monasterio político los heroicos comuneros del Paraguay y Tupac-Amarú.

Esas dos conductas metropolitanas corresponden á la idiosincrasia típica de España y de Inglaterra. El britano nace sabiendo que no hay poder sobre la tierra superior á la autonomía de su conciencia; que la realeza merece su respeto mientras ella no intente atacar el fuero privado de sus gobernados; que la inviolabilidad de su domicilio, aunque ese domicilio sea una choza, vale por la de cualquier palacio ducal.

Para el hispano, todas estas afirmaciones, que consolidan la libertad de los pueblos, desde el momento que la tutelan en sus individuos, valdrían tanto como una sublevación, y aun en el caso de que la letra escrita de los códigos lo autorizara, es tal el hábito del sometimiento, que por costumbre nadie se escudaría en ellas para resistir al avance atentatorio de la autoridad.

Mal puede parecer excesivo este criterio á los sud-

americanos cuando, corridos siglos, todavía los comisarios dispensan derechos á los habitantes de las campañas, en las ciudades se reputa desafío desobedecer á una citación ilegal de la policía y los presidentes reciben, sin pedirlo y por lo común sin merecerlo en algo, el homenaje de las abdicaciones cortesanas.

Sin embargo, en abono elocuente de lo poco que aprovechan los sacrificios sinceros, cuando mal dirigidos, conviene notar que, á pesar de haber sido ingentes los caudales de energía noble aportados por España á la elaboración honrada de nuestros destinos, Inglaterra, que hizo mucho menos por su descendencia nómada, recogió muy superior, espléndida cosecha de satisfacciones morales.

Pocas veces se hace acto de justicia estricta reconociendo que la metrópoli, á la vez de darnos todos sus defectos—bien cultivados por nosotros—nos entregó también la esencia de sus más elevados propósitos.

Absurdo fué su programa económico; absurdos sus afanes celosos de cerrarnos al contacto exterior, no bastándole la cinta de castidad remachada por las nativas soledades; absurdo el empeño pueril de conservar, por siempre, una dominación negatoria de todas las fuerzas naturales. Pero este extravío de orientación sólo quita brillo fecundo á la obra mal emplazada, sin reducir la abnegación valerosa, estéril, si se quiere, de la maternidad que se secó los pechos creyendo alimentar al fruto de su vientre.

Tal vez sea este el aspecto más doloroso de la conquista española. Ninguna tristeza más lacerante que la de acusar el volumen extraordinario del esfuerzo puesto en una empresa nula. ¡Qué despilfarro inútil de audacias, de dineros, de hombres, de leyes y de autoritarismos!

Por si hubiéramos olvidado la visión de ese drama antiguo, donde súbditos y señores salen derrotados de la justa, vencidos por el mismo error el despotismo y la libertad, el mar de México nos ofrece el espectáculo de una isla que ha sido teatro del último episodio de la porfiada equivocación. Y el progreso, que no entiende

de sentimentalismos, ha castigado la tenacidad, ya insensata, en la falta del poseedor empotrado en prejuicios de piedra, por manos de aquellos otros colonos desdeñables de los siglos obscuros.

Todavía más. Si no creyéramos expresivo tan duro y aleccionador testimonio, volvamos la cara al reciente pasado, á la misma actualidad sudamericana, y en las acciones y reacciones de nuestro ser social, en el exceso de mando ilegítimo y en las violencias irregulares del ideal en marcha, que no atina á cristalizar en la paz, porque aquí la paz no se cimenta en la libertad verdadera, en esas acciones y reacciones encontraremos el linaje de los viejos errores de la madre patria.

España hizo la América del Sur á su imagen, es decir, unitaria en todos sus servicios públicos y también en sus ideas. El rey, por intermedio del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación de Sevilla, ejercía dominio paternal sobre inmensos dominios, mal conocidos, resolviendo por expediente todos los asuntos, aun los secundarios, surgidos en lejanísimas tierras. El resorte comunal, la entidad ciudadano, no ocupaba sitio eficiente en esa organización hermética y del más perfeccionado centralismo.

Inglaterra también fundió á la América del Norte dentro del molde nacional, dándole, por tanto, la naturalidad y la soltura de sus hábitos políticos. Su monarca no aspiró jamás á monopolizar, como señor absoluto, la vida interior de sus nuevos Estados y á imponer en ellos su veredicto inapelable, por la sencilla razón de no caber esta tentación en un cerebro inglés. Tan caprichosa ingerencia hubiera sido inconcebible en el seno de la sociedad humana que mejor ha honrado las instituciones libres y que rinde culto de emblema á la autonomía municipal.

Entrañas de esa diversidad debían, por fuerza lógica, producir frutos opuestos. Mientras el retoño sajón crecería fiel á su tradición, en la práctica saludable del derecho, sin dudar que en su persona y no en el país de origen residía la suerte de la propia voluntad, soberana, el retoño latino sólo comprendió ese mismo derecho

como una concesión bondadosa del jefe semidivino de la gran máquina colonial, y nunca pudo, ni supo, poner en actividad ese criterio—su sufragio—privado de la ocasión de ejercitarlo.

Por entendido que el primer tipo de la apuntada cultura llevaría, por suave derivación, al régimen republicano, existente mucho antes de pasar por el sacramento de su bautismo.

Tampoco sorprende que el segundo ensayo haya sido escuela de despotismo, necesitándose dar arriesgado salto en las tinieblas para obtener de la democracia sólo su denominación.

Enamorada de su engendro contra Natura, España se agotó en el afán imposible de detener la evolución de un mundo, afán tan insensato como el de prohibir al árbol su desarrollo aprisionando con hierros su corteza.

En cambio Inglaterra, sin incurrir en sacrificios mayores, que nadie le exigía, asistió á la ascensión victoriosa de sus colonias, enriqueciéndose con su independencia. Una metrópoli quiso remontar la corriente irresistible y todo lo perdió en demanda quimérica. La otra acató las leyes de la vida y fué honrada por sus hijos. Esta emancipación se señala como un simple suceso complementario.

En efecto, las colonias norteamericanas poseían todos los atributos libres cuando pensaron en declararse autonómicas; y el mismo pretexto ocasional de esta revolución—una contienda tributaria—acredita el perfeccionamiento democrático del medio social.

«Nuestra revolución, hablando filosóficamente y con exactitud, no fué lo que se llama una revolución. Fué una resistencia. No se trataba de conquistar derechos nuevos, pero sí de defender los antiguos. Las reivindicaciones de Wáshington, Adams, Franklin, Jéfferson, Jay, Schuyler, Witherspoon y sus colaboradores, se referían á ciertas libertades dentro de cuyo concepto los reyes de Inglaterra habían establecido las colonias, y que el Parlamento se esforzaba en arrebatar. Esas libertades—opinaban los americanos—les pertenecían no so-

lamente por derecho natural, sino también por derecho de tradición» (1).

Para M. Ribot «la América goza la suerte de no haber tenido revolución, porque la revolución de 1776, hecha en nombre de la independencia de las colonias, no ha sido una ruptura con el pasado».

En opinión de Tocqueville, «resulta de todos estos documentos que los principios de gobierno representativo y las formas exteriores de la libertad política fueron introducidos en todas las colonias desde su nacimiento. Esos principios habían recibido más grande desarrollo al Norte que al Sur, pero existían en todas partes».

¿Cómo temer, por otra parte, de la aptitud republicana de una sociedad que ostentaba, orgullosa, entre sus costumbres capitalizadas, la libertad de reunión, de asociación, de cultos, de prensa, el jurado, la inviolabilidad del domicilio y el sagrado de la propiedad?

Ni aun al presente goza la América del Sur de ese lote íntegro y efectivo de bienes públicos, y ¡cuántas veces no se ve en su seno esgrimir el sofisma atroz para torturar á la hoja suelta, hostilizar el ejercicio religioso, coartar las asambleas ciudadanas antipáticas al sumo Poder ejecutivo, desconocer el escudo domicilial y herir el solar del adversario con leyes de confiscación, negativas de todo principio honorable!

Es curioso comprobar que ya en 1623 los vecinos de Virginia, colonia muy posterior en origen á las similares de nuestro continente, le declaraban al rey, en un memorial, que preferían ser ahorcados antes de tolerar á gobernadores arbitrarios.

Pero mayor precocidad consciente señala el derecho reclamado del rey y obtenido, por ese núcleo inicial de mil individuos, de elegir su asamblea legislativa.

De la manera siguiente calificó Franklin ese admirable temperamento individualista, cívico: «Tengo alguna fortuna en América; yo gastaría con gusto diez y nueve chelines de cada libra para defender el derecho de dar ó rehusar el otro chelín; y después de todo, si yo

(1) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique.*

no puedo defender ese derecho, sí puedo retirarme alegremente con mi familia á los libres bosques de América, que ofrecen libertad y subsistencia á todo hombre capaz de encebar un anzuelo ó de disparar un fusil.»

En 1621 los holandeses de Nueva Amsterdán fundan la primera escuela; en 1636 Boston los imita con la tan célebre Universidad de Harvard y con el primer diario en 1704; en 1731 ese Franklin, sin paralelo, llena de luces con sus iniciativas á la docta Filadelfia.

Sobre semejante yunque se forja el alma de las naciones elegidas, y nada debe sorprender que ciudadanos salidos de esa fragua fueran celosos de sus derechos hasta el punto de rebelarse los miembros de algunas comunas de Long-Island contra un pequeño impuesto, creado con el fin de pagar la construcción de los fuertes de Nueva York, á título de que tal gravamen no tenía sanción popular. Así definieron ellos la divisa de su ideal democrático: «Sin diputados no hay impuestos.»

Años más tarde se manifestaba en un petitorio al duque de York que era «un intolerable abuso» la demora en otorgar la constitución de asambleas delegadas del pueblo.

En 1693, casi un siglo antes de la independencia, el gobernador de Nueva York escribía á su jefe metropolitano: «Las leyes de Inglaterra no tienen ningún efecto en esta colonia; ella pretende ser un Estado libre.»

«Las colonias acuñaban monedas, sancionaban leyes y constituciones, levantaban milicias, construían caminos, fundaban escuelas y universidades, decretaban impuestos, desarrollaban el comercio, y esto último no sin violar ó eludir, en ancho concepto, las leyes marítimas de Inglaterra» (1).

No vacilamos en decorar nuestros párrafos con opiniones corroborantes en virtud de que no tenemos la pretensión absurda de sustituir nuestros asertos á los muy autorizados asertos de los maestros. Cabe también decir que estos comentarios no nos separan del fondo del asunto porque realzando el timbre republicano de

(1) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique.*

las colonias inglesas, que practicaban la libertad verdadera, sin pagarse de pragmáticas y de huecos formulismos, y colocando luego á su frente á las naciones de la América del Sur, lanzadas todavía más al desastre institucional por las declamaciones de la Revolución francesa, improcedentes en este hemisferio, nos será dado poner en mayor transparencia el error de copia en que hemos incurrido y seguimos incurriendo nosotros, republicanos sin República.

Edificado el nuevo organismo social sobre el bosquejado cimiento de derecho, su acceso á la mayoría de edad no debía provocar temibles desgarros. Era una juventud en perfecta maduración que, con paso corriente y firme, iba ensayándose en el uso de sus facultades viriles.

Por cierto que á Inglaterra, como á todas las madres, le pareció temprana la fecha en que su descendencia quiso formar hogar propio y presidir nuevas evoluciones fecundas. Pero ¿qué fuerza de raciocinio detiene al grano que, entibiado por el sol, comienza á vivir?

Apenas emancipadas sus antiguas colonias, empezó Inglaterra á ser honrada por la alta sabiduría política de su prole.

Como que siempre había conocido las bendiciones de la libertad, no tuvo necesidad la nueva organización de demoler su pasado adolescente para construir su presente autonómico; al revés de lo que ocurriría á las nacionalidades de cepa española, precipitadas á la renunciación ruda y hasta exagerada de su tradición política á fin de iniciar otra era con otro Estado civil.

Nada hubo qne cambiar; todo estaba hecho.

«La declaración de la independencia no creó—y ni siquiera quiso crear—un nuevo estado de cosas. Ella reconoció simplemente un estado de cosas ya existente. Ella declaró que las colonias unidas *son*, y tienen el derecho de serlo, Estados libres é independientes» (1).

Confirma Boutmy: «Esas colonias tenían de la corona

(1) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique.*

franquicias tan extendidas, que ellas renunciaron á elaborar un nuevo texto y decidieron seguir viviendo bajo sus antiguas Cartas» (1). Pero el espíritu liberal de las leyes iniciales no era suficiente para llenar las exigencias más complejas del nuevo sistema político, comportando la coordinación federal, por sí sola, un escabroso problema. También necesitaban los Estados Unidos darse un dogma constitucional en armonía con esos flamantes apremios y dibujar sus alientos de futuro.

Las impaciencias idealistas de nuestro temperamento latino, colocadas en aquellas circunstancias, se habrían precipitado á la proclamación ruidosa de las más avanzadas doctrinas de gobierno, con descuido de las conveniencias prácticas que siempre, por fatalidad, nos parecen secundarias.

No incurrieron en este grave error los legisladores norteamericanos, á pesar de que la resonancia mundial de su evolución libre había despertado la admiración del mundo civilizado (2).

Por el contrario, ellos pusieron su mayor empeño en producir una obra legal, capaz de consultar las demandas del bien público sin descender á los teoricismos del ensueño; aunque poco, pueden temerse semejantes excesos en el hermoso medio político que jamás ha conocido las fiebres malsanas de la demagogia.

Ajenos á todo viento de abstracción, sin embriaguez de ideas, preocupados de cumplir á conciencia el mandato de sus comitentes, los legisladores de la Unión sólo

---

(1) Boutmy, *Etudes de droit constitutionnel.*

(2) Sorel, *L'Europe et la Révolution française:* «La revolución de América inflamó al continente. A falta de soldados, que enviaban los franceses, los alemanes dirigieron á los americanos volúmenes de poesías. Recuerdo todavía vivamente—escribía un noruego—lo que pasó en Elseneur y en la rada el día en que fué concluída la paz que aseguraba el triunfo de la libertad. La rada estaba llena de barcos de todas las naciones .. Todos estaban empavesados. Los equipos daban gritos de alegría. Mi padre quería penetrarnos del sentimiento de libertad política. Nos hizo ir á la mesa y beber con él y sus huéspedes á la salud de la nueva República».

Goethe: «Se habían hecho mil votos en favor de los americanos: los nombres de Franklin y de Wáshington resplandecían sobre el horizonte.»

se preocuparon de hacer una Constitución para los Estados Unidos, limitando su campo doctrinario en las propias fronteras. Cabe advertir, de paso, en abono de la fragilidad de los engendros efímeros, que los decretos universales, con intención de redimir á la humanidad entera, emanados de la Revolución francesa, no han tenido las benéficas proyecciones positivas del admirable cuerpo de leyes locales, pero de sabiduría perdurable, consagrado, con gesto maduro, por los representantes de una soberanía que no se manchó con crímenes ni despotismos.

El resultado de aquella labor legislativa fué sólido y de eficaz aplicación nacional. En las peripecias de su campaña armada para llegar á la definitiva liberación, los norteamericanos habían podido ver de cerca, en la tela de los hechos, los inconvenientes secundarios de su organización política y las fricciones provocadas por el juego de las diversas instituciones públicas. De ahí que su mayor empeño fuera ponerse en guardia contra las llamadas enfermedades del gobierno representativo. Cortar las alas á ciertos ímpetus anárquicos en germen; tutelar la libertad, amenazada por el unitarismo doctrinario; poner á cubierto de absorciones futuras la autonomía de los Estados y de los municipios, que la justa cavilosidad federal creía amagada por la fuerza del poder central.

Al conjuro de esa atinada prudencia nació la Constitución de los Estados Unidos, sobria, clarísima, restringida y remachada con creaciones originales, tales como la Corte Suprema, habilitada para dirimir diferencias entre los núcleos confederados en los puntos de su texto que ofrecieran sombra de eventuales conflictos internos.

En ese cordón sanitario opuesto al abuso de la libertad estriba el mérito excepcional de la citada Carta.

«A juzgar por una primera impresión, la Constitución federal podría ser definida como la organización la menos democrática posible de una democracia. Recuérdese que su texto había sido redactado en medio de desórdenes y de violencias que pusieron en peligro los

resultados de la guerra de la Independencia. El pesimismo había dominado á más de un antiguo apologista del régimen popular. Se diría que los constituyentes americanos tomaron lo menos que pudieron de ese régimen; ellos toleraron aquello que les imponía el estado de una nación en la cual faltaban los elementos históricos, económicos y sociales que forman la substancia de la aristocracia y de la monarquía. La democracia fué allí, más ó menos, lo peor que pudo suceder. Se la encuentra en la base de la Constitución, porque en ese nivel no había otro suelo consistente donde poder asentar el edificio. Pero toda la superestructura, si así puedo hablar, lleva el sello de la tendencia la más extrañamente antidemocrática que jamás haya inspirado á una asamblea constituyente» (1).

En opinión de Sumner Maine, esta vigilante actitud represiva descubre el secreto del éxito libre de los Estados Unidos, debido, insiste, á «la hábil aplicación de freno á los impulsos populares» (2).

Nada más distante, pues, del concepto latino sobre la democracia que el carácter de las instituciones de ese género en la Unión. El interés común llevó á la confederación, pero con la firmísima y no desmentida voluntad de las partes de sufrir el menor cercenamiento posible en sus fueros locales.

«Considérese la estructura política de la nación. Ella es muy original. Cada Estado de la Unión tiene su existencia distinta, su personalidad, su autonomía, que guarda con celoso cuidado. Massáchusetts, Nueva York, Virginia, Illinois, Texas, California, todos, hasta los más pequeños, como Rhode Island y Maryland, son entidades políticas tan reales, tan conscientes de su propia existencia como la misma Unión de que forman parte. Ellos tienen sus leyes, sus tribunales, sus impuestos regionales, su bandera, su milicia, sus escuelas y universidades» (3).

(1) Boutmy, *Etudes de droit constitutionnel.*
(2) Sumner Maine, *Popular Government.*
(3) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique.*

«De manera que el anhelo legislativo en vista fué, sobre todo, defender la libertad de los Estados como cuerpos, como núcleos de individuos de fisonomía colectiva determinada, con preferencia al individuo en sí mismo, ya garantido en el uso de su libertad por órganos fundamentales aceptados desde los orígenes.

»La Unión jamás ha cesado de ser concebida, por la inmensa mayoría de la Convención, como un pueblo de *Estados* más que como un pueblo de *individuos*. *El individuo* estaba, por decirlo así, fuera de la cuestión. Los derechos del hombre y del ciudadano, fundamento del régimen democrático, no entraban en la ecuación que la Convención se proponía resolver. Las dos únicas *incógnitas* que ella buscaba resolver eran la parte referente á las autoridades municipales de los Estados y la parte referente á la autoridad federal» (1).

La composición del Senado, sus facultades y el método de su elección á dos grados, responde á la misma defensiva temerosa, así como también el número de senadores, igual para todos los Estados, grandes ó pequeños, sin consultar la población, ni la importancia de cada uno.

Idéntico caso conservador se da en la elección de presidente, no venciendo quien obtiene la mayoría de la opinión nacional—lo que sería más fidedigno—pero sí quien alcanza la mayoría de los sufragios de los Estados, pesando por igual los delegados de Nueva York, con su capital millonaria, como los del más despoblado Estado del Far West.

Pero se acentúa más el significado antidemocrático de la Constitución de los Estados Unidos apreciando, un instante, el propósito restrictivo, autoritario, inapelable, á que respondió la adjudicación de poderes políticos dirimentes á la cabeza del Poder judicial.

Es la apuntada una creación propia de los norteamericanos y su valer debe medirse, descendiendo de las nubes, por felices resultados nacionales.

(1) Boutmy, *Etudes de droit constitutionnel.*

¡Singular excepción á la regla electiva! La Corte Suma, extraña en su composición á las veleidades del sufragio, integrada por funcionarios vitalicios, resuelve todas las dudas constitucionales, todos los conflictos entre los Estados; en una palabra, todas las cuestiones que afectan en lo más hondo á la soberanía americana.

El veredicto de nueve personas corta, como un sablazo, todas las diferencias, sin recibir la tortura de las abstracciones y remitiéndose al campo concreto de las cosas.

Veintiuna vez la Corte Suprema, que no tiene origen popular, ha anulado actos del Congreso, que representa al pueblo, y más de doscientas ha observado la legislación extralimitada de los Estados.

Pues la Corte Suprema, opuesta como valla á todas las anarquías, no consulta, por cierto, el teoricismo latino; pero en cambio, y lo que vale mucho más, responde á las exigencias organizadas de una maravillosa sociedad política que se ofrece como modelo indiscutido á la imitación universal.

No es, á buen seguro, la Revolución francesa, ahogada por la espuma de sus lirismos hiperbólicos, la llamada á dar semejantes soluciones de ventura pública.

¡Pena grande que las naciones de la América del Sur persistan en abrazarse á las ideas generales que, á fuerza de mucho definir, nada definen, en vez de optar por el temperamento de las preciosas contradicciones políticas que nos enseñan los maestros en el cultivo de las instituciones libres!

«No conozco autonomía política más llamativa que esa supremacía de una autoridad no elegida en el seno de una democracia reputada del tipo más extremo; de una autoridad que sólo se renueva de generación en generación en ese medio instable, que cambia de año en año; de una autoridad, en fin, que podría, en rigor, invocando un mandato moralmente caducado, perpetuar los prejuicios de una época cerrada y lanzar un desafío, aun en la esfera política, al espíritu transformado de la nación. Es sabido que el cuarto presidente de la Corte

Suprema, John Marshall, estuvo treinta y cinco años en ejercicio» (1).

Para cerrar el cuadro de estas breves observaciones, recordaremos que el sufragio en los Estados Unidos está sujeto á severas limitaciones impuestas, á su arbitrio, por el gobierno de cada fracción territorial.

Al respecto la Constitución sólo estipula que el voto no puede ser menoscabado por razones de raza. Después de la guerra separatista se extendió esa prerrogativa á todos los libertos que formaban en las filas políticas de sus liberadores. Pero así que se saturó el desgarro fratricida, desapareciendo todo peligro de disolución nacional, nada se dijo á los Estados del Sur cuando ellos impusieron barreras indirectas al gobierno de los negros, anulándolo en el hecho. «Tal es, como yo la siento, la esencia de la democracia en América. Ella no consiste en una teoría abstracta de sufragio universal ó de infalibilidad de la mayoría; porque en realidad, el sufragio universal no ha existido jamás, ni existe, en los Estados Unidos. Cada Estado tiene el derecho de determinar sus propias condiciones de sufragio. Pueden exigir títulos: un derecho basado sobre la propiedad ó un derecho basado sobre la educación. Al presente ciertos Estados lo exigen. Pueden excluir á los chinos: California, Nevada y Oregón los excluyen. Pueden sólo admitir á los indígenas y á los extranjeros naturalizados, como lo hacen la mayoría de los Estados. Pueden también admitir á los extranjeros que simplemente han declarado su intención de naturalizarse; once Estados proceden así. Pueden dar el voto sólo á los hombres ó acordarlo á cada ciudadano, hombre ó mujer, como lo hacen Idaho, Wyoming, Colorado y Utah» (2).

Por este índice de legislaciones puede medirse toda la intensidad del sentido práctico que deja á cada región resolver sus problemas internos, sin atarla al juego de una doctrina uniforme. Así los Estados del Oeste encaran á su modo la cuestión china, ellos, que sienten el

(1) Boutmy, *Etudes de droit constitutionnel.*
(2) Van Dyke, *Le Génie de l'Amérique.*

peso de aquella inmigración; y guiado por idéntico conocimiento, se desenvuelve cada uno dentro de su ambiente social particularísimo.

Ninguna novedad poseen los anteriores comentarios. Con ellos sólo hemos querido avivar las propias memorias del lector, para estar en aptitud de reconocer luego en su compañía que el pueblo de los Estados Unidos, forjado en el ejercicio verdadero de la libertad y legislador desde su cuna, no quiso auxilio de doctrinas simples para afirmar sus destinos.

A pesar de ser el hábito democrático una segunda naturaleza en el ciudadano norteamericano, se creyó necesario defender el patrimonio común contra posibles excesos y anarquías; y entonces al bronce invalorable de la educación se le puso cimiento de granito en forma de leyes celosas y tutelares de su estabilidad.

¡Admirable ejemplo, único en la historia del mundo, el presentado por la nación que, superior á su victoria, no sufre el mareo orgulloso de la vanidad y se defiende ella misma contra sus eventuales delirios demagógicos!

Ha corrido casi siglo y medio desde esa primavera independiente y ahí continúa decretando éxitos y felicidad pública la Carta fundamental de la lejana juventud.

La Constitución hija va en camino de ampliar el elogio tributado por Mad. de Stael á la Constitución madre, la inglesa, definida por la gran escritora como «el más hermoso monumento de grandeza moral de Europa».

III

Uu plagio pernicioso

Compárase aquella prudencia preventiva con la temeridad sudamericana en idéntico caso.

Mientras la colonia británica, familiarizada con las instituciones libres, se afana en restringir el radio democrático, al extremo de que algún autor se pregunta á qué capítulo de su legislación lo confina, la colonia española, ajena en absoluto al aprendizaje de la independencia, sólo acierta á vestirse con las más avanzadas teorías, sin detenerse á meditar sobre la oportunidad de esa improcedente indumentaria.

¡En proporción á la arrogancia del ímpetu ha sido la caída!

Pero tan purgado desvarío tiene la triste explicación que prestan á todas las catástrofes sus mismos antecedentes. La América del Sur no estaba preparada para el desposorio republicano—nadie lo ignora—cuando el destino lo quiso así. El imperio de sucesos exteriores precipitó el desprendimiento de España. En la primera jornada de lucha, á brazo partido, heroica, se disimularon, con abundante contingente de sacrificios, las imperfecciones políticas del medio social. Pero el día en que fué sellada la independencia, en la segunda jornanada, adquirieron aquellas imperfecciones, que eran fundamentales, su natural transparencia.

Después de combatir había que organizar, que dirigir, que pensar. ¿Concebible coronar la luminosa tarea sin levadura de pueblo? Porque el pueblo efectivo, hábil, capaz de derechos y de deberes republicanos, era una metáfora en nuestro continente.

¡Suprema injusticia fuera procesar por sus derrotas á nuestras muchedumbres turbulentas!

Lo extraordinario hubiera sido que de su seno, obscuro y amorfo, brotara en seguida la luz.

Todavía bajo el ardor de la dura brega, rencorosos para el pasado ibérico que, negativo de la vida, no había labrado hondos amores, nuestros padres se entregaron ciegos, seducidos, deslumbrados, á los dogmas delirantes de la Revolución francesa.

«Tener siempre en el pensamienso las *santas escrituras* de los apóstoles franceses fué, en las primeras décadas de nuestra revolución, la preocupación de los raros técnicos y especialistas de derecho que las conocían por lecturas de ocasión. Aspiraban entonces á legislar sin violar los principios del Pacto Social, para erigir con él barreras insalvables al analfabetismo nacional, á la incapacidad del indígena y del mestizo para el gobierno representativo y á la barbarie de Quiroga ó de Ibarra y á la gauchocracia de Bustos y López. ¿Qué pensar de la eficacia de estos finos instrumentos y delicadas mallas soñados por Montesquieu ó Rousseau, meditando en el silencio del bosque sagrado, para trasladarlos á Sud América y domeñar con ellos la *bestia anárquica?*» (1).

En el ingenuo entusiasmo de la hora ellos olvidaban que no basta decirse libres para serlo, como no basta, para adquirir derechos, flamear una bandera.

Algunos patriotas eminentes propiciaron la conveniencia de una transición suave, utilizando el intermedio de la forma monárquica; pero estos sabios consejos se perdieron en el tumulto clamoroso.

Vale la pena mencionar que, á pesar de la renegación de la herencia española, ese repudio no pudo sancionarse en la práctica del gobierno, pues las costumbres, las ideas generales, las tradiciones, la creencia religiosa, los prejuicios de raza, el analfabetismo, las pasiones desordenadas quedaron en pie, más poderosos en su arraigo étnico que la soberbia deleznable de aira-

(1) Ayarragaray, *La anarquía argentina.*

dos decretos. Se asistió entonces al injerto de fórmulas exóticas en el árbol secular, con la agravante de abrigar los ensayistas la convicción, muy sincera, de cumplir un cometido redentor.

De dos elementos sociales mutilados se hizo un todo, llamado el más irremisible desastre. Porque el gobierno de los pueblos no es una ciencia exacta; su éxito no se abona, como en geometría, con una demostración dibujada sobre la pizarra; por el contrario, sus fórmulas, después de demostradas, exigen la sanción efectiva de la práctica.

Esa práctica confirmatoria no pudo existir en Sud América porque su revolución no modificó en su esencia á la unidad hombre, atacó la forma y no el fondo de las cosas. Libres, continuamos siendo colonos, pues no es tan fácil como si quisiera defenderse del medio y de sus influencias complejas. Suele verse á los autores de nuestra raza, después de procesar las incurables aberraciones de la dominación española y de exhibir á las poblaciones de América vegetando en el desconocimiento de las más elementales regalías públicas, aceptar un cambio radical de decoraciones á partir de la independencia, concediendo ellos gestos de soberanía avanzada á las masas informes, en su mayor parte compuestas de mestizos, que iniciaron, atónitas, sin saber cómo, un nuevo capítulo de su historia.

No; no hay benevolencia de criterio capaz de convencer de esa maravillosa transición del férreo pupilaje á la libertad consciente. La vida de los organismos se desenvuelve como un efecto lógico, sin ángulos rectos, coordinándose los sucesos unos á otros, para engendrar nuevos sucesos, todos solidarios, ligados entre sí, al igual de los puntos de una trayectoria.

Estéril empero, pues, gastar dialéctica en la probanza de fulminantes capacidades cívicas que no eran posibles. Las cosechas se encargan de hacer el elogio de la semilla, y ahí están de pie en el recuerdo continental los desastres del régimen democrático entre nosotros, ratificados todos los días por nuevas tristezas.

Claro está que á tan doloroso testimonio se contesta con socorro imaginativo y casi bendiciendo tales naufragios, por aquello de que el huracán destruye para fecundar.

Víctimas de las declamaciones de 1789, todavía continuamos atados á su espíritu de sofisma y rebeldes á las más claras evidencias.

Ya entre las luces de la aurora, Bolívar y San Martín, los dos grandes libertadores, afianzados por las más eminentes cabezas de la época, desesperaron de la aptitud libre de las sociedades por ellos redimidas. ¿Acaso habrían «arado en el mar»? (1).

No es cierto que las generaciones siguientes hayan levantado la lápida de ese descreimiento. Las instituciones republicanas no son en Sud América lo que se jura que sean. En los orígenes surge más desnuda la ficción.

Para contener el desorden popular que se bosquejaba, los organizadores de 1810 pensaron en el freno regulador de un poder fuerte y constitucional, siendo asunto secundario que ese poder llevara el nombre de monarquía; pero el calor de la reyerta y la ideología, ya en auge, inutilizaron esa fórmula de salvación común levantando, ante el alma ingenua de los pueblos, el fantasma del absolutismo de Fernando VII, cuando sólo se quería el ensayo de un sistema de moderación liberal.

Desautorizado por la calumnia este recurso prudente, preliminar de una república verdadera, quedó el campo por las irreflexiones líricas. Entonces, como lo hemos dicho, se quiso y se consumó el traslado íntegro, á nuestros territorios desolados, de los dogmas resplandecientes de la Revolución francesa, olvidando que esas adaptaciones violentas nunca reemplazarán á las fuer-

(1) Mitre, *Historia de San Martín*: «Las ideas políticas de Pueyrredón, en cuanto á forma de gobierno, que siempre habían tenido un tinte aristocrático, eran entonces acentuadamente monárquicas —como las de la mayor parte de los más notables contemporáneos—, aun cuando pensase, como San Martín, que era un medio y no un fin.»

zas fecundas de la Naturaleza, sabia y coronada trabajadora dentro de cada clima moral.

Fué ese el peor ejemplo que pudieron elegir las colonias españolas (1).

Para abonarlo así dejamos correr la pluma; porque todos nuéstros defectos orgánicos, en vez de encontrar correctivo, recibieron estímulo y ampliación de los mismos defectos imperantes en Francia y empeorados, en intensidad, por su prestigio europeo.

Pero es del caso observar que, á no ser un mando inconmovible y de hierro, ninguna teoría constitucional era capaz de apartar á los sudamericanos del abismo, cautivos ellos de su ineptitud democrática.

Ni la sabiduría concreta de las leyes sajonas habría conjurado el peligro. Bien lo abona así el quebranto político de Colombia, Venezuela, México y la Argentina, organizados bajo la forma federal.

«Los habitantes de México, queriendo restablecer el sistema federativo, tomaron por modelo y copiaron, casi enteramente, la Constitución federal de los angloamericanos, sus vecinos. Pero al transportar la letra de la ley, ellos no pudieron transportar, al mismo tiempo, el espíritu que la vivificaba. Se les vió, pues, tropezar repetidamente en los rodajes de su doble gobierno. La soberanía de los Estados y la de la Unión, saliendo del círculo que la Constitución les había trazado, chocaron de continuo la una con la otra. Actualmente todavía México es llevado, sin cesar, de la anarquía al despotismo militar y del despotismo militar á la anarquía» (2).

Muy poderoso ese comentario, porque es ingenuo crear leyes sin contar con hombres capaces de comprenderlas y cumplirlas.

---

(1) Sumner-Maine, *Popular Government*: «Las colonias españolas en Norte, Centro y Sud América se rebelaron y fundaron repúblicas en las cuales los crímenes y desórdenes de la República francesa fueron repetidos en caricatura. Las repúblicas latinoamericanas fueron, con respecto á la francesa, lo que Hébert y Anacarsis Clootz habían sido con respecto á Dantón y á Robespierre.»

(2) Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique*.

«¿No dividimos, desde los primeros estatutos, nuestros gobiernos, en las tres ramas clásicas? ¿Y acaso por eso alteramos el *uti posidentis* del poder personal y sórdido del mandatario colonial, que en su integridad se transfiere al caudillo? ¿No nos decretamos el sistema representativo y el sufragio universal? ¿Y acaso por eso se improvisaron capacidades que el país no pudo crear, entre otras causas, porque ellas no encontraban elementos en su *constitución hereditaria*? ¿No dictamos leyes para asegurar la responsabilidad de los funcionarios conculcadores? ¿Y acaso por eso se reforzaron los frenos que jamás sirvieron para contener los abusos y extorsiones de los gobernadores de Indias? ¿Existe por ventura alguna ley que sea capaz de salvarnos de nosotros mismos?» (1).

Por eso sería exagerado optimismo suponer que la imitación apasionada de las instituciones norteamericanas pudo salvarnos de todas las caídas sufridas, resultando exagerado pesimismo la opinión contraria, según la cual, á no mediar el plagio de las ideas francesas, navegaríamos ya en mar manso, de derecho.

Ninguna de esas elecciones poseía el secreto de la enfermedad mortal ó de su curación. En la propia carne estaba la decisión del problema. Pero de cualquier modo, no puede dudarse que el entregamiento á los dogmas demagógicos de 1789 aumentó nuestros males orgánicos; siendo también cierto que la aproximación al precioso concepto republicano de los Estados Unidos habría atemperado el fuego de nuestros errores.

Caracterizan á nuestra raza la arrogancia en el extravío; la preconización permanente de la libertad, desmentida por los hechos; el sofisma esgrimido con habilidad en todas las encrucijadas del deber, para rehuirlo; la poesía del desinterés decorando á la prosa interesada; arrestos de equidad, sin perjuicio de medirla siempre con metro de vencedor; protestas de respeto á la ley, pero sin disciplina para acatarla cuando ella decide en contra; una fiebre declamatoria que descompone las

(1) Ayarragaray, *La anarquía argentina*.

mejores iniciativas, invasora además del terreno privado; la malaria politiquera, en pleno desarrollo, adueñada de todos los ánimos y haciendo costumbre de las murmuraciones de barrio; el hábito heredado de la desobediencia en lo trivial y en lo solemne; el encarnizamiento en las pasiones; la ignorancia de las virtudes tolerantes, aunque vivamos en su incienso; el espíritu leguleyo, que tranquiliza al despotismo siempre que encuentre—¡y la encuentra!—nueva fórmula literaria de justificación; y culminando esas flaquezas, la peor de todas, ó sea lo que consiste en cerrar los ojos á ese índice adverso y creerse, por ende, en el soberano ejercicio de las calidades que le faltan.

A la Revolución francesa debemos el afianzamiento de esas deficiencias sociales y á la Francia contemporánea la continuación de tan perniciosos extravíos.

Todos nuestros tiranuelos y todas nuestras calamidades políticas organizadas han encontrado en aquella fuente de inagotable declamación sobre el derecho, la libertad, la soberanía, la realeza, el pueblo reivindicador, la salud social, el sufragio universal, etc., formidable escudo defensivo para sus atentados.

Los jacobinos de allende el Océano, la ínfima minoría del país, se apoderaron, como de bien propio, de la cosa pública; ellos se dijeron redentores y mataron para redimir. Cada comuna de Francia tuvo su guillotina, su delegado sangriento, con facultades extraordinarias; su dueño de vidas y haciendas. Exterminar al adversario—decían—era obra santa, pues él encarnaba el error, y ¿acaso el error no debe extirparse? Su credo fué el terrorismo, el crimen político justificado, ¡qué decimos! glorificado, que tan nutridos discípulos recogería en el mundo nuevo.

Nuestros jacobinos de la primera época no les van en zaga á sus maestros, los del extranjero. También ellos se juzgaron siempre instrumentos de una misión providencial, llamados á ser salvadores de pueblos. Evocando ese lema, proclamándose rehabilitadores del derecho, ellos hicieron vilipendio de las naciones y las gobernaron como grandes estancias, «parando rodeo» á

los vecindarios despavoridos. Nunca faltó á su lado una hoja periódica que repitiera, con cargada fraseología, el estribillo clásico del jacobinismo francés. Como éste, también tuvieron ellos sus «sociedades restauradoras», su «guerra á muerte á los emigrados», sus apelaciones al pueblo para «salvar á la patria en peligro», sus Dantones para contestar, con la cabeza de un rey, al reto de la Europa.

También la América del Sur ha derramado torrentes de sangre en homenaje al contrato social, que si en manos de los espíritus sensatos fué palanca ocasional de reparación humana, explotado por la plebe dictadora, en el seno de una nación, sirvió de pretexto á los más feroces atentados que registra la historia moderna.

Véase cómo aprecia Taine á los demagogos de esa adulterada doctrina de la soberanía del pueblo, tan mal practicada por los latinos:

«Que un especulativo en su gabinete haya fabricado esa teoría, se comprende: el papel todo lo tolera, y los hombres abstractos, los simulacros vacíos, las marionetas filosóficas que aquél inventa se prestan á toda combinación. Que un maniático en su cueva adopte y predique esta teoría, también se explica: él tiene la obsesión de los fantasmas, él vive fuera del mundo real, y por tanto, en esta democracia incesantemente sublevada, él es el eterno denunciador, el provocador de toda revuelta, el instigador de todo crimen que, bajo el nombre de «amigo del pueblo», se convierte en árbitro de toda vida y en verdadero soberano. Que un pueblo abrumado de impuestos, miserable, hambriento, endoctrinado por declamadores y sofistas, haya aclamado y practicado esta teoría, esto todavía se comprende: en el extremo sufrimiento se hace arma de todo, y para el oprimido una doctrina es verdadera cuando ella le ayuda á sacudir la opresión. Pero que políticos, legisladores, hombres de Estado, ministros y jefes de gobierno se hayan solidarizado con esta teoría, que ellos la hayan abrazado más estrechamente á medida que ella se hacía más destructiva, que todos los días, durante tres años, ellos hayan visto desplomarse el orden social bajo sus

golpes, pieza á pieza, y no hayan jamás reconocido en ella al instrumento de tantas ruinas; que bajo las claridades de la más desastrosa experiencia, en vez de confesar sus perjuicios, ellos hayan glorificado sus beneficios; que muchos de entre ellos, todo un partido, una asamblea casi entera, la hayan venerado como un dogma y la hayan aplicado hasta el fin con el entusiasmo y la pasión de la fe; que, empujados por ella á un corredor estrecho, cada vez más estrecho, ellos hayan marchado siempre hacia adelante, aplastándose los unos á los otros; que llegados al fin al templo imaginario de libertad pretendida, ellos se hayan encontrado en un matadero; que en el recinto de esta carnicería nacional ellos hayan sido, por tunos, verdugos y víctimas; que bajo sus máximas de libertad universal y perfecta, ellos hayan instalado un despotismo digno del Dahomey, un tribunal semejante al de la Inquisición, hecatombes humanas parecidas á las del antiguo México; que en medio de sus prisiones y sus cadalsos, ellos no hayan jamás cesado de creer en su buen derecho, en su humanidad, en su virtud, y que en su caída, ellos se hayan considerado como mártires, esto, ciertamente, es extraño: tal aberración de espíritu y tal exeeso de orgullo no se encuentran, y para producirlo, se ha necesitado un conjunto de circunstancias que sólo una vez se han reunido» (1).

Esta soberbia y autorizada referencia condensa, de manera admirable, el juicio que comparten los pensamientos elevados.

Difundir en América esa página de proceso vale hacer obra buena, porque invocando esa misma explotada soberanía del pueblo, han sido tiranizadas, una y diez veces, todas y cada una de sus fracciones territoriales, con excepción de Chile y Brasil, salvados del derrumbamiento, aquél por su organización aristocrática y éste por el amparo que le prestara la monarquía constitucional.

---

(1) Taine, *La Révolution.*

IV

El engaño sudamericano

Es curioso que la opinión sudamericana parezca no advertir la enorme distancia que media entre sus ensueños democráticos y la realidad de su timbre republicano.

Ya hemos salido, en verdad, de las dominaciones siniestras, del imperio de nuestros Saint-Just, pero no es menos exacto que estamos bajo el yugo de los jacobinos, en su segunda época. Despojados, hoy como ayer, de la esencia libre, con el único distingo de que antes no se perdía el tiempo en decorar el atentado y ahora se cumple, en todas sus partes, un grotesco simulacro de derecho.

Cometimos la insensatez lírica de proclamar el sufragio universal, al independizarnos, en hora en que los Estados Unidos consideraban oportuno restringirlo. Jamás se pensó en abonar su ejercicio. Apenas había tiempo para las cargas á lanza de todos los días. Pero es que ni después ni ahora, ni nunca, ha conocido la América el arraigo orgánico de esa institución madre, que es tan necesaria á la libertad como la quilla al barco.

Y sin embargo, porque los ganados procrean, y porque la inmigración salvadora se filtra por las fronteras, y porque se cotizan á alto precio nuestros productos, y porque empezamos á ocupar sitio, menor que nuestra personería geográfica, en el seno de la familia humana, nos olvidamos de que, así como Norte América ha salvado ¡ella sola! el honor de la palabra república, nosotros, los sudamericanos, hemos agotado fuerzas ingen-

tes en la tarea dolorosa de llevar al naufragio á ese mismo honor.

Al igual de los sordos, que no oyendo ellos creen que á las demás personas les ocurre lo mismo, los sudamericanos estamos persuadidos de ser la promesa mundial del derecho, y tal vez ya su realización única; mientras el Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sud Africa desfilan por nuestro lado y nos aventajan, en mucho, pero sin comprometer su seriedad con declamaciones, con el ruido de parches y clarines.

También, á impulsos de esa infantil vanidad, creemos que no hay montañas como nuestras montañas, ni coraje como nuestro coraje.

Lejos de nuestro pensamiento la clemencia lapidaria para aquella borrascosa juventud.

Sólo los soñadores pueden concebir á la libertad como una gran dama, irreprochable en su belleza. Fuera de que pedir á los hechos que sean ideales, sin mancha, es como exigir á los ríos que corran en línea recta por la superficie de la tierra, que es espléndida y perfecta por ser negación de esa misma recta.

Los sucesos son monstruosos en tiempos anormales, semejantes al estilo incoherente de un Carlyle, sin perjuicio de tener ellos también su clave anormal.

Si rendimos la frente ante el soberano principio de causalidad, que preside la caída de una hoja, ¿es posible no acatarlo también cuando él gobierna, implacable, la evolución de los organismos humanos?

Por ese rumbo de criterio sereno y justo se ilumina el fondo apocalíptico de la historia y todo se perdona porque todo se explica.

Lo que asombra, cuando el raciocinio parte de esa eminencia equitativa, es que después de comprender el carácter irregular de la sociedad sudamericana, después de aquilatarla adolescente y bajo el letargo colonial, ajena á las fecundaciones del derecho, sin sufragio, tolerancia de cultos, hábito de deliberar, sin prensa, sin contacto recíproco, sin comercio, sólo con el desierto á la espalda y al frente; lo que asombra, repetimos, es que, conocidas las imperfecciones enormes de ese linaje,

todavía se insista en describir á los pueblos de Sud América como aptos para figurar, con éxito, en las luchas cívicas que sucedieron á la independencia, en suponerlos con el instinto libre y las adivinaciones de su cumplimiento victorioso.

Pero todavía asombra más que al internarse en el laberinto de los orígenes y estudiar las sacudidas y catástrofes subsiguientes al primer vagido libre, se empeñen muchos pensadores en exhibir ese pasado como la lucha entre dos tendencias contradictorias, ilustre la una, ignominiosa la otra: las virtudes patricias frente á las delincuencias montoneras.

Es indudable que las jornadas de la emancipación contaron con una pléyade de distinguidos apóstoles y servidores que ofrendaron la vida, ideales, fortuna y sinceridad á la aventura augusta; pero nadie ignora que esa hermosísima devoción no satisfizo las exigencias turbulentas de la época, viéndose ella muy pronto vencida por el avance de muchedumbres arremolinadas.

El inmenso desencanto sembrado por el desorden irrefrenable; la persuasión adquirida de que no había manera legal de fundar la estabilidad política; el dolor de ver que se confundía con libertad á la licencia y al atentado con la república, colmaron la derrota de los guías intelectuales y soñadores del movimiento. Algunos de esos varones fuertes tuvieron entonces el hermoso coraje de rendirse al ensayo monárquico, sacrificando la popularidad liviana á la voz honorable de su conciencia cívica. Otros pactaron con la borrasca, acertados también al someterse á la corriente irresistible de los tiempos En hora de naufragio no se hace cátedra. Ejemplar en esos días la franqueza del general Belgrano, que decía: «¿Será posible que, después de seis años de revolución, aun no se haya fijado opinión acerca del sistema de gobierno que nos es más conveniente? ¿Qué especie de gobierno hemos vivido después de la recuperación de nuestros derechos en 1810, á que tan injustamente se da el título de insurrección? No hemos conocido más que el despotismo bajo los gobernadores y virreyes, y

bajo las juntas, los triunviros y directores, pero sin el orden que en aquél proporciona el terror y con todo el compuesto de ideas tan brillantemente pintadas por los escritores de la nación que alborotó al mundo, para darle el ejemplo de los tristes resultados de que todos somos testigos y á que vamos marchando con la mayor aceleración» (1).

También al vencedor de Salta le deberá la posteridad saldo de agradecimiento por esta advertencia profética. Ya en 1816 el general Belgrano señalaba la influencia corrosiva, en el escenario indígena, de las demagogias francesas.

Civilización y barbarie, ha dicho Sarmiento. Sin irreverencia al genial ciudadano, ¿no podría afirmarse que todos padecían de incapacidad para el ejercicio verdadero de la democracia, por girondinos unos, por jacobinos inconscientes los otros, y que dentro de la civilización sudamericana había barbarie y dentro de la barbarie vigorosos gérmenes de civilización?

De un extremo al otro del continente ardió la hoguera anárquica, bien alimentada por todas las fracciones. Todos, por igual, renunciaron al precioso pilotaje de la experiencia, y enamorados de los dogmas ensordecedores de 1789, se batieron en nombre de una mentida soberanía del pueblo, porque todos los bandos recogían la imagen con la imperfecta fidelidad del espejo que no da relieve propio á las figuras.

En la oposición se conspiró; en el poder se abusó de la autoridad. El ideal afiebrado de la época era batir al adversario, quebrarlo, sustituirlo, y con tal de llegar á ese fin no estilaban grandes escrúpulos. Testimonio preciso de esas incurables agitaciones y motines lo ofrece esa Buenos Aires, cuyos escritores fulminan, desde la altura de su soberbia política, al federalismo, á los bárbaros, que dicen.

Antes de 1820, Balcarce, Soler, Alvear, convirtieron á la capital en foco de sediciones diarias, ahogados por el odio recíproco y recurriendo á todos los medios para

(1) Mitre, *Historia de Belgrano.*

exterminarse. A las huestes artiguistas pedirían ellos alianza y amparo (1).

Por lo demás, es curiosa la imputación anárquica lanzada por las plumas unitarias al federalismo cuando, serenada la atmósfera crítica, si alguna tendencia destaca inspirada y próxima á la verdad democrática, en el seno de aquella espantosa vorágine, ese privilegio corresponde al clamor federativo que invocó, sin descanso, el derecho de cada región á condensar sus emociones cívicas, que tuvo la personería de los localismos precursores de la comuna inexistente y que recorrió las campañas desiertas, echando, en surco ancho, y tal vez sin saberlo, mucha simiente de autonomía.

Pero la demagogia unitaria que, apoyada triunfal, durante casi un siglo, en las declamaciones *a priori* de la Revolución francesa, ha ejercido dominio absoluto en el campo de las ideas americanas, negó hasta sombra honrada y fecunda á los anhelos discrepantes con sus decretos soberbios.

Apoderada de la prensa, tenaz en su propaganda calumniosa y gozando de todos los prestigios radicales, ella ha impuesto opinión á la opinión pública. El Uruguay, así intrigado en el culto de su fundador y héroe nacional, ofrece dato elocuente de ese proceso hecho en nombre del sofisma y de exclusivismos de partido. Chile, con su libertador el general Carrera y sus hermanos, disfrazados de bandidos, por el odio unitario, ratifica la probanza, si no bastara, en otro campo, el alud provocado de las invasiones portuguesas.

Habla así el general Mitre: «Esta palabra es Federación. Pronunciada por la primera vez por Moreno, el numen de la Revolución de Mayo, en 1810, los diputados nombrados para formar el primer Congreso Nacional la renegaron, falseando su mandato. Repetida por el Paraguay, por espíritu de localismo y aceptada solemnemente por un tratado público, la segregación de

---

(1) Ayarragaray, *La anarquía argentina* El cabildo de Buenos Aires felicitó á Artigas por haber contribuído á libertar la ciudad de la «tiranía ominosa y bárbara de la Asamblea General Constituyente».

esta provincia fué el primer golpe dado á la antigua unidad colonial. Adoptada, sin comprenderla, por Artigas y los suyos, se convirtió en sinónimo de barbarie, tiranía, antinacionalismo, guerra y liga de caudillos contra pueblos y gobiernos» (1).

Pero aunque la enorme autoridad de un gran historiador plantee la antítesis infernal: los pueblos y los gobiernos de un lado, y en fila opuesta, socavando sus cimientos nacionales, la tiranía, la barbarie y la liga de caudillos, el sentido lógico se rebela contra esa clasificación caprichosa, irreal, que, por definir mucho, no define nada. Porque si en la actualidad marcamos con estigma á esa fuerza irregular, nacida, como el torrente, en el fondo de las soledades americanas, no hacemos otra cosa que sellar la infamación de nuestra evolución autonómica. Porque la libertad de un mundo voló en alas de esa titulada barbarie que, rival del viento, venció fronteras y montañas. Porque ese gauchaje, ese artiguismo—orgánico en todas las regiones—de cáscara ruda, inculta, salvó al verbo como defiende á la perla la concha rústica de la ostra (2).

Así califica un autor mexicano el primer alzamiento, en su país, de los patriotas: «Despoblábanse las rancherías, peones, niños, mujeres, ancianos á pie, á caballo, en mula y en asnos, todos seguían en tropel á los caudillos del pueblo gritando vivas, desfogando cóleras, prorrumpiendo en desahogos, no para explicados, contra la dominación española y á favor de Fernando VII, en una palabra, todos los delirios de la venganza, el fanatismo y la barbarie, y todos los instintos de la libertad y del derecho» (3).

---

(1) Mitre, *Historia de Belgrano.*

(2) *Nota del general Belgrano:* «Tampoco deben los orientales al terrorismo la gente que se les une ni las victorias que los anarquistas han conseguido sobre las armas del orden. Aquélla se les ha aumentado y les sigue por la indisciplina de nuestras tropas y los excesos horrorosos que han cometido, haciéndose odioso hasta el nombre de patria. La menor parte ha tenido el terror en la agregación de hombres y familias.»

(3) Prieto, *Lecciones de Historia patria.*

Tarea difícil, imposible, la de sostener en pie aquellas denominaciones antagónicas, en el comentario clínico de la epopeya sudamericana, cuando todos nuestros despotismos han sido la obra cooperativa de todos, tan solicitados ellos por el exceso doctrinario y atentatorio de los unos como por el exceso activo y también atentatorio de los otros.

Exacto afirmar que la emancipación se honró con la labor selecta de un grupo de hombres de primera fila, superiores á su tiempo y á las dolorosas circunstancias en que actuaron, y por ese preciso mérito, sacrificados por la ingratitud pública. Abren la lista cruel Bolívar y San Martín. Pero ¿cómo podría extenderse esa calificación excepcional á esta ó aquella de las muchedumbres contradictorias que, movidas por la ambición, por el despecho, por el odio, por la revancha—todo eso muy distante del sufragio, de la comuna y de los grandes fueros sociales - se mataron, se vencieron y volvieron á matarse, para vencerse de nuevo y matarse otra vez en el curso de los cincuenta años? No; aunque su filo corte, es necesario someterse á la ley de los hechos y recordar siempre que la América despoblada de 1810, ajena al culto inicial de la democracia y dibujada por el modelo de la España de Felipe II, no la de Carlos III, sólo por obra de milagro sociológico pudo dejar de ser un desastre republicano; levantisca, anárquica, dictatorial, despótica.

Esas eran las únicas tradiciones doradas á fuego en su memoria. Las multitudes pastoras adquirirían pronto, enseñadas por las ciudades, el gusto de ese desenfreno, pero de sus entrañas saldría también la curación del mal: las crecientes destruyen y construyen.

Injusticia máxima fulminar á la arcilla porque, extendida sobre una superficie, ella repita sus rugosidades. El delito social de los americanos ha estribado sólo en parecerse á la América, en ser idénticos, como el destino adverso los hizo á sus mayores.

Muchas irregularidades democráticas han empalidecido nuestro ensayo libre; pero esos contrastes fueron engendrados por causas orgánicas, casi científicas, y

ya no se satisfacen las impaciencias de la investigación retrospectiva con la referencia de los agravios sectarios y con el recuerdo iracundo de las épocas muertas. Tomando un ejemplo al caso, ya es recurso baladí presentar como elemento de juicio fundamental, adverso á Rosas, las tablas de sangre de Rivera Indarte, los versos de Juan Cruz Varela ó los artículos de los diarios de entonces.

Con idéntico criterio tampoco hacen volumen, en su favor, la espada enviada por el general San Martín, como obsequio, las notas de don Felipe Arana ni los escritos cortesanos de Angelis. Para todo espíritu recto presentará siempre carácter odiosísimo aquella sombría dominación personal; pero basta recordar que ella perduró por espacio de veinticinco años, para comprender su profundo arraigo social y penetrarse de que ella respondió, en ancho concepto, á los vacíos y obscuridades de los tiempos. Fueron sus solidarios, en mayoría, ilustres guerreros de la Independencia; las más distinguidas damas porteñas creyeron honrarse arrastrando en un carruaje el retrato del Restaurador; la religión le prestó hospitalidad en sus altares; las provincias le rindieron acatamiento unificado, como no lo conocieran los gobiernos anteriores, ninguno menos que el de Rivadavia; millares de hombres se sacrificaron gustosos en su defensa; otros millares encontraron placer en ser sus instrumentos; las clases inferiores del pueblo estaban de su lado.

¡Tenía muchos poderosos tentáculos la oprobiosa tiranía! Más que la obra de un hombre era aquél el fruto de un sistema, necesitándose el peso de la intervención extranjera—brasileña y oriental—para atacarlo con éxito en sus centros vitales.

¿El medio hacia á Rosas, ó Rosas hacia al medio?

Sin soñar en decidirlo, basta estudiar los antecedentes de su ascensión despótica para apercibirse de que ella fué la consecuencia obligada de todos los errores acumulados, y sobre todo, de una incurable impotencia republicana.

Porque Rosas, al igual de sus congéneres continen-

tales, no llega al poder por favor de un zarpazo felino, sorprendiendo á sus conciudadanos con la audacia de un inesperado asalto. Si algo puede vaticinarse, al leer la historia de su época, es el crecimiento de su dañina influencia, arrancada á las pampas por el petitorio de la ciudad, que luego lo aclama salvador, agradecida al socorro decisivo prestado en la guerra civil.

Dice Ayarragaray: «Si recorremos los anales argentinos, después del año 26, se presiente el advenimiento de un gobierno fuerte y personalista, capaz de asegurar mecánicamente, al menos, el orden público y los intereses sociales más rudimentarios. El descrédito de los ensayos institucionales, la extenuación de los sistemas violentos, el cansancio y la displicencia pública, eran factores suficientes para precipitar la evolución. Existía una fuerte aspiración social, y el órgano correspondiente no podía faltar; si Rosas no hubiera surgido, cualquier otro caudillo habríalo quizás reemplazado... Y se llega á Rosas después de haberse agotado, durante veinte años, los procedimientos más irregulares y monstruosos, sin el precedente de una elección legal, sin la práctica leal de un derecho político, sin una renovación de poderes que no hubiera tenido por origen ó el motín militar ó las maquinaciones del fraude; más aún: habiéndose encarnado en los hábitos la legitimidad de todos los excesos demagógicos, Rosas fué confirmado en sus facultades extraordinarias por comicios unánimes de la población de Buenos Aires, con una desidencia de tres votos.»

Así, con valentía dolorosa, exhibe la verdad entera un argentino distinguido que se niega á aceptar, sin inventario, el lote de las viejas iracundias.

Si alguna esperanza prometieron las entrañas sudamericanas, después de la independencia, esa esperanza fué la tiranía, que cruza las fronteras de sus nacionalidades como una diagonal de sangre y de vergüenza. La ley de esa fecundación regresiva estaba escrita en sus propios orígenes. De mentidas instituciones y de mentidos derechos y tolerancias debía derivar una mentida república, apoyada en las deficiencias ambientes.

Cuando estadistas de la talla de Rivadavia intentan adelantarse á su época, ellos reciben, en premio, la caída fatal, porque ellos interpretan la voluntad avanzada de la minoría. No así los dueños y señores de las provincias, al estilo de Quiroga, López y Bustos, bien comprendidos por la masa y fortificados por sus enormes excesos, porque los días son de exceso.

Al tirano Rosas lo derroca su teniente Urquiza, también de horca y cuchillo, para ser, á su vez, combatido por la orgullosa provincia liberada. Idéntico espectáculo se desenvuelve desde México hasta el cabo de Hornos.

Es que todas las fuerzas sociales se agitan en la más pavorosa descomposición y todas llaman al toro, es decir, á las multitudes, con el trapo rojo de la misma demagogia (1).

Según el pensamiento exacto de Quinet, en el seno de los pueblos sin libertad las palabras juegan el papel inmenso que juegan las cosas en el seno de los pueblos libres.

Todas nuestras tiranías han sido cabezas del cáncer despótico, que recibimos íntegro de los siglos coloniales; la revancha póstuma de las indiadas sacrificadas por la crueldad de los encomenderos; la herencia impuesta de las generaciones que vivieron en el analfabetismo y en la servidumbre.

«Profesábase por aquellos tiempos y en todos los dominios españoles, el axioma de que sin la ignorancia, la sujeción de los indios y su esclavitud, no sólo no se sacaría fruto alguno de la conquista, sino que ésta se perdería, perjudicando entretanto á la Península» (2).

---

(1) Mitre, *Historia de Belgrano*: «Como única satisfacción de la guerra provocada por las autoridades nacionales (y derribadas por las mismas fuerzas de Buenos Aires) se pedía el juicio público de ellos, en el cual no hacían sino imitar el ejemplo de los partidos de principios, que, desde el año de 1812 hasta 1815, se habían perseguido implacablemente, unos á otros, procesándose mutuamente con menos motivo y más crueldad que los mismos montoneros, según ha podido verse en el curso de esta historia.»

(2) Prieto, *Lecciones de Historia patria*, México.

Arrancados de súbito á esas tinieblas, nos abrazamos al ideal ardoroso, olvidando que él también encegue como la luz intensa mirada de frente.

Quisimos saltar del pasado al porvenir, sin hacer alto en las escabrosidades del presente, cuando hasta la sabia Naturaleza no viola en vano el curso ordenado de las estaciones. La liquidación de este vértigo no podía dejar de ser explosiva: el despotismo era el punto de llegada de la loca carrera. Por eso define el resabio hueco de la historia romántica el estribillo desacreditado de las fulminaciones implacables á nuestro ciclo feudal.

Ahora bien; ¿es creíble que la copia servil que hiciéramos en 1810 de los principios de la Revolución francesa fuera la indicada para atenuar el vuelo de nuestros defectos anárquicos y antisociales?

En su primer esfuerzo autonómico la América del Sur debía ser soñadora, porque en todos los órdenes de la vida la inexperiencia es soñadora y lírica; fuera también de que en la propia sangre bullían su credo las leyendas apasionadas.

Pero ese lirismo que, contenido, se resuelve en lluvia mansa, capaz de las altas fecundaciones, puede degenerar, si exagerado, en verdaderas tempestades.

Los dogmas de 1789—sin perjuicio de algunos bienes—desempeñaron ese cometido huracanado en el desarrollo de los destinos continentales.

Ellos agregaron á nuestros defectos orgánicos y de visión el grueso capital de los ajenos defectos, con la agravante de venir abrillantados por seductores sofismas.

En medio de las desorientaciones colectivas cayeron los ejemplos trasatlánticos, como hechos de medida para resolver las dificultades inmensas del momento histórico.

Se estaba en lucha con la monarquía, y esos ejemplos enseñaban á condenar, como maldita, á esa forma de gobierno. Francia había declarado guerra á muerte á la realeza; pues la América del Sur debía alistarse en esa actitud rabiosa. ¿A qué fin? ¿Con qué resultado útil?

¿En respuesta á qué exigencia pública? Estas interrogaciones estaban de sobra.

Idéntico criterio de cerrada imitación nos llevó á implantar el sufragio universal, á perseguir la conquista inmediata de los más temerarios anhelos políticos, á preparar por su intermedio el acceso de todas las demagogias, á aplicar aquí, en este mundo inocente de vejeces sociales, las doctrinas del contrato social, á vestir con declamaciones deslumbrantes y embriagadoras el texto de nuestras Cartas constitucionales, á hacer bandera legítima de la intolerancia, á recoger agravios seculares que no teníamos; en resumen, á gobernarnos entregados á influencias exóticas reñidas con nuestro medio.

Porque la Revolución francesa nos causó el daño positivo que produce en ciertas ocasiones el mal consejo: extravió nuestro criterio. Ella nos lanzó en la senda de las ideas generales. Por ella hicimos leyes prescindiendo de los hechos, para precipitarnos de cabeza en el abismo de la anarquía.

Ella nos dijo, y lo creímos, con Rousseau, que era deber humanitario reconstituir á la sociedad suprimiendo jerarquías, convencionalismos y preconceptos, y sobre todo, ella nos empujó al desvarío democrático con su interpretación descabellada de la soberanía del pueblo.

Fuera de nuestro propósito desconocer el intenso significado de la Revolución en el escenario europeo, al que concurrió en mucho la misma índole de sus agitaciones volcánicas. Localizando opiniones, renunciando al afán corriente y jactancioso de ser ciudadanos del mundo, consideramos que, en el escenario sudamericano, ese torrente de lava humana sembró muchos desconciertos, apartándonos del buen rumbo republicano.

Bien sabemos que este aserto hiere conceptos establecidos entre nosotros. Estamos tan dominados por los sectarismos de 1789, que todavía les guardamos fidelidad de enamorados, más entusiastas por ellos que la sociedad que los engendrara.

Es que, respecto á esa jornada, se nos ha enseñado

un culto idolátrico, de intensidad universal. Creemos en la América, y nuestras multitudes y nuestros universitarios lo juran á pie juntillas, que todos los bienes democráticos de que gozamos en la actualidad derivan de la Revolución francesa, siendo deudores á ella de su libertad todas las naciones del orbe, cuyo régimen de derecho cívico parte de allí, como arrancan del mismo punto polar imaginario todos los meridianos que abrazan el haz de la Tierra.

En alas de esa hipérbole, el criterio exagerado vuela hacia las grandes caídas.

Ha acentuado el perjuicio de ese entusiasmo parcial la circunstancia de haber los sudamericanos cristalizado sus ideas políticas en los sucesos de 1789, no queriendo convencerse de que, con posterioridad á aquella borrasca, nuevas ideas han cruzado el ambiente social, exigiendo otras orientaciones. Mientras este ingenuo mundo nuestro continúa repitiendo el credo de la Revolución francesa, el criterio moderno sólo ve en ella una crisis formidable, lápida de una época: del feudalismo y de la vieja monarquía.

Encarnadas en la realidad inconcusa las aspiraciones libres engendradas por el espíritu del siglo y surgidos nuevos motivos de preocupación colectiva—ignorados en 1789—, la Europa ya ha dejado atrás aquel capítulo clamoroso y tiende la mirada hacia debates más militantes. En cambio nosotros estamos bajo la impulsión anticuada de las lecturas clásicas.

Lo singular es que no declina esa pasión juvenil. Vencedora de la edad y del tiempo, ella continúa inspirando á la opinión continental en todos los asuntos ligados al ejercicio de la democracia. Vivimos en pleno auge jacobino, y tanto el problema político, como el religioso, como el social y el económico, piden luces de solución turbulenta á los procedimientos violatorios del derecho y de la equidad que recibieron carta de ciudadanía en los días de la Convención.

La Revolución francesa sigue, pues, desde la tumba gobernando nuestros destinos independientes. Esa imantación exclusiva señala otro de sus trastornos morales.

Con ímpetu sincero creemos que, como ocurre con la preferencia del italiano para escribir óperas, sólo en idioma francés se ha sabido honrar á la libertad. Esta ofuscación la hemos purgado con muchos desastres internos.

Si hubiéramos sido menos limitados en nuestro horizonte, el pensamiento habría descubierto más felices perspectivas, otros países gobernados con alta sabiduría, donde la declamación no usurpa terreno á la autoridad, ni el despotismo se confunde con la soberanía, ni se erige el dogma filosófico en norma de la organización pública, ni se extirpa al adversario como á raíz de veneno, ni se persigue al culto en nombre de la tolerancia, ni se confisca, ni se ahoga en sangre á los disidentes, ni se hace una mentira del derecho y una verdad del crimen y del latrocinio.

La confirmación de estos asertos, que son el eje de nuestra tesis, nos impone entrar en el comentario más preciso de la gran marejada pasional que caracterizó el final de una centuria célebre.

Tenaces en sostener que su ejemplo candente fué pernicioso para el desarrollo cívico de la América del Sur, debemos empezar por exhibir al modelo en sus rasgos contradictorios con el prestigio de las instituciones libres.

V

1789 y los filósofos

La soberbia obra de Hipólito Taine sobre la Revolución francesa se yergue, como un marco divisorio, entre el antiguo y el nuevo criterio de la historia. Hasta entonces el drama de 1789 había servido de tema á muy variados esfuerzos imaginativos, al extremo de parecer agotada su apreciación. Pues bien; cuando todos habían hablado, después de muchas décadas, posterior á célebres comentarios, surgió, el último en la honda investigación retrospectiva, Taine. A él discerniría el homenaje universal, con mucha ventaja, el laurel del triunfo.

¿Dónde reside el secreto de ese admirable éxito intelectual?

Errado sería buscarlo en el estilo de la gran obra. Aunque de primorosidades exquisitas, dentro de su intención lapidaria, no es allí donde se sorprende la virtud conquistadora ante el sufragio competente. Gana la batalla el método desplegado.

La Revolución francesa había sido para Mad. de Stael motivo de profundo estudio, coronado por el aleccionador contraste ofrecido por esa Inglaterra que tanto espacio ocupaba en la predilección de la autora; Edgar Quinet, después de una meditación que, según sus propias palabras, absorbió mucha parte de su existencia, da á la publicidad su juicio sobre la misma página de la vida humana, completado por los atractivos de un talento irruyente y cálido; Lamartine habló á su vez y nada hay que decir de ese poema en prosa que redimió á tantos pecadores sanguinarios, por mandato de las

conveniencias políticas de la hora, esclareciendo aún al siniestro Robespierre; Michelet, otro angélico exaltador de la sentimentalidad, compitió con los anteriores en el despliegue lúcido de las más altas dotes; Alberto Sorel, en días modernos, mereció premio de la Academia por su volumen, tan jugoso que él sólo basta para enaltecer su nombre; hasta Carlyle, el estupendo, el incomprensible Carlyle, entra en la liza de los albaceas literarios.

Separándose de la ruta abierta por esa vanguardia de cerebros, Taine, más analítico, se aproxima al drama alejándose de él en la apariencia: pesquisa la formación del brazo de mar en las últimas nacientes de sus más humildes tributarios. Otros habían hecho filosofía, retórica, versos, divagación patriótica, historia comparada, hasta charadas apocalípticas, como Carlyle: Taine hizo clínica.

Tal vez el noble Tocqueville, que tanto encanta con la unción sincera de sus conceptos transparentes como su alma sencilla, sea el único que haya dibujado, sobre el antiguo régimen, la tendencia sabia y justiciera de Taine.

El título general elegido, *Orígenes de la Francia contemporánea,* mide el arco laborioso de la empresa. 1789, punto de llegada y punto de arranque, era para el historiador filósofo sepultura y cuna. Allí tuvo su epílogo la lucha de teorías contra el pasado granítico, que llena todo el siglo XVIII; de allí derivan, en una nueva etapa, el porvenir de la Galia, el cesarismo que la dominó, glorificando á la guerra, la instabilidad de sus agitaciones y su epilepsia demagógica, que en el curso de ochenta años la lleva á cambiar trece veces de sistema gubernativo.

El peso secular de esa ascendencia y de esa descendencia obliga á esfuerzos investigadores casi sobrehumanos.

Hay que reconstituir íntegro el árbol genealógico, sin perder un solo dato concomitante, pues basta la ausencia de un eslabón para cortar la cadena. Recorrer archivos, extraer antecedentes, asesorarse en todos los centros de información seria, técnica, precisa, y luego,

pronto el gigantesco expediente, encararse con la realeza, hospitalizarla, volcarla desnuda sobre la mesa de cirugía, y bisturí en mano, disertar con serenidad inmutable sobre la integridad de sus vísceras, la fuerza de sus nervios, el valer de sus músculos y las aberraciones de sus órganos, señalando, al fin, la irregularidad de funciones que fué causa de su derrumbamiento.

Repetir idéntico examen con el fruto legítimo de esa monarquía, con la reacción que provocó la acción y estudiar, en carne viva, la consecuencia de aquella causa volcando también en la mesa de trabajo á la Constituyente, á los regicidas, á la Convención, á la raza abortiva de todos los Dantones y de todos los Marates, á los Directorios, al primer cónsul y al sistema napoleónico; decir de ellos los méritos y los deméritos, los vicios y las virtudes, sin obligarse con nadie, amigo y enemigo de todos por igual; y luego erguir la frente luminosa para hacer el balance matemático de las responsabilidades contraídas, clavando en seguida en el horizonte incierto la pupila interrogativa del sabio y rogar, con credo de ciencia, por el bien moral, tan comprometido, de la Francia adorada, esa ha sido la obra monumental de Hipólito Taine.

Bien la define su frase célebre: *Je mesure les cavernes d'un poitrinaire.*

Pero no es con recurso de frases como él cumple su profundo propósito. Suya no es la culpa si la forma de sus párrafos fascina por la sobriedad y la contextura acerada. Todo su afán se condensa en el empeño infatigable de abonar sus asertos con la prueba documentada, sin refutación posible.

Al conjuro de este soberano artífice las épocas caducas interrumpen su sueño de piedra y desfilan ante nosotros como una milicia, en la misma formación de antes, con sus mismos gestos, con su misma indumentaria é iguales pasiones escritas en el rostro y brotando de los puños. Encajes de caballeros, espadas, jerarquías, harapos, picas con engarce de cabezas, banderas tricolores, voluntarios, igualdad tabernaria, soldados de Italia, de Egipto, Napoleón...

Dicen cosa muy cierta esos suspensivos, porque Taine murió antes de cerrar su tarea, que ha quedado, como los mármoles de Rodin, con un aspecto incompleto. Pero de cada capítulo se desprende una claridad, y aun faltando la síntesis, la montaña de comentarios acumulados determina el perfil enérgico.

¡Gran francés, este Taine, por su coraje moral, como el otro, que cortó el istmo, desafiando prejuicios y dudas, lo fué por su coraje científico!

Sólo un varón de alma férrea se decide á hablarle á su país la verdad amarga, rompiendo el prestigio de un culto consagrado, probando que es errada la adoración dominante. Después de leer á Taine se descorre un velo en el espíritu y brota del pensamiento imparcial gratitud hacia el atlético obrero. Bajo su pluma no se confunde con el polvo á la Revolución francesa, pero se la glorifica en su concepto exacto, mesurado; mejor dicho, se la explica, agravada aquí, atenuada allá, con sus tintes heroicos cuando «la patria está en peligro» y con su horrorosa pesadilla de sangre cuando se mata y se asesina en nombre de la fraternidad humana.

A cada instante, pues, en el desarrollo de estos párrafos nos remitiremos al autor afamado, orgullosos si tenemos la fortuna de recoger con acierto sus opiniones serenas.

Refiriéndose á la labor histórica de Taine, dice Paúl Bourget: «Esta actitud es tan nueva, que es necesario insistir y precisarla. Hasta que apareció la *Historia de los orígenes* la opinión media francesa se distribuiá, en todo lo concerniente al 89, en dos grupos muy distintos: se era blanco ó azul, con frenesí. Para los unos, la Revolución inauguraba un período de renovamiento absoluto. Ella constituía una época casi histórica, de la cual databa la generación del mundo. Víctor Hugo había sido el gran profeta de esta religión, cuya pobreza puede medirse por la entrevista bufona entre el convencional y el obispo en *Los miserables*. Para los otros, la misma Revolución era un cataclismo abominable, una obra delincuente, cuyas ideas bastaba aceptar para convertirse en su cómplice. Ha venido M. Taine que, cien-

tíficamente, fríamente, ha estudiado el fenómeno revolucionario, como había estudiado la literatura inglesa, la pintura italiana y holandesa, y las leyes de la inteligencia y él, el primero, ha establecido, con fuerza singular, la solidaridad de faltas del antiguo régimen con la locura del 89» (1).

Idéntico cisma de opiniones extremas se ha producido en Sud América, siendo su consecuencia lógica que en los polos opuestos fructifique abundante el error.

Para combatir ese radicalismo favorable ó adverso haremos referencia á algunos aspectos del drama histórico que continúa ejerciendo impresión profunda en el criterio continental.

En primer término, debe observarse que ha sido fuente de grandes extravíos la convicción ingenua, dominante entre nosotros, de que la única voz libertadora de los tiempos modernos arranca de 1789, como si ese escalón del progreso institucional poseyera el secreto, el monopolio, de la redención humana.

Su ejemplo ha tenido para nosotros inflexión casi sagrada de palabra paterna. Esa equivocación de partida ha originado perjuicios incalculables á nuestra sociedad política, siendo motivo de que se moldearan mal las ideas más nobles, las conductas y la rigidez de los principios dirigentes.

Todavía no vacilamos en jurar que los ejércitos napoleónicos, que arrasaron el escenario civilizado, ahogando en sangre el derecho de los pueblos y su independencia, fueron heraldos de rehabilitaciones deslumbrantes.

Concebimos á la Europa postrada en el cautiverio feudal, ajena á la esperanza dignificante, y á la Revolución francesa brotando en el horizonte como un inmenso símbolo de liberación.

La bella dormida en el bosque, á la espera del príncipe encantado.

Ni el cristianismo, señalado por Renán como «suceso capital en la historia del mundo», poseyó á su adveni-

(1) Bourget, *Essais de Psychologie contemporaine.*

miento tan inusitado éxito social, necesitándose prolongada sanción de martirios y apostolados para extender el radio de sus ecos misericordiosos.

Las fronteras geográficas, el clima, las prevenciones de raza, el deficiente contacto entre los núcleos, la diversidad de idiomas, importaron otros tantos obstáculos á la dilatación completa, como la quiere nuestra mente soñadora, de las utopías igualitarias de 1789.

Pero sobre todo, el diverso desarrollo de las naciones, su mayor ó menor preparación para la nueva evolución, aunados á la indiferencia de los temperamentos colectivos, crearon barreras. No sin agregar que la Revolución francesa encendió resistencias cada vez más considerables en la opinión atónica que presenciaba con horror aquella masacre espantosa de ideales y de hombres.

Sólo América, que cometió la insensatez de renunciar á los balbuceos aleccionadores de la infancia, hizo suyo el modelo exótico, entregando á esa tortura su espontaneidad juvenil. Pero este caso singular no ofrece gemelo.

La actitud de los países de Europa fué ajena al suceso en los pequeños y distantes; de resuelta defensiva en las poderosas potencias inmediatas. La Santa Alianza, su resultado reaccionario, tan lógico, ofrece prenda de esa hostilidad que tuvo la asombrosa virtud de hermanar á las más divergentes monarquías, amuralladas sobre el Rhin (1).

Por otra parte, ni Portugal, olvidado sobre el pretil del Océano; ni esa España, petrificada en sus tradiciones, que doblan el volumen interceptor de las cumbres pirenaicas; ni Italia, aplastada por la conquista odiosa, deshecha, como si fuera para siempre el haz romano; ni Suiza, congénita de la libertad; ni Austria, damero complicadísimo, sin clave disciplinaria, que no conoce las

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française:* «Una Santa Alianza antes de 1789, hubiera sido una verdadera paradoja histórica. La antigua Europa era de ello incapaz, y se necesitó la Revolución francesa para darle su noción »

anarquías de Occidente; ni Suecia y Noruega, envueltas en piel de oso, allá en los confines; ni Rusia salvaje, inconquistable por su clima físico y social; ni la bárbara Turquía; ni la Prusia indómita y rival; ni los Países Bajos, generadores de esas admirables colonias que fundaron el derecho en los Estados Unidos; ni la soberana Inglaterra, su coasociada moral en la fecundación de pueblos, ninguna de esas naciones seculares experimentó vuelco en su rumbo, en sus costumbres, en su destino estable por obra de la Revolución francesa.

Los grandes reformadores Floridablanca, Aranda, Pombal, Campomanes, Beccaria, Grimaldi y los reyes avanzados, Carlos III de España y Federico de Prusia, José II de Austria y María Cristina de Suecia, son anteriores al cataclismo francés.

Mucho antes de que estallaran las fiebres jacobinas estaban en boga, con fervor intenso, las nuevas aspiraciones de la conciencia pública.

La filosofía, ella sí, había creado nuevo raudal de luces. A Voltaire, Bentham, Locke, Diderot, Montesquieu y á sus discípulos eminentes se debió la maravillosa germinación de ideales producida en todos los ambientes. Esa constelación de astros esclareció aún los designios de la aristocrática Catalina II.

El extravío de la opinión sudamericana ha consistido en confundir á la causa con el efecto, remitiendo á los días de la Revolución francesa el mérito de una redención política que venía de atrás viajando en las ideas inmortales de la filosofía.

Más acertado sería pensar que los demagogos y verdugos del 89 fueron los malos ejecutores testamentarios de los apostolados del siglo XVIII.

No pueden ocultarse las derivaciones trascendentales de este desvío.

La filosofía había dilatado su dominio sin violencias, sin hemorragias, propagada por la letra de molde.

Tal vez la gloria más pura de sus heraldos la constituye ese timbre inmaculado, tan poco común á las evoluciones de los hombres.

Así la vemos ganarse neófitos en todos los órdenes

de creencia y de jerarquía, apoyada, por un extremo, en el entusiasmo de las burguesías lectoras, y por el otro en el corazón de reyes invadidos por la duda.

Excepción hecha de la doctrina nazarena, que corrió á la conquista del orbe protegida por su misma debilidad material, llevando la perturbación al firmísimo descreimiento pagano, la humanidad no ha conocido un triunfo pacífico que le sea semejante.

Porque aun la Reforma, tan acreedora á la gratitud de los espíritus liberales, concluyó por incurrir en las faltas imputadas, en nombre de la libre discusión, al fanatismo, y por ser, á su vez, en cierto sentido, fanática, cruel y vengadora.

La obra de los filósofos ostenta purezas de armiño. No la manchan tragedias ni dolores inconsolables. Ella posee atractivos de suprema belleza por reflejar la verdad magnífica, virtud soberbia que evoca el superior encanto de los mármoles griegos.

No fueron ejércitos, ni conquistadores, ni reyes, ni ciudadanos simples los instrumentos de su divulgación victoriosa. Las páginas mansas del libro, más poderosas que todos esos poderes, enseñaron á los pueblos el nuevo evangelio de redención.

Ahora bien; la Revolución francesa atacó á la reyecía invocando esa augusta redención, que recoge otro laurel en la hora solemne del juramento del Juego de Pelota. Luego vino la serie de los grandes desvaríos nacionales; pero á medida que la exasperación se alimentaba de nuevos crímenes, crecía el culto aparatoso de los grandes postulados del siglo, como si en cada etapa de aquel derrumbamiento moral se acentuara la necesidad de disimular la odiosa contradicción labrada entre la doctrina y su texto aplicado (1).

(1) Quinet, *La Révolution:* «Los jacobinos suprimían en el hecho la libertad; ellos la coronaban en teoría; juego cruel que hacía despreciable á la ley... Publicada en pleno Terror y velada en seguida, la Constitución de 1793 perpetuó la contradicción que siempre se había visto en Francia entre las teorías y las acciones: la libertad de Salento, en las máximas de los escritores, el despotismo en la realidad y en las costumbres.»

Todas las actitudes rencorosas de la Revolución francesa, sus conquistas, sus persecuciones, sus matanzas, los asaltos de la plebe á los derechos más ajenos á las exigencias seudocientíficas del sangriento ensayo, se defienden sosteniendo que la inmolación de un régimen reclamaba ese reguero de horrores. Según Napoleón, la sangre entra en las prescripciones de la medicina política.

«Será siempre curioso oir á los historiadores franceses repetir que esas muertes han sido suficientemente compensadas porque «nosotros hemos conquistado la igualdad ante el impuesto», que jamás ha sido por nadie discutida. Por lo contrario, la verdad es que el supremo consuelo ha sido negado á nuestros grandes muertos: su sangre no ha sido semilla de virtud y de independencia para su posteridad. Si ellos resucitaran un momento, ellos se sentirían supliciados, una segunda vez, sobre un cadalso peor, por el renegamiento de sus descendientes; ellos nos arrojarían á la cara el mismo adiós: «¡Oh, libertad, cómo te han burlado!» (1).

Aquel cómodo sofisma de la necesidad sangrienta ha hecho fortuna en el escenario sudamericano. La sagacidad de sus tiranuelos lo recogió de prisa y no ha habido dictadura ni gobierno de esos nuestros que se llaman representativos que no haya cometido los más monstruosos atentados contra la vida, el derecho y los bienes de sus adversarios, perseguidos por la confiscación, sin llevar en los labios la excusa sacramenral enseñada por 1789 (2).

También nuestro girondinismo ha pagado ancho tributo al doloroso sofisma y á menudo hemos visto á ciudadanos, que fueran generosos en la llanura, transformarse en el mando y ser implacables y crueles, á título austero, creyéndose asistidos del derecho provi-

(1) Quinet, *La Révolution*.

(2) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française*: «Debía agregarse á estos principios el respeto más absoluto á los derechos de propiedad, si ese respeto no constituyera uno de los elementos de la moral universal, cualquiera que sea la forma de gobierno bajo la cual se hayan reunido.»

dencial de encaminar á su pueblo por el rumbo que ellos eligen y castigando, como vulgares delincuentes, á sus adversarios, exterminándolos, siempre repitiendo el mismo pretexto fatalista, frío, árabe: porque para redimir del error á las naciones y á los partidos extraviados es necesario derramar sangre...

Nuestros fanatismos autoritarios ofrecen el mismo gesto iluminado, y cuando se ve á gobernantes, ajenos en su capricho al fuero efectivo de las leyes, asociar al poder un sable ó un látigo de nueve colas y concluir por creerse, á fuerza de proclamarlo, investidos de una suprema misión salvadora de los pueblos, la memoria se enardece bajo el recuerdo de aquellos otros jacobinos sistemáticos que hicieron del atentado un código y de su voluntad despótica el metro de todos los derechos humanos, pero siempre invocando el culto estricto de la libertad (1).

Perjuicio positivo el creado por esa parcialidad de nuestra información histórica. Para honor del derecho debe declararse que no es cierto que las conquistas sólidas del ideal moderno hayan exigido cimiento de carnicerías.

Ninguna nación ha dado tan frondosa vida á las instituciones libres como los Estados Unidos. Jamás ha conocido la humanidad en marcha tan poderosa envargadura republicana. Los más avanzados problemas colectivos han sido solucionados en el nuevo laboratorio, y aun el prejuicio arraigado y admitido por el sesudo Tocqueville de que la democracia no es compatible con los grandes dominios territoriales, ha debido confesarse vencido por la prueba luminosa, en contrario, que ahí está flotando sobre el común asombro.

---

(1) Quinet, *La Révolution*: «El único argumento de los historiadores que aprueban las violaciones de la Convención y el establecimiento del Terror es que se trataba de salvar á la sociedad francesa. Cuidado con esto; este argumento invariable ha sido la espada de cabecera de todos los que se han impuesto á la Francia. Tales son las palabras que se han oído cuando la San Bartolomé, cuando las Dragonadas, el 18 Brumario y en otras ocasiones, todas las veces que se ha querido imponer una usurpación.»

Pues el proceso de la libertad norteamericana se desenvuelve, sereno y esclarecido, sin que la hecatombe y el sectarismo furioso comprometan la pureza del poema. Si alguna vez se hizo alto en la jornada, fué para batirse, erguidos y leales, por la liberación del negro. Cuando se sigue con el pensamiento el desarrollo firme de esta ascensión, el espíritu evoca á un águila—el águila del escudo—fuerte y avisora, concebida por la Naturaleza para ser soberana de los aires, avanzando sobre el terreno con paso lento y abriendo luego las alas soberbias para echar á volar con rumbo alto y llamar la atención del viajero hacia el cielo rubricado por sus poderosas remijes.

¿Acaso sombras siniestras se proyectan sobre Wáshington, Madison, Jéfferson, Monroe y la multitud de sus sucesores?

¿Se arrancará, por ventura, de los anales de la Revolución francesa alguna figura del encanto indecible de aquel Benjamín Franklin que jamás hizo mal á nadie, filósofo, sabio y libertador, que remontaba cometas para arrancar también su cetro á las tempestades de arriba?

Nécker, Turgot y Malesherbes, que ofrecen muchos de sus rasgos bienhechores, fueron renegados los dos primeros, y con el cadalso inicuo se castigó el coraje moral, clásico, del defensor de Luis XVI.

Tampoco trae linaje tétrico la libertad suiza. Parecería que á tanta altura, entre montañas, fuera menos cruel el precio de los ideales insignes. Sin contagio extraño, dándolo en vez de recibirlo, la patria helvética amasó, ella sola, la pasta de su derecho.

Para cumplirlo así no necesitó decretar el exterminio de las generaciones ni recurrir á los recursos feroces del odio organizado, y sabido es que donde hace nido el más humilde de sus hijos emigrantes allí clavan su bandera los más nobles anhelos.

El nombre de Holanda basta para ofrecer otros testimonios de felicidad pública alcanzada sin frenesí homicida. A buen seguro que ese extravío pudo comprenderse en el diminuto suelo que fué calcinado por las hogueras del duque de Alba.

Pero la casta admirable de los puritanos, idolátrica de la autonomía de su conciencia, cuyos miembros trashumantes cruzaron el Océano, apoyándose en la Biblia como su mejor sostén, no era aparente para engendrar plebes desatentadas, capaces de gozar con fruición el placer de las tremendas agonías.

También Inglaterra abona nuestra tesis, sin necesidad de mayor esfuerzo probatorio (1).

Las instituciones libres son, en mucha parte, su obra y ni el drama interno de 1688, anterior en un siglo al drama del vecino, presenta sus ingratos caracteres, á pesar de ser tan acentuado el colorido siniestro de la vieja monarquía británica, simbolizada por esa Torre de Londres que mereció el apóstrofe severo de Macaulay.

Pero obsérvese que la libertad inglesa no nació de esas entrañas monárquicas, tan manchadas por el crimen. Fueron las clases rurales y los barones quienes impusieron los usos parlamentarios y al través de varias centurias se perfecciona, sin declamación y sin odiosas catástrofes, esa admirable evolución libre, por ninguna nación igualada en vuelo y en sinceridad.

Basta con esos cuatro exponentes de adelanto político, que se dividen el patrimonio eficiente de la redención política universal, para apercibirse de que sólo por arraigada inspiración demagógica nos adherimos los sudamericanos, con tenacidad de hiedra, á los sofismas desorientadores de la Revolución francesa.

Habla Renán: «Si la Revolución, en efecto, ha creado en el mundo á la Francia una posición poética y romántica de primer orden, es seguro, en otro sentido, considerando solamente las exigencias de la política ordinaria, que ella ha lanzado á la Francia en una vía llena de singularidades. El fin que la Francia ha que-

---

(1) Boutmy, *Le Développement de la Constitution en Angleterre:* «Desde el siglo XVI Inglaterra estaba en posesión de todas las reformas esenciales que nosotros esperábamos, todavía, en 1789, que tan caro nos ha sido necesario pagar y que aun nos han faltado en parte, por habernos excedido al fin deseado en el ardor que sucede á un sufrimiento demasiado prolongado.»

rido alcanzar por la Revolución es el mismo que todas las naciones modernas persiguen: una sociedad justa, honesta, humana, garantizando los derechos y la libertad de todos con el menor sacrificio posible de los derechos y de la libertad de cada uno. En la fecha en que vivimos, después de haber derramado mares de sangre, ese objetivo está muy lejano, mientras que la Inglaterra, que no ha procedido por revoluciones, casi lo ha alcanzado. La Francia, en otros términos, ofrece el extraño espectáculo de un país que ensaya, tardíamente, de acortar su atraso con respecto á las naciones que ella había tratado de atrasadas, que se pone á imitar á los pueblos á que ella había pretendido dar lecciones y que se esfuerza en hacer, por imitación, la obra en la que ella había creído desplegar una alta originalidad» (1).

(1) Renán, *La Réforme intellectuelle et morale.*

VI

Nuestra caída demagógica

Si el jacobinismo hubiera consumado sus iniquidades llamando á las cosas por su nombre, al crimen crimen, sería menos vituperable su influencia social. Pero el auge de las teorías marcó, á la par del exceso político llevado á su colmo, el mayor refinamiento que haya conocido el género humano para calificarlo. Siempre estuvo pronto el escudo de la salud pública para atenuar el colorido de las vulgares delincuencias; y siempre se pidió amparo al principio de la soberanía para los ataques llevados contra todos los derechos colectivos y privados.

«La arbitrariedad sin límites era su doctrina; á ellos les bastaba dar por pretexto á todas las violencias el nombre propio de su gobierno, *la salud pública*, funesta expresión que encerraba el sacrificio de la moral á eso que se ha convenido en llamar el interés del Estado, es decir, las pasiones de los que gobiernan» (1).

A título de democracia pura se aceptó el plebiscito de las pasiones, de los odios, de los salvajismos y de las ignorancias desencadenadas para dictar decretos inapelables que tenían en el cadalso su sanción efectiva. Por gestos del buen pueblo se tuvieron las matanzas organizadas, las inmolaciones de adversarios, el apuñalamiento de los diputados, la persecución homicida de mujeres, de niños, de aristócratas y de religiosos.

El septembrista Dantón lo dijo: «Estoy cansado de

(1) Mad. de Stael, *Considérations sur la Révolution française*.

hacer siempre el mismo gesto.» ¿Cuál era ese gesto? ¡Matar y siempre matar! Pero la declamación heredada repite en nuestros climas la sentencia de cáscara sentimental, y seducida por la música de las palabras, olvida el fondo siniestro de los hechos á que ellas se referían. En vez de asesinar se habla de hacer morir en holocausto á la patria, y salvadas las apariencias literarias, carece de importancia la esencia del atentado.

No en vano el civismo tétrico, sin alegría, tiene su mejor raíz en el gran drama.

Idéntica simulación legalista acompañó á los atropellos de índole menos cruel.

Los ataques al viejo culto del país y á sus ministros; la hostilidad á los emigrados, en cuya definición aterradora entraban, como «sospechosos», todos los parientes y amigos del condenado, sobre todo si ellos eran ricos; el latrocinio de las confiscaciones; el proceso eleccionario; la destrucción de la familia y la guerra sin cuartel á lo existente, por ser imperfecto, todos esos fueron avances odiosos, aunque siempre protegidos con brillantes atenuaciones demagógicas.

Para su desventura, los pueblos de la América del Sur han sido educados en esa escuela de refinada sofisticación, que supo rendir sobresalientes discípulos en nuestro período feudal y que los rinde ahora en otro capítulo, no igualados en sabiduría leguleya, para burlar las aspiraciones populares y titular gobiernos libres á las mansas dictaduras.

¡Cuán familiar es para los ciudadanos de este hemisferio el tipo de los mandatarios cuyo éxito supremo arranca de su misma incapacidad y aun de su culpa, y que una vez ascendidos, por usurpación, á la cumbre, utilizan á la Constitución de que ellos son befa como instrumento de autoridad sagrada, y convencidos de su misión redentora, cuasi divina, se lanzan á la guerra civil, invocando, austerísimos, los fueros del derecho y de la libertad!

Descendientes legítimos de los viejos jacobinos, al través del tiempo, ellos ofrecen el retoñamiento de las demagogias de 1789 que, no cansadas de haber costado

millones de vidas á la Europa, todavía siguen provocando hemorragias en otras tierras.

Lo singular es que cuando el plagio se culmina con figuras como Rosas, Quiroga, Francia, Melgarejo y toda la serie de tiranos que fueron fruto obligado del medio ambiente y de su época, la declamación nativa que hermosea á los hombres ejecutivos, feroces, del Terror europeo, se vuelve airada, fulminatoria, contra los representantes típicos del Terror americano. ¡Como si aquéllos fueran mejores que éstos y como si éstos no tuvieran muchas más atenuaciones que aquéllos!

Somos, pues, deudores á la Revolución francesa, en el poder, de los despotismos disfrazados—que se dicen y que suelen creerse providenciales—, y en la llanura de la enfermedad declamatoria que funda radicalismos y tendencias extraviadas.

De aquel gran foco de perturbación democrática nos vienen, sí, esas teorizaciones temerarias que embriagan y perturban el juicio de las razas sinceras de América.

Nada más ampuloso que nuestros dogmas constitucionales. A imitación del convencional que, para legislar en Francia, pedía un ejemplar de las leyes de Minos, nosotros hemos solicitado concurso doctrinario á todos los engendros ajenos de organización pública (1).

Lo sensible es que el exclusivismo de nuestra orientación intelectual nos ha conducido al error de trasplantar íntegro el sistema y el procedimiento gubernativo de una sola nación, elegida por maestra, y cuya arrogancia redentora armoniza, á maravilla, con la anarquía característica de los imitadores.

La excepción que ofrecen las organizaciones federales entre nosotros se resuelve en una simple apariencia porque dentro de esas arterias norteamericanas se hizo

---

(1) Taine, *L'Ancien Régime:* «Jamás hechos; sólo abstracciones, series de sentencias sobre la Naturaleza, la razón, el pueblo, los tiranos, la libertad; especie de globos inflados que se entrechocan inútilmente en el espacio. Si no se supiera que todo eso tendría efectos prácticos y terribles, se le creería un juego de lógica, ejercicio de escuela, actitud académica, combinación ideológica.»

correr vida distinta, mala: la sangre venosa de las demagogias adquiridas.

El más acabado modelo de ensueño, volcado sobre el papel de una ley fundamental, lo ofrece la Revolución francesa.

«En la declaración de la Asamblea nacional la mayor parte de los artículos sólo son dogmas abstractos, definiciones metafísicas, axiomas más ó menos literarios, es decir, más ó menos falsos, á veces vagos y á veces contradictorios, susceptibles de muchas interpretaciones y susceptibles de interpretaciones opuestas, buenos para una arenga de aparato y no para el uso efectivo, simple decorado, especie de insignia pomposa, inútil y pesada que, colocada al frente de la construcción constitucional y sacudida todos los días por manos violentas, no podía dejar de desplomarse pronto sobre la cabeza de los transeuntes... Todos los artículos de la declaración son puñaladas dirigidas contra la sociedad humana, y basta empujar el mango para que penetre la hoja» (1).

De esa fuente institucional sólo podía derivar, como derivó, el envilecimiento político de una sociedad, bastando para ello que la máquina teórica cayera en manos innobles.

Los sudamericanos, que siguieron la misma vía soñadora, bajo la sugestión mareante de las ideas generales, compartieron la misma cosecha de desastres internos.

El culto ardoroso de lo perfecto nos precipitó al abismo, como ocurre á todos los espíritus sin equilibrio que, lanzados á la conquista del Empíreo, olvidan las deficiencias reales que son el impuesto atributo humano.

Por olvido semejante de las leyes de la gravitación universal se han abrazado al sacrificio muchos heroicos aventureros de la altura.

Un increíble desdén, purgado con muchos dolores, nos apartó del modelo cívico inglés, del norteamericano

(1) Taine, *La Révolution*.

y de las admirables enseñanzas holandesas y suizas. De esos escenarios ilustres no llegaban voces retumbantes: en ellos no se proclamaba, con artillería de frases, el derecho de resistir á la opresión, aunque, en cambio, no se tolerara á los opresores, y nuestros pocos caucásicos y nuestros muchos mestizos prefirieron, á esos positivos ejemplos, las dulces declamaciones que halagaban las exigencias cálidas del propio temperamento.

Para servir á esa fórmula republicana se necesitó echar en los moldes el plomo derretido—que no fué, á buen seguro, bronce estatuario—de la vocinglería y de las exaltaciones criollas. Entonces tuvimos también el reflejo silvestre de la soberanía del pueblo como la concibiera el filósofo ginebrino.

Apréciese hasta dónde llegaría el radio disolvente de aquel principio precioso, así encarado, en el seno de sociedades que desconocían el sentimiento orientador de la justicia.

Por otra parte, ya entonces aprendimos á comprender el ejercicio de la libertad en la forma viciosa, anárquica, que todavía mantenemos preponderante.

No es el caso de intentar definiciones; sólo señalamos hechos. Pues bien; los hechos desarrollados durante una centuria en un inmenso campo de experimentación, afirman que el concepto de la libertad, entendida á la francesa, ha sido causa de irreparables calamidades en el seno de la familia sudamericana.

Seducidos por el sofisma jacobino, en la persuasión de estar en el legítimo plano, deslumbrados por el ideal, hemos puesto á su servicio todas las energías honradas y batalladoras de una adolescencia pura y buena.

Grande y dolorosísimo ha sido el desencanto. ¿Cómo no ha de levantar protestas ardientes aquella falsa interpretación, que nos apartó del puerto, complicando las vueltas, ya enormes, del camino, y que obtuvo el sacrificio desinteresado y estéril de varias generaciones?

Porque la libertad desenfrenada, con distinta medida para el que manda y para el mandado; sin control eficiente de poderes públicos saneados y de Cartas

constitucionales claras y terminantes; sin el escudo inviolable de los municipios; abusiva y autoritaria arriba, abusiva y licenciosa abajo, esa libertad, bautizada con el exterminio en las entrañas maternas de la Francia, fué el peor presente que pudo deparar el destino diabólico á la inexperiencia sudamericana. Las joyas de Fausto.

Así concebida, ella vino á agravar los propios defectos, legitimados, desde entonces, por el prestigio civilizado de la nación exportadora del producto. Ese auxilio dió mayor brío al romanticismo delirante de que ya padecíamos por razón de clima y de origen.

No pertenece, pues, á la metrópoli infortunada toda la responsabilidad que se le adjudica en el lote de nuestras catástrofes. Los hijos extraviados siempre agregan la ingratitud á su culpa cuando, para reducirla, miran para atrás y reprochan á sus padres la razón de su desastre.

Por cierto que no fué España, dormida en sus quereres, quien nos inculcó la funesta idolatría francesa, todavía vigente.

Señala otro aspecto errado en nosotros de ese cariño la resultancia hiperbólica, excluyente de otras, que prestamos á sus influencias sociales y el carácter de liberación fulminante, sobre un estado anterior, que le atribuímos.

La generalidad, las multitudes sin mayor información retrospectiva y sólo ansiosas, para ver claro, de localizar pronto sus convicciones en entidades antagónicas—tiranía y libertad—, poseen un criterio sobre la Revolución francesa que está muy lejos de ser compartido por los espíritus estudiosos. Para los primeros, como ocurre en la versión bíblica, el mundo estaba sumido en las tinieblas cuando, de repente, se hizo la luz, luz irradiadora, que redimió á los hombres y continúa asegurándoles infinita ventura.

Ellos y sus contradictores intensos son los blancos y azules de que habla Bourget. Para los segundos, la Revolución francesa, el suceso más trascendental de los tiempos modernos, califica una etapa de la historia que

no admite en su comentario aquella fuerza de milagro que tiene interés en atribuirle la propaganda democrática.

Pero esta apreciación elogiosa se refiere, sobre todo, al derrumbe feudal, al cese de los privilegios, á la igualdad ante el impuesto, al refrenamiento del absolutismo monárquico.

La persona humana conquistó entonces muchos de sus atributos nobles, pero lo repetimos, más exacto sería decir que el mérito de la jornada perteneció á la filosofía que, durante un siglo, había hecho cátedra liberatoria, ganando á su causa, por seducción espontánea, á los mismos reyes y abriendo ancha ruta á la reforma social (1).

Una Revolución francesa pacífica, como la soñara el pensamiento alto de Nécker, el desdoble de los sucesos dentro de normas altruístas, como ocurrió en el primer capítulo—colmado con gloria por los Estados generales y por sus derivaciones inmediatas—, esa sí hubiera sido la confirmación fecunda de la propaganda de los grandes filósofos franceses é ingleses. Entonces la carne hubiera correspondido á las impulsiones esclarecidas del cerebro.

Pero cuando la hez de la sociedad de un país, aislada, se apodera de los dogmas enseñados, para afilar con ellos bárbaras pasiones y realizar, en su nombre, el exterminio de una generación, sin reconocer la frontera de un escrúpulo, en tan siniestras circunstancias la bandera de ideales se convierte en un harapo (2).

Marejada de crimen como no se ha conocido otra

---

(1) Quinet, *La Révolution:* «Si ese pequeño núcleo de hombres desapareciera, sólo la noche se extendería sobre todo un siglo. Suprimid del siglo XVIII á Mostesquieu, Voltaire, Rousseau, Buffón, Diderot, Turgot y decid á qué queda reducido entonces el espíritu humano.»

(2) Id., íd., «La locura cesariana, tal como se la ha conocido en Calígula, Nerón, Caracalla, el traficante y el inventor del sufragio universal, Cómodo, y aun en el gran Teodosio, el exterminador de ocho mil hombres en un día, en el circo, esa locura reaparece, con rasgos parecidos, en Collot d'Herbois, Carrier, Fouché, Fréron. Igual delirio, igual invención de crueldades, igual sed de exterminio.»

igual en su género, no pudo ser ella representativa de las exigencias avanzadas del siglo.

Las conciencias honorables concluyen por sublevarse contra la mixtificación libertadora pregonada por los verdugos y por rendir admiración á las víctimas inocentes, aceptando el aserto viril del profesor Bertin, quien, refiriéndose á unos y á otros, escribía: «Nos sentimos inclinados á prodigar homenajes y aun estatuas á los héroes de aquella época; pero mucho tememos que nos hayamos equivocado en la denominación de los grandes hombres, no habiéndolos buscado en el bando justo.»

Es cierto que sólo la quimera puede pedir sucesos sin mácula: también con el fango de las corrientes se amasa la tierra fértil. Hasta en literatura, para aproximarse á la forma impecable, un Heredia se pasa la vida purificando los jugos vigorosos de su estro poético: siempre, con el cincel en la mano, frente á sus sonetos.

Es cierto también que al torrente destrenzado sobre el lomo de los peñascos no cabe exigirle la serenidad de las aguas dormidas ó detenerlo en el vértigo de la caída. Así lo comprendemos. Todas las naciones tienen cuenta abierta con *su* torrente.

Para todos los errores del pasado guarda amplias atenuaciones el criterio científico de la posteridad, y en este concepto, la Revolución francesa goza de lenitivos misericordiosos, como todas las grandes carnicerías de los tiempos sepultados. Debe agregarse que cuando ella recoge la nueva doctrina, engendrada por los filósofos, y la repite al mundo por los labios soberanos del conde de Mirabeau—antes de la irrupción plebeya que aventa sus cenizas, denominándolo traidor—, ella obtiene el homenaje simpático de la opinión europea.

Pero las luces del primer acto no salvan la reputación del drama, y mucho menos puede éste obtener el culto de apasionada admiración que le presta el desvarío sudamericano.

La Saint-Barthélemy se desarrolló en espacio de días, de horas, por obra del fanatismo religioso. Nadie

intenta redimir á sus autores. Los crímenes del Terror desbordan; ellos apenas caben dentro de un lustro. Meditados, fríos, feroces, sus ejecutores los convirtieron en institución permanente y glorificaron á la guillotina, su símbolo.

«Parece que se desciende, como el Dante, de círculo en círculo, siempre más abajo en los infiernos. Al encarnizamiento contra los nobles y los sacerdotes se ve suceder la irritación contra los propietarios, después contra los talentos, después contra la misma belleza; en fin, contra todo lo que podía quedar de grande y generoso en la naturaleza humana. Los hechos se confunden en esa época y se teme no poder penetrar dentro de semejante historia sin que la imaginación conserve inextinguibles huellas de sangre. Se está, sin embargo, obligado á juzgar filosóficamente acontecimientos sobre los cuales se agotaría la elocuencia de la indignación, sin satisfacer jamás el sentimiento interior que ellos han despertado» (1).

Ante ese altar doblan á diario la rodilla las muchedumbres americanas, olvidadizas de su interés político bien entendido, no queriendo saber que, sin necesidad de tan odioso sello bautismal, otros núcleos civilizados de fama eminente han cubierto una evolución libre que sólo en Francia ha exigido sacrificio tenebroso, sin paralelo.

No usurparémos espacio á la palabra confirmatoria del maestro Renán: «Hace dos años expusimos lo que nosotros considerámos como la marcha regular de los Estados salidos del feudalismo de la Edad Media, marcha de la cual es la Inglaterra el tipo más perfecto, porque la Inglaterra, sin romper con su realeza, con su nobleza, con sus condados, con sus comunas, con su iglesia, con sus universidades, ha encontrado medio de ser el Estado más libre, más próspero y más patriota que haya existido.»

Pero acentúa el carácter híbrido de nuestro homenaje á la Revolución francesa la evidencia de ser ex-

---

(1) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française*.

traños á nuestras demandas colectivas los agravios de índole secular, feudales, que pudieron explicarla en el escenario europeo.

Ni el llanero de Páez; ni los gloriosos gauchos de Artigas; ni los corajudos paraguayos, erguidos en Tacuarí contra el invasor argentino; ni los brasileros del Grito de Ipiranga; ni los soldados ilustres de Chacabuco y Boyacá, pidieron prestado un solo latido al drama trasatlántico para dar más energías al vuelo patriótico de sus corazones.

Antes de declarados por ley, ya la generosidad de los nativos trataba como libertos á los hombres de color. Nunca tuvimos castas sociales, tal vez con perjuicio, en cierto sentido elevado, del bienestar común. Los tributos exigidos por España, digámoslo para honrarla con justicia, jamás denunciaron voracidades de cáncer. Tampoco conocíamos la gangrena del servilismo envilecido, como los países de gleba, y si debe recordarse la ruda explotación del indio, procede localizarla en México y el Perú, países mineros, y extender su responsabilidad á los mismos criollos. El caso patológico era muy distinto. Recordemos, con Tourgueniev, que en las sociedades viejas el hombre es una conclusión y un principio en las sociedades nuevas.

Entonces, ¿de qué esclavitud ignominiosa nos redimió la Revolución francesa?

Acertada respuesta sería declarar que ella nos reató al yugo de las más disolventes anarquías, al contagiarnos sus fanatismos implacables con el aditamento de perniciosos sofismas sobre la soberanía del pueblo y sobre un sufragio universal, absurdo entonces y todavía de ejercicio quimérico.

¡Ni los pájaros del bosque hacen nidos iguales!

Pero tomando otra vez el nervio de nuestros comentarios, insistiremos sobre el error de la opinión popular sudamericana, que remite á los días de 1789 el origen de todos los derechos republicanos.

Recalcamos en la hostilidad á ese error porque de ahí arranca una serie de equivocaciones coordinadas.

«Debe atribuirse la Revolución—se dirá—á la falta

que cometió el gobierno francés tomando parte en la guerra de América. La Revolución debe atribuirse á todo y á nada; cada año del siglo conducía á ella por todos los caminos» (1).

Las ideas revolucionarias del siglo XVIII se habían difundido por toda la Europa. Mientras Diderot era recibido como un vencedor en Rusia, Prusia, por instrumento de su soberano, rendía homenaje á Voltaire y Rousseau despertaba en todas partes entusiasmos sin hora lánguida. Una onda de innovaciones se extendía por todos los centros cultos. Era el advenimiento de otra época, y los mismos fenómenos generales que anunciaran á la Reforma y al Renacimiento brotaban en los más diversos puntos del horizonte.

En la actualidad sería considerado muy mal instruído y estrecho de vistas el pensador que atribuyera á un solo país la creación de los anhelos socialistas que invaden el ambiente mundial. Las grandes fórmulas de la libertad son como mosaicos. Ellas se construyen con fragmentos, al decir de Hobbes, y muchas energías anónimas ó definitivas colaboran, á veces sin apercibirse, en la briosa tarea.

Por todos lados cedía el cimiento feudal, socavado por nuevas y desconocidas rebeliones espirituales. El gran ariete le dió la letra de molde, que puso alas al ensueño que nacía. Los hombres de Estado propagandistas del liberalismo político en las primeras naciones del viejo continente, obedecían al ardor de la vacuna filosófica, que ganaba discípulos eminentes en los centros más lejanos.

Síntoma caracterizado de esa agitación intelectual sincrónica lo brinda la expulsión de las órdenes jesuíticas, acordada por diversos gobiernos. En 1769 vino Bucareli á Sud América para cumplirla así, mandado por Carlos III.

En 1781 escribía el emperador José II, mordido su sentimiento por ansiedades democráticas: «Después que he subido al trono y que llevo la primera corona del

(1) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française.*

mundo, yo he hecho de la filosofía la legisladora de mi imperio. Sus aplicaciones lógicas van á transformar al Austria. En 1782 manifestaba al obispo de Estrasburgo: «En un reino gobernado conforme á mis principios, los prejuicios, el fanatismo, la esclavitud del espíritu, deben desaparecer, y cada uno de mis súbditos debe ser colocado en posesión de sus derechos naturales» (1).

En abono de tan avanzados asertos modifica las antiguas divisiones territoriales, suprime las dietas, extiende el impuesto al clero y á la nobleza, restringe el poder espiritual del Papa, instituye el matrimonio civil y el divorcio, cierra monasterios, se reserva el derecho de censura sobre las bulas; y por sus medidas restrictivas reduce de sesenta y tres mil á veinte mil el número de religiosos.

Oigamos de nuevo á Alberto Sorel: «El protege á los paisanos, suaviza la servidumbre, disminuye los tributos personales, construye hospitales, sobre todo escuelas, en las cuales el Estado formará discípulos en su obediencia. Su ideal sería la igualdad de sus súbditos, bajo la égida uniforme de su gobierno. El unifica las leyes; él instituye tribunales de apelación con un tribunal supremo para todo el imperio; él reglamenta la industria, somete al comercio al más riguroso sistema protector. En fin, él pone la mano sobre la Iglesia y decreta la tolerancia. «Libertad de creencia—decía él en 1777—, y no habrá más que una religión, que será la de estimular á todos los habitantes á hacer el bien del Estado.» Esta inmensa revolución fué realizada, á fuerza de decretos, en menos de cinco años... Se reconocerá que la revolución que hizo la Asamblea Constituyente fué poca cosa comparada á la que pretendió operar José II.»

Pero este emperador filósofo no señala un ejemplo aislado de renovación en las ideas gubernativas. La emperatriz María Teresa había prohibido á los sacerdotes que intervinieran en la redacción de los testamentos, así como á los monjes viajar por sus Estados.

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*

Su reconocida piedad no fué óbice á que tomara enérgicas medidas sobre secularización de bienes eclesiásticos. En 1769, su canciller, Kaunitz, le presentó un memorial proyectando reformas radicales.

Por su parte, Catalina de Rusia dirigió ataques recios al antiguo régimen religioso, puso tributo á los bienes de esa procedencia y clausuró conventos. «Ella los secularizó, adelantándose así, á su manera, á la obra de la Revolución francesa» (1).

Aun en la devota España, desde los tiempos de Felipe V, se venía combatiendo por la preponderancia del poder civil. De hecho desaparece la Inquisición, porque se la obliga á interrumpir sus atrocidades; se restringe el derecho de asilo atribuído á la Iglesia y también su capacidad de adquirir.

En el trono de Nápoles, el ilustre Carlos III había sancionado, con energía, la propaganda redentora de los filósofos. Por consejo de su digno ministro, Tanucci, introduce el matrimonio civil, impone el visto bueno de la monarquía á las bulas, excluye al clero de los tribunales y de las escuelas del Estado, amén de otras medidas concordantes en ese sentido.

Su sucesor, Fernando IV, amplía esa tendencia emancipada.

El duque Fernando, en Parma, estimulado por otro gran ministro, du Tillot, repite el ejemplo de las limitaciones opuestas á la influencia civil del clero y rehusa prestarle al Papa el homenaje que su ducado, por práctica establecida, debe rendirle.

Leopoldo reproduce en Toscana el espectáculo de reacción liberal que señala la nueva aurora. «El movimiento conquista hasta la república de Venecia, que se lanza á imitar á las monarquías.»

En Suecia Gustavo III quita sus privilegios á la nobleza. También en Portugal fermentaba la levadura filosófica, bajo la dirección inteligente del marqués de Pombal.

Nos choca aparentar una erudición que pedimos

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*

prestada. Por esa razón discreta no extenderemos este índice de rebeliones gubernativas, abundante en múltiples datos comprobatorios. Tampoco tan expresivos apartes armonizarían con la intención sintética de estas páginas. Nuestro propósito simple se limita á condensar impresiones notorias sin alejarnos de la tesis que nos mueve.

Pero reviste verdadera importancia recordar que todos los grandes escritores reconocen que Francia era el país de Europa donde presentaban menos intensidad los resabios feudales, atemperados, por lo demás, en muchos de sus rasgos odiosos.

Declara Adrien Lezay «que la opresión era menos fuerte en Francia que en España, que en Portugal, que en Austria, que en Prusia, que en Turquía; sin embargo, esas naciones han permanecido bastante tranquilas y la Francia ha hecho su revolución». Precisamente por eso la hizo, cierra el comentario exacto de Alberto Sorel.

También este escenario estaba lleno de electricidad filosófica que invadía el cielo continental, como presagio de una inmensa y bienhechora borrasca. Los más ilustres heraldos de la buena nueva social eran hijos de la gloriosa Francia, cuyo idioma eufónico se hizo entonces el vehículo de la galantería y también del ensueño innovador. Juan Jacobo llegó á ser el sacerdote de un flamante culto elevado sobre escombros, sobre el descreimiento general, fruto también de los epigramas intensos de Voltaire.

«La Naturaleza ha hecho al hombre feliz y bueno; la sociedad lo deprava y lo hace miserable.»

Concíbase la confusión anárquica que tan brillante sofisma provocaría en el medio medioeval, ajeno á la sospecha de la ilegitimidad de los preconceptos heredados.

Pronto la vehemencia latina hizo suya la causa de la atrevida sentencia, tal vez sin apercibirse de su estupenda fuerza explosiva.

La moda impuso, como supremo refinamiento elegante, el cultivo de la utopía que, muy lejos de ser, cual lo pretende la crónica gastada, bien dotal del tercer

estado, perteneció á todos los círculos. A su impulso la sensibilidad obtuvo nutridos sufragios en época señalada por sus tendencias pueriles, que sólo daba tiempo para batirse, sonreir y aprender á morir sin manchar con espumarajos importunos las blancas sedas del jubón.

«Se trataba de volver al estado de naturaleza, de admirar los campos, de amar la simplicidad de las costumbres rústicas, de interesarse en la suerte de los paisanos, de ser humanos, de tener corazón, de gustar las dulzuras y las ternezas de las afecciones espontáneas, de ser esposo y padre; mucho más de tener un alma, virtudes, emociones religiosas, de creer en la Providencia y en la inmortalidad, de ser capaz de entusiasmarse. Se quiere ser así ó se tiene la veleidad de serlo» (1).

El homenaje público agobia á los filósofos, y hasta el monarca, más sincero que ninguno, acepta complacido el contacto de la reforma. «El rey habla á la nación más como jefe que como señor», dice Tocqueville.

En el corazón tierno de Luis XVI encontraron eco los dolores públicos de su tiempo, aunque no quiso el destino, que lo marcara víctima expiatoria de las faltas de sus abuelos, darle la energía batalladora y defensiva de un Enrique IV. El príncipe relojero hace también suya la causa de la emancipación norteamericana, y cuando Benjamín Franklin penetra, como una brisa de porvenir, en el palacio de Versalles, el rey de Francia avanza, solícito, á estrecharle la mano.

«El repugnaba los medios enérgicos. El amaba al pueblo; á él le era dulce creerse querido: la idea de humillar le parecía horrible. Cuando él cayó del idilio en el drama él apartó los ojos, lleno de angustia, y retrocedió delante de la sangre» (2).

Pero el más irrefutable testimonio de la divulgación de los nuevos ideales lo ofrece el texto auténtico del memorial presentado por la nobleza y por el clero á los Estados generales.

(1) Taine, *L'Ancien Régime.*
(2) Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*

La publicación de esos antecedentes y de las actas que los acompañan arroja preciosa luz de revelación sobre el antiguo régimen. Asombra apercibirse de que, salvo sus privilegios particulares, restringidos, las dos clases aristocráticas acompañan en todos sus extremos de innovación á los heraldos de la burguesía.

Ellas piden que se determinen, en forma precisa, los derechos que asisten á todos los hombres, á fin de garantir su propia seguridad; ellas proponen la abolición de la gleba, la supresión de la trata de negros y algunos exigen la demolición de la Bastilla, declarándose, á la vez, contra las órdenes ilegales de prisión, *lettres de cachet*.

También ellas insisten en la abolición de los tribunales privilegiados; en la elección popular de los magistrados; en la proporcionalidad de las penas, imponiendo á todos la igualdad castigadora; en la libertad de trabajo y de industria, de imprenta y de conciencia; en la inviolabilidad de la propiedad y de la correspondencia; en el derecho de la nación de reunirse en Estados generales, negando á los ministros facultad para disolverlos, siendo públicas sus sesiones é inviolables sus miembros; y también en el derecho privativo de esa asamblea de crear los impuestos y de refrendar las leyes.

Ellas reclaman la supresión de los derechos regalianos, de la servidumbre personal y de ciertos ceremoniales depresivos, tales como el doblegar la rodilla, «porque el espectáculo de un hombre arrodillado delante de otro lastima á la dignidad humana y significa, entre seres iguales por naturaleza, una inferioridad incompatible con sus derechos esenciales» (1).

Ellas abogan por la responsabilidad de los magistrados; por la rendición pública de cuentas; por las limitaciones al poder real, negándole á éste la facultad de usar de las tropas en diferencias internas, sin previa autorización de los Estados generales; por la difusión de la enseñanza; por la gratuidad de la justicia; por la

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime*.

creación de hospitales, y por el derecho, extensivo á todos los franceses, de elegir y de ser elegidos.

Sorprende la amplitud de estas reformas, que presentamos en síntesis incompleta, y su recuerdo resulta de provecho para aplacar, en algo siquiera, la precipitación de las demagogias sudamericanas.

En confirmación de los asertos anteriores dice el verídico Taine, refiriéndose á la nobleza de provincia: «Mucho he leído: yo no he encontrado en ellos nada que denuncie á los tiranos rurales que describen los declamadores de la Revolución. Altaneros con el burgués, ellos son ordinariamente buenos con el paisano.»

La filosofía no esperó á fecha determinada para socavar el cimiento feudal de la Francia. A su influjo redentor cruje el absolutismo y se engendran ansias hasta entonces desconocidas. El mariscal de Richelieu calificaba bien este vuelco creciente de las ideas cuando decía á Luis XVI, con la autoridad que le prestaba su servicio á tres reinados: «Sire, bajo Luis XIV no se osaba pronunciar una palabra; bajo Luis XV se hablaba muy despacio; bajo Vuestra Majestad se habla muy alto.»

Cerrando el cuadro, resta observar que Inglaterra no fué extraña al movimiento filosófico de los tiempos; mal podía ocurrir así cuando ella había sido la cuna de la reacción libertadora de espíritus, de hombres y de pueblos.

Pero la profunda sabiduría política de sus hijos salvó á la nación inglesa de caer en el abismo de las contradicciones anárquicas. Bolingbroke, Tindall, Hume, Bentham y sus ilustres corifeos no encontraron eco de insurrección clamorosa en el seno de sus conciudadanos, protegidos, contra toda tentación disolvente, tanto por el enchapamiento flemático de origen como por su severa adhesión á los principios inmutables de la Biblia. «Nacida en Inglaterra—dice Taine—la filosofía del siglo XVIII, ella no pudo desarrollarse en Inglaterra» (1).

Por cierto que la sociedad cuyo civismo se venía

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*

labrando en documento de granito desde época anterior al reinado de Juan sin Tierra, connaturalizada, desde hora remotísima, con el ejercicio de las instituciones libres, al extremo de poderse afirmar que ellas han nacido allí, «porque la libertad política es, por así decirlo, un producto del suelo nacional, y lejos de descender arbitrariamente del Estado á la comuna, ella nace en la comuna»; esa sociedad, repetimos, que jamás ha perdido la brújula en la tarea incesante de construir sus soberbios destinos, no tenía motivo para compartir las intensas agitaciones que flameaban, como llamaradas, en los grandes hogares del continente.

Recapitulando, después de anudar estas simples anotaciones, sólo resta realzar las evidencias de la historia, que por sí se imponen.

Los entusiasmos parciales y exóticos del alma americana en mucho extravío incurren cuando ellos hacen entender, todos los días, que la libertad, tal cual la comprende y la practica el mundo civilizado, brotó repentina, evocada por los sucesos apocalípticos de 1789.

Fuera de que las grandes conquistas del ideal, como el amanecer, no llegan de súbito, debe advertirse que la elaboración del bien y de la verdad no son fruto exclusivo de nadie. Dentro de su unidad exterior, ellas presentan el rasgo escalonado de diversas civilizaciones ó esfuerzos, al igual de esas catedrales centenarias, edificadas por etapas, cuyo conjunto exhibe el sello de distintos estilos arquitectónicos.

Todo lo expuesto apenas basta para señalar el carácter tendencioso de la creencia de las multitudes sudamericanas con respecto al significado único, de aurora, que atribuyen á la Revolución francesa.

Por muchos extremos rompió sus luces el nuevo día, siendo ellas promesa más fiel, en otros climas, del advenimiento solar del derecho moderno.

VII

Las redenciones del siglo XIX

Con respecto á las resonancias del drama, cabe formular juicios muy semejantes. Nosotros remitimos á la Revolución francesa todos los éxitos posteriores de la soberanía del pueblo. He ahí otro aspecto pernicioso de nuestra información sectaria, servida en sus prejuicios por las ligerezas de una juventud social que, como todas las juventudes tropicales, vive en perpetuas fiebres apasionadas.

Ya que nos domina el empeño de encontrar la ascendencia de los sucesos actuales, sería más exacto proclamar que la renovación del ambiente contemporáneo es la obra impersonal de la filosofía del siglo XVIII, que, sin derramar una gota de sangre, operó de cataratas al pensamiento humano. Sus heraldos fecundaron el espíritu de un siglo y fueron ellos los autores de una revolución universal que redimió á las conciencias, de emperadores abajo, vencedora de todas las consignas autoritarias, que decretó la caída, no de una Bastilla material, sino de todas las Bastillas materiales y morales del orbe, y que, en vez de engendrar tiranías y cesarismos, llamó á juicio á todos los tiranos y á todos los césares de todos los tiempos.

«Por radical que haya sido la Revolución, ella ha innovado, sin embargo, mucho menos de lo que se supone generalmente... La Revolución ha sido, lo que menos, un acontecimiento fortuito. Ella ha tomado, es cierto, al mundo de improviso, y sin embargo, ella no era más que el complemento del más largo trabajo, la

terminación repentina y violenta de una obra en la cual diez generaciones de hombres habían trabajado. Si ella no hubiera tenido lugar, el viejo edificio social no hubiera por eso dejado de derrumbarse por todas partes: aquí, más ligero; allá, más tarde; solamente que habría seguido cayendo pieza por pieza en lugar de derrumbarse de golpe. La Revolución ha realizado de repente, por un esfuerzo convulsivo y doloroso, sin transición, sin precauciones, sin miramientos, lo que se hubiera alcanzado poco á poco, y por sí mismo, á la larga. Tal fué su obra» (1).

Resta por averiguar si esa obra, escoltada por hecatombes que duraron años, ha poseído el prestigio redentor que le adjudica el entusiasmo sudamericano con superioridad al desarrollo libre de Inglaterra, de Alemania, de Holanda y Suecia, por no decir de casi toda la Europa. Por caminos menos siniestros han llegado esas sociedades políticas á adquirir el goce pleno de la soberanía, con menos estruendo declamatorio, pero, sin duda, con más verdad efectiva que la Francia actual.

Hiriendo en carne viva, Taine ha tomado sobre sí la valiente tarea de reducir á sus justas proporciones simpáticas el drama de 1789 y su significado libertador, tan pálido todavía en el país que sufrió sus anarquías. El pone punto final á las ponderaciones interesadas, y según serena confesión propia, traza sus capítulos ajeno á las impulsiones militantes: «como si el objeto de sus juicios fueran las revoluciones de Florencia ó Atenas».

Agradecimiento muy intenso deben las nuevas generaciones hispanoamericanas al admirable clínico que se ha decidido á grabar en páginas maestras una crítica que flotaba tímida en el fondo de los espíritus sinceros y capaces de rendirse á la elocuencia de los hechos.

Porque, en realidad, el escritor-filósofo sólo ha dado su fórmula exacta y definitiva á la angustiosa vacilación que empapa los comentarios tejidos por todos los

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime.*

espíritus eminentes que han hecho del cataclismo nacional el tema de profundas meditaciones.

En concepto de Quinet, «la Revolución francesa no tiene necesidad de apologías: verdaderas ó falsas, todo el siglo está lleno de ellas. Una palabra más sería superflua. ¿Qué falta, pues, decir? Falta descubrir y mostrar por qué tantos y tan inmensos esfuerzos, la realización de tantos sacrificios, un tan enorme gasto de vidas, han dejado tras de sí resultados todavía tan incompletos y tan informes. Todo un pueblo ha exclamado por millones de voces: «Ser libre ó morir.» ¿Por qué hombres que han sabido tan admirablemente morir no han podido ni sabido ser libres? He ahí la interrogación que sola se plantea. Yo la recojo en los términos en que ella se ha presentado, hace más de medio siglo, á Mounier y á Mad. de Stael. Pero en este caso será un amigo de la Revolución quien señalará las faltas de los revolucionarios» (1).

Pero el estudio más frío del pasado cercano ha demostrado que Edgard Quinet padeció error generoso cuando dijo que un pueblo entero puso su hombro en la jornada del fin de un siglo. Bien se sabe en la actualidad que la bandera esplendente de los Estados generales, convertida en divisa sanguinaria durante un lustro interminable, la flamearon los menos contra los más: turbas, sin otro ideal que el crimen disfrazado con pretextos regeneradores, cebadas en los bienes, en el honor y en la vida de las clases dirigentes.

Seis mil jacobinos adueñados de París y trescientos mil, en total, de Francia, fueron el azote de veinticinco millones de almas, yertas de espanto. Así, con respuesta de cifras certificadas, la crítica opone el mejor contraveneno á las declamaciones del lirismo incurable.

Madame de Stael sólo reconoció por adversario á Bonaparte. Su magistral libro sobre la Revolución francesa está muy lejos de ser un proceso. La hija ilustre del ilustre Nécker, educada en la creencia protestante,

---

(1) Quinet, *La Révolution.*

que tanto dilata los horizontes y familiariza con la libertad, era un espíritu de alto vuelo, sin flaquezas de mujer.

Empapada en las doctrinas innovadoras de los enciclopedistas y vibrantes en su memoria los preliminares de la tragedia, sus entusiasmos palpitan del lado de las ansiedades populares. Pero esa preferencia lógica no enceguece á la pensadora, que á cada paso se rebela en sus páginas contra la religión del delito que usurpa el altar de la virtud.

A ella le somos deudores de esta útil declaración: «Interesa á los extranjeros que se les hagan conocer los escritos verídicos sobre la Revolución; porque jamás, con respecto á ningún otro asunto, se ha publicado tan gran número de libros y de folletos donde la mentira se haya desenvuelto de tantas maneras para simular talento y satisfacer á mil géneros de vanidades.»

Prosigue: «Los gérmenes de ese sentimiento han existido en todos los tiempos; pero sólo en la época del Terror en Francia se ha sentido temblar á la sociedad humana en sus fundamentos. No debe, pues, sorprender si este abominable azote ha dejado profundas huellas en los espíritus; la única reflexión que surge, y que yo espero confirmar en el curso de esta obra, es que el remedio á las pasiones populares no se encuentra en el despotismo, pero sí en el reino de la ley... Si se exceptúa la dirección de la guerra, el manejo de los negocios sólo era una mezcla de brutalidad y de ferocidad en la cual no se descubría otro plan que el de hacer masacrar á la mitad de la nación por la otra mitad.»

Cuando Mad. de Stael estampaba estas censuras era á raíz del incendio; intacta todavía la fama esplendente de los dogmas cuya personería invocaran los verdugos. Aun la experiencia no podía dar el sufragio doloroso que, después de corrido un siglo, ella está en aptitud de emitir sobre los beneficios positivos derivados de la República demagoga.

Si la célebre escritora hubiera brillado en la actualidad, á buen seguro que brotaría más severo su reproche.

La palabra de Renán pesa. En una de sus cartas,

tan conocidas, á Strauss le manifestaba: «Esos de vuestros historiadores, como Ranke y Sybel, que sólo ven en la historia el cuadro de las ambiciones principescas y de las intrigas diplomáticas, por las cuales una provincia se resume en la dinast a, á menudo extranjera, que la ha poseído, son tan poco filósofos como la ingenua escuela que quiere que la Revolución francesa haya marcado una era absolutamente nueva en la historia. Sólo nos parece práctico un término medio entre esos dos extremos.»

De manera, pues, que nosotros apenas nos limitamos á reflejar mal el juicio de los grandes escritores franceses, cuando resistimos á la ola del frenesí sudamericano, que atribuye la mayoría de los males pasados de los pueblos á la ausencia de la Revolución y la totalidad de sus bienes actuales á su presencia.

No; el siglo XIX no se llena con los ecos del drama. Mucho más han encelado sus energías democráticas otros factores que suelen olvidarse, como ocurre siempre con los grandes servidores.

Mientras el Terror, coronado por el cesarismo, abría la centuria con tres lustros de tiranía, la humanidad toda, al empuje maravilloso de las máquinas, penetraba conquistadora en una nueva etapa, sonriente y dichosa, iluminada por esperanzas que hubieran parecido, la víspera, promesa de milagro.

¡Qué diminuta vimos antes á la Revolución francesa comparada con el despertar grandioso de la propaganda filosófica, erguida la rama tortuosa frente al tronco! ¡Y qué diminutos parecen ahora ese mismo huracán y su engendro Napoleón si comparamos su influencia jactanciosa con la humilde y formidable influencia de la mecánica, del riel, de la telegrafía y de la prensa! (1).

Como la *Enciclopedia,* sin sangre, sin luto humano, labraron el cauce luminoso las nuevas herramientas de la evolución ascendente. Se refiere que el vencido de

(1) Según Lombroso, Copérnico y Galileo, atacando en su base al prejuicio anticientífico de la Edad Media, hicieron más por la redención humana que todas las revoluciones del siglo XIX.

Waterlóo lamentaba en Santa Elena no haber aceptado el ofrecimiento científico de Fulton, que hizo esfuerzos indecibles por obtener atención del dominador. Es cierto; el insigne obrero, también descubridor de un mundo —el mundo del vapor—, como el otro que golpeara en vano á la puerta de muchas grandezas en procura de auxilio paupérrimo, ha revolucionado más el destino de los hombres que quien fuera dueño por un rato de casi todos los países civilizados.

Esta evidencia esclarecida conviene recalcarla á los ojos de la raza americana, enferma de ensueño, y que dejaría de ser latina si, á pesar de pregonar lo contrario, no sacrificara á la embriaguez de la gloria militar el prestigio sereno de las jornadas sin estampido de artillería.

En 1769 Arkwright crea el motor de agua; en 1770 Hargreaves inventa la máquina de tejer; en 1776 Crompton concibe la hilandera; en 1792 Relly perfecciona el anterior esfuerzo con su hilandera automática; en 1785 Cartwright aplica á la manufactura del algodón el bastidor mecánico.

Agréguese á esto el descubrimiento de inmensos yacimientos de carbón, su aplicación industrial y la multiplicidad de los usos del hierro, más valioso que el oro como palanca del progreso general.

El impulso creado por estos nuevos estímulos sociales recién empieza á obrar como un vértigo de renovación en el primer tercio del siglo XIX. Con el mismo asombro casi supersticioso con que ahora vemos á los héroes de la navegación aérea disputar sus secretos al espacio, vieron en 1809 las poblaciones ribereñas del Hudson deslizarse sobre las aguas al gloriosísimo Fulton. Mucho más adelante el ferrocarril abre rutas inesperadas al comercio y á la cultura universal, llevando y trayendo mercancías, ciudadanos, ideas.

Es que la humanidad, azorada, se lanza, bajo fiebre de deslumbramiento, á la exploración de un orbe hasta entonces ignorado. A su empuje caen por tierra las columnas de Hércules. Hay que ir más allá; siempre más allá.

La investigación revela horizontes infinitos á todas las iniciativas. Los sabios, desde la cumbre de la ciencia, muestran á los pueblos panoramas de bellezas inviolados ante cuyo paralelo resultan pálidas é irrisorias las perspectivas opulentas que ofrecía el César á sus soldados apuntando á los valles de Italia. Es tan colosal el vuelco de las ideas y de las actividades, que parecería que, á un conjuro mágico, han aumentado las células del cerebro y ha crecido la capacidad arterial de los corazones.

¡Y todavía no hemos pronunciado una palabra para iniciar el himno á la prensa!

Nos desentendemos de hacer la crítica de sus defectos. Tal vez á menudo y en su acepción local ella suela ser, como afirmaba Beaumarchais, una gran catapulta puesta en movimiento por los pequeños odios. Esas son las resacas del mar, que él mismo lava escupiéndolas sobre la orilla.

Tomemos á la hoja impresa como vehículo de pasión militante, del anhelo público, de polémica, de ilustración rápida y fácil, informativa de los latidos del alma social, acusadora de prejuicios, creadora de afanes fecundos.

Es incalculable la intensidad revolucionaria de esta energía, que filtra sus rayos de luz al través de todas las paredes y de todos los errores. Basta describir esa novísima pieza de combate para comprender la trascendencia de su aparición.

El aislamiento feudal ha existido en el orden político y en el orden intelectual, siendo, en mucha parte, el primero derivado lógico del segundo. La prensa decretó la solidaridad del pensamiento universal, la desaparición en el campo de las ideas, de todos los puentes levadizos, de los hoscos cismas que separaban unas de otras con murallas de prejuicios á las multitudes europeas.

¿Y la influencia colosal de la ciencia en sus diversas ramas, todas concordantes en la misma consigna de triunfo? ¿Dónde está el sistema de pesas y medidas capaz de apreciar esa labor de los semidioses, que presen-

ta laderas de montaña? Tal vez se empieza á concebir su trabajo gigantesco cuando se piensa en la resistencia opuesta á la perforación bienhechora por tinieblas cien veces blindadas.

El siglo XIX está repleto de sus rumores que perturban la calma de la vieja colmena.

La astronomía, las matemáticas, la química, las ciencias morales y políticas se abaten sobre las ignorancias hereditarias y sustituyen, con afirmaciones sesudas, las negativas dogmáticas de la centuria anterior, que tanto necesitó destruir. La experimentación y el análisis hicieron el prodigio. ¿Cómo alcanzaron ellos á posesionarse del ambiente y á contagiar redenciones en las extremos más inaccesibles del cuerpo social? ¡Preguntadle á la semilla de qué modo, viajera de la brisa, ella llegó hasta las cumbres escarpadas para germinar y convertirse en árbol!

Una creencia novísima sobre el hombre y su destino terrenal debía nacer como resultante impuesta de las flamantes revelaciones. Colocada en otra etapa de lucha, la filosofía deja atrás los trofeos adquiridos y se lanza á más avanzadas pesquisas. Cuanto más ahonda ella sus exploraciones se descubren á su examen y á su tentación conquistas renovadas y complejas, porque los ideales se expanden con la meditación estudiosa, parecidos en eso á la Vía Láctea, que se resuelve en nuevos mundos estelares cuanto más profundizada por el telescopio.

Modificado en su fundamento el concepto de la unidad, debieron caer, por falsas, las sumas y las restas de los tiempos pasados. Entonces se supo que la sociedad está muy lejos de ser la consecuencia fortuita de un contrato y que sus alternativas dichosas ó adversas son exigencias normales de su desarrollo, fenómenos coaligados, sujetos á causas científicas soberanas; que la marcha de los pueblos obedece á las impulsiones complejas de sus orígenes; que todos los organismos reciben el sello indeleble del medio, señor absoluto de las cosas.

Una lección de preciosa humildad brota de esos manantiales inagotables de la moderna sabiduría. ¡Qué largo se dibuja el camino que lleva al través de las im-

perfecciones atávicas al Edén tan soñado de las justicias igualitarias! ¡Qué diversa solución pide el problema democrático, así planteado, á la solución declamatoria, sanguinaria y *a priori* de las postrimerías del siglo precedente!

Como vemos, el jugo de vida de muchas madres alimenta el nuevo espíritu social. Nadie tiene preferencia en esa colaboración civilizadora; pero si algún esfuerzo destaca entre tantas energías nobles, el laurel de la victoria debe deshojarse sobre los grandes apóstoles de la ciencia, desde Lavoisier, guillotinado en castigo de su genio, hasta Spencer y Pasteur.

La maravillosa obra libertadora del siglo XIX excede en mucho, como efecto, á la causa inicial que suele adjudicarle la demagogia dominante entre nosotros. Con respeto profundo de los acontecimientos muertos y de las razones poderosas que los crearon, el siglo recién extinguido ha variado de tal manera el concepto del deber social y político que, abrumada por las enmiendas y rectificaciones de fondo, desaparece la tesis de reforma agitada por la Revolución francesa.

En la actualidad se construye de otro modo, en consonancia con otras tendencias arquitectónicas.

Pero el sofisma soberbio no se rinde con facilidad. Cuando Turquía implantó, hace muy poco, el régimen parlamentario, imitándola luego Persia, la prensa parisiense saludaba esos brillantes ensayos de soberanía como latidos de la Revolución francesa al través de la historia. Incurriendo en exageración semejante, sería del caso atribuir á Inglaterra, más libre antes y más libre ahora que Francia, la fecundación liberal de los pueblos orientales. Pero no; lo sensato es reconocer en aquellas tentativas constitucionales la vacuna del espíritu del siglo, que no pertenece, por felicidad, á determinada nación.

El oído latino, amante de la música doctrinaria, no quiere someterse á la verdad inconcusa que se desprende de los sucesos. Insistimos en señalar ese romanticismo como uno de los más graves perjuicios originados por la vieja demagogia. La América del Sur está llena

de sus ecos. Sus multitudes generosas siguen todavía ignorando que el ideal escrito en las nubes es siempre superior á la realidad. Así ocurre con todas las hermosas fantasías del pensamiento: hasta los viajes parecen más brillantes trazados que cumplidos.

Los sofismas glorificados de la Revolución francesa han contribuído á afirmar ese extravío fundamental de nuestro criterio, al que ya nos inclinaba el ímpetu imaginativo.

¡Cuántos desastres y cuántas vergüenzas continentales ahorrados si en vez de abrazarnos á los radicalismos girondinos, seducidos todos por una mentira en boga, hubiéramos comprendido la temeridad de las teorías que nos embriagaban!

Fieles repetidores de las máximas de 1789, nos limitamos á retratarlas en todos nuestros gestos; y convencidos, con loable sinceridad, de que ellas eran el arca santa de la libertad, nos aferramos, ¡heroicos corifeos! á su disciplina torturadora. Ese error de interpretación explica todas las catástrofes posteriores. Los afeites, simples detalles que embellecen ó disfrazan, no cambian la esencia misma de la fisonomía.

Los heraldos de la Revolución francesa nos acostumbraron á concebirla como el parto más glorioso de los tiempos, que había disipado, con suerte mágica, los dolores morales y políticos de los hombres. Juzgada desde ese punto de vista poético, ¿cómo no entregarse á las fascinaciones de su culto incondicional?

Frente á la antigua monarquía, exhibida delincuente bajo todos sus aspectos, brotaba la redención deslumbradora. El espíritu del mal y el espíritu del bien de la tradición remota. Por decretos, con lujo metafísico, se consumó la reacción justiciera. Sieyes había definido la fórmula con suprema habilidad: «¿Qué es el tercer estado?—Todo.—¿Qué ha sido hasta ahora?—Nada.»

La irrupción romántica de 1830 agregó á los atractivos trágicos de la epopeya el esplendor de hermosas creaciones. La expansión lírica se apoderó con avidez del drama y la fantasía excitada de sus grandes apóstoles labró, infatigable, en tan opulento veneno artístico.

Nada más lógico que el entregamiento ciego de las muchedumbres sudamericanas al enérgico reclamo amoroso.

Perdida la rienda, ellas también quisieron resolver, por ley escrita y sin consultar las circunstancias, el problema de sus destinos institucionales. Lo importante era alcanzar la reproducción exacta del ejemplo admirado.

El doctor Ayarragaray nos ofrece el siguiente testimonio gráfico de esa neurosis: «El doctor Salvador del Carril, gobernador de San Juan, imbuído en el liberalismo de Rivadavia, créese obligado á dar á la diminuta sociedad que políticamente preside, tradicionalista y católica, reformas sabias, que no amparaban ninguna conciencia ni suprimían ningún dolor social. Pero á ello lo inducía el simplismo de concepto y con toda pompa, proclama en la miserable aldea la libertad de cultos, como un legislador iniciando una reforma mundial. ¿Quién reclama semejante ley? Nadie. ¿A quién aprovechaba? A un solo protestante que moraba en los dominios del celoso gobernador, al doctor Franklin Rawson...»

Sin la enseñanza, mal recogida, de 1789, el pensamiento continental se habría apartado del rumbo extraviado. Síntoma en ese sentido lo ofrecen los primeros generales de la Independencia que pudieron viajar por Europa. Tanto ellos como los más eminentes hombres públicos favorecidos por la visión de otros escenarios de cultura, se sustrajeron al magnetismo francés de las ideas y trajeron grabada en la memoria la imagen libre de Inglaterra.

Pero la ignorancia que se desconoce á sí misma arroja á los niños á la afirmación resuelta; sólo la sabiduría engendra la duda. Nosotros éramos tan ignorantes como niños, y también con entusiasmo infantil juramos por cosas que no veíamos claro ni alcanzábamos á comprender con precisión.

Sobre todo, el error inductivo llenaba todas las mentes. Como primer rasgo fatal de la copia francesa resalta la reacción encarnizada contra el pasado colonial; es

decir, la renegación jacobina del medio, ó sea del propio hogar.

Las consecuencias sociales de ese rompimiento fulminante han sido incalculables. Sin saber nada, abandonamos, lejos de la orilla, el esquife volcado que nos ayudaba á mantenernos sobre la superficie. Eramos fruto legítimo de España, de sus buenas como de sus malas cualidades. Para mayor desventura, la metrópoli no quiso, no pudo, ó no supo—con probabilidad lo último—prepararnos para la vida autonómica. Ella nos hizo á su imitación: una España americana, como decía don Martín de Alzaga.

Ella nos educó como amo y señor, con el lujo de potestad paterna usado por los castellanos viejos con su prole. Siempre habíamos acatado sus inflexiones de mando. Nunca pensamos en darnos impuestos, representación propia, sufragio, voz deliberativa en nada ni para nada.

Pero del fondo de tanta orfandad democrática habrían arrancado los nativos el porvenir, á no ser el grave trastorno creado por las generalidades subjetivas. Trabajando sobre sí mismo se perfecciona el temperamento como se pule el diamante bajo el castigo de sus propios polvos.

Rica y vistosa era la tela étnica de los nuevos republicanos. Ellos ignoraban las agitaciones del alma popular, encauzada en normas regulares de actividad; pero, en cambio, la brava sangre hispana, inyectada en venas indígenas, había dado un producto fuerte de músculo y recio de coraje, de comprensión rápida y capaz de sentir hondo. El contacto permanente con la naturaleza salvaje, montando perpetua guardia frente á sus asechanzas, sin socorro civilizado, en reino de soledades, adobó el espíritu varonil de la raza, que se hizo belicosa, trashumante, apasionada por el peligro y por la ventura y de estoicismo arábigo para el sufrimiento.

La más cruel censura de la metrópoli y de sus empresas coloniales no podrá desconocerle su valioso concurso en la elaboración del tipo continental, como

tampoco la más cruel censura de nuestros defectos orgánicos, tan conocidos, y que contrabalancean nuestras aptitudes, podrán convencer de nuestra impotencia excepcional para el ejercicio de las instituciones libres.

A buen seguro que no han sido mejores y sí inferiores á los sudamericanos los padres de la democracia australiana—gentes livianas y delincuentes—, y sin embargo, aquella sociedad política admira hoy por su elevada y ejemplar cultura.

Como dato convincente basta recordar que á la capital de Tasmania, apéndice del continente oceánico, se le modificó el nombre, con el correr del tiempo, en mérito á la detestable reputación de sus orígenes, creada por la deportación que hacía el gobierno inglés de la escoria social del Reino Unido.

Sin incurrir en el colmo de ciertos optimismos halagadores, que conceden al nativo la misión providencial de redimir de sus cansancios al europeo, ni precipitarnos en la exageración opuesta que, en el afán de injuriar á España, niega á los pueblos hechos á su hechura toda capacidad para implantar el régimen constitucional, creemos aproximarnos á la verdad reconociendo que los sudamericanos pudieron llegar, dentro del marco nacional imperfecto, al ensayo trabajoso del gobierno representativo.

Inteligentes, generosos y apasionados, ellos se perdieron en la vorágine interna por el deslumbramiento de la Revolución francesa, que los indujo á desdeñar la tradición materna, lanzándolos al abismo devorador de las teorías, ingratos con su ascendencia histórica, al par de esos hijos ligeros de cascos que sacrifican el amparo solariego á la primera amistad que les brinda el acaso.

Cuando sólo la labor perseverante, hermanada al tiempo, maestro profundo, nos abría ruta de esperanza organizadora, caímos en las desorientaciones utópicas de la filosofía, redentoras en el seno de las sociedades caducas, pero sin la menor aplicación práctica entre nosotros. Aumentó la gravedad de ese primer descon-

cierto el culto que declaramos á la Revolución francesa, creyéndola, con sinceridad de iluminados, ejecutante testamentaria de aquella propaganda inmortal y monopolizadora del ideal emancipado en el mundo. Aferrados á la convicción de la primera juventud, todavía continuamos pidiéndole consejo equivocado, ciegos al carácter odioso de sus excesos, que conceptuamos, sin género de duda, el duro precio de la libertad adquirida por el universo.

De ahí que las carnicerías espantosas del drama nos resulten siempre de una conmovedora fuerza épica; de ahí que nuestra fantasía febriciente exalte sus «atroces virtudes»; de ahí que seamos tan benevolentes con los protagonistas del desvarío extranjero, aceptando para ellos circunstancias atenuantes que negamos á la memoria interesante de nuestros caudillos, prisioneros del fatalismo.

La demagogia triunfante en 1789 nos enseñó el sofisma de la libertad, alejándonos así de su ejercicio verdadero. La mentira republicana, que todavía exhibimos tan afanosos, trae la misma engañadora procedencia. Persuadidos de que las palabras eran remedio maravilloso para todas las impurezas sociales, á ellas confiamos la curación de nuestras afecciones orgánicas, rebeldes al consejo de los más ilustres americanos que más de una vez obtuvieron título de traidores por oponerse al frenesí torrentoso de la corriente popular. La razón profética pertenecía ya entera al gran Alberdi, quien, cerniendo el vuelo sobre las vulgaridades dominantes, dió la fórmula, recién ahora aceptada y comprendida: «Gobernar es poblar.»

La Revolución francesa nos impuso el despego del pasado en mérito á su delito secular.

También nosotros tuvimos una noche del 4 de Agosto para hacer una hoguera con el combustible de todos los privilegios existentes, aunque ninguno de los remaches feudales nos ponía grillete al pie.

Tampoco teníamos régimen de castas. De títulos nobiliarios sólo conocíamos los importados por el corto período de uno que otro desempeño virreinal. Fana-

tismo religioso opresor no cabía en paño territorial tan inmenso y de población tan diluída.

Sin embargo era necesario reproducir íntegro el cuadro imitado, sin detenerse á considerar las fundamentales diferencias ambientes.

El anatema monárquico, que ya hemos señalado, también se adoptó, y entonces aparece la contradicción singular entre las ideas decretadas y las ideas encarnadas en la opinión.

Idéntico anhelo de copia llevó al ensayo de los ejércitos bajo la vigilancia civil de un delegado, un convencional, revestido de facultades extraordinarias, y la ejecución nefanda de Liniers—nuestro Luis XVI—y de sus compañeros, apunta otra semejanza con la intransigencia terrorista.

VIII

Sofismas democráticos

En los fastos rencorosos del 93 aprendimos á no dar cuartel al adversario y á ofendernos también si se apellidaba crimen al ensañamiento con el vencido.

Bajo ese contagio implacable vemos erigirse á la mayoría de los generales sudamericanos en celosos agentes de la represalia jacobina. Todos fusilan y hacen justicia, penetrados de que cumplen un deber inspirado por su excelsa misión libertadora. ¡Ay de quienes se opongan al éxito republicano! Las bárbaras pasiones, disfrazadas con los atributos leguleyos de la demagogia importada, se encargarán de aplastarlos, sin desprenderse del estribillo consagrado: ¡Guerra á muerte á los tiranos!

Esa misma divisa hizo florecer al patíbulo en Francia.

Extirparse los unos á los otros, como plantas malditas, en las luchas de la independencia, al principio, y en los dramas de la guerra civil, después. Bolívar, el más grande de los libertadores, lo dijo así en la célebre proclama que prometía perdón á los americanos culpables y la muerte á los españoles inocentes.

En el curso de las tragedias internas no sólo pertenece á los déspotas el patrimonio de las teorías exterminadoras.

Tan convincente es, en ese sentido, el epígrafe brutal de las divisas rosistas: «¡Mueran los salvajes unitarios!», como la actitud de sus contradictores que, apoyándose en una serie de consideraciones curiosas, de extracción filosófica y con abono de opiniones griegas, romanas y aun de Rousseau, declaran que es *acción*

santa asesinar á Rosas, como el precio puesto por Posadas á la persona de Artigas, como el fusilamiento de Dorrego por el ilustre Lavalle, como el asesinato jurídico de los hermanos Carrera, en Mendoza, y como el sacrificio del heroico Chilavert.

Este furioso radicalismo destructor de vidas evoca el juicio oratorio de Mirabeau sobre el adversario: «Cuando tiene razón discutimos; cuando está equivocado lo aplasto.»

Habla un argentino: «En efecto, seis mil pesos se ofrecen al que entregue la cabeza de Artigas, pues el degüello era un procedimiento ordinario en la discordia civil. Proclamas oficiales hubo que, mientras tranquilizaban al *ciudadano honesto,* amenazaban al osado «que debía temblar», entretanto las asonadas atronaban las calles de la ciudad al grito de «¡mueran los federales!», haciendo presentir el alarido de exterminio contra los unitarios que, por dos décadas, salmodió la dictadura rosista. Aun no circulaban los epítetos de salvajes, *inmundos y asquerosos*, pero ya se denostaba á los enemigos, como «execrables criminales» contra los cuales veíanse obligados los gobiernos «á descargar los golpes de su poder, dada la magnitud de sus crímenes» (1).

Toda esa fraseología ampulosa denuncia al parentesco jacobino, que también se señala por la convicción iluminada que se atribuía cada bando con respecto al bando rival, tenido por terrible delincuente.

De un lado los puros, las convicciones atenienses, el desinterés girondino, la sabiduría política, la visión del porvenir: los libertadores. En la línea opuesta los impuros, las creencias mercenarias, el crimen monárquico, la montonera salvaje, la barbarie de los campos: los grandes culpables.

Nada más ingenuo que esta mistificación paradojal, que tuvo su auge apasionado en los lustros incipientes, reproducción fiel del dualismo de luz y sombra alimentado por la declamación de los revolucionarios

(1) Ayarragaray, *La anarquía argentina.*

franceses. Como eco típico de aquellos trasnochados fanatismos teóricos se repite en serio, por ejemplo, que en Montevideo «se salvaron las libertades del Río de la Plata»,

El espíritu imparcial de las nuevas generaciones sonríe ante estas candorosas afirmaciones del sectarismo, que nos habla de libertades públicas, que ningún partido practicó en la remota época, y que se empeña en convencer á la posteridad de que unos defendían el fuego sagrado y otros eran manada de asesinos á cuyo empuje la civilización de esta parte del continente corrió entonces peligro de muerte eterna.

La filosofía de la historia se rebela contra el absolutismo de este y semejantes asertos, idénticos al del actual socialismo revolucionario, que señala como tropa de malvados, sin una sola excepción, á la clase «tiránica» de los patronos.

Tales excomuniones son negativas de la verdad elemental, porque todos los actores del feudalismo sudamericano ajenos, unos y otros, al consejo de la tolerancia y de la libertad en su luminoso y fecundo concepto, han concurrido, con fuerza poderosa, á la generación de nuestro porvenir democrático, todavía en bosquejo, y en esencia, ningún partido pudo ser más de lo que permitía el medio inorgánico y el desconcierto de los tiempos, que sólo conocieron despotismos militares y civiles, más ó menos atenuados.

«Ni la prosperidad, ni la decadencia, ni el despotismo, ni la libertad son golpes de dados tirados por las vicisitudes de la suerte, ó golpes de teatro improvisados por la arbitrariedad de un hombre. Ellos obedecen á condiciones á las que no podemos sustraernos» (1).

Esta colaboración obligada y valiosa de todas las energías públicas posee carácter sedimentario: todas las mareas dejan su concurso laborioso sobre la playa. Loco desvarío será el del pasionista que pretenda dividir en categorías de puras é impuras á las olas del mismo mar que mueren sobre la misma orilla.

(1) Taine, *L'Ancien Régime.*

En este instante el imperio del parecido materializado coloca ante nuestra imaginación el espectáculo de la fábrica de Gobelinos. Allí cada obrero tiene delante de sí su telar. Con sin igual maestría desliza el artista los dedos sobre las cuerdas de esa su arpa silenciosa, mientras con la mirada sigue y estudia el dibujo de los colores que debe reproducir en la carne de la soberbia drapería. Cada detalle del modelo ofrece mil matices, y si bien á la distancia, luego de concluída la tarea, el observador simplifica el tono general de la tela, sólo quien ha visto al artista en su taller dedicar días enteros á cada rasgo é hilvanando lanas desiguales, pedidas á centenares de ovillos diferentes, comprende toda la magnitud compleja del esfuerzo desplegado. Las más contradictorias tintas concurren al éxito pictórico: todas las lanas se han trenzado para llegar á la hermosa reproducción.

Pues concibamos un telar muchos millones de veces más grande, tan grande, que su tamaño abrace el territorio de cada nacionalidad. Concibamos en seguida á todos los habitantes del país, tan obreros como el obrero de la fábrica de Gobelinos, ocupando su plaza de labor frente al teclado mudo y concibamos luego á las pasiones del medio, en número infinito, prestando á la tela el concurso multicolor de sus sedas bajo los auspicios constructores del tiempo. ¿Quién ó quiénes tendrán la osadía de declararse autores exclusivos del trabajo madrepórico de todos? ¿Quién ó quiénes podrán sostener que sólo á sus matices, ó á los de su escuela, pertenecen los efectos bellos del soberano cuadro, fruto de la síntesis laborante de todos, de sus alegrías, de sus dolores, de sus devociones patrióticas, de sus extravíos generosos, de sus sectarismos y del conflicto de todas las corrientes de inspiración cívica que chocan y entrechocan?

Sólo el simplismo político, condensado en la afirmación absoluta ó en la negativa absoluta, señala el aspecto característico de las sociedades nuevas, cuya civilización incipiente ignora el temple moderado de las opiniones.

Así vemos á todos los partidos sudamericanos atribuirse el patrimonio de la virtud republicana y aceptar la alianza de todos los excesos para combatir al adversario, siempre á título de fundar el bien de la patria. El culto de la libertad está en todos los labios con igual calor excluyente al usado por las diversas sectas religiosas en sus disputas alrededor de la verdad única.

Los más temerarios atropellos se amparan bajo la bandera del derecho y hasta en la agitación exterior, cuando se invade y destroza el hogar ajeno y se reparten los pedazos mutilados de la nación paraguaya, sigue vibrando, clamoroso, el sofisma de la redención: se ha ido á libertar á un pueblo de su tirano.

El linaje jacobino de estas declamaciones no se oculta. Todos los atentados de la Revolución francesa piden escudo á idéntica hemorragia de palabras sonoras. Parece que disipa los escrúpulos la denominación engañadora, más preocupados los protagonistas de la forma que del fondo de las cosas.

Somos, pues, sus aprovechados discípulos en el arte de la retórica política.

También grave perjuicio debemos al concepto extraviado que recogimos de la democracia. La Revolución francesa había barrido con los prejuicios y diferencias que son congénitas á la organización social. Sus apóstoles sostuvieron que era necesario reconstruir el edificio humano de acuerdo con nuevas leyes técnicas, renegando de los odiosos privilegios acumulados por la vieja civilización, que ellos atacaron, piqueta en mano, por todos sus flancos.

Siempre el evangelio de Juan Jacobo inspiraba el derrumbe total. En efecto, según sus teorías, el hombre había conocido una suprema felicidad hasta el día en que reuniéndose en vida común con otros hombres empezó á consumar la abdicación de sus derechos, heridos también por la costumbre arbitraria. Aceptada la premisa, surgía lógica la consecuencia: para volver al estado de la dicha primera, conservando la sociedad, era indispensable regenerarla, arrancar de su seno todos los vanos preconceptos burgueses que habían adulterado á

la institución humana, ahogándola como la trepadora parasitaria á la encina.

En nombre de esa retrogradación á la fraternidad pura se llevó, contra la sociedad existente, el ataque más pavoroso que conozca la historia.

Para entronizar el reinado de la igualdad se atacó á la desigualdad en todos sus significados, desde la encarnada en el sistema aristocrático de gobierno hasta la representada por los más pueriles convencionalismos cultos consagrados por las edades (1).

Así observamos que en la Place Vendôme se hace un auto de fe con todos los documentos genealógicos, mientras el club de Pontarbier prohibe á sus miembros las expresiones corteses: «Nadie deberá descubrirse para saludar á un semejante y al hablar se evitará cuidadosamente de usar la frase «yo tengo el honor» y de otras parecidas.» Según Portalis, «la educación, las cualidades amables, las maneras dulces, un aspecto feliz de fisonomía, las gracias del cuerpo, el refinamiento espiritual; todos lós dones de la Naturaleza, eran otras tantas causas de proscripción».

Porque el anhelo igualitario tuvo degeneraciones de increíble barbarie. La religión, la arquitectura de los templos, las glorias nacionales, la estatuaria monumental, los apellidos, las ideas dignas, la tolerancia, la bondad, la opulencia, fueron objeto de encarnizada persecución, como símbolo de aristocracia, es decir, de desigualdad. Dumas declaraba que había que guillotinar á todos los hombres de talento. Henriot proponía quemar la Bibloteca nacional.

Hasta la indumentaria se somete al frenesí. «Todo se rebajaba para pasar bajo el yugo popular. Todo se hacía pueblo... Se abjuraban modas, maneras, elegancia, pulcritud, comodidades de vida, cultura y bienestar; se hace lo posible por asemejarse á los montañe-

---

(1) Poincaré, *Questions et Figures politiques*: «Hay en el espíritu francés una tendencia á la vez muy noble y muy peligrosa. El se complace, á menudo, en la pesquisa de lo absoluto. Los problemas políticos son desgraciadamente demasiado complejos para recibir soluciones ideales.»

ses *sans-culottes*, que juran y se visten como la gente baja» (1).

Refiere Mad. de Stael: «Una tarde, M. Narbonne, dando cuenta á la Convención de algunos asuntos de su ministerio, se sirvió de esta expresión: «Yo me dirijo á los miembros más distinguidos de esta asamblea.» Inmediatamente la Montaña, enfurecida, se irguió toda entera y Merlin, Bazire y Chabot declararon que todos los diputados eran igualmente distinguidos: la aristocracia del talento los exasperaba tanto como la del nacimiento.»

El duque de Orleans acepta llamarse en lo sucesivo Felipe Igualdad, creyendo así apaciguar á la fiera que husmea su sangre principesca y que lo llevará al cadalso, á pesar de sus apostasías.

El único título reconocido era el de ciudadano y sólo la extrema familiaridad armonizable con el credo republicano vigente. En el enjuiciamiento de Luis XVI el presidente de la Convención otorga al acusado el derecho de descansar, diciéndole: «Puedes sentarte, Luis.» La designación de *señor* crea sospecha. El furor igualitario encontró en la propiedad ancho campo de combate. ¿Por qué han de ser unos más ricos que los otros? La salud de la patria en peligro y ese bien público, tan mentado por todos los despotismos, autorizan el despojo total.

La convicción religiosa no escapa al azote. Se juramenta á sus oficiantes, y si se resisten, se los extermina invocando á la libertad; y como el Dios de los creyentes y su ingerencia directriz, á juicio de ellos, en los asuntos terrenos, atacaba la integridad del dogma jacobino, se inventa el culto de la diosa Razón, sustituído luego por el del Ser Supremo.

Sólo en carácter ilustrativo señalamos estas manifestaciones morbosas del sofisma. Pero es indudable que ellas marcan el simple desenfreno del ideal en boga.

Toda la obra legislativa de la Revolución exhibe el sello de las más subvertidas tendencias igualitarias,

(1) Taine, *La Révolution.*

exageradas y llevadas á su colmo por la plebe. Por otra parte, la doctrina de la soberanía del pueblo, entendida en sentido demagógico, exigía composición homogénea en la masa deliberante.

Concretando opinión, es indudable que en 1789 se intentó radicar en el gobierno de la sociedad el régimen de la igualdad en su acepción más estricta y platónica. Sería ajeno al objeto de nuestros comentarios detenernos en la apreciación de ese anhelo, tan altruísta en teoría como inexacto y pernicioso en la práctica de las colectividades organizadas. Los filósofos, que legislan en la región de las abstracciones, pueden enamorarse de las fórmulas más reñidas con los hechos de la vida militante; no así, por cierto, los estadistas que sancionan leyes para aplicarlas y cumplirlas en el seno de asociaciones humanas (1).

Aquella tarea impone á la alta inteligencia, para que ella realice su cometido metafísico, el aislamiento del gabinete, la soledad augusta del ensueño; no así el segundo esfuerzo enunciado, que se desenvuelve en contacto con las agitaciones populares, dentro de su prosaísmo y rindiéndose á la geografía caprichosa de los hechos.

Colocada cada una de estas tendencias indagadoras en su respectivo plano, ellas contribuyen, con aliento muy poderoso, al triunfo universal del bien y de la justicia. En muchos casos ellas se complementan porque el realismo extremo exige, á menudo, óleo suavizador á la extrema teoría: no sólo en el orden físico el sembrador levanta los ojos al cielo para pedir calor á su sol, ó lluvia á sus nubes, cuando el suelo gime bajo la tortura del frío ó el tormento de la sed.

Ejemplo sugestivo de tan hermosa concordancia lo

(1) Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*: «Las ideas generales en nada atestiguan la fuerza de la inteligencia humana, pero más bien su insuficiencia, porque no hay seres exactamente iguales en la Natu turaleza: no hay hechos idénticos; tampoco hay reglas aplicadas indistintamente y de la misma manera á varios objetos á la vez.»

Según Lafayette, «el sistema exagerado de las causas generales procura maravillosos consuelos á los hombres públicos mediocres».

brinda la filosofía del siglo XVIII abriendo con sus claridades nuevas rutas al desarrollo de humanidad, irguiéndose en lontananza, como faro, cuando la hora suena de asistir al nacimiento de un nuevo régimen.

Pero si, mantenida en la cumbre, sólo accesible á las miradas y libre de la curiosidad perturbadora de las manos—como la brújula que guía al barco desde su hermética caja transparente—, pudo la tesis soberbia concurrir, en primera línea, á la redención social del siglo, esa misma tesis vió desfloradas sus milagrosas virtudes cuando el loco orgullo de los hombres quiso desmontarla de su engarce de quimeras y encarnarla en los hábitos, en las costumbres y en los sistemas de gobierno.

La sociedad, de sí impura, pretendió desposarse con la doctrina pura, reñida con la práctica estricta y llamada á morir, si arrancada á las páginas impecables.

La Revolución francesa quiso consumar esa fusión imposible y dibujar á lo que es por lo que debe ser. Todavía más acertado sería afirmar que sus apóstoles intentaron imponer el dominio de una utopía que, si tuvo auge en determinado momento histórico, perdió luego el prestigio de las verdades imperecederas.

Al conjuro de tan insensato empeño brotaron las definiciones abstractas de la sociedad, de su gobierno y de los deberes y derechos de sus miembros, sin detenerse un instante á considerar los impulsos morales á que ellos obedecían (1).

Todavía se ignoraba que también la caravana humana vive y crece como los organismos comunes.

La idea de la absoluta igualdad nació de esa usurpación del pensamiento filosófico, ilegítimo, como la potestad religiosa, desde que él cede á las tentaciones de mando temporal.

De paso cabe observar que semejante quimera tiene muy dilatada antigüedad. Todos los iluminados neuró-

(1) Renán, *La réforme intellectuelle et morale:* «La verdad es que todas nuestras debilidades tienen una raíz más profunda que de ninguna manera ha desaparecido: la democracia mal entendida.»

ticos han repetido idéntico ensayo deslumbrador y los modernos anarquistas acentúan, con rasgo siniestro, las viejas huellas. Pero tambien procede advertir que jamás se puso al servicio de la utopía instintos más feroces y el homenaje de más fríos y porfiados degollamientos.

Casi huelga referir al fracaso forzoso de la adulteración filosófica. Muy pronto los principios esplendorosos de la primera parte del drama se convirtieron en reglas de despotismos disfrazados y el culto de la igualdad fué emblema de persecución y de la desigualdad atroz decretada por el Terror.

Como observa el profesor Girod: «En concepto general, así se forma esa demagogia, caricatura repugnante de la democracia ideal, que Platón ya infamó con el nombre de *teatrocracia,* y cuya derivación lógica á una dura tiranía él ya mostró con verdadero sentido profético» (1).

Pues bien; las sociedades sudamericanas, sea porque su inexperiencia las empujaba al error, ó porque al declararse ellas independientes todavía no existía la perspectiva crítica, no supieron resistir al contagio de la declamación igualitaria francesa y cayeron en el abismo de sus confusiones anárquicas.

Declárese en su honor que el plagio no tuvo los aspectos nefandos de la tragedia extranjera y que ningún ataque grotesco se llevó contra los hábitos patriarcales ni contra el credo del hogar nativo. Apenas despunta la torpeza de la copia fanática en la imposición rosista de no usar la patilla sospechosa, ó en el furor sectario de las inacatables tiranías continentales que someten á los pueblos al uso de la misma divisa hiriente con iguales anatemas contra el adversario.

En cierto sentido, era éste el «Sé mi hermano ó te mato», del jacobino Chamfort.

Nuestro criterio político aun se resiente de la reproducción íntegra del malsano sofisma francés. Bajo su errado consejo entendendimos á la igualdad en su más

---

(1) Girod, *Démocratie, Patrie et Humanité.*

extendido concepto, aplicando á la definición de la libertad cívica idéntico criterio disolvente. Por esas vistosas avenidas estábamos ciertos de alcanzar el reinado idílico de la fraternidad.

La historia de la América del Sur, cuajada de hecatombes y de desastres institucionales, está ahí, de pie, temprana y dolorosa, para mostrar la catástrofe á que nos condujo la ajena abstracción.

La voz de los estadistas clarividentes se perdió en el desierto en época en que todo lo dominaba la sugestión trasatlántica.

En 1810, cuando sólo una mano de hierro capaz de garantir la estabilidad de los gobiernos y también su prestigio honorable, pudo disimular las imperfecciones orgánicas del medio social y preparar lenta cosecha de conquistas ordenadas, las fórmulas algebraicas de 1789, tan claras desde la tribuna y tan obscuras en la práctica, nos convencieron de que era posible prescindir de las madureces que dan el tiempo y la verdadera aptitud ciudadana.

Porque la libertad política es incompatible con las enormidades doctrinarias de la Revolución francesa, que la identifican con las más abusivas prerrogativas individuales, rebelde al menor control. Limitarla en un ápice importaba incurrir en atentado despótico. ¡La justificación de los más desquiciadores tropeles!

La belleza del dogma mentido sedujo al alma americana. «Nada más peligroso—dice Taine—que una idea general en cerebros estrechos y vacíos; como ellos están vacíos, esa idea no encuentra ningún saber que les oponga barrera; como ellos son estrechos, ella no tarda en ocuparlos por entero. Desde ese momento esos cerebros no se pertenecen más, están dominados por su idea: ella obra en ellos y por ellos. En el sentido propio de la palabra, el hombre está poseído. Algo que no es él, un parásito monstruoso, un pensamiento ajeno y desproporcionado, vive dentro de él, allí se desenvuelve y allí da á luz las voluntades torcidas de que está preñado. El sujeto no previó que él tendría esos impulsos; él no presumió lo que contiene ese dogma ni las consecuen-

cias venenosas y homicidas que de ahí arrancaran. Fatalmente, y bajo la presión de las circunstancias, nacerán, ya consecuencias anárquicas, ya consecuencias políticas.»

La declamación libre perteneció á todos los bandos. Las oligarquías vivieron en su himno y los grupos de ardoroso principismo, por acaso en el gobierno, llegaron por diverso camino á idéntica caída demagógica.

«Poco importaba que las provincias estuvieran alzadas y la presidencia del año 26, lo mismo que las bases de la nacionalidad, zapada por la anarquía; Rivadavia y sus pares, engolfados en quimeras trascendentales, y como quien formula un voto en una academia de economistas, pretenden, á pesar de todo, imponer sus ideologías unitarias y sus reformas financieras, suprimiendo las aduanas interiores ó los impuestos de exportación ó importación, que denodadamente defendía el caudillaje» (1).

Insistimos en reproducir opiniones del doctor Ayarragaray porque hay en ellas un valor clínico, superior á las vanidades locales, que les presta excepcional mérito.

En general, rodea á los teorizadores sudamericanos, aun á los de desempeño irregular, una atmósfera de sinceridad en el error lírico que empieza á destacarse ahora, á retaguardia de las volcánicas pasiones de la época.

Sobre ese hacinamiento de retóricos, déspotas, soñañores, lúgubres tiranos y metafísicos de la democracia, flota cierto extraño heroísmo, la imagen estéril de los martirios extraviados; impresión de pena, mezclada de admiración, semejante á la que produce el espectáculo de esas caballerías, barridas una y otra vez por la metralla y que una y otra vez coronan la loma para estrellarse contra lo imposible y darse el gusto de morir por obedecer á la voz de mando y honrar el número del kepis ó la divisa del chambergo.

Los dogmas inflexibles de la Revolución francesa

(1) Ayarragaray, *La anarquía argentina*

mandaban á estrellarse contra la realidad. En su nombre y por su orden todas las sociedades sudamericanas han caído y siguen cayendo en el abismo de la mentira institucional, que concluye en la guerra civil.

Sólo hacen excepción Chile y el Brasil, que escapan al contagio engañador. Los Andes, sus clases y la sangre anglovasca, salvan al primero. El segundo encuentra fuerte escudo en el amparo, sabio entonces, de la monarquía constitucional.

Por muchos lustros se atribuyó á la maldecida gestión cívica del adversario el contraste de luz y sombra antes comentado.

Pero cuando se vió á los censores de la víspera repitiéndose, más ó menos atenuados, los mismos excesos fundamentales, pudo afirmar el observador sereno que, como las fiebres de las lagunas pontinas, el desogobierno y la grosera simulación de derecho eran endémicos en el escenario político sudamericano.

Sedimentados los sectarismos, ya resulta difícil convencer de la angelical pureza de los unos y de la delincuencia reincidente de los otros.

Entonces, para apuntalar al gran sofisma heredado, que se derrumba, se ha creado el pequeño sofisma encubridor: la culpa del desastre interno la tiene el caudillaje.

Apóstrofe iracundo y falso, idéntico al esgrimido por el jacobinismo, que imputaba la responsabilidad de sus excesos á la monarquía, autora, en su decir, de todos los males combatidos.

También le guarda parecido el otro anatema, siempre amartillado, que atribuye á la metrópoli el peso de todas nuestras ineptitudes cívicas, como si la metrópoli hubiera intervenido en la preferencia equivocada del modelo republicano que elegimos, agravando así los defectos democráticos de origen.

Reprochar al caudillaje la responsabilidad del desastre cívico sudamericano importa confundir el efecto con la causa. La enfermedad puede agriar el carácter, pero no es, á buen seguro, la acritud del carácter la razón de ser de la enfermedad.

Y se impone otra vez el mismo argumento exacto y equitativo: ¿Podrían las entrañas de América dar fruto superior al caudillaje? ¿Era posible que el analfabetismo más craso, el sopor colonial, la incompetencia política y la violencia, erigida en sistema, engendraran algo menos irregular que la perpetua turbulencia? ¿Acaso el delirio avanzado del sufragio universal, de la igualdad absoluta y de la democracia pura no aumentaban la intensidad del mal orgánico, por el de escudar con teorías á una gran fuerza imperfecta?

Las armas de fuego no se dejan al alcance de los niños. Todavía corren mayor peligro de herirse los pueblos á cuya experiencia se entrega el uso—el abuso—de instituciones muy superiores á su estado social.

El caudillaje fué consecuencia lógica, impuesta, de la condición moral y política de la sociabilidad indígena.

De manera, pues, que las acciones y reacciones posteriores á 1810, el despertar de los instintos desordenados, su galope por todos los escenarios, y el vértigo de las pasiones enloquecidas, coronadas, aquí, por un tirano; allá, por el gesto de un militar; más lejos, por el alarido del dominadar pampeano, todos esos cuadros dolorosos apuntan el fin inevitable del inmenso error inicial.

La razón madre de nuestros amargos contrastes la encontraremos dentro de nosotros mismos.

Por otra parte, lanzados á la independencia en hora prematura, inferiores á la tarea disciplinaria que nos impusiéramos, debimos aprender la ciencia del gobierno en medio de la vorágine, que todavía late rebeliones.

Pero la razón concomitante de la derrota sudamericana arranca del ejemplo recogido en las páginas de la Revolución francesa.

Ella empezó por precipitarnos á la reproducción más avanzada de la república embarcándonos, sin precauciones, en un régimen declamatorio y fundado sobre doctrinarismos ilimitados.

Sus tendencias de rigurosa igualdad concurrieron,

en forma poderosa, á nuestra derivación anárquica. También en el nuevo continente quisimos implantar esa democracia pura que sólo puede existir en la imaginación de los filósofos. Ninguna raza ha construído el edificio dè su dicha sobre ese cimiento de ideología. La Revolución francesa no hace excepción á la regla, pues aquel desvarío tenaz precipitó á un pueblo en brazos del crimen, primero, y del cesarismo, después, para rodar, luego, á la repetición de la vieja monarquía.

Hemos visto que los pueblos sudamericanos, sus plagiarios, corrieron semejantes caídas.

La soberanía clamorosa de la plaza pública, el sufragio universal y la prevención al matiz de las clases sociales integran una trinidad igualitaria, perniciosa en este hemisferio por la adulteración y amplitud exagerada de sus aplicaciones.

Sin engolfarnos en apartes probatorios, observaremos que ni aun la Inglaterra de la actualidad acepta la igualdad absoluta del voto (1).

La igualdad social, ansiada por nuestro deslumbramiento generoso, se distingue mucho de la dominante en los Estados Unidos, que es de otro estilo.

Aquí en las urnas los votos tienen el mismo peso y nadie vale más que su vecino en el ejercicio del derecho; por eso llegan á la primera magistratura humildes ciudadanos y simples leñadores. Pero el juego de la opinión impone, en el orden moral, las fronteras defensivas de los distintos núcleos creados por las clases. En el seno de la más verdadera república que se conozca, no existe, ni se concibe, la fusión de los hombres, de los ideales privados y públicos y de los prejuicios particulares en una pasta unida y homogénea, timbrada con el sello del plebeyismo triunfante (2).

---

(1) Boutmy, *Le Développement de la Constitution en Angleterre*: «Esta expresión reputada francesa de la igualdad entre los ciudadanos existe en Inglaterra desde el siglo XVI para todos los *gentlemen*.»

(2) Ha dicho Platón que «la esencia de la igualdad consiste en tratar desigualmente las cosas desiguales».

En la América del Sur se soñó, y aun se insiste, en extender la igualdad política á todas las actividades sociales, anhelo que, realizado, llevaría al sacrificio de la independencia individual y colectiva en aras de la ciega demagogia.

Tales lirismos sólo sirven para disimular, con cortinados de opulenta teoría, la ficción de nuestro ilusorio civismo. Mientras se aclaman las mayores temeridades igualitarias y se reniega de preciosas y saludables diferencias de clases, se crea un odiosísimo cisma de castas arbitrarias: la casta de las oligarquías adueñadas del poder contra la voluntad popular y la casta de los ciudadanos privados del poder.

Espectáculo idéntico, aunque más cargado de tintas sangrientas, ofrece la Revolución francesa que, invocando la misma igualdad, funda una desigualdad atentatoria, abonada por el cadalso.

No imputemos, pues, á nuestras multitudes campesinas la responsabilidad de un desastre institucional común á las nuevas naciones.

De los núcleos urbanos partió la consigna extraviada. El tribuno exaltado no debe extrañar que sus afirmaciones radicales encuentren interpretación más radical en la masa de las muchedumbres que reciben su palabra como dogma.

La anarquía fundamental fué la creada por las ideas de apóstoles dominados por el republicanismo de 1789; ella engendró la anarquía derivada; las marejadas montoneras son su consecuencia natural.

Temeridad suprema artìcular juicio procesal sobre esta ó aquella de las fuerzas en contradicción seudodemocrática.

Refiriéndose á los excesos de 1789, dice Alberto Sorel: «Yo expongo estos hechos, yo trato de explicarlos, yo no los atenúo ni los excuso en manera alguna. Tampoco yo pretendo alegar, á título de circunstancia atenuante para los revolucionarios, los peores abusos del régimen que ellos copiaran después de haberlo derribado. Lo que yo quiero exhibir es la permanencia de la impulsión, la tendencia de los hábitos acumulados, la fuerza de la

tradición. Los antiguos excesos y los excesos del Terror no se compensan en nada los unos á los otros; ni siquiera puede decirse que ellos se engendran: ellos proceden de la misma causa, lo que es bien diferente.»

Frente á la crueldad retrospectiva, tan consagrada en Sud América, pone alas en el pensamiento esta soberana altura de la crítica histórica que, en vez de desplomarse con ímpetu atigrado sobre los hombres y sobre las cosas del pasado, se acerca á su sepultura y levanta la lápida, sin blasfemia, sin miedo á los gusanos ni odio á los huesos indefensos.

Comparados á estos juicios, que tienen el eco profundo y sereno de la filosofía de la historia, desaparecen, derribados por su misma arrogancia distributiva, los fallos inexorables de los autores sudamericanos que endiosan ó fulminan á los protagonistas de la epopeya continental y de su prolongación dolorosa en el palenque de la guerra civil, según lo ordena el encono ó el amor de la secta.

La declamación unitaria, apoderada de la cátedra en el Río de la Plata, siempre ha querido infamar con el tilde de barbarie á las multitudes de la campaña, encarnando en el montonero Artigas los mayores desenfrenos.

En cambio, la capital porteña era para ella el símbolo de la libertad municipal y del porvenir espléndido, asaltado por el gauchaje sanguinario.

Desde tierra europea, Alberto Sorel, estudiando otros asuntos históricos, nos muestra la flaqueza de tan fantásticos decretos de partido. El nos recuerda que la libertad no existe en la historia, aunque las individualidades crean poseerla, víctimas de ilusión igual á la que sufrirían quienes, á juzgar por las apariencias, afirmaran que el sol se mueve alrededor de la tierra.

Resumiendo, nuestros caudillos, nuestros partidos desorientados, nuestras agitaciones revolucionarias, nuestros viejos malestares, el radicalismo unitario y el radicalismo federal, todos esos trozos de fuerzas que actúan, como martillos de fragua, sobre el hierro enrojecido de los tiempos, están muy lejos de ser los culpa-

bles de las anarquías continentales; ellos son apenas su producto.

Déjese, pues, descansar en paz al sofisma del caudillaje, que en la actualidad ya nadie cree en las alarmas que antes encendiera ese badajo hiriendo, incansable, el bronce de la campana declamatoria.

IX

Temeraria renegación del pasado

El antitradicionalismo plagiado, además de incurrir en aquellas inculpaciones frágiles, ha pretendido resolver nuestros problemas cívicos y económicos con prescindencia de las propias tradiciones.

Esa hostilidad implacable á la voz del pasado fué la característica de 1789. Siempre bajo el impulso quimérico del contrato social, se quiso extinguir hasta el rastro de la organización derribada, á fin de que su influencia irregular no comprometiera la belleza perfecta concebida, como se desbroza el terreno antes de echar los cimientos de un nuevo edificio. En nombre de la Razón, pronto convertida en diosa, y de los Derechos del Hombre, se decretó la caída de todo lo preexistente, atacado, al principio, á título de deber igualitario, y más tarde mediante la invocación del deber reconstructor.

Ese pretexto flota sobre todos los atentados de la época y se masacran sacerdotes, para facilitar el advenimiento del culto decretado, realistas, para disipar el obstáculo reaccionario; mujeres, para apagar los ecos del sentimentalismo reprochado al antiguo régimen; soldados victoriosos, para evitar resurrecciones dictatoriales, y también se masacran monumentos para extinguir ¡ingenuos! las glorias humanas ó artísticas que ellos encarnan. Todo quiso arrasarlo el vendaval (1).

---

(1) Quinet, *La Révolution:* «¿Por qué ha sido la Revolución tan implacable con las mujeres? No se las había visto en tan gran número mezcladas al suplicio desde los tiempos del circo.»

Así, en Lyón se bautiza al patíbulo con el nombre de Altar de la Patria, que recibe allí holocaustos del más siniestro carácter.

«Hemos dado—escribe Lequinio—el nombre de «vengador del pueblo» al patriota que tan generosamente se ha encargado de la ejecución de las sentencias del tribunal revolucionario y al instrumento que nos libra en un instante de los traidores el nombre de «Justicia del Pueblo». Esta justicia acaba de manifestarse solemnemente con dos culpables, de los cuales uno era teniente de navío y quería un rey. Los gritos de ¡viva la república! partieron de cuatro mil labios en el momento en que cayó su cabeza y el himno adorado conoció este homenaje rendido á la libertad» (1).

El aparato expeditivo que hiere en carne viva á los representantes de todas las tradiciones y que amasa, con sangre y cabezas, el cimiento del nuevo orden público, provoca entusiasmos poéticos como la letanía siguiente, escapada al olvido generoso:

«Santa Guillotina, protectora de los patriotas, ruega por nosotros.

»Santa Guillotina, terror de los aristócratas, protégenos.

»Máquina amable, ten piedad de nosotros.

»Máquina admirable, ten piedad de nosotros.

»Santa Guillotina, líbranos de nuestros enemigos.»

El mismo furor homicida castiga en la arquitectura su gloria secular. Sobre todas las obras del arte francés cae el odio demoledor de la plebe, repitiendo, en días de alta civilización, la enormidad del fanatismo hispano frente á las joyas de la cultura morisca.

¿Ha concebido jamás ningún encono sectario derruir al Coliseo como símbolo renegado de las viejas teogonías y sus placeres?

Pues la Revolución francesa atajó á los encajes maravillosos del estilo gótico, castigando en ellos el delito místico de los templos. El pórtico admirable de Notre-

(1) Lenotre, *La Guillotine.*

Dame muestra al viajero esas increíbles mutilaciones, y á la par todas las iglesias antiguas.

Triunfante la república en el extranjero, ella convierte en depósito de pasto á la catedral de Colonia, la gloria de la arquitectura universal. ¡Qué suprema barbarie estética, ironizada, por el gobierno alemán, luterano, que invierte diez y ocho millones de marcos en restaurarla, mandando fundir, además, con cañones franceses, una de sus campanas!

Hasta las ciudades valerosas sublevadas contra el espantoso atavismo sufren castigos inconcebibles. A Marsella, la de fundación inmemorial, se le arranca su título histórico: «Provisoriamente ella quedará *sin nombre* y llevará esa denominación.»

Lyón recibe pena de singular ferocidad. Recuperada por la Revolución, la guillotina trabaja sin cesar y en tres meses desembaraza el sistema de mil ochocientos adversarios. Todo el mundo huye; de veintiocho mil habitantes, la población desciende á siete ú ocho mil.

Todavía no basta. La Convención decreta que «la villa de Lyón será destruída; todas las residencias de los ricos serán demolidas: sólo quedarán en pie la casa del pobre, las habitaciones de los patriotas degollados ó proscritos, los edificios especialmente afectados á la industria y los monumentos consagrados á la humanidad y á la instrucción pública».

Tolón sufre idéntica condenación. Habla el verídico Taine: «En consecuencia doce mil albañiles son reclutados en el Var y en los departamentos vecinos para demoler á Tolón. En Lyón catorce mil obreros echan abajo el castillo de Pierre Encize, las soberbias casas de la plaza Bellecours, las del muelle Saint Clair, las de las calles Flandre, Boueneuf y muchas otras. La operación cuesta cuatrocientas mil libras por década; en seis meses la república gasta quince millones para destruir tres ó cuatrocientos millones de valores pertenecientes á la república. Después de los mongoles del quinto y del décimotercero siglo, no se había visto arrasamientos tan enormes y tan insensatos, un tal furor contra las obras más útiles de la industria y de la civilización humana.»

También Tolón pierde su nombre. En lo sucesivo se llamará Puerto la Montaña.

Con respecto á Lyón, dice otro decreto: «El nombre de Lyón será borrado de la lista de las ciudades de la república. La reunión de casas restantes llevará en lo sucesivo el nombre de Villa Libertada. Sobre las ruinas de Lyón se elevará una columna con esta inscripción: «Lyón hizo la guerra á la libertad: Lyón dejó de existir.»

Es necesario prestar espacio á estas versiones confirmatorias para convencerse de la veracidad del comentario severo.

Inacabable se ofrece el catálogo de asaltos semejantes á la obra compleja acumulada por las generaciones. Pero sólo tenemos ahora interés directo en caracterizar el encono jurado de la Revolución francesa á la labor del tiempo (1).

A tajos ella pretende destruir la tela de la historia humana, dando, como justificación de sus delincuencias, el bien colectivo que, á su modo, persiguiera. Pero ¿acaso no es ley de despotismo ese pretexto del crimen, aun sincero? ¿Acaso asiste á un régimen la prerrogativa de tomar al individuo, desarraigarle el corazón y la conciencia hasta convertirlo en una pasta vil, sin voluntad, sin nombre, sellarlo luego, como se acuñan iguales las monedas, y darle ración caprichosa de derechos y de ventura?

Haciendo siempre la salvedad de que la copia tuvo menos energía de colores, observamos de nuevo que también la democracia sudamericana agrega, á la renegación del pasado colonial, la renegación de su juventud independiente, de continuo maldecida.

Ya sea por exaltación de bando, ó ya sea por anhelo de pureza impecable, ocurre que se fulmina, con rudeza

(1) Quinet, *La Révolution*: «A medida que se obtiene la antigua obediencia se cree llegar al éxito. Entonces el pueblo mismo desaparece; el sistema había aniquilado á quienes había prometido regenerar. Así se levanta la *execrable dictadura* que Mirabeau había denunciado desde lejos, en todo el poder de su genio, como el fracaso y la ruina de la Revolución francesa.»

procesal, á los lustros tormentosos de la segunda infancia sudamericana, desdeñando el sabio consejo dado por Léssing á los radicales alemanes: «No derraméis el agua turbia antes de poder reemplazarla por agua pura.»

Sin entrar al fondo de esta cuestión accesoria, sin empeñarse en su debate, precede sostener que los autores al servicio de tanta severidad retrospectiva, eligen mal el camino de la ejemplarización. Ellos, incurriendo en el extravío iconoclasta de la Revolución francesa, insisten en perseguir al pasado, en llamarlo á juicio, en imponer pena penitenciaria á sus actores y á sus memorias turbulentas, con olvido de que en ese capítulo heterogéneo de nuestras caídas se encierra un precioso capital de enseñanza aplicable á las futuras jornadas.

La verdadera ciencia consistiría en aprovechar ese acervo fecundo. Los hombres, en las luchas de la vida, pagarían sumas fabulosas por adquirir la experiencia acumulada por los caminantes que recorrieron antes que ellos la misma senda, por conocer las asechanzas de cada recodo, las traiciones erguidas en las encrucijadas y por poseer el medio de evitarlas. ¿Cómo sin incurrir en locura, pueden los pueblos que nacen repudiar el lote de aprendizaje que les ofrecen las generaciones antecedentes?

¡Con cuánta razón alguien ha dicho que las sociedades se componen de más muertos que vivos!

Sólo el lirismo de las estrofas en prosa puede proponer esa mutilación arbitraria de los primeros ensayos.

Por lo pronto, tal rompimiento es imposible, que la sangre heredada nadie la desaloja de las venas y en el curso de la protesta un gesto, un impulso de carácter, contradice la renegación.

«En la vida privada no es justo que los hijos expíen la falta de sus padres. Esta es una idea admitida por nuestra época. Pero en la vida de los pueblos esta filosofía fracasa, y es cierto que las generaciones son castigadas por las faltas de las generaciones precedentes» (1).

(1) Quinet, *La Révolution.*

No puede ser de otro modo. La historia constituye un recio tejido sin solución de continuidad.

Los sucesos dominan á los hombres como gobierna el músculo al hueso. El criterio sociológico recoge elementos de juicio en todos los momentos de la marcha; fuera de que las responsabilidades colectivas no tienen fecha de vencimiento, no son papeles bancarios.

La fuerza directriz, aunque á veces no lo parezca, viene siempre de atrás y cada actualidad obedece á la rienda de antecedentes morales, culpables ó virtuosos, diluídos en la gran corriente, del mismo modo que viajan, perdidas en el caudal de los ríos, que ellas también aumentan, las aguas de los primeros manantiales tributarios.

Somos los sudamericanos de hoy hijos legítimos de los sudamericanos de ayer; de manera que la infamación dirigida contra nuestro reciente pasado rebota en su mole de piedra y se vuelve contra el inconsiderado tirador.

Hostiles al concurso educativo de los siglos coloniales y al consejo, más necesario todavía, de los días independientes, sólo aceptamos, para elaborar el presente, el auxilio de las negaciones dógmáticas.

«La forma social y política en la cual un pueblo puede entrar á *cristalizar* no está librada á su arbitrio, pero sí determinada por su carácter y su pasado. Es necesario que hasta en sus menores rasgos ella se modele sobre las rasgos vivos á los cuales se aplica; si no ella estallará y caerá en pedazos. Por eso es por lo que si nosotros arribamos á encontrar nuestra forma sólo lo alcanzaremos así estudiándonos á nosotros mismos, y cuanto más determinemos lo que somos, con más seguridad podremos definir los que nos conviene. Se debe, pues, derribar los métodos ordinarios y figurarse á la nación antes de redactar la Constitución. Sin duda la primera operación es más larga y más difícil que la segunda. ¡Cuánto tiempo, cuántos estudios, cuántas observaciones, rectificadas las unas por las otras, cuántas investigaciones en el presente y en el pasado, en todos los dominios del pensamiento y de la acción, qué trabajo

multiplicado y secular para adquirir la idea exacta y completa de un gran pueblo que ha vivido y que vive todavía!» (1).

Las quimeras de 1789 y el modelo de sus fulminaciones de toda especie al sedimento social aportado por las generaciones, nos apartaron de la ruta experimental, olvidadizos de que las hojas y las flores deben su esplendor á la savia traída por las raíces de lo hondo de la tierra.

Tan porfiada rebelión contra las leyes naturales la hemos purgado con intensas amarguras.

Porque en vez de consultar en los planes de organización nacional las exigencias del medio ambiente, la utopía dominante nos inclinó del lado de las soluciones violentas y artificiales. En oposición á toda lógica, se quiso dar al propio temperamento el molde de las ideas elegidas á capricho para gobernarlo, y como la vida será siempre más poderosa que los convencionalismos arbitrarios empeñados en sofocarla, el temperamento ha estallado sus vigores por todas las junturas de la oprimente coraza.

La pasión por los doctrinarismos franceses ha obscurecido la visión clara de este contraste, y largos lustros de actividad sincera se han malgastado en el afán impotente de adaptar el cuerpo colectivo al envase de instituciones impuesto por la retórica imitativa.

Al sofisma extranjero pedimos el remedio que debió dar el empirismo local, y ya está cien veces probado que la copia del sufragio irrefrenado y de la república declamatoria, amén de otras creaciones equivocadas, propiciaron con su estruendoso fracaso efectivo la caída del orden legal y el entronizamiento lógico de todas las dictaduras.

Pero al lado de este enorme perjuicio material, surge gemelo el causado por la utopía en el terreno del pensamiento. La vehemente intelectualidad de las jóvenes naciones se abrazó con ansias de estoicismo apostólico á la tesis demoledora del pasado, tan próspera por un

(1) Taine, *L'Ancien Régime.*

momento en Francia. Entonces, á la cruda condenación por voluntad refleja del régimen monárquico se agregó el renegamiento de las tradiciones de la anarquía y de la guerra civil, que eran carne de nuestra carne.

Durante más de cincuenta años ese fanatismo ha gravitado agobiador sobre el concepto de la democracia en América, internándola más y más en el extravío. ¡El daño que causan esos prejuicios de apariencia deslumbradora y sellados por la pureza indiscutible de las intenciones! Esos cristalizan al día siguiente de los sucesos ardorosos y suelen restar irregulares como la materia de fundición mal enfriada dentro del molde.

¡Costras torturadoras de la verdad serena!

Porque el enamoramiento doctrinario, tiránico en todos los espíritus, no permitía prestar acatamiento á las preciosas enseñanzas prácticas del medio en que se desarrollaba nuestro drama. Bajar la vista de las nubes y fijarla en el suelo que se pisaba para evitarle al pie el contacto de guijarros y espinas hubiera importado apostasía. La Revolución francesa, aprendida al través de los sofismas imperantes, era el credo inviolable de la hora romántica y resistir á sus dogmas significaba delito de absolutismo y de realeza.

Ahora bien; sin la vacuna de esas erradas divagaciones, el alma americana no hubiera sido víctima tan indefensa de los mortales teoricismos. Más respetuosa de la elocuencia de los hechos, otro hubiera sido el rumbo elegido, imponiéndose al fin, á pesar de las imperfecciones existentes, un criterio menos quimérico. Aun sin conocerla, nuestros núcleos sociales habrían rendido acatamiento á la sabia advertencia de Guizot reconociendo, con el gran político francés, que «la experiencia demuestra el peligro que hay en empujar muy rápidamente á los Estados, aun en la vía de la verdad. Cada nación tiene sus usos, sus afecciones, sus tradiciones. A los ojos de los eruditos los usos pueden contener mezcla de abuso; las afecciones, en todo ó en parte, pueden estar mal dirigidas; las tradiciones pueden ser falsas. Sin embargo, se necesita todo el arte del legisla-

dor para encarar esos males. No basta que los menos los vean; la multitud debe ser ilustrada, convencida á su respecto, á fin de que ella pueda juzgarlos y condenarlos; entonces solamente será posible curarlos» (1).

También el ejemplo de los Estados Unidos estaba ahí para afirmarnos en la opinión sensata y convencernos de que el desarrollo de la libertad obedece á la ley paulatina de todos los crecimientos; de que para llegar á lo más se empieza por lo menos; de que así lo quiso y así lo cumplió, con éxito magnífico, la revolución de 1776, mientras la revolución de 1789, invirtiendo el orden de la lucha por el ideal é intentando llegar de golpe á lo más, con desdén de lo menos, sólo supo cavar la tumba de aquella misma libertad.

Emancipados de insanias declamatorias, el pasado próximo reclamara entonces mayor cordura crítica, siendo, en vez de padrón de eterna ignominia—como lo pretende el impresionismo simplista—, cúspide orientadora, capaz de impulsar el perfeccionamiento noble. Entonces las tragedias internas, el choque acerado de las muchedumbres campesinas, los cismas sectarios, pidieran juicios más humanos, brotando de sus entrañas irregulares la moraleja eficiente y consoladora. Todo esto fuera de prometer ese divorcio con las teorizaciones, menor tumulto y menos extravíos en el cuadro de las agitaciones continentales.

También con esa otra llave de criterio se descifra de manera muy diversa el drama tradicional, se comprenden sus fatalismos y sus bellezas pintorescas, y desprendiéndose del implacable gesto de la fulminación unitaria, muere en los labios el anatema retórico y falso que ha sido la gran calamidad espiritual de Sud América.

Pero por desventura caímos en la emboscada abierta por la demagogia, seducidos por el fácil encanto de las ideas generales. De ahí que por muchas décadas hayamos marchado fuera de riel, sufriendo el convoy y todos

(1) Guizot, *Histoire de la civilisation.*

los pasajeros—los de primera clase y también los de segunda,—los trastornos inherentes al descarrilamiento bajo el dominio de un pánico que, muy prolongado, concluyó por no causar mayor alarma. Condenados á vivir en perpetua zozobra, la ley de las sociedades sudamericanas fué el arranque pasional escudado por las quimeras flotantes.

La mistificación republicana en que se vivía creó circunstancias crueles á los hombres superiores de este hemisferio.

Desde los días iniciales ellos conocen las vacilaciones del desconcierto. Sólo un instante los vió unificados en la misma nota del clamor épico: cuando la invasión napoleónica á la Península enciende en los espíritus las luces de la esperanza inmensa. Pero apenas se inicia la ardua jornada, una diferente y leal apreciación de las perspectivas separa á los corazones, hermanados la víspera. Embriagados por la redención espléndida que promete el código de la Revolución francesa, unos se rinden por entero al yugo de sus doctrinas, y sirviéndolas é imitándolas, aceptan el ataque sin cuartel al adversario, la guerra á muerte y la repetición entre nosotros de sus prejuicios y de sus creaciones democráticas. En cambio, otros, más clarividentes, sobreponen al influjo de esas tradiciones simpáticas y de aspecto superficial tan irrefutable, la convicción firmísima de que el medio social imperfecto exige fórmulas de gobierno menos doctrinarias.

Aquéllos crean instituciones sin cuidarse de las exigencias propias del ambiente. Estos también quieren el imperio de las leyes, pero adaptadas á las necesidades locales, como su guante.

Para los primeros el ideal generoso se encarna al sólo impulso de su enunciación oficial. Persuadidos de que la Declaración de los derechos del hombre ha redimido á la humanidad, ellos también, por decreto, intentan redimir al continente de sus atrasos coloniales. Los dogmas literarios de 1789 les prestan el arte de encantamiento que tanto necesitan para convertir en masa consciente de ciudadanos electores y elegibles á las

muchedumbres mestizas, ajenas á la profunda deliberación que su destino democrático provoca.

Para los segundos muy poco valen y reforman las definiciones legislativas que no obedecen al aliento vital de las costumbres y de las exigencias populares. Ellos saben que pronto la imposición inconsulta degenera en tiranía. El convencimiento sereno los empujó, pues, á pedir inspiración al pueblo británico, constitucional como ninguno, sin tener Constitución escrita, pero en el concepto de tomar sólo la parte pertinente del ejemplo político preferido.

Como dato expresivo recordemos otra vez que todos los estadistas sudamericanos que visitaron entonces el escenario europeo se declararon acérrimos partidarios de la democracia inglesa como fuente de enseñanzas para las nuevas repúblicas.

Las supersticiones demagógicas, de tan fácil contagio, no propiciaron la solución organizadora propuesta por el buen juicio. Casi huelga decir que la batalla quedó por los teoricismos dominantes. ¡Así es de dura la lucha por el ideal en Sud América!

¡Remar siempre contra la corriente, sin ser comprendidos; cosechar espinas por el noble delito de adelantarse á la época, de ver, antes que el montón, la cumbre anhelada!

Pero el fracaso de las doctrinas, lastimadas por la brutalidad repetida de los hechos ingratos, funda dos criterios secundarios: oportunista uno, radical otro.

En la creencia de que no hay manera de atacar con éxito al atentado prepotente, de que en tiempos anormales deben adoptarse procedimientos también anormales, muchos ciudadanos distinguidos transan con las situaciones desprestigiadas. En oposición á ellos, una gruesa columna de elementos representativos forma línea frente al poder usurpador, afrontando, con abnegación valerosa, la desigual lucha. En su opinión austera, preferible es el sacrificio estoico y el combate con las dictaduras civiles y militares á la abdicación que esteriliza á las propagandas independientes aumentando las fuerzas del adversario ilegítimo.

También en el seno de los pensadores rebeldes á la coyunda han lucido las diferencias.

Muchos heraldos de la moral política han sido intransigentes hasta el último día de su vida, afirmando que en las jornadas cívicas, como en estrategia, el dominio de la llanura circundante da el dominio de la montaña. Al lado de estos batalladores ha habido discrepancias sanas que, después de un ensayo fracasado de acercamiento, han pedido de nuevo puesto radical en la resistencia.

En los lustros obscuros de feudalismo sudamericano la actividad de los pueblos pasa del uno al otro de los polos indicados. No hay que empeñarse en el esfuerzo dialéctico para explicar esas actitudes inestables. Como se vive fuera de la ley, descarrilados, falta á los buenos ciudadanos el eje de las democracias organizadas. Podrán las Cartas constitucionales pregonar la fama de las instituciones libres, pero como no hay sufragio, autoridades representativas, poder judicial, ejército nacional, respeto al domicilio, á la correspondencia, libertad de la prensa y las complementarias libertades individuales, no existe posibilidad de ir á la hermosa controversia republicana.

Arrancados los pomposos formulismos legales, queda al desnudo el sistema arbitrario, todavía en pie en casi todas nuestras Repúblicas mentidas: la autoridad fuerte arriba, y abajo la nación desarmada.

En circunstancias tan precarias no es posible obtener para la soberanía las satisfacciones que en los países respetuosos de la voluntad de las mayorías recibe la opinión por conducto sagrado de la ley.

Entonces la pasión indisciplinada se apodera del ambiente social, ajeno á las expansiones regulares del derecho, falto de las chimeneas institucionales definidas por Carlyle, que prestan escape aliviador á los gases sulfurosos, y á la vez de evitar la erupción volcánica, permiten á los gobiernos leer el signo de los tiempos.

Sólo se abren á la aspiración cívica dos rumbos irregulares: el entregamiento pasivo ó la protesta iracunda. La desesperación pacífica ó la desesperación guerrera.

Por eso cultivan injusticias quienes encaran, sin atenuaciones, esos dos extremos obligados de lucha, extraños á la solución intermedia. En plena simulación libre, sólo por consejo de la insensatez crítica pueden medirse nuestras agitaciones como ataques á la verdad constitucional.

Claro está que en esas condiciones de anormalidad, inexistentes los controles efectivos emanados del sufragio popular, todo se confía al acaso. Los hechos fortuitos, hijos de la borrasca, resuelven la suerte de los procedimientos empíricos en uso: la evolución, la revolución.

El tormento de estas alternativas dolorosas, siempre de beneficio incompleto para el interés general, ha desalentado á menudo á la virtud patriótica, cansada de la adversidad revolucionaria unas veces, cansada otras de la estéril transacción con el poder irregular.

No otro origen han tenido muchas de las apostasías comunes en el nuevo continente: la fatiga de rendir homenaje á instituciones que sólo tienen realidad escrita ó á soberanías opositoras rayanas en el exceso.

Cierto parecido al de «la gran traición del conde de Mirabeau», pregonada por el jacobinismo parisiense.

Al final de cada uno de estos comentarios debemos reiterar idéntica observación; debemos decir que la declamación francesa agravó en mucho nuestras descomposiciones. Porque el problema interno, defectuoso de sí, fué complicado con la vociferación de los idealismos extraños. Nada menos indicado para resolver nuestras dificultades que el consejo de la demagogia.

Cuando lo impuesto era combatir esa enfermedad fatal, ya con gérmenes aprovechados, incurrimos en el error de prestarle vigoroso fomento.

Tendida la red de los formulismos, planteada con todos sus atributos ostentosos la ficción republicana y convencido el pueblo de estar en todo el goce de las libertades modernas, quedó montada la máquina formidable de los despotismos mansos, engañadores.

Penetrados de la mistificación democrática, poco pudieron hacer para combatirla los más eminentes hombres

de Estado, porque el engranaje de sus múltiples resortes convirtió en una masa informe y desprestigiada á las iniciativas más altruístas.

En nombre de ese mecanismo falso han funcionado todos los gobiernos arbitrarios, aunque afirmando siempre ellos ser celosísimos defensores de la legalidad. Cuando sus desafueros han llegado al colmo se ha impuesto la reacción violenta en nombre de la democracia agraviada.

Aunque parezca paradoja, el culto de la libertad y del orden, en su acepción sincera, ha convertido en conspiradores ó revolucionarios á los buenos ciudadanos de la generalidad de los países sudamericanos. Luce la lógica de este aserto si se recuerda, á renglón seguido, que en la parte del Nuevo Mundo ocupada por nuestra raza, el régimen republicano, falseado, se ha definido por el triunfo de la medianía descalificada y del delito.

«Defensores de las instituciones» se han proclamado los gobiernos arbitrarios cuando han sentido clavada en el flanco la espuela de las justas reacciones populares. «Insurrectos», culpables del crimen de lesa patria, han denominado ellos también á sus adversarios en armas, pidiendo todo el peso de la ley, el flagelo de las confiscaciones y de las penas políticas para castigar tamaño desafuero.

La misma mixtificación libre de los tiempos jacobinos, cuando el tilde de «sospechoso» hacía vacilar la felicidad de los hogares, y en expiación de su heroica rebeldía, se decretaba «que todos los habitantes de la Vendée serían expulsados del país».

¡Singular demencia de mando!

Se repudia el autoritarismo de los reyes de antaño, sancionado por el concepto privilegiado de su misión, juzgada divinal; pero cuando los gobernantes usurpadores, sin unción popular, de las seudo-democracias americanas, se abrazan á idénticos autoritarismos, en su lucha contra la opinión pública burlada, suele bastar el antifaz de las instituciones—tan desventuradas en el continente—para disimular la aberración sangrienta en ejercicio.

Las declamaciones copiadas han creado estas penosas confusiones entre la libertad política escrita—la única que poseemos—, pregonada por los gobiernos, y la libertad visible en la carne de los hechos—la que casi no poseemos—exigida, en todos los terrenos, por las muchedumbres defraudadas.

La Revolución francesa nos ha enseñado, con sus demagogias, á enamorarnos de las palabras estrepitosas que nos engañan como las maravillas del viaje á la luna, contado por Cyrano de Bergerac, engañaban al importuno Cristián.

Como consecuencia legítima de tan perniciosa sugestión destaca el concepto errado que poseemos de la libertad. Entre el modelo que de ella ofrecen las sociedades anglosajonas y sus parecidos, y el modelo surgido del drama de 1789, optamos por este último. Tuvimos más fe en la improvisación dogmática de una hora que en el fruto lento de la labor viril al través de los tiempos.

Renán, tan apasionado por su país, se expresa así: «A pesar del fuego extraño que la animaba, la Francia, al fin del siglo XVIII, ignoraba bastante las condiciones de existencia de una nación y de la humanidad. Su prodigiosa tentativa entraña muchos errores; ella desconoció completamente las reglas de la libertad moderna. Ya se lamente ó ya se aplauda, la libertad moderna no es de ninguna manera la libertad antigua ni la libertad de las repúblicas de la Edad Media. Ella es mucho más real, pero mucho menos brillante. Tucídides y Maquiavelo en nada la comprenderían, y sin embargo, un súbdito de la reina Victoria es mil veces más libre que lo fué un ciudadano de Esparta, de Atenas, de Venecia ó de Florencia. No más de esas afiebradas agitaciones republicanas llenas de nobleza y de peligro; no más de esas ciudades compuestas de un pueblo fino, apasionado y aristocrático; en su lugar esas grandes masas con autoridad, en las cuales la inteligencia es el hecho de un pequeño número, pero que contribuyen poderosamente á la civilización poniendo al servicio del Estado, por la conscripción y el impuesto, un maravilloso tesoro de abnegación, de docilidad, de buen sentido. De esta ma-

nera de ser, que es seguramente la que menos gasta á una nación y mejor conserva sus fuerzas, la Inglaterra ha dado el tipo.»

Tan sesudo comentario plantea el asunto en su verdadero terreno. De un lado de la Mancha se asistía al desenvolvimiento paulatino de las instituciones libres, irreductibles en su movimiento de avance, á pesar de todos los obstáculos cruzados en su camino. Ese afán incesante pidió alianza á muchos lustros, á varias centurias, y todavía en la actualidad, tantas veces victorioso, continúa su carrera ascendente. La revolución de 1688 señala un capítulo de la obra monumental, y Crómwell un brazo puesto á su servicio y obediente á la espléndida impulsión orgánica.

Del otro lado de la Mancha se quiso reemplazar, con audacia teórica, el tiempo perdido, olvidando, como ha dicho Quinet, que «diez siglos pasados de rodillas no se corrigen en tres años». Todas las costumbres se rebelaban contra esa reacción fulminante que sólo pudo imperar transitoria en hombros de todos los atentados. Los ideales, como los veleros, exigen vientos propicios para ponerse en ruta. Sublimes iluminados intentan realizar el gigantesco empeño, resistido por una sociedad entera. El pago de tan hermosa utopía fué el patíbulo, y su fruto el absolutismo democrático y sanguinario, mucho peor que el absolutismo monárquico. Las acciones aisladas son piedras sueltas, cantos rodados, sin cohesión ni resistencia.

Refiere Mad. de Stael que, al producirse el advenimiento napoleónico, era tal la impresión dejada por los horrores revolucionarios, que nadie quería oir hablar de libertad.

Sumner Maine, más categórico, afirma que el drama de 1789 perjudicó á la evolución de la libertad bien entendida: «El otro suceso que influyó poderosamente en el desarrollo del gobierno popular fué la Revolución francesa que, tomada en conjunto, lo hizo mirar con horror. Los franceses, en sus nuevas Constituciones, recogieron primero el modelo inglés, y luego el americano, pero en ambos casos con grandes apartes del ori-

ginal. El resultado, en ambos casos, fué un lastimoso desastre. La libertad política exigió largo tiempo para reponerse del descrédito en que la hundiera el reino del Terror. En Inglaterra la execración á la Revolución no cesó de tener influencia en su política hasta 1830.»

Pues bien; los sudamericanos, conducidos por el delirio, pedimos ejemplo de libertad á la improvisación francesa y con ella también decoramos nuestra república ideal, sin apercibirnos de que ese régimen, de apariencia tan sencilla, como que se boceta sobre el ensueño generoso, es cúspide de perfección y demanda, para no fallar, experiencia cívica y aptitudes excepcionales de gobierno, lo que no teníamos.

El mismo motivo racional que derribó á los protagonistas de 1789, llevó al desastre á sus imitadores de 1810. La Naturaleza cobra caras las violaciones de sus leyes inmutables. Unos y otros no sólo habían pretendido aprender, en instantes, el ejercicio del derecho, sino que incurrieron en la demencia de pedir á la alta poesía su definición. No bastaba el triunfo posible, ya muy importante, de obtener voz artística de gargantas incultas; se ambicionó más todavía: se quiso arrancar de las cuerdas vocales humanas notas maravillosas, mejores que todas las conocidas, superhumanas.

Lanzada en este torbellino de ilusiones, hasta la misma Inglaterra habría caído en el abismo.

Apóstol de la verdad, dice Taine: «En el hecho no había más gobierno; el edificio artificial de la sociedad humana se disolvía todo entero; se entraba en el estado de naturaleza. Esto no era una revolución, sino una *disolución.*»

La preferencia equivocada de la primera juventud nos llevó al fanatismo de la libertad concebida á la francesa, que sólo representa su ampulosa metáfora (1).

La luz empieza á hacerse en los espíritus; pero el envión inicial perdura y todavía continuamos siendo

---

(1) Quinet, *La Révolution:* «Si Lutero y Calvino se hubiesen limitado á establecer la libertad de cultos, sin agregar nada, no habría jamás existido la sombra de una revolución religiosa en el siglo XVI.»

sus víctimas abnegadas, á semejanza del soldado que, aun sabiendo estéril su sacrificio, se lanza á la muerte en cumplimiento de una orden mal transmitida.

Al iniciarse la tragedia de 1789, consultado Jéfferson, por el adorable general Lafayette, sobre el curso de aquel acontecimiento, dijo que se alcanzaría la anhelada redención asegurando, de acuerdo con el rey, la libertad de la prensa, la libertad religiosa, el *habeas corpus,* el juicio por jurados y una legislación nacional. Sin proclamas, sin hinchazón de palabras, esas cinco proposiciones exhiben el equilibrio moral de un verdadero demócrata y dan el programa de nobles y eficaces conquistas modernas.

Pero Jéfferson, educado en el culto positivo de la libertad, la concebía al igual del sol de una bandera, que ilumina las franjas hermanas, que pertenece á todas sin pertenecer en particular á ninguna. Su sinceridad republicana no podía comprender el asalto llevado, en nombre del derecho, contra la organización social. El autorizado consejo se perdió en la borrasca que todo lo destruiría, hasta la vida, como los huracanes antillanos que en segundos arrancan de cuajo á los árboles más seculares.

Burke, desde más cerca, pudo apercibirse de que el vértigo aquel era indomable; no se detiene al proyectil en marcha. Este epitafio le puso el gran tribuno: «El despotismo más absoluto que haya jamás aparecido bajo el cielo.»

En nombre del alma latina, Alfieri ratificaría la condenación lapidaria con la misma energía viril con que anatematizó, él solo, el reparto de Polonia.

La pasión por las libertades escritas la debe el Nuevo Mundo á la Revolución francesa. Como ella, nos hemos entregado á extremos desesperados cuando el lirismo puro nos ha conducido á la derrota. Ciegos á la convicción esclarecida, creemos que con leyes hermosísimas corregiremos nuestras deficiencias sociales. Sin base de pueblo libre no hay decálogo capaz de realizar el milagro institucional que en vano venimos persiguiendo desde los orígenes independientes. En cambio, cuando

esa base de granito existe, la sabiduría colectiva, prescindiendo de fórmulas consagradas, y aun enmendándolas—por plebiscito moral—si imperfectas, recoge la codiciada cosecha. Testimonio típico de este éxito asombroso lo ofrece la Inglaterra, libre en materia de cultos, á pesar de tener iglesia exclusiva; libre en política, á pesar de ser una aristocracia; libre en derecho parlamentario, á pesar de su anticuada Cámara de los Lores; libre en el ejercicio precioso de sus comunas, á pesar de estar monopolizada en pocas manos su propiedad rural; libre en materia de elecciones, á pesar de no sancionar el sufragio universal.

También plagiamos de la ajena tragedia el criterio abstracto aplicado á la solución de los problemas militantes (1). Dirigidos en ese rumbo, pronto la generalización desatentada nos hizo víctimas de sus peligrosas asechanzas. «Ligeramente, audazmente, él marcha sobre los pasos de los filósofos; desprendido de las cosas, él puede entregarse á las ideas casi como un joven de familia que, al salir del colegio, se apodera de un principio, deduce las consecuencias y se construye un sistema sin detenerse ante sus aplicaciones.»

Este juicio de Taine sobre el idealismo social de sus compatriotas, en 1789, mide con exactitud, defecto igual en los sudamericanos.

Lanzados á volar, su pensamiento legislativo se perdió en el país de las fantasías, donde fuera buscando nuevas tierras, más hermosas que las conocidas.

Con la vista clavada en la doctrina absoluta, las nuevas nacionalidades agotan los principios ardorosos á que se entregan jurándoles fidelidad eterna. Ningún obstáculo material interrumpe su éxtasis y ellas siguen imperturbables al signo conductor que creen las llevará

---

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime:* «Cuando se estudia la historia de nuestra Revolución, se ve que ella ha sido encauzada precisamente en el mismo espíritu que ha hecho escribir tantos libros abstractos sobre el gobierno. Igual adhesión á las ideas generales, los sistemas completos de legislación y la exacta simetría de las leyes: igual desprecio de los hechos; igual confianza en la teoría; igual afán de originalidad, de ingenio y de novedad en las instituciones »

á la dicha social, con la unción de los reyes magos orientados por signo celestial hacia el lado de Belén (1).

¡Las alevosas emboscadas de la generalización!

Hace poco leímos que la fórmula de Newton, aplicada á la expresión de la resistencia opuesta por el aire al movimiento de un plano inclinado, oblicuo á su trayectoria, determina que una golondrina despliega al volar una fuerza equivalente á un décimotercio de caballo; por derivación desconcertante, trece golondrinas, atalajadas á un tren, lo podrían poner en movimiento.

Chocado por este absurdo, el capitán Ferber, que acaba de morir, ha demostrado con valiosas experiencias, que en la práctica de la aviación la fórmula de Newton no se cumple así y que la resistencia opuesta por el aire es diez veces mayor á la obtenida por los teóricos.

La ingenuidad cívica sudamericana, partiendo de premisas verdaderas, llegó en su entusiasmo generalizador á las más desequilibradas conclusiones.

Indispensable y preciosa la libertad; pero ¡qué diferencia media entre su culto razonado y el tumulto demagógico de la plaza pública! Sano y redentor el dogma de la soberanía del pueblo; pero ¿acaso consiste él en la

---

(1) Muy otro es el criterio dominante en escenarios ejemplares, ajenos á los engaños de la soberanía

Dice Boutmy: «Inglaterra y los Estados Unidos han escapado al imperio de la lógica absoluta, por la naturaleza de sus actos constitucionales... El hecho es constante y conocido en Inglaterra, como ya hemos ofrecido prueba; lo es un poco menos en la Constitución de los Estados Unidos. El texto federal intenta, en apariencia, ser una composición ordenada; él plantea principios, pero basta estudiarlo un poco de cerca para ver que ningún principio es seguido hasta el fin y que intereses concretos y variados reglan todo por acuerdos. Citaré, por ejemplo, el principio de la libertad del hombre, afirmado categóricamente en la cabeza de la Declaración de la Independencia y contradicho, bajo una forma disimulada, por la sección IX del artículo I de la Constitución. Citaré igualmente el principio del respeto de los contratos y el del arbitraje federal entre los Estados, afirmado categóricamente por el texto de la Constitución y abiertamente contradicho por la enmienda 11, de la que la Corte Suprema acaba de hacer recientemente una aplicación tan extraordinaria.»

conspiración constante á título libre de las asambleas populares superiores á todo control?

El punto final obscuro y adverso de cada una de éstas afirmaciones seductoras exasperó á los legisladores continentales. Entonces creáronse doctrinas caritativas de oportunidad para explicar la derrota sufrida por las más bellas esperanzas.

Nuestra democracia, sin engarce normal, se resiente siempre de esa posición irregular; de ahí que, como ocurre con los brazos dislocados, sus movimientos produzcan dolor.

En vez de ir al fondo de las cosas, á la dislocadura, los maestros apasionados buscaron en motivos accidentales la causa del dolor tenaz, y ora los gauchos valerosos, ora la influencia clerical, ora la metrópoli, ora el aplastamiento cívico, cargaron con la extraña responsabilidad. Nada se dijo de los declamadores, que ven los sucesos por espejo desde su gabinete y también los resuelven por espejo. No se vierten á distintas lenguas las ideas y las modas de cada país con la facilidad con que se traducen los libros.

En su entusiasta homenaje al drama de 1789, los pueblos del Sur cometieron la grave falta de aceptar sin inventario el credo extranjero y de repetirlo en todas sus partes con gesto simiesco, apurados en renegar su propia filiación; muy al revés de los habitantes de los Estados Unidos, que rigen su vida colectiva por su vida misma, reacios y desconfiados ante el ejemplo exótico. Porque la democracia norteamericana ha crecido junto con los americanos, como crece, con el árbol, la rugosidad de su corteza, como acompaña la piel al desorrollo del cuerpo.

«Yo creo que lo que no se tiene aquí—en Europa—es la percepción del *alma americana* actuando como fuerza creadora, poder regulador y elemento característico de los Estados Unidos. La república no es un accidente feliz ó casual. No es una amalgama fortuita de emigrantes. No es la demostración lógica de una teoría abstracta de gobierno. Es el desenvolvimiento de una vida—de una vida interior de ideales, de senti-

mientos, de pasiones dirigentes, tomando cuerpo en una vida exterior de formas, de costumbres, de instituciones, de vínculos—, proceso tan útil, tan espontáneo, tan infalible como aquel por el cual un niño se convierte en hombre. Es un alma que forma una raza» (1).

En cambio, los sudamericanos, por lustros y lustros, nos hemos empeñado en ignorar que sólo la realidad, y no los artificios doctrinarios, rinde enseñanza fecunda, perdiendo un tiempo precioso en adulterar nuestros sentimientos y en pulir con sílabas de verso las voces desordenadas, pero tan aleccionadoras del pasado viril.

Dijo toda la verdad quien afirmó que cada país se construye con su misma carne.

La experiencia con sus dolores sanos perfila y hermosea las facciones de los hombres y de los pueblos.

En este instante, individualizando esa evidencia recordamos la evolución literaria de Gustavo Flaubert —llena de moraleja—referida por la pluma brillante de Paúl Bourget. El admirable estilista había escrito un poema en prosa, *Tentación de San Antonio,* que sometió entusiasmado al juicio de sus colegas y compañeros Bouillet y Du Camp. «Después de la lectura—expone Máximo Du Camp—celebramos con Bouillet una conferencia, pues habíamos quedado aterrados por la obra, que nos parecía un fracaso. En este conciliábulo amistoso acordamos hablar con entera franqueza al amigo.» Agrega: «¡Frases, frases! Hermosas, hábilmente construídas; á menudo redundantes, hechas de imágenes grandiosas y de metáforas inesperadas. ¡Pero sólo frases!... Esto es lo que había hecho Flaubert, á pretexto de practicar el romanticismo avanzado.» Observa Bourget que, por tanto, se imponía tratar de arrancarle el ideal romántico.

Prosigue Du Camp describiendo la conferencia de sinceridad con Flaubert: «Desde el momento—le dijimos—que tú tienes una invencible tendencia lírica, es necesario elegir un asunto en el cual el lirismo sea tan ridículo que te obligue á cuidarte y á renunciar á él.

(1) Van Dyke, *Le génie de l'Amérique.*

Toma un tema prosaico, uno de esos incidentes de los cuales está llena la vida burguesa, y empéñate en tratarlo en un tono natural y casi familiar.»

Flaubert comprendió toda la nobleza del consejo, y siguiéndolo, seis años después publicaba la famosa *Madame Bovary,* tejida sobre una trama sencillísima y que triunfa en el espíritu del lector, tanto por la pureza de su forma, de sus líneas—que también son estatuarias—como por el valioso capital de observaciones psicológicas y descriptivas acumuladas.

Cerrando el comentario de la anécdota, exclama Bourget: «Du Camp había tenido razón. Esclarecido un minuto por su afección sobre la evidencia del error en que se agitaba su amigo, él le había dado precisamente el consejo oportuno, necesario: salir de sí mismo. El lo llamó al estudio de lo real.»

¡Qué falta le hace al lirismo de Sud América, fogoso y radiante como el de Flaubert—¡frases, frases!—, el consejo sincero de un Du Camp, encarnado en el cuerpo de una nación ejemplar y experimentada—¿acaso los Estados Unidos, Inglaterra ó Alemania?—, consejo tan verdadero que posea la mágica virtud de decretar la renuncia definitiva de la retórica institucional y su reemplazo por el realismo generoso en la evolución democrática del Nuevo Mundo!

X

Las carnicerías de la Revolución

De continuo se deslizan en las anteriores páginas referencias severas sobre la Revolución francesa, no siendo la menor de ellas el aserto, reiterado, de su influencia perturbadora sobre los destinos libres de la América del Sur.

Esta repercusión dolorosa, á nuestro juicio, del drama trasatlántico en el desarrollo del civismo continental, exige un bosquejo rápido de sus excesos y de sus aberraciones, ya que en mucha parte atribuímos á ellos la paternidad legítima de nuestros desconciertos organizadores.

Hace más imperiosa esta tarea complementaria el concepto singular dominante en la opinión pública sudamericana sobre el lustro revolucionario.

Con anterioridad ya hemos puesto en transparencia su tendencia hiperbólica. Amonedado por la declamación universitaria, corre entre nosotros un criterio fabuloso sobre la gran tragedia extranjera, contagiado á las multitudes crédulas. Los fervores de ese culto son de la más idolátrica exclusión; ellos fulminan, como gesto de blasfemia, toda tentativa de rebelarse contra el incondicional entregamiento. El extremo contrario —la condenación—apuntaría el simple reverso de aquel pernicioso fanatismo; pero eutre ambos polos—anatema radical aquí, radical alabanza allá—se extiende en el campo crítico, como en el orden de la geografía, una línea ecuatorial con vertientes equitativas hacia las dos orientaciones.

Ya estamos enterados de que en la misma Francia, venciendo recalcitrantes prejuicios, empieza á abrir honda brecha el estudio científico de la borrasca nativa.

¿Qué razón plausible tendrían los habitantes de lejanas tierras para persistir en un entusiasmo frenético sobre asunto extraño cuando los mismos interesados en su herencia declinan en sus amores?

La mencionada exageración pasional nos infiere el daño grave de extraviar nuestras ideas sobre el desarrollo de la libertad en el mundo. Si á Francia perteneciera el patrimonio de esa evolución, sabio sería pedir á ella, y sólo á ella, consejo directriz en todos los conflictos del ideal cívico; pero si no es cierta semejante afirmación, ¡qué inmensos trastornos internos derivados del permanente petitorio que le hacemos de auxilio espiritual!

Para el comentario sereno, apoyado en la historia universal, no cabe duda de que la conquista de las instituciones libres, en su verdadero significado, no arranca de 1789, siendo probable que los dogmatismos disolventes nacidos en esa fecha han hecho más daño que bien al alma latina (1).

Las más grandes carnicerías del siglo XIX se han consumado á la sombra de la Revolución francesa. El despotismo napoleónico fué su obra directa, y si alguna vez han vacilado en sus cimientos las patrias de un continente entero, ha sido bajo sus auspicios morales durante la Convención primero, y durante el imperio después.

Para atemperar la apología sudamericana conviene poner á su vista los materiales revelados al análisis contemporáneo por algunos de los más eminentes representantes del pensamiento francés.

Quienes han recogido íntegro el modelo de la Revolución francesa, bien necesitan ser traídos á la razón

---

(1) Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique*: «Obstaculizada en su marcha ó abandonada sin apoyo á sus pasiones, la democracia de Francia ha derribado todo lo que ha encontrado á su paso, conmoviendo lo que ella no ha destruído.»

por el espectáculo vivo de sus aberraciones, jamás exigidas por la libertad para encender sus fulgores.

Media enorme distancia entre este nuestro esfuerzo limitado y el juicio filosófico del drama, que demandaría mucho aliento intelectual y erudito y la enunciación contradictoria de sus tinieblas y de sus hermosas claridades.

Escribimos con el empeño único de exhibir la influencia de los sucesos de 1789 en el criterio político sudamericano. De ahí que, sin perjuicio de reconocer algún pequeño bien emanado para nosotros de aquel ejemplo, nos detengamos en la investigación originaria de los muchos males que le debemos.

Acertado fuera afirmar que nuestros verdaderos acreedores son los propagandistas del espíritu nuevo que, mucho antes de la Revolución, echaron cal sobre los prejuicios odiosos del feudalismo.

Francia debe entenderse con los ejecutores trágicos en su territorio de aquel mandato de los tiempos, cumplido—dígase de paso—sin sangre ni tiranía en las demás naciones de Europa (1). Pero la América del Sur, extraña á esas liquidaciones seculares, no tiene motivo para empeñarse en su apreciación ardiente.

Dice Quinet: «Apenas penetro en la historia de la Revolución y ya marcho en medio de los sofismas acostumbrados, que se entrecruzan para cerrarme el camino.»

Esos sofismas que exasperaban al insigne pensador se han apoderado de la opinión sudamericana y se interponen, como una selva de extravío, entre ella y la línea del horizonte (2).

---

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française*: «La misma corriente de ideas filosóficas había pasado sobre los dos países: en Inglaterra ella sólo había tocado las alturas; en Francia había rozado el suelo; y mientras apenas deja allí algunos rastros y ligeros brillantes adheridos á la copa de los grandes árboles, se extendió aquí en una capa dilatada y densa que impregnaba y recubría toda la tierra.»

(2) Beaumont: «¿Quién desenredará ese tejido de prejuicios, de paradojas, de errores y de semiverdades, de las cuales se componen hasta el presente los juicios lanzados sobre esa época de nuestra historia? ¿Quién nos dirá esa última palabra, tan buscada, sobre la Revolución francesa?»

Para atacar con algún éxito á esa coalición de engaños seductores, es necesario romper el encanto: es necesario herir en la entraña á la versión poética construída por nuestra ardiente fantasía.

Cuando se lee en detalle el desarrollo de la Revolución francesa, una creciente angustia oprime el corazón. Al principio, deslumbrado por la belleza justiciera de los dogmas decretados, el espíritu se entrega por entero á su devoción y asoma á los ojos el calor de los entusiasmos nobles; pero á medida que desfilan los sucesos, adquiriendo por instantes más y más vértigo, á semejanza de un objeto que se desploma en el vacío, se van extinguiendo las luces morales que iluminan el derrotero, el camino dilatado se convierte en senda obscura, los protagonistas se alejan de la estatua y parece como si un sudario descendiera, lento, sobre la escena, invadida por las tinieblas. Una especie de Semana Santa de la libertad sin el desagravio consolador del sábado de Gloria.

¿No habéis notado que en el teatro, siguiendo un romance, ó en el curso de una lucha cualquiera de ideales, vuestro corazón, sin demandaros permiso, se coloca, por instinto altruísta, del lado de la generosidad y de la justicia y que él os obliga á sufrir con los que lloran y á gozar con los que triunfan debiendo triunfar? Y al recorrer las páginas conmovedoras del drama revolucionario, ¿no notáis que, á poco de iniciar la lectura, el corazón, vencido por el horror, deserta de las filas republicanas, ofrece el concurso de su piedad á los perseguidos y concluye por execrar á los perseguidores encarnizados?

En la hora de la fuga real, con ansiedad intensa se siguen sus detalles, y cuando sale de París el carruaje que conduce á la familia infortunada, todos sentimos un inmenso alivio, amargado por el desastre de Varennes. Al producirse el regreso de los prisioneros críspase el alma ante la imagen de ese Petión que frente á la princesa Isabel, una criatura, siente impulsos salvajes, confesados en sus escritos.

«¿Qué Tácito, qué Shakespeare—dice Quinet—hu-

biera adivinado jamás estas cosas monstruosas, y qué es la naturaleza humana cuando ella es capaz de encerrar estos abismos?»

Por cierto que no hay que pedir hospitalidad al lirismo puro. Los pueblos arrastran su vida sobre la costra de la tierra con el grillete de la realidad al pie. Sus desposorios con el ideal ellos no pueden celebrarlos en la región abstracta, como las abejas, que fecundan sus amores elevando el vuelo hacia lo alto.

Por esa causa todas las jornadas libertadoras presentan el contraste de las sombras que empalidecen su prestigio.

Sólo los libros dan batallas sin derramar sangre; sin embargo, apenas los hombres recogen sus doctrinas y las llevan al campo de lidia, empieza á germinar el dolor hondo.

Hasta la esplendorosa redención norteamericana no consigue operarse sin sacramento de tragedia. De 1810 á 1825 la América del Sur enrojece el agua de sus ríos para alcanzar la independencia soñada.

Pero ¡qué distinto es el caso planteado por la Revolución francesa! Allá se destruían los unos á los otros en el calor de la lucha, ocupando cada cual sus posiciones, frente á frente las banderas desplegadas; aquí se última con impunidad al enemigo indefenso. Allá chocan dos razas, países distintos, intereses contradictorios; aquí, en el mismo país, el hermano hiere al hermano, con perjuicio del hogar común. Allá se perdonó á los prisioneros hechos en combate leal; aquí jamás se dió cuartel.

Conocido es el encono de las guerras de religión y la ley de exterminio que las presidió; pero el vencido había tenido probabilidad de vencer, y sobre todo, eran aquellos tiempos de ideas implacables.

El terrorismo de la Revolución francesa no se cebó sólo con los prisioneros ganados por la suerte de las armas en Jemmapes y en Valmy. Sus víctimas predilectas fueron los que no resistían ni podían resistir á su furor, y en nombre de la libertad, en tiempos que ya no eran implacables, los masacró en columna, sin hacer

distingo entre ancianos y hombres viriles, entre mujeres y adolescentes (1).

El duque de Alba encendió la hoguera, que no era mejor ni peor que la guillotina, para castigar á un país conquistado. La Revolución francesa ni siquiera tiene esa atenuación para sus matanzas.

Sólo los crímenes espantosos de la Inquisición sostienen el paralelo feroz, con la única diferencia de que nadie pretende buscar en ésta el germen de la redención universal. Vale la pena acentuar los rasgos.

«Para todo hombre imparcial—escribe Malouet—el terror empieza el 14 de Julio.»

Apreciando el comienzo del drama, agrega Taine:

«Este es el gobierno efectivo al cual queda librada la Francia, y después de diez y ocho meses de experiencia, el más competente, el más juicioso, el más profundo observador de la Revolución sólo encontrará comparable á ella la invasión del imperio romano en el siglo IV: los hunos, los hérulos, los vándalos y los góticos no vendrán del Norte ni del mar Negro: ellos están entre nosotros.»

Alberto Sorel expone que el horror de la emigración y de los extranjeros dió el dominio de la Francia á los terroristas, que «usurparon la república á pretexto de defenderla, poniendo á la más noble de las causas al servicio de la más execrable de las tiranías».

Pero debe observarse que la emigración y la amenaza externa fueron el fruto de los excesos revolucionarios, que impusieron la protesta europea en desagravio de las sociedades civilizadas.

Después de la campaña contra sus ejércitos coligados recrudece, es cierto, el atentado sombrío, pero mucho antes de esa época, la demencia homicida empieza á ejercitarse. El crimen y la persecución alevosa son casi congénitos con el estallido de la borrasca.

---

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime*: «Yo me inclino á creer que hecha por un déspota la Revolución, nos habría dejado, puede ser, menos impropios para ser un día una nación libre que hecha en nombre de la soberanía del pueblo y por él.»

Las versiones líricas, selladas en hora política determinada por el talento deslumbrante de Lamartine—que escribe sobre esta materia con la misma pluma que trazó los capítulos deliciosos, pero idílicos, de *Graciela*—, consiguieron, por largo tiempo, presentar al jacobinismo como un simple aspecto odioso del drama: el marco obscuro que sirve para esclarecer las luces de la tela.

La crítica moderna repudia esas teorizaciones de la alta poesía, y lanzada á la investigación profunda de los hechos, ella rinde muy diverso veredicto. El asalto jacobino, cargado de ensañamiento, cruza como un meridiano de iniquidad toda la historia de la Revolución. Sus excesos matizan todas las etapas y son escolta obligada de sus jornadas: el salitre indispensable de cada grano de pólvora.

Mucho antes de 1789 el hambre, originada por la malísima cosecha del año anterior, da la señal del ataque, que si por un lado se dirige bien contra los derechos señoriales, por otro rompe los diques del orden social y abre la puerta á todo género de abusos.

«El ejemplo es contagioso. Se había empezado por pedir pan y se concluía con asesinatos y con incendios; el salvajismo que se desencadena agrega sus violencias ilimitadas á la protesta limitada de la necesidad... Una onda de odio sube del estómago vacío al cerebro enfermo. El pueblo busca por todas partes á sus enemigos imaginarios y embiste con los ojos cerrados, no importa contra quién ni contra qué, no solamente con todo el peso de su masa, sino también con toda la fuerza de su furor... Por todas partes se encuentra el mismo instinto de destrucción, una especie de cólera envidiosa contra los que poseen, mandan ó gozan» (1).

Cuando se anuncia el regreso de Nécker, el populacho saquea la casa municipal de Estrasburgo. En Troyes el alcalde Huez, amenazado, se resiste á tomar precauciones. «¿Por qué me han de atacar si no he hecho mal á nadie?», decía. La plebe lo asalta á la salida del tribunal, «lo derriba, lo lastima á puntapiés y puñeta-

(1) Taine, *La Révolution*.

zos, lo arrastra á la sala de audiencia; herido en la cabeza con un zueco, lo arrojan por la escalera. En vano los oficiales municipales intentan defenderlo; le atan una cuerda al cuello y lo arrastran. Un sacerdote, que implora el permiso de salvar su alma, es rechazado y golpeado. Una mujer se arroja sobre el anciano, lo pisotea y por varias veces le hunde sus tijeras en los ojos. Arrastrado hasta el puente de la Selle, lo echan al arroyo, lo retiran y lo arrastran de nuevo por los charcos con un puñado de pasto en la boca.»

Agrega la crónica que su domicilio y los de varios magistrados son entregados al pillaje. «Nadie en Troyes se acostó durante esa noche nefasta.»

Después de citar otros casos de la barbarie creciente, dice Taine: «Tal es la vida pública en Francia á partir del 14 de Julio. En cada ciudad los magistrados se sienten á la merced de una banda de salvajes, á veces de una banda de caníbales; los de Troyes han torturado á Huez á manera de los hurones; los de Caen han hecho algo peor: el alcalde de Belsunce, no menos inocente y garantido por la fe jurada, es despedazado como Laperouse en las islas Fidji y una mujer le come el corazón.»

Estos comentarios no proceden de la pasión extranjera. Quien los formula es el maestro Taine, príncipe de los historiadores contemporáneos y de una conciencia erudita y filosófica sin paralelo.

Por otra parte, tan increíbles antecedentes poseen extraordinaria fuerza probatoria. De manera, pues, que debemos insistir en su enunciación.

Los señores de Cureau y de Montesson purgan con la muerte su delito de nobleza. «Un carpintero corta con su herramienta las dos cabezas y los muchachos las llevan á son de tambores y de violines.»

En Alsacia se persigue á los judíos, «asaltan sus domicilios, repártense su dinero y los cazan como bestias feroces» (1).

En Remiremont y Luxeuil se declara, por edicto,

(1) Taine, *La Révolution.*

«que todo ese vandalismo, pillaje y destrucción son lícitos».

El derecho de propiedad desaparece. Lally Tollendal denunciaba desde la tribuna, el 31 de Julio, el incendio y demolición de treinta y seis castillos, señalando otros atentados feroces; «en el Langüedoc M. de Barras cortado en pedazos delante de su mujer, pronta á alumbrar, que también muere; en Normandía, un gentilhombre paralítico, abandonado sobre una fogata, á quien retiran con las manos quemadas; en el Franco Condado, Mad. de Bathilly forzada, bajo amenaza de hacha, á desprenderse de sus tierras; Mad. de Listenay, obligada al mismo abandono, teniendo una horquilla al pecho y á sus pies sus dos hijas desmayadas; el barón de Mont-Justin, uno de los veintidós gentilhombres populares, suspendido durante una hora sobre un pozo, oyendo deliberar si se le dejará caer ó si se le hará perecer de otro modo; el caballero d'Ambly, sacado de su castillo, arrastrado desnudo á la aldea hasta arrojarlo en el estercolero, después de haberle arrancado el cabello y las orejas, mientras se danza alrededor de su cuerpo» (1).

En París pasean por las calles las cabezas de los víctimas, y refiere un cronista que, en imitación de tan macabro espectáculo, solía verse á los muchachos de la calle exhibir la cabeza de un gato clavada en una pica.

Una impresión de terror invade á la sociedad entera. Ella se contagia á los mismos miembros de la nueva situación. En una semana quinientos diputados piden sus pasaportes, prontos á emigrar. En Septiembre, ciento veinte de ellos presentan su dimisión y no reaparecen en la Asamblea.

Adviértase que la anarquía estallaba con tanta violencia en el curso del año 1789.

Según Mallet du Pan, los habitantes de la Francia sólo tienen la alternativa de «creer ó morir». Según Malouet, «la Revolución, después del 5 de Octubre, ho-

(1) Taine, *La Révolution.*

rroriza á todas las gentes sensatas de todos los partidos, pero ella está consumada, es irresistible».

Mientras así cae herida la civilización, la Asamblea se engolfa, con furor de iluminada, en el debate sobre los Derechos del Hombre, empeñada en la soberbia y desatentada tarea de redimir, por decreto, á los pueblos del universo (1). Canal por medio estaba el pueblo inglés que, sin reclamaciones y fuego de teorías inaplicadas, podía dar, en vez de recibir, ejemplo de libertad política y social.

La sensibilidad romántica, puesta en moda por la escuela de Rousseau, indujo á los miembros de la Legislativa á velar por el derecho escrito, mientras la realidad clavaba en cruz al derecho práctico. Calificando ese desequilibrio, más acentuado por los jacobinos, exclama Alberto Sorel: «Ellos agregaron á la ferocidad de su fanatismo una depravación nueva y particularmente insoportable: la hipocresía humanitaria.»

El ensueño redentor domina á los vencedores, al extremo de creer al mundo entero pendiente de sus deliberaciones. Ellos olvidan que ese mundo marcha ajeno á sus consejos y que, en resumen, ellos van á repetir mal lo que, muchos años antes, consagrara—en los hechos—la pujanza de la democracia norteamericana.

«Convencidos de su misión providencial—observa con profunda ironía Mirabeau—, ellos se pasan un mes discutiendo sílabas y en una noche derriban todo el antiguo orden monárquico.»

El magnífico tribuno hizo, con arte exquisito, el proceso de la utopía.

Refiere la crónica pomposa que en el curso de sus

---

(1) Mad. de Stael, *Considérations sur la Révolution française*: «Cuando la declaración de los Derechos del Hombre surgió en la Asamblea Constituyente, en medio de esos jóvenes gentilhombres, ante cortesanos, ellos llevaron á la tribuna sus frases filosóficas, complaciéndose en debates minuciosos sobre la redacción de tal ó cual máxima, cuya verdad era, por lo demás, tan evidente, que las más simples palabras de todas las lenguas pueden expresarla igualmente. Entonces se pudo ver que nada de estable podría resultar de un trabajo del cual tan rápidamente se habían apoderado la vanidad frívola y facciosa.»

profundos debates recibió la Asamblea el homenaje y el aplauso de delegaciones extranjeras. Véase lo que expone á ese respecto Taine:

«Sesenta vagabundos, pagados á doce francos por cabeza, vestidos de españoles, holandeses, turcos, árabes, tripolitanos, persas, indios, mogoles, chinos, y conducidos por el prusiano Anacarsis Clootz, vienen, bajo la denominación de embajadores del género humano, á declamar contra los tiranos y se les conceden los honores de la sesión.»

Son tan elocuentes las referencias auténticas, que salimos de una para recoger otra.

«Recuerdo—dice Dumont—esta larga discusión sobre los derechos del hombre, que duró semanas, como un período de fastidio mortal: vanas disputas sobre palabras, confusión metafísica, charlatanería abrumadora; la Asamblea se había convertido en la Sorbona»; y continúa Taine: «Todo esto mientras que ardían los castillos, que las municipalidades eran saqueadas, que los tribunales no osaban reunirse, que el trigo no circulaba, que la sociedad se descomponía: iguales á los teólogos del Bajo Imperio, con sus disputas sobre la luz increada del monte Tabor, mientras Mahomet II derribaba á cañonazos las murallas de Constantinopla.»

Pero reanudemos la síntesis rápida de los atentados sombríos.

Confundida la nobleza provincial en el odio á la nobleza de Versalles, sobre ella también y sobre sus parientes cae la persecución. Veinticinco mil familias, compuestas por pequeños y grandes propietarios, agricultores, soldados y marinos, son entregadas al odio jacobino. Ni siquiera pueden interponer los perseguidos la frontera entre ellos y la bárbara mesnada. La ley les prohibe emigrar: una verdadera cacería en parque cerrado.

Idéntica suerte cabe á los miembros del clero que no huyen; ahogados, heridos, entregados al tajo de la guillotina.

En Nimes, de una sola vez, «más de ciento cincuenta católicos son asesinados». Cuadrillas de bandidos, jaco-

binos, recorren los departamentos, saltándolos donde los encuentran. «Poco importa—dice Taine—que la ley los proteja; ella es interpretada contra ellos, torcida arbitrariamente, violada abiertamente por las administraciones parciales ó intimidadas que la Constitución sustrae á la autoridad de los tumultos populares.»

Marat, el monstruoso profesional del crimen, dice á Barbaroux: «Dadme doscientos napolitanos armados de puñales y llevando en el brazo izquierdo un cuero á guisa de escudo; con ellos yo recorreré la Francia y haré la Revolución.» En su concepto, «por humanidad», hay que suprimir doscientos sesenta mil hombres, á fin de fundar la felicidad de los restantes.

Pasado el primer furor homicida, el vértigo de sangre adquiere formas orgánicas; se metodiza. Se mata más que nunca, pero de acuerdo á un plan ordenado, con extrema vigilancia, como si se batiera una selva.

Dice Quinet: «Así preparadas, las masacres se ejecutan administrativamente. En todas partes se descubre la misma disciplina para la carnicería. El 2 de Septiembre, cuatro vehículos llenos de sacerdotes, salidos de la alcaldía y dejados completamente abiertos, sirven para estimular á los degolladores.»

Reclamaría mucho espacio reproducir la descripción que hace el mismo historiador de la matanza que tuvo lugar en la iglesia de Saint-Louis des Carmes. ¡Espantoso episodio de la larga serie! Ante un simulacro de tribunal, instalado en la puerta del jardín, desfilaban los religiosos prisioneros. Claro que la casi totalidad fué declarada culpable por el capricho de los asesinos. Apenas cruzaban los condenados el umbral, caían sobre ellos los cuchillos. Una escena de saladero. Con algún conocimiento gráfico hablamos de esta inmolación, porque hemos visitado el recinto donde ella se consumó. Como pieza de irrefragable acusación, todo se conserva allí como estaba entonces y todavía se ven en las paredes las señales de las manos ensangrentadas.

Con estos detalles horripilantes corona Quinet su narración: «Al principio se ultimaba de un sólo golpe de sable, de cuchillo ó de pica; después ellos quisieron

saborear el asesinato y se produce entre los verdugos y sus víctimas cierta emulación: los primeros se empeñaban en matar lentamente y en hacer sentir la muerte; los otros se empeñaban en que ella llegara pronto. Mientras tanto, habían traído bancos para comodidad de los asistentes al espectáculo. Cuando empieza la fatiga, los matadores descansan. Tienen apetito y comen tranquilamente. Se hacen servir vino, pero lo beben con sobriedad para poder continuar la tarea. Ellos se denominaban obreros y hacían sus cuentas sobre el número de víctimas que debían sacrificar. El furor no les impedía pensar en el salario una vez terminada la obra.»

La hija de Sombreuil salva á su padre bebiendo un vaso de sangre. Se masacra en montón en Nimes, Nancy, Montaubán, Carpentras, la Chapelle, Campo de Marte, Avignón.

En París la Comuna adopta una moción de Robespierre por la que «se devuelve al pueblo su poder soberano». Esta medida importa la legitimación y el estímulo á todos los atentados. La fiera comprende que se abren los hierros de la jaula para que haga uso de sus garras, y las matanzas de Septiembre comienzan.

Autorizados para juzgar á los adversarios detenidos por el delito de ser «aristócratas», los comités seccionales sentencian mandando proceder al degollamiento en masa. «Los carceleros reciben orden de abrir las puertas y de dejar obrar. Por exceso de precaución se quitan á los presos sus cuchillos de mesa y hasta los tenedores. Llamados por sus nombres, uno á uno, ellos desfilan como reses y una veintena de carniceros por prisión—en total doscientos ó trescientos—son suficientes para realizar el trabajo.»

Junto á los cadáveres se baila al son de la *Carmagnole*. Después de sacrificar á nobles, suizos, sacerdotes y «señores de cutis fino», la ferocidad despertada se lanza sobre los condenados por delito común, criminales, mendigos, vagabundos y jóvenes detenidos. ¡Clavada en una pica paséase la cabeza de la Lamballe, mientras otros ostentan el corazón que le han arrancado!

En Bicêtre había recluídos cuarenta y tres muchachos de doce á diez y siete años, puestos en corrección por sus mismos padres; á todos se les acuchilla. No en vano exclamaba Taine: «Esta vez se desciende más abajo del nivel humano, á las últimas capas del reino animal, por abajo del lobo: el lobo no estrangula á los lobeznos.»

Seis días y cinco noches de asesinato continuado. Bien vale la pena reproducir la estadística lúgubre de esta jornada, tal como se hizo en la época. 117 homicidios en la Abbaye, 169 en la Force, 223 en el Châtelet, 328 en la Conciergerie, 73 en la torre Saint-Bernard, 120 en Carmes, 79 en Saint-Firmin, 170 en Bicêtre, 35 en la Salpêtriére. Mil trescientas catorce víctimas, contándose en ese número generales, magistrados, un antiguo ministro, tres obispos, doscientos cincuenta religiosos; «los más bellos nombres de la Francia», dice un autor. El cuchillo gravita sobre todas las cabezas. La propiedad, la más legítima, condena á morir. A título de que los bienes deben ser depositados en el altar de la patria, el robo adquiere los caracteres de una institución oficial. La dictadura irrefrenada de la plebe. La civilización cristiana no conoce desborde semejante.

Sería interminable el índice sólo de las matanzas departamentales. El crimen no perdona, y hasta mujeres en cinta y ancianos paralíticos reciben el castigo á que los hace acreedores su inocencia. En Burdeos se celebran las fiestas de la Federación con nuevos asesinatos. Igual espectáculo se repite en Caen, Orleans, Chantilly, Reims, Chalons, Meaux, Cambray, Calais; es decir, en las proximidades de París. En Versalles se masacra á sesenta y tres prisioneros. El resto del país está entregado al pillaje. Escapados del presidio y delincuentes venidos de las naciones fronterizas encabezan el pavoroso movimiento, presenciado con estupor por la Europa entera. ¿Adónde conducirá ese suicidio de una sociedad?

La sinceridad revolucionaria del ministro Roland se siente desfallecer ante la denuncia que le llega de los asesinatos.

Al señor de La Rochefoucauld lo aprehenden junto con su madre octogenaria. En coche se les conduce á la cárcel, pero trescientos guardias nacionales, sublevados, piden su cabeza y á pedradas primero, y á sablazos después, lo ultiman. La calidad de noble, religioso ó pariente de parientes de nobles ó religiosos, autoriza la cacería. Entablar juicio sería perder tiempo. Por otra parte, ¿qué crimen imputar á las víctimas? El honor doctrinario de la primera jornada pertenece íntegro á Marat; ¡tal vez por ese motivo sus restos tuvieron homenaje de Panteón!

A Dantón cupo el peso activo de la matanza. Después de ordenarla en París dirige á las provincias instrucciones en el mismo sentido: «Era necesaria—dijo después—; había que inspirar miedo á los realistas.» Otros verdugos de Septiembre temblaban, más tarde, ante aquel recuerdo. Dantón siempre aceptó su responsabilidad sanguinaria: «Aquello fuí yo quien lo hizo.» ¡Entonces era ministro de Justicia! En la actualidad el municipio de París le ha erigido una estatua, ubicándola en el barrio de los estudiantes. ¡Para ejemplo de las generaciones!

Los tiranos más sangrientos de Sud América poseen derecho superior á Dantón para ser honrados por el bronce.

¡Y todavía no ha nacido el Tribunal revolucionario, ni funciona el siniestro Comité de Salud pública! ¡Todavía no han empezado las visitas domiciliarias!

Ya entonces Marat, acusado y absuelto, es coronado de laureles; pero en nombre de la opinión universal, ya levántase en su contra el puñal justiciero de Carlota Corday, la heroína. Apenas descansa el brazo, reverdece el furor homicida. «Hay que acabar», dicen los jacobinos. Henriot, un septembrista, toma el mando de las fuerzas en París y arma y encela á los «buenos republicanos», según rezan los documentos de la época. Seis francos diarios se pagan á cada *sans-culotte* sin trabajo, ó más justo, que trabaja como sicario. «Quien ha hablado mal de los comités revolucionarios, ó se ha opuesto á los atentados del 31 de Mayo, ó ha aparecido en público

el 10 de Agosto, ó ha votado mal en la antigua Asamblea legislativa, es buena presa; *razzia* universal y simultánea» (1).

Inician la serie los girondinos. Los siguen Mad. Roland, Felipe Igualdad, Bailly, que recibiera el Juramento del Juego de Pelota, Condorcet, liberado por el suicidio. «Las condenaciones de Malesherbes, de Bailly, de Condorcet, de Lavoisier, diezman la gloria de la Francia: ochenta personas se inmolaban cada día, como si la masacre de la San Bartolomé debiera renovarse gota á gota» (2).

Once de los girondinos llegan en fuga á su provincia. Todas las puertas se les cierran. Darles hospitalidad importa condenarse á morir.

«Arrojados de abrigo en abrigo, casi siempre sin techo, enterrados vivos en las cavernas, desfalleciendo de hambre, más inhumanas con ellos las mujeres que los hombres. Nada peor se ha visto después de los emperadores. La especie humana en este momento parece empeorada después de Tácito. Sin embargo, también hubo valores magnánimos; por ejemplo Mad. Bouguey, que abrió su casa á los proscritos, y el padre de Guadet, que osó recibir á su hijo» (3).

Pero ellos no escapan al odio de Taillien.

Algunos son guillotinados. Los cuerpos de Buzot y Petión aparecen á medio devorar por los lobos. Barbaroux, suicida, es llevado moribundo al cadalso.

Por otra parte las autoridades de Lyón confiesan en público 168 muertes en cinco meses; pero Robespierre, en comunicación privada, eleva á 6.000 el número de víctimas. En Tolón, el verdugo oficial, Frerón, otorga á sus tenientes el derecho de elegir la presa entre los prisioneros y el 16 Nivoso escribe que ya ha fusilado á 800 toloneses. En los tres meses siguientes, en esa sola ciudad, la guillotina abate 1.600 cabezas.

«Haremos un cementerio de Francia, ó la regenera-

(1) Taine, *La Révolution.*
(2) Mad. de Stael, *Considérations sur le Révolution française.*
(3) Quinet, *La Révolution.*

remos á nuestro modo», dice Carrier. Observa Vatel que sobre 76 presidentes que tuvo la Convención, 18 fueron decapitados, ocho deportados, 22 puestos fuera de la ley, seis encarcelados, tres se suicidaron y cuatro enloquecieron.

Robespierre inaugura otro capítulo más de sangre. ¿Hasta cuándo durará la espantosa hemorragia? Collot, Saint-Just, Billaud-Varennes dividen la tarea con el nuevo tirano, que imparte órdenes á provincia de vaciar con rapidez las cárceles: de apurar el sacrificio.

Ahora toca el turno á Dantón, Chabot, Camilo Desmoulins. Esta inmolación sucesiva y sin saberlo, justiciera, alivia á la conciencia humana: tantos crímenes no pueden quedar impunes. También se manda «regenerar» á Estrasburgo y á la Alsacia entera, por no considerar á sus habitantes buenos jacobinos. Atentados inauditos afrentan á aquellas localidades. En la actualidad la bandera alemana flota en aquella lejana frontera de antes.

Para Nantes inventa Carrier los ahogamientos. Entre hombres, mujeres y niños se calcula en cuatro mil ochocientos el total de las víctimas del feroz «republicano».

En la sola provincia de Anjou se ejecuta á diez mil personas, sin someterlas á juicio.

Hasta se propone quitar á los hijos el apellido de sus padres y sentenciar á los muertos para decidir si merecen ó no descanso póstumo.

A su vez, cae la cabeza de Robespierre. Otra onda de crimen se la lleva junto con la de sus cómplices. Su defensa en el seno de la Convención que lo traiciona, muestra al chacal rodeado de chacales. Sintiéndose perdido, el tirano habla á la llanura: «Es á vosotros, hombres puros, á quienes me dirijo, y no á los bandidos.» Pero Durand Mallaine lo aplasta: «Tú hablas de virtud, homicida; ella pide tu suplicio.» «La sangre de Dantón te ahoga», le dice otro.

Todavía se yergue frenético el acusado y apostrofa al presidente Thuriot: «Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra.»

Fué condenado. Frerón, su igual, dijo con alivio: «¡Cuesta derribar á un tirano!»

Ya los derribaría á los verdugos de la víspera, ejecutados del día siguiente, el peso de la execración universal.

Antes del castigo napoleónico, de otro género, llega el Directorio, para colocar la última lápida de sangre y persecución.

En doscientas mil se calcula el número de las personas heridas por su azote (1).

El terror blanco, lo denomina Quinet. Su característica es «la frivolidad, la burla, unida á la ferocidad. Se inventan suplicios refinados, como llenar de gas de azufre los calabozos».

El exterminio no encuentra vallas. Nadie escapa á sus redes, y en esa convicción se extiende el cuello con gesto resignado. La guillotina funciona todos los días, como podría hacerlo una máquina industrial. Sus víctimas desfilan camino del suplicio por la calle de Saint-Honoré.

Dice Lenotre: «Desde que el siniestro cortejo aparecía, las tiendas se cerraban y quedaba la calle en poder del más vil populacho. Luego los pregones distribuyen la lista recién impresa de los condenados y los grupos se forman vociferando obscenidades ó cantando refranes revolucionarios; las ventanas se llenan de curiosos. De repente gritan: «¡Ahí están!», y escoltado por gendarmes aparece el carro de las treinta y seis ventanas.»

Estas escenas de salvajismo indio se desarrollan en la gran capital de una gran nación civilizada. Cuesta rendirse á tamaña aberración. Taine nos refiere que «París canta y ríe, imperturbable, en medio del terror victorioso».

«En presencia de los suplicios los espectáculos tenían

(1) Taine, *La Révolution*: «Los contemporáneos estiman que doscientas mil personas son alcanzadas por la ley; el Directorio, durante los tres meses que le restan de vida, la aplica á diez y siete departamentos; millares de mujeres y de ancianos son arrestados, detenidos, arruinados, muchos enviados á Cayena; y á eso se llama el respeto de los derechos del hombre.»

el mismo éxito que en situación normal; se publicaban romances titulados: *Nuevo viaje sentimental, La amistad peligrosa, Ursula y Sofía;* en fin, toda la insulsez y toda la frivolidad de la vida subsistían al lado de sus más sombríos furores» (1).

Otros historiadores señalan, con asombro, idéntica enormidad: «Se ha preguntado, á menudo, cómo el París de fines del siglo XVIII, bien poco diferente por sus costumbres del París de la actualidad, pudo soportar, durante tantos meses, el espectáculo cotidiano de la sangrienta hecatombe que la Revolución creía necesaria para su salud. ¿Cómo esa gran ciudad, nerviosa y sensible, no mostró su repugnancia desde la primera ejecución? ¿Cómo pudo aceptar ella que la guillotina se convirtiera en uno de sus órganos normales?» (2).

¡Así son de enmudecedores los despotismos que se apoyan en el crimen!

Pero el horroroso espectro gravita sobre la imaginación de los vecindarios, que solicitan el traslado del aparato patibular á los suburbios, como también así de los cementerios exigidos por tan vertiginosa mortalidad.

Los habitantes de la plaza de la Magdalena se quejan á la autoridad de la pestilencia que se desprende del enterratorio próximo. «El rey y los girondinos reposaban allí; esto preocupaba á los espíritus. Los vecinos se creen enfermos.»

Debemos detener la pluma. La simple enumeración de la carnicería reclamaría espacio muy amplio. Apenas abierto su índice, ya parece elevarse de estas páginas un vaho siniestro: ¡tantas son ya las pavorosas memorias evocadas!

Sólo agregaremos algunas cifras, que bastan ellas solas para medir las sombras totales del cuadro.

Reproducimos las opiniones concienzudas y documentadas de Taine. Al salir del Terror se calcula en ciento cincuenta mil el número de deportados. Según las listas oficiales, los detenidos alcanzaron á la canti-

(1) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française.*
(2) Lenotre, *La Guillotine.*

dad de cuatrocientos mil. En Nantes, sobre trece mil encarcelados, tres mil mueren de peste. En Lyón alcanzan á diez y siete mil las víctimas. Los guillotinados de París suman dos mil seiscientos veinticinco. Lavoisier, el fundador de la química, también los acompaña. La cita fúnebre alcanza á Chenier. «¡Y si siquiera—exclamó el insigne Malesherbes en camino del suplicio—tanto crimen tuviera sentido común!»

Sin contar otros motivos, de miseria sólo muere un millón de franceses.

También los tres millones setecientos mil hombres que costó á la Europa el dominio napoleónico son imputables al gran drama que echó á la Francia en brazos de la autocracia militar.

La opinión honrada de todos los países, desde el primer día, no conoció discrepancia para fulminar á los verdugos. Pero es que los mismos verdugos, como ocurre siempre á los cómplices de todas las ferocidades, se apresuraron luego á enrostrarse la culpa del exterminio. ¡Hasta Carrier y Lebón buscan justificación!

El horror general los persigue como una sombra de maldición. «El público los repudia y su propia inquietud los desvía en todas direcciones» (1). Para el visitante todavía evoca memoria de espanto el sillón de Couthon, el convencional jacobino, conservado en el museo Carnavalet.

Es curioso observar que los descendientes de los hombres que actuaron en la tragedia no hacen capital de su ascendencia. Jamás se menciona en Francia ese linaje próximo. ¡Parecería que los protagonistas no hubieran dejado hijos, ó que los nietos no tuvieran interés en recordar á sus abuelos delincuentes!

---

(1) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française.*

XI

Consecuencias dolorosas

Abordemos otro aspecto de la cuestión. La fantasía sudamericana, tan ardiente, hace causa propia de la ajena borrasca, á título de que ella liberó á la humanidad esclavizada, y proclama que la obra sanguinaria de la Revolución francesa fué indispensable, exigida por el crimen monárquico. Bajo ese contagio de la demagogia militante, todos los despotismos continentales han pedido atenuación para sus excesos á los excesos trasatlánticos: eran necesarios.

Existe positiva ventaja en combatir esa peligrosa doctrina, recordando, al efecto, que si bien es cierto que Luis XVI, su raza y sus adictos, purgaron las acumuladas responsabilidades históricas, ellos se entregaron á su destino cruel sin resistencias, con el coraje resignado de los estoicos.

«El asesinato del 21 de Enero es, desde el punto de vista idealista, el acto de materialismo más odioso, la más vergonzosa profesión que jamás se haya hecho de ingratitud y de bajeza, de villanía plebeya y de olvido del pasado» (1).

Las matanzas revolucionarias no fueron la consecuencia apasicnada del ataque real. Ninguna provocación las enciende y ellas crecen, extendiéndose por todo

---

(1) Renán, *La Réforme intellectuelle et morale*.

Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française*: «La condenación de Luis XVI impresionó de tal manera los corazones, que la Revolución, por muchos años, ha sido como maldecida.»

el país como un reguero de pólvora, estimuladas por la tolerancia sistemática de la monarquía. Luis XVI nunca permitió que se rechazara la violencia con la violencia. «Su optimismo—dice Taine—jamás sondeó la inmensidad de la torpeza popular ni lo profundo de la perversión humana: él no pudo imaginar que la calumnia transformaría en voluntad de derramar sangre su voluntad de no derramar sangre. Por otra parte, él es fiel á su pasado, á su hábito de ceder siempre, á su resolución, declarada y sostenida durante tres años, de no ir jamás á la guerra civil, por humanitarismo tenaz, y sobre todo, por mansedumbre religiosa.»

Todos los crímenes de la Revolución están, pues, rodeados de la mayor impunidad. Como aquellos senadores romanos que esperaron al invasor en sus asientos curules, al extremo de parecer estatuas á los primeros victimarios, los miembros del antiguo régimen afrontaron impávidos la hora del degollamiento. Cada etapa de la ascensión jacobina se señala por nuevas hecatombes, sin que se eleve una protesta amarga. Sólo la Dubarry se mesa los cabellos y llora, desesperada, cuando la arrastran al cadalso. La clase dirigente va al sacrificio altiva y heroica, casi bajo la ansiedad de desposarse pronto con la triste viajera.

Una mañana la plebe invade el palacio de Versalles después de haber amenazado con «la linterna» á los diputados que deliberan. Los suizos han recibido orden de no hacer fuego, y después de matar á varios de ellos la escoria social sube, amenazadora, hasta el apartamento real. Lafayette llega á tiempo para contener al crimen en marcha. Trayendo las cabezas de los muertos clavadas en picas—al pasar por casa de un peluquero hacen rizar sus cabellos—regresa á París la ensañada muchedumbre escoltando á su rey que, pudiendo, no se defiende.

«Tal es la fraternidad nueva», dice un cronista. Cuando el populacho avanza sobre las Tullerías y los suizos quieren defenderse, Luis XVI les manda bajar las armas y entregarse á la generosidad del atacante, que contesta masacrando á quinientos. Al día siguiente

ochenta suizos más, que se han refugiado en la iglesia de Feuillants, reciben orden de salir á la calle, garantidos en sus vidas. Antes de llegar al Hotel de Ville son despedazados.

Y sin embargo, Barbaroux afirma en sus Memorias que «todo aseguraba la victoria de la corte si el rey no hubiera abandonado su puesto... Si él se hubiera hecho ver, si él hubiera montado á caballo, la gran mayoría de los batallones de París habríase declarado por él».

Tan resignada actitud no respondió al pánico. «¿Acaso late mi corazón más ligero que de ordinario?», había preguntado sereno, en hora de indecible angustia. No conocía el miedo quien, al decir de Quinet, refiriéndose á su estadia en capilla en el Temple: «Leía á Tácito y la vida de Carlos I, que le mostraba con anterioridad el camino del suplicio. El enseñaba latín á su hijo; él meditaba; él rezaba en una pequeña torre, cuando podía sustraerse á la vista de sus carceleros. Jamás hase visto mayor paz en medio de tan gran tragedia; esa calma, que no podía concebirse, aumentaba el odio. ¿Era un sabio, un sacerdote, un maestro? El último hombre del pueblo puede aprender de ese rey á bien morir. «Yo perdono á mis enemigos», dijo al inclinarse sobre el tajo. Todos los tambores de Santerre no pudieron ahogar esas palabras ni impedir que ellas resonaran en la posteridad.»

Pocas veces en el curso de la historia la grandeza de alma fulgura tan hermosas luces.

El testamento político de Luis XVI no destila una gota de rencor. Allí confirma el sacrificado sus palabras de misericordia y se declara conforme con la caída de las instituciones feudales. La libertad no lo espanta; la cree necesaria, pero sin destruir el régimen monárquico, corrigiéndolo (1).

---

(1) Párrafos del testamento de Luis XVI: «Recomiendo á mi hijo, si él tuviera la desventura de llegar á ser rey, que piense que él se debe por entero al bien de sus conciudadanos; que todo debe olvidarlo, todos los odios y todos los resentimientos, y especialmente todo lo que se refiere á los dolores y angustias que yo sufro; que él sólo hará la dicha de los pueblos reinando de acuerdo á las leyes, pero al mismo

Es necesario insistir sobre estas tintas del drama para quebrar el antagonismo teórico—libertad, en un extremo; tiranía, en el opuesto—corriente en la opinión sudamericana con respecto á la Revolución francesa; antagonismo errado, originario de las más engañadoras perspectivas críticas. Nuestras multitudes ingenuas insisten en repetir, en el propio medio, esa radical controversia exótica, adulterada en sus rasgos fundamentales por la declamación superficial.

Otra página esclarecedora de Taine nos dirá que el 14 de Julio ofrece testimonio preciso de la tolerancia monárquica, inagotable en las horas de represión.

«El 13 la capital parece entregada á la última plebe y bandidos. Un grupo derriba, á hachazos, la puerta de los Lazaristas, rompe la biblioteca, los armarios, los cuadros, las ventanas, el gabinete de física y se precipita á la bodega, donde desfonda toneles y se emborracha: veinticuatro horas después se encuentra allí una treintena de muertos y de moribundos; ahogados en el vino, hombres y mujeres, de las cuales una en cinta de nueve meses.»

Bailly, testigo autorizado, corrobora estos antecedentes: «París corrió riesgo de ser saqueado.»

La descripción exacta de la toma de la Bastilla entristece á los verdaderos demócratas tanto como puede exaltar su entusiasmo el Juramento del Juego de Pelota. En este caso, la voluntad del cuerpo representativo de una nación se yergue frente al desvarío para advertirlo del cambio esplendoroso de las ideas y de los tiempos; en aquel caso, la plebe irrefrenada, representativa de los más bajos instintos sociales, ataca, sin honor, á un

---

tiempo, que un rey no puede hacerse respetar y realizar el bien deseado por su corazón si carece de autoridad necesaria, pues de otro modo, coartado en sus actos y no inspirando consideración, él es más perjudicial que útil... Yo perdono de corazón á quienes se han constituído en mis enemigos, sin que yo les haya dado motivo, y pido á Dios que los perdone, como también así á los que, por mal entendido celo, me han hecho tanto mal.»

Claridades de martirio, no las sombras de la tiranía con justicia castigada, son el atributo de tan conmovedoras palabras.

puñado de inválidos y de inocentes, amparados por la capitulación, y luego, clavadas en picas, pasea sus cabezas. Allá, en una memorable jornada del derecho, extraña á la sangre y al dolor de las víctimas, que no las hubo; aquí, la barbarie del hecho, ajeno á las impulsiones del ideal levantado. En un escenario, el triunfo esclarecido de la soberanía del pueblo, engarzada en los Estados Generales; en el otro, el ultraje de esa misma soberanía, á pretexto de honrarla y de arrasar prisiones.

Describiendo el episodio, dice Taine: «Se trata á los asaltantes como á niños á los que se procura hacer el menor mal posible: á la primera intimación, el gobernador manda retirar los cañones; hace jurar á la guarnición que no tirará, si no es atacada; invita á almorzar á la primera diputación; permite al enviado del Hotel de Ville visitar toda la fortaleza; soporta varias descargas, sin contestarlas, y deja sacar el primer puente sin quemar un cartucho. Si él tira, al fin, es en la última extremidad, para defender el segundo puente, y después de haber prevenido á los asaltantes que se va á hacer fuego. En resumen, su longanimidad y su paciencia son excesivas, conformes á la humanidad de los tiempos.... «La Bastilla no ha sido tomada á viva fuerza—decía el valiente Elie, uno de los combatientes—; ella se ha rendido aun antes de haber sido atacada, por capitulación, bajo la promesa de que no se haría mal á nadie.»

Ciento veinte inválidos ocupaban la posición. Al penetrar en el recinto el populacho mata al soldado que impidiera al gobernador volar la fortaleza, y su mano mutilada, «que ha salvado á un barrio de París», es paseada por las calles como signo de victoria. Cinco oficiales y tres soldados llevan idéntica suerte.

Falta mencionar la muerte del gobernador. «Al salir, éste había recibido un sablazo en el lado derecho; llegado á la calle San Antonio, todo el mundo le arrancaba los cabellos y le daba golpes. Bajo la arcada San Juan él estaba ya muy herido. A su alrededor exclamaban unos: «Hay que degollarlo»; otros, «Hay que colgarlo»; otros, «Hay que atarlo á la cola de un caballo». Entonces, desesperado y queriendo abreviar su suplicio, él

grita: «Matadme», y debatiéndose, golpea con el pie en el bajo vientre á uno de los hombres que lo agarran. Al instante es atravesado á bayonetazos, lo arrastran al desaguadero y golpean su cadáver gritando: «Este es un monstruo que nos ha traicionado; *la nación* exige su cabeza para mostrarla al público», y se invita al hombre que ha recibido la patada á cortarla él mismo. El referido cocinero sin colocación, pobre diablo que ha «ido á la Bastilla para ver lo que allí pasa», piensa que, si tal es la opinión general, la acción es *patriótica* y hasta cree «merecer una medalla por destruir á un monstruo». Con un sable que le prestan hiere el desnudo pescuezo; pero el sable mal afilado no corta; entonces saca de su bolsillo un pequeño cuchillo de mango negro, y «como en su calidad de cocinero sabe preparar las viandas», termina felizmente la operación. Después, poniendo la cabeza en la punta de una horquilla de tres dientes y acompañado por más de doscientas personas armadas, «sin contar el populacho», él se pone en marcha y en la calle Saint-Honoré hace pegar á la cabeza dos inscripciones para indicar á quién ella ha pertenecido. La alegría sigue; después de haber desfilado por el Palais Royal, el cortejo llega al puente Nuevo; delante de la estatua de Enrique IV inclinan tres veces la cabeza, diciéndole: «Saluda á tu amo.» Esta es la burla final; en todo triunfo y bajo el verdugo aparece el pillete.»

No; no es cierto que la libertad exija estos homenajes macabros para iluminar la marcha ascensional de las sociedades humanas.

No es cierto, no, que el tributo de sangre, tantas veces reclamado por ella para consolidar sus hermosas conquistas, arranque de tan tenebrosas nacientes. El martirio, la generosidad, el sacrificio, el esfuerzo noble desarrollado en los campos de batalla, pueden sancionar con óleo enrojecido el advenimiento de los derechos adquiridos; pero ese cometido bautismal no lo cumplen, lo reniegan los pueblos que aceptan la colaboración del asesinato, de la ferocidad y del suplicio.

Ninguna nación civilizada ha necesitado de tales

horrores para radicar el régimen representativo de gobierno.

Alemania, Italia, Suiza, Inglaterra, Holanda, en una palabra, toda la Europa avanzada—con excepción de Francia—ha llegado á la cumbre ejemplar sin auxilio de tan infamantes homicidios, perpetrados en nombre de la soberanía del pueblo.

La democracia norteamericana, que es faro superior de las demás democracias, no ha pedido al crimen su cimiento de granito. A la constelación estrellada de su pabellón no la empalidecen sombras de masacres alevosas, y cuando desfila por el pensamiento el recuerdo de los fundadores de tan gran patria, parece que con los nombres de Wáshington, de Jéfferson, de Franklin, de Adams y de Hamilton se hincha hasta romperse en flor el concepto de los más altos ideales humanos. Ellos no matan; ellos fecundan y redimen sin abrazarse al puñal.

La misma revolución sudamericana, á pesar de sus defectos orgánicos, no ofrece cuadro de aberraciones sentimentales generalizadas, y si en el período de la organización nacional, la guerra civil y su tropel de odios llenan el escenario hasta hacer del día noche, jamás igualaron los verdugos á sus maestros jacobinos.

Sobre todo, nadie ha pretendido arrancar de ellos el origen de la regeneración cívica continental.

Cerrando el capítulo sangriento, insistimos en que sólo nos solicita el comentario de la Revolución francesa en relación con los intereses políticos y morales de Sud América.

Con serena firmeza entendemos que sus excesos, si no la semilla—que ya estaba en nosotros mismos—han sido el estimulante de nuestros porfiados excesos, fortificados por el ajeno sofisma libertador.

La alta crítica francesa determinará desde otro punto de vista si una sociedad feudal llena de resabios que son escombros, necesitó la dolorosa hemorragia jacobina para trasladarse de un régimen á otro régimen (1). El

---

(1) Quinet, *La Révolution:* «Yo no veo un sólo proletario en la

moderno pensamiento francés empieza á sustraerse á ese prejuicio automático.

Hipólito Taine ha sido el abanderado de tan valerosa emancipación de ideas y desde hace treinta años sus veredictos soberanos no han encontrado réplica victoriosa.

Por otra parte, el sabio principio de causalidad, aplicado á las investigaciones históricas, enseña que los bandos contradictores de 1789 y sus desconciertos lúgubres obedecían á imperiosos determinismos localistas (1). Así sea, y acatemos los espíritus generales el lote de atenuación encontrado á su favor por los eruditos y filósofos; pero media mucha distancia entre esas indulgencias póstumas de la humanidad en marcha y el extraviado sectarismo que conduce á las multitudes sudamericanas á convertir en modelo de sus rumbos democráticos á la pavorosa tragedia extranjera.

Si tan supersticioso culto nos ha precipitado á los fracasos del desencanto, debemos atribuirlo á nuestra propia falta más que á las deficiencias del ejemplo mal elegido y mal interpretado.

La Revolución francesa no puede ser responsable del ajeno extravío, empeñado en exaltar la memoria de sus tragedias, tan nacionales, y la Francia de la actualidad tampoco merece reproche si el incurable candor sudamericano insiste en doblar la rodilla ante la imagen de sus renovados errores políticos.

La culpa, toda la culpa es nuestra que seguimos con los ojos vendados en adoración del viejo ídolo, ignoran-

---

vanguardia de la Revolución Han sido necesarios tres años de propaganda de la clase letrada para hacer entrar al pueblo en escena. Es absolutamente derrumbar la historia sostener hoy que el pueblo ha precedido á sus jefes. La verdad estricta es que la burguesía se dividió; una parte se impresionó y quiso detenerse, la otra continuó marchando hacia lo desconocido. En ningún caso la iniciativa fué tomada por los proletarios. El pueblo sólo entra en los negocios en 1793 y quedó anónimo.»

(1) En 1753, lord Chesterfield escribió su famosa profecía: «En resumen, todos los síntomas que siempre encontré en la historia previos á los grandes cambios y revoluciones en el gobierno, ahora existen y diariamente aumentan en Francia.»

tes de las evoluciones más avanzadas del ideal en otros campos de controversia democrática, aun persuadidos de que importa herejía republicana el divorcio con las memorias sombrías de 1789.

Observa Mad. de Stael que en todo tiempo las delincuencias vulgares han pedido escudo al honor, á la religión y á la libertad.

De ahí no se desprende, agrega, que deba proscribirse todo lo bello que existe sobre la tierra. La Revolución francesa puede merecer severo estigma por sus aberraciones de hecho sin que semejante repudio valga la renunciación del ideal republicano.

Pero tal vez la opinión sudamericana resiste á este reconocimiento sensato y mantiene la confusión de conceptos en el interés de dar escudo prestigioso á sus quebrantos libres: si Francia ha tropezado, natural es que tropiecen sus discípulos. Adivinamos la justificación, condensada en interrogaciones: ¿Acaso Francia ha sufrido, por impulso del gran drama, trastorno en su brillante evolución civilizada? ¿Por ventura no ocupa ella plaza de primera fila en la elaboración de los destinos universales? ¿Quién se permitirá desconocer el volumen de su personalidad democrática?

Recoger esas demandas sería lo mismo que echarnos al Océano en nuestra pobre barca para desafiar, á remo, el embate de las olas. Dentro de la frontera crítica que nos hemos señalado, sólo en relación al civismo sudamericano, señalaremos algunas de las consecuencias adversas de la Revolución. Porque si fuera cierto que, á pesar de sus hecatombes, ella fundó la gloria imperecedera y el bienestar democrático, no igualado, de la nación que la soportara, la realidad deslumbrante aplastaría á las divagaciones pesimistas.

Nos concretaremos, otra vez, á un índice enunciativo.

La Revolución francesa se hizo en nombre de la justicia. La filosofía había atacado el antiguo régimen poniendo en descubierto las úlceras feudales. Quienes invocaban su representación ejecutiva proclamaron el ardoroso anhelo de redimir á la humanidad torturada.

por el error. La Declaración de los Derechos del Hombre se ofrece como el estandarte de esa liberación equitativa. Sin embargo, tal vez no presente la historia del mundo ejemplo de injusticia parecido al de las jornadas revolucionarias. Durante años el terrorismo barrió con el derecho: «¡Ay de los vencidos!»

«El adversario, para los jacobinos, es peor que un herético: él es absurdo, él es contra Natura, hay que ponerlo fuera de la ley; y para perseguirlo y someterlo se emplearon los terribles procedimientos de inquisición y de represión acumulados por la monarquía» (1).

También la conquista de la libertad fué otro de los apotegmas luminosos. Pero bajo su invocación, semejante á la que hacen á la Virgen los contrabandistas españoles, se redujo al cautiverio, durante años, á un gran pueblo.

Difícil será dar gemelo á ese despotismo tétrico, sellado por la más refinada hipocresía.

«Abolir la libertad, á pretexto de establecerla más tarde, es un hecho común en toda la historia de Francia. La Revolución también lo repitió ahorrándose, por cierto, una gran dificultad; pero el tiempo ha demostrado que esto importaba demorarla. Debemos decirlo: esta vía era mala y ella ha preparado la servidumbre» (2).

El hombre lobo se apodera de las ciudades, á la sombra de las declamaciones regeneradoras. Su siniestra silueta ocupa todo el fondo del drama que no alcanza, bajo ese patrocinio feroz, ni la grandeza de los episodios de la antigüedad, ni el tinte caballeresco de las epopeyas medioevales; que no destila bondad, ni abnegación, ni sacrificio hondo; que no reverbera pensamiento noble, oprimido siempre por sofismas y crueldades.

«Cuando una idea política penetra en tales cerebros, en vez de ennoblecerlos, ella se degrada; todo lo que ella aporta allí es el desenfreno de vicios que un resto de pudor aun comprimía y el instinto de lujuria ó de

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolution française.*
(2) Quinet, *La Révolution.*

ferocidad se suelta bajo la cubierta del interés público» (1).

Otro de los dogmas fué el respeto de la soberanía, tanto en la vida interior del Estado como en las relaciones externas. En uno y otro sentido ella desapareció devorada por el vértigo. El principio de las nacionalidades sufrió rudo contraste en aquella época. A los acordes de *La Marsellesa* los nuevos republicanos conquistan á los Países Bajos, Luxemburgo y parte de Alemania y Suiza, extendiendo hasta allí el despotismo triunfante, ampliando las fronteras terroristas. Luego el cesarismo arrasa pueblos, en nombre de la fuerza, y niega la independencia al polaco.

La fundación de la igualdad absoluta apunta otro anhelo. La apariencia seductora de este sofisma ha sido causa de inmenso daño en el seno de las naciones de escasa experiencia gubernamental. Persiguiendo la brillante quimera, ellas se han agitado ansiosas, sometidas por la realidad al suplicio de Tántalo decretado por la fantasía. El jacobinismo proclamó la igualdad, sirviéndola con el filo de la guiliotina, también perturbando en este concepto la imaginación exaltada de sus imitadores ingenuos. En el campo físico y también en el campo moral solo en el vacío infinito, fuera de la contradicción de fuerzas, donde nada es nada, puede encontrar efectividad el igualitarismo jacobino.

La mixtificación democrática de Sud América viene de aquella semilla exótica.

En el culto de las instituciones libres, mucho más que 1789, representan las fechas anteriores de 1688 en Inglaterra y 1776 en la América del Norte.

El contraste destaca, sobre todo, entre el primero y el último de estos ensayos; allá, el estallido de una hoguera, alimentada por el odio y con leña de persecución y crimen; aquí, la serenidad deliciosa del crepúsculo de la mañana: la aurora que enciende sus claridades como signo de alegría y heraldo de salud.

Sin embargo, la Revolución francesa fué copia infor-

(1) Taine, *La Révolution*.

tunada, siguió la huella de la Revolución de los Estados Unidos.

«La Asamblea estaba dominada por un entusiasmo filosófico que tenía una de sus causas en el ejemplo de la América. Veían un país que, no teniendo aún historia, no contaba con nada antiguo que manejar, á no ser las excelentes reglas de la jurisprudencia inglesa que, adoptadas desde largo tiempo en América, fundaron allí el espíritu de justicia y de sensatez» (1).

La intolerancia política y religiosa es deudora á la gran borrasca de la más opulenta colaboración. A la clemencia ella opuso el credo de la venganza implacable. En su paño histórico no se dibujan los grandes amores humanos. Ella enseñó á los pueblos á desflorar sus más hermosos ideales. Su ley fué la ley del exterminio. Torquemada y Robespierre se dan la mano, al través de los tiempos, desde los antípodas del fanatismo.

Pero sobre todo, á ella se debe imputar la declinación de los sentimientos políticos generosos. En 1789 adquiere tan intenso dominio la fiebre destructora, tanto esfuerzo se gasta en el afán autoritario, matando hombres para matar ideas, que el gobierno de las sociedades va en vías de definirse como una perpetua persecución de los débiles por los fuertes. ¡Bien aprendieron la lección desoladora los tempranos despotismos del nuevo continente!

Ese supremo desdén por las aspiraciones cívicas condujo á las masacres inacabables.

Con locura sectaria se persiguió hasta en sus raíces más hondas al orden establecido, legitimando, á pretexto de beneficio final, los más increíbles atentados. La memoria del Delfín, pobre niño entregado al infame zapatero Simón para que lo «regenere», para arrancarle á pedazos su nobleza, convirtiéndolo en acusador de su propia madre, ofrece la encarnación gráfica del empeño ilusorio y desesperado.

Sólo se quiso la propaganda de la muerte, de la confiscación y del saqueo.

---

(1) Madame de Stael, *Considérations sur la Révolution française.*

La Naturaleza, así ofendida en la majestad de sus fueros, volvió pronto por sus derechos, y poco después, ¡ironía de las cosas! el régimen monárquico retoñaba, más poderoso que antes, sobre la montaña de cabezas y de agravios acumulados.

1789, en nombre del ideal altísimo, dió carta de ciudadanía cívica á todas las persecuciones de las épocas caducas.

Sus protagonistas renunciaron á los elementos morales para arraigar sus afanes de renovación. A sangre y fuego se llevó la campaña contra el antiguo sistema.

Agitando la bandera del derecho se hizo una Saint-Barthelemy que duró semanas, meses, años, tan estéril como la otra y mucho más culpable ante la opinión por haberse ella desarrollado á la sombra de los más hermosos ideales que conmueven al espíritu humano. Todos los despotismos políticos y filosóficos encuentran amplia inspiración en las páginas de la Revolución francesa. La América del Sur, con título doloroso, puede dar cumplida fe. También el civismo triste fué consagrado por sus enseñanzas, y si se afirma que la Santa Inquisición arrancó del alma española á fuego lento la fraganciosa poesía de los moros para sustituirla por el fervor teocrático de gesto solemne, bien puede proclamarse otro tanto de los tribunales revolucionarios con respecto á la democracia: ellos sustituyeron con ecos de tragedia las bulliciosas expansiones del régimen republicano.

Porque todos los protagonistas de 1789 recorren el camino en actitud de vengadores. Jamás ríen. El pensamiento los concibe como hombres de mármol, que sacrificaron todas las fidelidades del cariño, las más sagradas afecciones, á la visión de sus sueños enfermos. Creeríase que sólo el olor de la sangre los llamara al deleite. Aniquilado el adversario se matan entre ellos, como fieras, pidiendo nuevas fruiciones á otras formas de homicidio.

«Saint-Just agita el terror sobre todos los partidos. Como el buitre que parece inmóvil, sin haber elegido todavía la presa sobre la cual se desplomará, él mantiene á la Convención dos horas bajo su vaga amenaza. El no

termina. Coloca á cada uno en presencia de sí mismo, porque él sabe que el terror, para ser un buen instrumento de mando, debe penetrar en todas las almas. Nadie lo excede en el arte de mantener suspendida la espada sobre todas las cabezas antes de herir. Cuando concluye nadie osa interrogarlo. Cada uno se pregunta én secreto: ¿A quién se refiere? ¿Quién es el culpable de hoy? ¿Acaso he merecido su odio? ¿Soy yo?» (1).

La época hizo del miedo su religión. Los de abajo, aterrados por el fantasma perseguidor de los de arriba; los de arriba, heridos por zozobras perpetuas, temiendo la represalia rencorosa de lòs de abajo. La frase de Sieyes «He vivido» define la característica sepulcral.

La preocupación permanente de los actores consistía en salvar la propia vida. Dice Taine: «Durante el proceso del rey, al tercer llamado nominal, mientras los votos de muerte caían de lo alto de la tribuna, un diputado, vecino de Daunou, testimoniaba por sus gestos su desaprobación enérgica. Su turno llegó. Las tribunas, que sin duda habían notado su actitud, estallan en amenazas tan violentas, que le privan durante algunos minutos de hacerse oir; al fin el silencio se restablece y él vota... la muerte.»

Otro autor observa que se persiguió con odio máximo á los indulgentes.

La alegría, que es brisa de tranquilidad moral, no hubiera encontrado ambiente propicio en el seno de tan lúgubres inquietudes.

El estilo literario y los dogmas nacidos al calor del drama exhiben caracteres de idénticas melancolías. La gracia y el ingenio chispeante, sal de la vida, no reciben hospitalidad en sus párrafos.

En esas fuentes sombrías han bebido inspiración todos los declamadores sudamericanos; tanto los gobiernos, que amenazan con sus rayos olímpicos á los adversarios de su política estrecha como las oposiciones, que llaman á juicio al poder pretendiendo aplastarlo con el peso de su veredicto.

(1) Quinet, *La Révolution.*

La Revolución francesa nos ha arrancado la risa de los labios, esa sana y hermosa risa que ilumina el rostro del anglosajón, capaz de contagiarse al lenguaje y de conjurar, en un instante, los más ardientes conflictos.

El civismo trágico, el civismo triste, tan inclinado á las soluciones violentas, tan amante de los extremos dolorosos, ha recibido su mejor empuje de las intransigencias jacobinas.

También de ellas deriva el odio de clases.

La Revolución francesa rompe todas las armas morales de la sociedad á título filosófico ó libertario. Con posterioridad, el anarquismo ha hecho suyas semejantes tendencias; pero ni los gobiernos, que tienen misión tutelar, ni los pueblos, interesados en labrarse una existencia dichosa, pueden aceptar esa adulteración de ideales.

Los absolutismos igualitarios de 1789 atacaron en su base el concepto de la disciplina social. No nos referimos, por cierto, al sistema feudal de las castas, ya descalificado por el espíritu redentor del siglo; pero sí á las confusiones insensatas creadas por la demagogia triunfante.

Fué la suya marejada de fondo que comprometió el esfuerzo sedimentario de las edades, encendiendo las más temerarias ambiciones en el alma colectiva.

De ahí nace la persecución vulgar á todos los elementos representativos de la sociedad y la irritación sorda contra las clases dirigentes, que está á la vista del observador en el seno de la actual democracia francesa (1). De allá nos viene el ejemplo de ese republicanismo mal entendido que tanto perturba la evolución razonada de las ideas en el Río de la Plata.

La Revolución aniquiló al individualismo. Agobiada por sus dogmas de diámetro universal, desapareció la

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime:* «Cuando las diferentes clases que constituían la sociedad en la antigua Francia entraron en contacto, hace sesenta años, después de haber estado aisladas tanto tiempo por tantas barreras, ellas sólo se tocaron por sus puntos dolorosos y se aproximaron para desgarrarse. Aun en nuestros días esos celos y esos odios sobreviven á ellas.»

unidad humildísima, que es cimiento del soberbio edificio humano. El unitarismo total fué el complemento de este despojo consumado en nombre de la libertad (1).

Con respecto á la centralización administrativa afirma Tocqueville que ella presenta rasgos mucho más avanzados en la Francia moderna que en la Francia de Luis XIV.

La autonomía municipal le arranca estos comentarios: «La libertad comunal escapa, por así decirlo, al esfuerzo del hombre. Raramente ocurre que sea creada; en cierto sentido, ella nace de sí misma. Ella se desarrolla casi en secreto en el seno de una sociedad semibárbara. La acción continuada de las leyes, de las costumbres, de las circunstancias, y sobre todo, el tiempo, llegan á consolidarla. De todas las naciones continentales de Europa puede decirse que no hay una sola que la conozca. Y sin embargo, es en la comuna donde reside la fuerza de los pueblos libres. Las instituciones comunales son á la libertad lo que las escuelas primarias á la ciencia: ellas la ponen al alcance del pueblo; ellas le enseñan á aficionarse á su uso regular, habituándolo á su ejercicio. Sin instituciones comunales una nación puede darse un gobierno libre, pero ella carecerá del espíritu de la libertad» (2).

Los cuarenta mil municipios creados por la Revolución fueron otros tantos resortes de dominio despótico; simples agentes aterrorizados del terror central. Ninguna de las calidades exigidas por el espíritu esclarecido de Tocqueville palpita en aquellos organismos artificiales.

El centralismo continúa siendo el verbo de la República francesa, imitado, con deleite, por mucha parte de

---

(1) Renán, *La réforme intellectuelle et morale:* «El gemelo exacto de la colosal realeza de Luis XIV es la república de 1793 con su pasmosa concentración de poderes, monstruo inaudito tal como nunca se ha visto otro.»

En 1789 escribía Jéfferson, desde París, á Madison: «No hay país donde la manía de *trop gouverner* haya adquirido más profundas raíces que en Francia y donde ella cause mayor mal.»

(2) Tocqueville, *De la démocratie en Amérique.*

la democracia sudamericana, á pesar de la experiencia adquirida bajo la extraviada férula absorbente de la metrópoli.

Frente á la Revolución de Mayo, lanzada en ese rumbo de absolutismo político, se levantó la gloriosa resistencia artiguista.

XII

La actualidad social en Francia

Entramos ahora en un nuevo aspecto de la cuestión. ¿Ha obrado la Revolución sobre la Francia el milagro de libertad y de grandeza democrática que proclama, desde la distancia generosa, el entusiasmo sudamericano?

Sin pretensiones críticas dibujaremos algunos comentarios sobre este tópico que, estudiado á fondo y con autoridad, exigiría un volumen.

Aun con ánimo breve, repetimos que interesa este bosquejo, porque si fuera cierto que la tercera república francesa es fruto magnífico de la primera y que las luces encendidas en el pasado trágico reverberan en el presente, el testimonio de ese éxito haría enmudecer el elogio de otras democracias consideradas por nosotros mucho más ejemplares y fecundas.

Para precisar las ideas renovaremos una salvedad necesaria: nuestro asunto crítico se reduce á la Francia política. Ante la hipérbole del homenaje sudamericano á su civismo, sin parar mientes en sus quebrantos, hemos creído de alguna utilidad oponer dudas discrepantes á tan extática adoración.

Al asumir el poder dijo en su proclama el Primer Cónsul que la Revolución había concluído. Esta afirmación, dirigida á serenar los espíritus, sólo pudo entenderse en el sentido material, como garantía de que cesaban la violencia y la persecución. Porque, en el concepto moral, el mismo cesarismo naciente, derivación lógica del drama, daba fe de su rigurosa persistencia.

En efecto, la influencia social y política de 1789 llena la historia de la Francia contemporánea, y si aun la América latina, separada de ella por un océano de agua y de divergencias orgánicas, se agita todavía bajo esa poderosa impulsión que pidiera prestada, ¿cómo no concebir esclava de tan imperioso dominio á la nacionalidad que llevó al huracán en sus entrañas?

«Los franceses hicieron, en 1789, el más grande esfuerzo á que se haya jamás librado ningún pueblo para cortar, por así decir, en dos su destino y separar por un abismo lo que habían sido hasta entonces de lo que ellos querían ser en lo sucesivo. Animados de ese empeño, ellos han tomado toda clase de precauciones para no conservar nada del pasado en su nueva condición; ellos se han impuesto toda clase de presiones para hacerse distintos á sus padres; ellos no han descuidado nada, en fin, para hacerse incognoscibles» (1).

Nada importa que esa gigantesca renegación de las leyes naturales no haya cuajado como la concibió el fanatismo de sus propulsores; nada importa que la nueva Francia sea la vieja disfrazada y que bajo el manto flamante de la república aparezca, bien dibujado, el cuerpo de las maldecidas instituciones monárquicas; nada importa que el Imperio culmine la contrarrevolución restableciendo hasta el aparato externo, que antes se disimulara, del antiguo régimen; nada importa que la Francia actual, á pesar de los signos oficiales y de las sanciones del éxito aparente, sea la menos republicana de las repúblicas conocidas. A pesar de estos y otros muchos aspectos contradictorios, apenas se escarba la raíz de los sucesos aparece en Francia la vieja borrasca como palanca decisiva para el bién y para el mal. Con el auxilio de su fórmula se explican todas las acciones y reacciones locales desarrolladas hasta la fecha. En determinados momentos de la centuria desaparece de la vista la corriente histórica, al igual de los ríos que se pierden al atravesar ciertos terrenos desfavorables, sin perjuicio

---

(1) Tocqueville, *L'Ancien Régime*.

de correr subterráneos para brotar tranquilos, siempre iguales, á muchas leguas de distancia.

En atenuación filosófica de la ejecución de Luis XVI se proclama que su sacrificio fué el precio expiatorio de las gruesas faltas de sus antepasados.

Idéntico juicio de conjunto obliga á declarar que la república francesa de la actualidad es la heredera, favorecida ó perjudicada, de las culpas y de las virtudes revolucionarias.

Dice Renán: «Yo pienso que la Revolución tendrá para la Francia consecuencias análogas, pero menos durables, porque la obra de la Francia ha sido menos grande y menos universal que las obras de la Judea, de la Grecia, de la Italia. El paralelo exacto de la situación actual de nuestro país me parece ser la Alemania del siglo XVII. La Alemania del siglo XVII había hecho por la humanidad una obra de primer orden: la Reforma. Ella la expió en el siglo XVIII por su extrema decadencia política. Es probable que el siglo XIX será igualmente considerado en la historia de Francia como la expiación de la Revolución.»

Sólo para esgrimirlas contra la madre patria infortunada, recordamos en nuestro medio social las aberraciones de los siglos sectarios.

En ese sentido es favorito de nuestros labios el proceso de la bárbara expulsión de los moros, que tanto daño infirió á la industria y al pensamiento español. Pero ¿acaso la revocación del Edicto de Nantes y la Revolución francesa no presentan también aspectos enormes de exceso y acaso sus consecuencias no repercuten, intensas, dentro del organismo que sufrió sus dolores?

En 1685 se expulsa á medio millón de artesanos heréticos y se arrebata á la Francia un precioso capital de energías morales que ya echarían de menos, como elemento invalorable de equilibrio moral, los críticos de sucesos posteriores en una centuria á la odiosa proscripción.

En 1789, ya lo hemos visto, se repite multiplicado el exceso arbitrario, y el jacobinismo, según la precisa

expresión de Taine, ataca á una sociedad en sus fundamentos con la insensatez del salvaje que abate al árbol para apoderarse de la fruta.

La Francia es, pues, el campo de experimentación de las teorías reconstructoras de la Revolución, reproducido en sus ensayos organizadores por los ideólogos de Sud América.

Si fuera á juzgarse de su éxito por las ruidosas afirmaciones que lo pregonan, gracias á su acción mirífica se ha salido de las tinieblas y se vive en la verdad.

Rebatiendo tan generalizada declamación hace ya muchos lustros, cuando ella empezaba á divulgarse, exclamó Edgard Quinet: «¿Quién dirá la verdad á los franceses? ¿Quién osará desgarrar los velos de retórica bajo los cuales ellos esconden su historia para ocultarse mejor el presente? ¿Quién abrirá sus heridas para curarlas? Yo me he atrevido á intentarlo. A menudo la repulsión me ha dominado al ver el retorno y el progreso continuado de las mismas servidumbres, y la pluma se me ha caído de las manos.»

Pero cuando se vive en Francia, se nota con asombro, en contradicción con la artificiosa enseñanza emanada de las universidades sudamericanas, que la opinión nacional no comparte los entusiasmos exagerados sobre la Revolución, que son ya orgánicos en el nuevo continente.

Los elementos serenos de la sociedad, sus grandes exponentes intelectuales oponen serias reservas al culto militante del drama. Si desde el punto de vista filosófico no se discute su excepcioal significado, desde el punto de vista político se pregunta si hay sabiduría en dar plena actividad gubernativa á sus temerarios ensueños, y sobre todo, si la república colocada bajo sus auspicios turbulentos llena las aspiraciones de los demócratas sinceros.

Una pléyade de eminentes pensadores contemporáneos, reconocidos por el liberalismo de sus ideas, ha tenido la energía de confesar estas profundas ansiedades que no pueden nublar el espíritu ingenuo de las multitudes.

Taine como historiador y Renán como filósofo, han convenido en la expresión de las mismas angustias patrióticas. Desde la cátedra literaria y en distintas etapas, Balzac, Zola y Bourget han vibrado bajo el contagio de zozobras semejantes.

Es que dentro de la palabra democracia se confunden á menudo dos orientaciones distintas del amor á la justicia social. El concepto quimérico del dogma reñido por ende con la realidad que deslumbra á la masa creyente, y el concepto sesudo de lo posible patrimonial de los hombres de Estado, penetrados de que la verdad doctrinaria debe adaptarse á las exigencias autoritarias de la práctica, del mismo modo que se desvía la posición de la imagen recogida por la retina al pasar de un medio menos denso á otro más denso.

Pero la declamación hace como que ignora esta diferencia y adula y exalta aquella pasión generosa, porque ella es la simpática al mayor número.

La sabiduría del cerebro y del corazón se rebelan contra ese entregamiento insincero. Caso típico de la apuntada entereza cívica lo ofrecieron entre nosotros los partidarios del andador monárquico en carácter transitorio, como solución de libertad efectiva en los albores imperfectos de la emancipación.

A aquellos demagogos pomposos del verbo revolucionario pone Alberto Sorel en toda su pretenciosa transparencia cuando dice: «Los republicanos franceses se creen cosmopolitas; ellos sólo lo son en sus discursos; ellos sienten, ellos piensan, ellos se agitan, ellos interpretan sus ideas universales y sus principios abstractos con las tradiciones de una monarquía conquistadora que durante ochocientos años trabaja en modelar la Francia á su imagen. Ellos identifican á la humanidad con su patria, su causa nacional con la causa de todas las naciones. Ellos confunden como consecuencia y muy naturalmente la propagación de las doctrinas nuevas con la extensión del poderío francés, la emancipación de la humanidad con la grandeza de la república, el reinado de la razón con el de la Francia, la liberación de los pueblos con la conquista de los Estados, la revo-

lución europea con la dominación de la Revolución francesa en Europa.»

Ni la alta opinión francesa ajena á la política, ni la opinión continental, juzgan que el drama de 1789 ha rendido á la Francia los beneficios eminentes prometidos en su programa de redenciones (1).

Por lo pronto, su capacidad directriz ha sufrido sensible modificación. «La Francia antes de 1789—dice Sorel—era el Estado más poblado, más rico y mejor formado del continente.» Entonces sus veinticinco millones de almas pesaban con fuerza decisiva en el concierto de las energías universales.

Cuando Luis XVI resuelve prestar apoyo á la causa de los Estados Unidos en pugna con Inglaterra, con el concurso de las armas, ese auxilio moral sólo hubiera bastado para definir la suerte de aquella guerra por la independencia.

Cuando Polonia perece bajo el asalto alevoso de sus vecinas, como último extremo de salvación, sus miradas agónicas piden socorro á la poderosa Francia.

Sólo Inglaterra y Rusia eran dignas rivales por su potencia de la gran nación occidental. Con respecto á Austria, se recordaba la frase mordaz de Voltaire: «El cuerpo germánico llámase el Santo Imperio Romano, mientras que realmente no es ni santo, ni imperio, ni romano.»

Alemania no existía. La rivalidad de sus príncipes aseguraba su sometimiento desfalleciente al vecino del Rhin. En 1789 el ministro Raineval aconsejaba al rey mantenerla en su estado de crónica anarquía, denominándola «bulevar de la Francia».

---

(1) Renán, *La réforme intellectuelle et morale:* «En cierto sentido es esta una política de penitencia que implica la confesión de que por el momento se trata menos de continuar la Revolución que de criticarla y de reparar sus errores. Yo me figuro á menudo, en efecto, que el espíritu francés atraviesa un período de abstinencia, una especie de dieta política, durante la cual la actitud que nos conviene es la del hombre inteligente que expía las faltas de su juventud ó la del viajero extraviado que rodea por el camino más largo á la altura que había pretendido escalar á pie.»

La Italia cautiva era «una fórmula geográfica», como lo afirmó Meternich, con dureza de vencedor.

La supremacía europea pertenecía á Francia. Su unidad territorial y de raza, consolidada por el esfuerzo acumulado de la monarquía sedimentaria; sus ideales homogéneos; la universalidad de su pensamiento; la bizarría batalladora de sus hijos, eran todos factores que imponían el cetro directivo de la vieja Galia.

Hasta el propio idioma era aliado eficiente en esa conjuración venturosa. Vehículo de la elegancia y del buen decir continental, expresivo y con transparencias cristalinas, la diplomacia, los soberanos y el refinamiento intelectual lo preferían á la lengua nativa. En 1783 la Academia de Berlín abre un concurso para explicar la causa de su generalización internacional.

Resumiendo el concepto elogioso de la época, escribía Rivarol: «Ha llegado el tiempo de decir el mundo francés.»

El deber sintético no permite corroborar con largas argumentaciones el aserto pesimista; pero ¡cuánta diferencia media entre aquella situación sobresaliente y la situación difícil, cuajada de peligros, creada á la Francia por un siglo de ensayos y de porfiadas contradicciones!

París, ocupado dos veces por el castigo de los aliados; otra vez, por el capricho del vencedor; sus fronteras reducidas en una emergencia dolorosa; esas nuevas fronteras mutiladas luego por el zarpazo prusiano; la población creciendo más lenta que en los países vecinos fué el fenómeno desfavorable de la primera etapa; la población dejando de crecer, retrocediendo, es el fenómeno alarmante de la segunda etapa; la anarquía en las creencias, la anarquía en los ideales democráticos, la anarquía en los sentimientos patrióticos; la inferioridad militar, á raíz de 1870; el aumento continuado de esa inferioridad en los años sucesivos; la preponderancia naval cada vez más comprometida, al extremo de haberse ya renunciado á mantenerla, perdida ya; el antimilitarismo, planta de maldición, cada día más extendido con sofocamiento de los más nobles impulsos de

alma nacional; el jacobinismo estéril y esterilizante apoderado de los destinos públicos; el espectáculo más intenso de descreimiento político que ofrece el mapa de Europa; la guerra civil en el terreno de las convicciones religiosas, seguida de persecuciones y despojos que no armonizan con el espíritu tolerante del siglo; la renegación temeraria de los más sagrados ideales del ciudadano, al punto de imponerse en las escuelas libros donde se falsean y calumnian las glorias de la monarquía y del imperio; el relajamiento de todos los frenos morales, la mixtificación de la libertad y la decadencia del verdadero patriotismo: he ahí los frutos que debe la Francia del presente á la propaganda desquiciadora de la vieja demagogia triunfante.

No hace mucho tiempo, en un discurso célebre, que fué un toque de alarma, dijo Waldeck Rousseau: «Mientras nosotros nos agotamos en nuestras discordias, una Europa nueva crece alrededor de nosotros. No tenemos tiempo para teorizar. Cada hora, cada minuto que pasa, es un poco de la grandeza y de la preeminencia moral de la Francia que se va.»

Pide conexión con esta voz de sinceridad la voz prestigiosa de Raymond Poincaré, uno de los pocos republicanos de relieve que no adula las pasiones de la época y cuya palabra goza de gran consideración, por esa superior circunstancia, en el seno de las clases selectas.

Varias veces ministro y actual senador, su hermoso talento le ha abierto á M. Poincaré las puertas de la Academia.

Apreciando el problema nacional, que es la preocupación de todos sus discursos, dijo: «En primer término, la educación nacional. Porque mientras los espectadores se entusiasman en el circo por uno ú otro de los colores rivales, los bárbaros están á las puertas de la ciudad: políticos hambrientos, huelguistas en procura de asuntos sospechosos, *condottieri* de la baja prensa; todos los audaces, todos los descalificados, todos los dominadores de las sociedades que se abandonan. La Francia está en una especie de estado pasivo y letárgico que nosotros

tenemos la obligación de interrumpir. Casi sería mejor una mala dirección de la energía del país que esta ausencia total de aspiraciones, esta falta de voluntad, esta inercia general, esta desconsoladora apatía de la opinión pública. Nosotros estamos deprimidos, como si los crueles recuerdos de la derrota hubiesen quebrantado la confianza que la Francia, para ser la Francia, tiene necesidad de depositar en sí misma. Saltamos de las exaltaciones insensatas á los descorazonamientos absurdos. Ausencia de equilibrio y de salud. Una regeneración moral es necesaria; ella es posible, pero ella sólo se obtendrá por la influencia de una educación fortificante» (1).

La Revolución no ha sido propicia á la Francia en la centuria larga que ella ha tenido de plazo para fundar la augurada grandeza. Es cierto que sus pasiones ardorosas cruzan todavía el ambiente, pero como ráfagas huracanadas que se oponen á la serenidad fecunda de las grandes elaboraciones.

La historia nacional se exhibe como la perpetua rectificación del régimen, á impulso de afiebradas displicencias. Trece sistemas de gobierno en espacio de ochenta años hacen el comentario de la incurable zozobra interna. La revolución inglesa y la revolución norteamericana crearon una fórmula de futuro y han seguido luego el camino desbrozado, sin cambio fundamental de orientación (2). Aquí puede haber sucedido un presidente demócrata á un presidente ultrarrepublicano, pero esta diferencia no compromete el plan social adoptado, y si algo acusa, es su espléndida sanción práctica. Allá reyes torpes han desfilado á continuación de reyes esclarecidos, buenos cancilleres en seguida de cancilleres inhábiles, guerras, dolores, desastres y victorias han obscurecido ó iluminado el camino; pero las instituciones políticas que rigen el desarrollo de la Gran Bretaña

---

(1) Poincaré, *Questions et Figures politiques.*

(2) Taine, *Notes sur l'Angleterre:* «En resumen, ellos—los ingleses—apoyan á su gobierno, y nosotros—los franceses—sufrimos al nuestro.»

jamás han vacilado en sus cimientos de piedra, es decir, de libertad verdadera.

El testimonio ofrecido por Francia es muy diverso. No sólo ha vacilado el edificio cívico erigido en 1789 sino que, más de una vez, una docena de veces, ha sido derruído y restaurado en consonancia con renovadas tendencias. ¿Acaso se recomienda por sus éxitos la creación constitucional que así conspira contra la estabilidad de la nación cuyos destinos pretende encauzar?

De la república se pasa al Directorio, al Consulado, al Imperio, á la monarquía constitucional, á la monarquía impopular, á la revolución, á la monarquía liberal, á la revolución, á la segunda república, á la presidencia principesca, otra vez al imperio, y en última instancia, á la tercera república con varios mandatarios dimitentes en los cuarenta años que ella lleva de ejercicio.

Pero la prolongación de este último régimen, se dirá, que repite el tipo del primero, parece anunciar, después de tantos tropiezos, el encaje definitivo de las aspiraciones públicas (1).

El desencanto nacional y la fe que va perdiendo la raza en sus nativas energías no escriben, por cierto, el elogio afortunado del sistema dominante.

«Francia ¿es republicana?—se pregunta Henry Leyret—. Ella está abatida, ella es escéptica, se contesta. En verdad el país exhibe, por el momento, un inmenso escepticismo. Estado de espíritu mucho más grave de lo que parece: un pueblo pasa pronto—el nuestro lo ha demostrado—de la indiferencia á la aversión, de la desilusión al deseo de cambiar, y no son las aspiraciones imprecisas las que producen los menores fermentos sociales» (2).

Tal vez la declamación jacobina vea en tan rena-

---

(1) Barrett Wendell, *France of to day:* «La república no se siente todavía bastante segura de sí misma para admitir el pasado. Por su propia confesión ella reconoce eso que es todavía exacto. Aun en la actualidad ella es considerada por sus partidarios y por sus adversarios, no como un gobierno nacional establecido, sino como un partido político ocupando temporariamente el poder.»

(2) Leyret, *La République et les politiciens.*

cientes variaciones el secreto de preciosas inquietudes fecundas, incurriendo, como siempre, en la afirmación avanzada de que la democracia francesa señala, con luz solar, los derroteros de la humanidad, subordinada á su consigna dirigente. El simplismo del pensamiento sudamericano, tan adicto á los lirismos prestados, se encarga de generalizar estas metáforas indulgentes.

No; el aplastamiento moral de la Francia, la decadencia de su fibra patriótica, el descenso de su natalidad, la disolución desenfrenada de sus costumbres, el cansancio cívico de sus multitudes y el agotamiento de la confianza nacional, apuntan síntomas bien definidos de retroceso en vez de ser estallido de claridades.

Por otra parte, el conflicto de clases presenta en Francia caracteres odiosos y de singular desequilibrio. De la lucha empeñada entre el Estado y la Iglesia puede observarse que la mayoría de las grandes naciones ya han resuelto, sin atropello y sin odios, ese conflicto entre ambas potestades. Las leyes de separación, que mantienen convulsionados los espíritus, carecen de novedad en el seno de otras democracias, ajenas al fanatismo clerical y al fanatismo liberal, que es peor.

¿Tendrán, acaso, que aprender algo en esa materia el Canadá, Estados Unidos, Holanda, Suiza, Italia, Australia, Sud Africa y Nueva Zelanda?

Con seguridad podrían los reformadores franceses pedir á ellos, á pesar de mantener algunas de esas sociedades políticas denominación colonial, el consejo de libertad efectiva y de alta sabiduría de gobierno que brota de sus instituciones.

En cuanto á los problemas planteados por el socialismo francés y solucionados por el gobierno republicano, también puede afirmarse que ni Inglaterra, ni su opulenta y magnífica descendencia, ni Alemania, Suecia, Noruega, Bélgica, y otras de las naciones que venimos de citar, han esperado el ejemplo de Francia para realizar las reformas de justicia social que ella intenta en la actualidad. Nueva Zelanda está mucho más adelantada en la senda de la equidad pública y ya hace largo tiempo que la Gran Bretaña, sin gestos demagó-

gicqe, ha creado leyes generosas de protección á la vejez y de retiros obreros, que todavía son proyecto en el seno de las cámaras francesas.

Vale la pena detenerse un instante ante el síntoma doloroso ofrecido por la despoblación; y decimos vale la pena, porque de esa calamidad nacional derivan, en línea recta, multiplicados perjuicios materiales y morales. Porque si el comercio francés desciende en potencialidad, rebajado á cuarta categoría; si escasean los contingentes militares, al extremo de tener que aceptar el servicio de excondenados; si aumenta la deuda pública en proporción abrumadora; si flaquea esa emigragración, convertida en agente de riqueza, que enorgullece á la procreadora Italia; si se impone renunciar á las exigencias del programa naval (1); si Alemania deja de ser rival para adquirir relieve dominador; si la confianza colectiva vacila; en una palabra, si la Francia desciende mientras las demás potencias civilizadoras ascienden, la culpa matemática de ese enorme perjuicio pertenece á la despoblación que clarea las filas de los industriales, arrebata soldados, disminuye el número de contribuyentes, quita motivo al trasplante venturoso de la raza opulenta, afirma el triunfo de la adversaria histórica y arranca optimismos del alma popular.

Apreciando la situación militar de ambas naciones rivales, dijo en el Reichstag el conde Caprivi, canciller del Imperio, que cada censo anual aseguraba á Alemania la ventaja de un cuerpo de ejército sobre la Francia.

La frase lapidaria de Moltke «Los franceses pierden todos los días una batalla», completa el perfil de aquella afirmación sombría.

Algunas cifras rápidas probarán la exactitud de los pesimismos germánicos:

La víspera de la Revolución, el elemento francés constituía el 25 por 100 de la población de Europa. En

(1) De segunda potencia naval, Francia ha descendido á la categoría de cuarta. Ya el Japón la desaloja de ese rango, de manera que pronto, en opinión autorizada, su marina—ya inferior á la de Alemania—quedará á la cabeza de las marinas secundarias.

la actualidad apenas representa un 10 por 100 sobre el mismo total.

El siguiente cuadro comparativo de la población en los países europeos abona más que todas las expresiones escritas:

NACIONES	1850	1900
Francia. . . .	35.260.000	38.960.000
Islas Británicas. .	27.396.000	41.609.000
Alemania . . .	35.400.000	56.370.000
Austria-Hungría	30.727.000	45.400.000
Rusia.	62 200.000	111.300.000
Italia..	23.617.000	32.480.000

Falta en la anterior tabla la primera década del siglo corriente, cuyos datos acentúan el desastre. Por otra parte, hay interés en examinar el desarrollo de la progresión negativa, á fin de saber bajo cuáles auspicios políticos ha tomado cuerpo el hondo mal.

En 1801, época del primer censo serio, contaba Francia 27.000.000 de habitantes. Ni aun las hecatombes del Imperio contienen su crecimiento vegetativo, favorecido luego por los dos lustros serenos de la Restauración. El aumento no se detiene tampoco en épocas posteriores. Ni la misma mutilación de Alsacia y Lorena compromete el movimiento propicio. Pero en 1881 empieza á señalarse la declinación. Durante el lustro 1886-1891 apenas se crece por valor de cuatrocientas mil almas. Luego se suceden los años de *déficit* en la natalidad. Salteados en su colocación, ya alcanzan ellos á siete, incluyendo el de 1909, cuyo primer semestre estadístico ya conocido, ofrece testimonio peor que 1907, el año por excelencia de bancarrota demográfica.

Antes sólo en ocasión de dos grandes campañas —Crimea y la guerra con Alemania—se da el caso de tan ilógica perturbación; pero en las dos últimas décadas no ha existido la justificación de esas tremendas hemorragias, y sin embargo, la enfermedad continúa apoderándose del organismo.

No en vano dice M. de Foville que «si las cosas prosiguen de esta manera, dentro de veinte años habrá dos alemanes por cada francés, siempre que la Francia no haya sido devorada de acá á entonces».

Agrávase el significado desconsolador de las cifras si se nota que la mortalidad es algo menor que en otras naciones y que el porcentaje de los matrimonios iguala al de Alemania, Italia y Países Bajos, siendo superior al de Inglaterra, Suiza, Bélgica, Noruega, Suecia y Escocia.

La bondad del clima y el desconocimiento de las epidemias acentúan el carácter anormal del porfiado retroceso, así como también la ausencia de la emigración; sabido es que al francés, sibarita de la vida, le cuesta abandonar su país.

La explicación, toda la explicación, la da la escasa natalidad: la firme y generalizada voluntad de no tener hijos.

¡Muchos adultos y pocos niños! Con razón alguien ha dicho que «la Francia empieza lentamente á quedar vacía».

Inspirándose en el amargo y aleccionador verismo de Taine, en un artículo sensacional, recién publicado, expone Charles Torquet: «Durante tantos siglos la Francia ha sido hogar de ideas nuevas y de progreso que ha podido afirmarse, sin *chauvinisme,* hasta tiempos recientes, que ella trazaba la ruta de la civilización. Ya no se puede decir lo mismo. Sin duda la Francia contiene siempre cantidad de grandes espíritus y de eminentes sabios, pero esta producción, como las otras—comercio, marina, industria, agricultura, etc.—, declina en ella y esta es la consecuencia de una improductividad que entraña todas las otras: la de los individuos.»

El doctor Bertillón, llevando aún más adentro el filo del escalpelo, acaba de demostrar, con datos irrebatibles, que en la capital son las clases superiores las que engendran menos hijos, dentro del mismo mínimum vulgar. Los nacimientos son dos veces más raros en el barrio del Elíseo, el más rico de París, que en los vecindarios más modestos de la ciudad. Estas son sus pa-

labras: «En su conjunto, estas cifras traducen una verdad, una verdad impresionante: esto es, que la Francia marcha rápidamente á su pérdida, porque ella sigue el ejemplo de los mismos que debieran esclarecerla y aconsejarla.»

Tan procesal comentario hiere la cuestión en su centro. Porque, si bien la despoblación es causa de una serie de perjuicios nacionales crecientes, á su vez ella denuncia uno de los efectos funestos de una gran causa madre: la decadencia moral, patriótica y política de la sociedad francesa.

Nada tiene que ver la esterilidad física con la disminución, ya orgánica, de la natalidad. Se ha renunciado á tener prole por cálculo egoísta, por interés de bajo lucro, para no lastimar en un ápice la holgura económica de que se disfruta; porque se prefiere el lujo de las sedas y de los automóviles á la fortuna millonaria de los afectos inconmovibles.

Así se da la razón al profesor alemán que exclamó: «¡Más féretros que cunas! Este es el principio del fin. *Finis Galliæ*. De este modo deben desaparecer, por su propia falta, los pueblos que han roto con las leyes fundamentales de la vida.»

Es la familia, piedra angular del Estado, la atacada por la aberración dominante.

Máximum de placer, mínimum de dolor: ahí está la divisa de la actualidad. Pero el placer entendido en su concepto frívolo, material, ajeno á las angustias de los sentimientos superiores y á las torturas de la abnegación y del deber. Los hijos son considerados obstáculo serio á su conquista porque la maternidad marchita el cuerpo y crea obligaciones de hierro: porque ellos sombrean el horizonte con ansiedades y quitan brillo á la vida de salón.

¡Nadie quiere niños! Si acaso uno; cuando más, dos. Los perjuicios de esta amputación sentimental son incalculables. Las patrias viven de la transferencia hereditaria de grandes idolatrías, entregadas, con fervor de culto, por cada generación á la generación que sigue. Y bien; cuando los hogares reniegan de la infancia, y

faltan sus santas curiosidades, y no se sueña con ver al adolescente vistiendo, orgulloso, el uniforme de conscripto, y se vive en eterna rebelión tiesa contra la edad, persiguiendo con horror sus huellas obligadas, y se inmolan los cariños exaltados de la sangre, en tan artificiales circunstancias puede afirmarse que se falta á las leyes del patriotismo, rompiendo el eslabonamiento natural y fecundo de las generaciones (1).

En París se reemplaza el amor de los hijos, tan temidos, por la pasión excesiva de los irracionales. Jamás podrá habituarse el extranjero al espectáculo de esta extraordinaria sustitución, que evoca, vívida, aquella referencia de Plutarco: «Viendo César en Roma, según parece, á ciertos forasteros ricos que se complacían en tomar y llevar en brazos perritos y monitos pequeños, les preguntó si las mujeres en su tierra no parían niños, reprendiendo por este término, de una manera verdaderamente imperatoria, á los que la inclinación natural que hay en nosotros á la moralidad y la humanidad, debiéndose á solos los hombres, la trasladen á las bestias.»

En sus romances evangélicos Zola, cumpliendo un luminoso apostolado, ha puesto estigma de fuego á las madres y á los padres de su raza que ofenden las leyes de la creación. Las páginas de *Fecondité* son un monumental homenaje cívico.

El deseo sintético nos manda detenernos aquí. Ahora encararemos, con brevedad, otros aspectos de la cuestión.

Mientras disminuye la población aumenta la criminalidad y el alcoholismo. Siempre recogiendo información en fuentes francesas, tomamos de la obra del doctor Lavollée el siguiente comentario: «Pero todas estas imperfecciones son poca cosa, casi podría afirmarse que

(1) Coronel Royet: «El número de conscriptos, que en 1907 era de 457.000. ha descendido á 433.000 y la estadística nos dice que en diez años bajará á 399.000. Ya poseemos los elementos de cálculo que nos permiten afirmar que en veinte años habremos perdido 62.000 hombres, ó sea el efectivo de cuatro cuerpos de ejército!»

ellas no son nada, en comparación al vicio esencial y profundo que encontramos en la raíz del mal. Ese vicio consiste en el debilitamiento de los caracteres, el temor al esfuerzo, el eclipse de la idea del deber, la depravación de las costumbres, y para decirlo todo en una palabra, en esa creciente desmoralización, cuyos síntomas se multiplican con una rapidez singularmente inquietante. No hay persona que no esté enterada, no hay persona que no esté espantada del aumento de la criminalidad, sobre todo en las jóvenes generaciones, del aumento del número de suicidios, también notablemente entre los adolescentes, y algo que nunca se viera antes, hasta entre los niños» (1).

La estadística presenta datos cada vez más obscuros, año por año. La delincuencia sube en Francia con irreductible tenacidad, al extremo de poder opinarse que los atentados contra las personas han duplicado en espacio de treinta años. Los cuadros sobre la materia, correspondientes á 1908, muestran la llaga extendiendo, sin descanso, sus fronteras. De ese balance resulta que en veinte años ha triplicado el número de encausados, por imputación de asesinato, en el departamento del Sena, habiéndose quintuplicado en el Ródano y octuplicado en el departamento de las Bocas del Ródano, creciendo también en Marsella, Burdeos, Lyón y todo el litoral mediterráneo (2).

El rubro de los suicidios no exhibe caracteres más halagadores. En espacio de treinta años casi han doblado: 5.670 en 1877 y 9.316 en 1905.

En su último informe anual, el ministro de Justicia atribuye al alcoholismo, «sin género de duda», la vigo-

---

(1) Lavollée, *Les Fléaux nationaux.*

(2) Al discutirse días atrás en la Cámara el proyecto de excluir de la malicia parisiense á los condenados de derecho común, dijo M. Raiberti, miembro informante: «La criminalidad militar ha aumentado más rápidamente que la criminalidad civil. En dos períodos, de 1901 á 1904 y de 1905 á 1908, el número de militares enjuiciados ha aumentado un 68 por 100; el de los civiles un 39 por 100. Y lo más triste es que durante ese mismo tiempo la criminalidad militar ha disminuído en Alemania en proporción de 5'9 por 100.»

rosa tenacidad de los desagradables saldos emanados de su dependencia. La palabra oficial tiene supremo valer; pero bastante colaboración podría atribuirse al relajamiento de las ideas fundamentales que reglan el desarrollo del individuo.

En término de cincuenta años también se ha duplicado el consumo del alcohol.

La Francia sola consume más absenta que el resto del mundo. En 1874 necesitó 8.048 hectolitros y 200.977 en 1905. La estadística, con respecto al alcohol, reune en tres grupos á las naciones: países donde el consumo disminuye: Rusia, Inglaterra, Noruega, Suecia, Canadá; países donde el consumo aumenta mucho: Italia, Austria, Bélgica, Francia; países donde el consumo apenas crece: Alemania, Holanda y Estados Unidos.

Pero en presencia de estos resultados obsérvese siempre que el descenso de la natalidad—caso único—agrava en mucho la posición social de la Francia, que á la vez de perder habitantes, aumenta en lacras morales, mientras la pequeña acentuación alcohólica de Alemania, Holanda y Estados Unidos debe atribuirse á su crecimiento vegetativo. Aquel colosal imperio crece á razón de novecientos mil individuos por año.

Ya hemos advertido que, en virtud de la falta de ciudadanos exigidos por la conscripción, se ha resuelto incorporar á los cuadros de la milicia activa á los condenados por delito común.

En ocasión de varios sucesos criminales de gran resonancia parisiense, se acaban de comprobar los pésimos resultados rendidos por tan penosos contingentes.

Con tal motivo la prensa ha emitido opinión sobre el posible llamado de tropas coloniales.

Otro síntoma adverso lo ofrece la prosperidad de la propaganda antimilitarista en las filas del ejército. Pocos meses atrás la bandera de un batallón fué afrentada, en forma inicua, por algunas de sus unidades, habiéndose producido, con diferencia de semanas, otro atentado semejante, agravado con la venta al extranjero del secreto de la ametralladora nacional, y por otra parte con el incremento del espionaje.

Atacada en sus cimientos la disciplina por el sofisma anárquico, ella se desmorona, y el servicio militar, que honra á la juventud y fortifica el alma de la patria, también empieza á declinar en su prestigio, herido por el aliento malsano de aquellas repudiables doctrinas. De día en día aumenta la resistencia para cumplir el más sagrado de los deberes nativos. Para abonar la fidelidad de este aserto, cuya gravedad exige demostración seria, reproducimos las siguientes palabras pronunciadas delante de la Cámara en la sesión del 2 de Abril de 1908 por el ministro de la Guerra: «Durante el año 1898, 1.904 soldados fueron declarados desertores y hubo 4.678 prófugos. Si paso de 1898 á 1904, ya constato un aumento considerable, porque en 1904 hubo 2.316 desertores y 4.737 prófugos. Pero á partir de esa fecha la cifra todavía crece cada año. En 1905 hubo 2.674 desertores y 7.807 prófugos; en 1906, 3.028 desertores y 10.480 prófugos; en 1907, 3.437 desertores y 10.630 prófugos. Podéis ver que la progresión es constante» (1).

Confirmando lo manifestado por el general Picquart, expuso M. Thompson, ministro de Marina: «Yo me asocio plenamente á las observaciones de mi colega de la Guerra, y como él, yo constato que después de 1898, á raíz de renovadas amnistías, la cifra de deserciones en la marina ha más que triplicado.»

¡Obscuros coeficientes, contradichos con cruel elocuencia por el espectáculo vibrante de las demás naciones! En Inglaterra sólo la sombra remotísima de una invasión ha encendido en el pecho de su juventud entusiasmo espontáneo por el servicio obligatorio, y en Alemania los hogares estallan de júbilo patriótico cuando llega para los hijos la hora envidiada de vestir el uniforme, al extremo de seleccionarse, por exceso de contingentes, á los jóvenes de salud más perfecta. En 1891 el Reichstag ofreció á los miembros del clero liberarlos

(1) Según las estadísticas dadas á conocer en la Cámara por el senador Charles Humbert, el 31 de Diciembre de 1909 se contaban 37.000 prófugos y 13 000 desertores.

de la conscripción, pero ellos, casi por unanimidad, rehusaron ese beneficio.

Hasta *Le Figaro*, órgano mundano, extraño á la crítica trascendental, comenta con alarma la creciente rebelión juvenil á pasar bajo banderas y dice: «En cifras redondas puede afirmarse que en esa época—1908—había 66.000 franceses que rehusaban cumplir el servicio militar, sea en el ejército activo, sea en las reservas. Todos los informes oficiales demuestran, pues, bien netamente que los desertores y prófugos aumentan cada año; la situación es verdaderamente muy inquietante, y en vez de negar un mal evidente más valdría tener el valor de reconocerlo y de esforzarse en conjurarlo.»

Sería máxima injusticia suponer que la Francia carece de todas las condiciones viriles de otros tiempos. Lo único cierto es que la responsabilidad indirecta del abatimiento nacional pertenece al sistema dominante, al republicanismo jacobino en auge, que confunde de manera desastrosa el ejercicio de la libertad con su adulteración sectaria.

Bajo sus auspicios apasionados vacilan los viejos amores de la gran raza civilizada. Bajo sus auspicios complacidos avanza la gestación anárquica, el «herveísmo» repite desde la tribuna y desde la prensa, cada vez con más audacia y con más éxito, sus ataques recios al culto de la patria, la enseñanza primaria pierde sus fragancias idealistas, se agravan como nunca los conflictos de conciencia y se hiere con afán sistemático el pasado glorioso de la nación, por delito religioso, imperialista ó monárquico.

¿Cómo es posible que no desfallezca el torrente patriótico cuando, invocando el derecho, se lleva una carga implacable contra todas las creencias, sin respetar siquiera el credo soberbio de la historia del país? (1).

---

(1) Renán, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse:* «El más irritante error consiste en creer que se sirve á la patria calumniando á sus fundadores. Todos los siglos de una nación son páginas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son los que toman por punto de

Luis XIV, Napoleón y Juana de Arco, cada una de estas figuras, en obediencia á determinado motivo tendencioso, están siendo objeto de la agresión enconada de los escritores republicanos, que no vacilan en llevar á los textos escolares la odiosa vacuna de sus fanatismos, enmascarados bajo la denominación ¡tan explotada! de la libertad.

La opinión sensata del país acaba de sublevarse, ofendida, contra el espíritu capcioso de los libros elementales de historia vigentes en las escuelas públicas (1).

Abusando de la ingenuidad infantil, se deslizan en esos textos las versiones más disolventes de las grandes tradiciones nacionales, combatiendo todo rastro espiritualista en las tiernas conciencias. Tomamos, al azar, varias frases ilustrativas. Uno de los violentos autores dice: «Muchas gentes creen, por ejemplo, que Napoleón I es un gran hombre. Este es un grave error.» Agrega otro: «Si tuviéramos la certidumbre de que existe una justicia póstuma absoluta, todo mérito desaparecería.» Exclama otro: «¡Qué le importan á un soberano absoluto la muerte de sus soldados, los sufrimientos de sus súbditos!» Dice otro: «Luis XIV se hizo orgulloso y egoísta: él se mandó construir en Versalles un palacio que costó muchos cientos de millones, mientras que los desgraciados paisanos estaban, á menudo, reducidos á comer hierba.» Para otro «la desconfianza es la salud de las repúblicas», y en opinión de otro, «no es exacto que la

---

partida un respeto profundo del pasado. Todo lo que hacemos, todo lo que somos, es el coronamiento de un trabajo secular. Por mi parte, yo no me siento jamás más firme en mi fe liberal que cuando pienso en los milagros de la fe antigua, ni más ardiente en el trabajo del porvenir que cuando oigo, durante horas, repicar las campanas de la aldea de Is.»

(1) Figuran en ese número: *Elementos de instrucción cívica*, por Aulard; *Historia de Francia*, por Aulard y Debidour; *Lecciones de moral*, por Albert Bayet; *Historia de Francia*, por Brossolette; otra, por Calvet; otra, por Devinat; otra, por Guiot y Mane; *Curso de moral y moral en la escuela*, por Jules Payot; *Manual de lecturas clásicas*, por Primaire; *Pequeñas lecturas sobre la historia de la civilización francesa*, por Rogie y Despiques.

disciplina sea la fuerza principal de los ejércitos» (1).

Si ahora queréis saber por qué aumentan la criminalidad, el alcoholismo y la deserción en Francia, preguntádselo á esos escritores sectarios que se complacen en enfriar todos los calores benditos de la niñez; en sembrar sal en el corazón de los adolescentes.

¡Bien se guardan ellos de recordar las masacres y las persecuciones de la Revolución!

También por herir al clero se hiere al país cuando se menoscaba la hermosísima leyenda de Juana de Arco, magnífica extática del patriotismo, quemada viva como hechicera del ensueño.

¡Qué bien conocemos en Sud América la copia auténtica de estos excesos!

Responde á tan insensato afán iconoclasta el emperador de Alemania apresurándose á reivindicar, como propia de la viña germánica, la tradición romancesca de Rolando, honrado por la estatuaria en las calles de Berlín.

Ninguna sociedad avanzada se complace en calumniar su historia; todas se resisten á labrar su desprestigio y hasta parece que, amenazadas las nacionalidades en el goce sereno de su patrimonio moral, por las declamaciones anárquicas, el instinto de conservación, aguzado, incitara á cultivar, aun con más amor, las sacrosantas memorias recibidas en herencia.

Sólo en Francia prospera la demagogia debilitante de la patria (2).

---

(1) El Congreso de maestros de escuela sindicados, que acaba de reunirse en Angers, resolvió exigir del gobierno la supresión en la enseñanza primaria de la «moral didáctica», como así también de la instrucción cívica En su reemplazo, dice el texto de la moción votada, se creará «un medio moral favorable al desarrollo de la solidaridad obrera». El anarquismo y el «herveísmo» pregonados por los maestros que paga el Estado, contra el Estado.

(2) Deschanel, *L'Organisation de la démocratie:* «Ya no estamos en los tiempos en que se podía decir «que una voz aislada se eleve para negar el deber patriótico; ella habla en el desierto y se extingue entre la reprobación general» Sin duda es una minoría muy reducida la que está contaminada. En su conjunto, la Francia, el ejército, la juventud están sanos; pero la propaganda redobla y el contagio se extiende poco á poco.»

El socialismo italiano nos pone á la mano un contraste de viril acatamiento al deber de los deberes.

A raíz de nuevas agitaciones irredentistas, se expresó así, desde las columnas del *Avanti!*, el popular revolucionario Braccialarghe:

«¿Cuál sería el deber de los socialistas si la patria se viera amenazada? Yo, socialista y revolucionario, sólo veo uno: tomar el fusil y correr á la frontera, aun vistiendo el uniforme del señor Víctor Manuel. Sí; correr á la frontera y batirse en nombre del derecho de Italia (es decir, de sus costumbres, de su lengua, de su porvenir nacional), derecho que no puede y que no debe ser desconocido en nombre de un derecho nuevo que está en vía de crearse: el de la humanidad. Esto no nos impedirá hacer lo posible para alejar el peligro de la guerra..., etc. Pero si la patria fuera asaltada, al diablo los sueños, al diablo las teorías, al diablo todo...»

¡Bien dicho! Al diablo con las teorías cuando la patria está en peligro, y ella se agita en el peligro, no sólo bajo el espectro de la guerra exterior, sino también cuando muerde sus entrañas el virus de las demagogias desenfrenadas y se comete la temeridad de perseguir en el alma de la infancia el ensueño cálido de las nativas glorias y de la creencia. Hasta el reloj cesa de marchar, paralizado, bajo el frío del mármol. Quitad al amanecer la pincelada de sus arreboles, suprimid el himno victorioso de los pájaros que saludan su advenimiento, prohibid el coro poético de la creación que despierta y habréis realizado la inmensa hazaña de convertir á la mañana en crepúsculo de la tarde. Los ideales generosos son como Lohengrin: no les preguntéis de dónde vienen ni por qué vienen, porque entonces romperéis su precioso encanto. ¡Pobre ciencia de gobierno la que cree hacer obra duradera citándolos á duelo en el espíritu desarmado de los niños, que son sus primogénitos!

Oportuna la advertencia paternal de Jules Ferry: «Jamás tocaréis con demasiado escrúpulo esa cosa delicada y sagrada que es la conciencia del niño.» La joven Italia monárquica piensa como el gran republicano francés, y bajo su vehemente patrocinio Edmundo de

Amicis, sembrador de ideales tiernos, escribe las páginas apasionadas de *Cuore*.

El espectáculo político ofrecido por la Francia no desmiente su filiación demoledora. Para la ingenuidad sudamericana, siempre pronta á ver virtudes en el extraño hogar y vicios en el propio, ejerce un magnetismo deslumbrante el desarrollo cívico de la república europea. Cuando ni aun la misma distancia atenuadora borra las tintas obscuras del ejemplo, poco se tarda en crear una benevolente interpretación de defensa. El asunto Dreyfus abona el caso con su vigoroso testimonio. Este episodio llena con escándalo siniestro el fin de siglo. Su aspecto judicial revela la disolución dominante en casi todas las esferas de la administración. Se asiste á un despeñadero de reputaciones: generales, ministros, diplomáticos y jueces ruedan por el barro. Al fin se condena al capitán.

Corre el tiempo y algunos heroicos ciudadanos, encabezados por Emilio Zola, exigen la revisión del ilegal proceso, invocando los fueros de la justicia. La opinión universal se adhiere á estos heraldos, que encuentran eco contradictorio en el seno de sus compatriotas. Ya ellos han olvidado al acusado de leso patriotismo; ahora los divide el odio de raza, el odio al capitán judío. París entero vibra bajo este sentimiento, que todavía resurge encarnizado á la menor solicitud interrogativa del extranjero. Desapareció la justicia, siendo sustituída por el rencor histórico. La absolución se produjo bajo esta formidable marejada.

Sin embargo, el criterio sudamericano pronto encuentra la explicación elogiosa del drama: sólo la libre Francia es capaz de rendir tan grandioso homenaje á la verdad. Pero ya no se recuerda que apenas se ha corregido una iniquidad máxima; ya se desdeña la memoria de la odiosísima conjuración tramada alrededor de la víctima elegida y ya no se repara en el gesto fanático de antijudaísmo que ha regido las peripecias de la contienda. Concretando juicios: en las otras grandes naciones costaría encontrar la aberración de un caso Dreyfus.

También en esta materia la Alemania brinda el contraste; la férrea monarquía trilla mejor ruta que la república. El príncipe de Eulemberg gozaba de gran privanza en la corte. Conocida era la influencia de su palabra en los consejos del emperador. Un día el periodista Harden lo acusa de graves delitos, infamándolo ante la conciencia pública. Desde esa hora su primer adversario fué Guillermo II; á pesar del enorme escándalo, á pesar de la explotación socialista del asunto, era indispensable hacer toda la luz reclamada. El general Moltke cae envuelto en la ignominia. Ni el nombre ilustre, ni la privanza, ni la solidaridad dinástica, salvan á los aristócratas acusados. Herido de muerte, Felipe de Eulemberg es conducido en camilla ante el tribunal y condenado, al igual de su cómplice Moltke.

Sin embargo, nadie incurrirá en el absurdo de suponer á Alemania dueña exclusiva de la austeridad política.

El desprestigio del régimen vigente en Francia lo reconocen las clases selectas del propio país (1). Desde lejos las perspectivas son muy favorecedoras y aparece la gran nación al través de los discursos de sus tribunos como un modelo de éxito democrático. Sobre todo así para las sociedades sudamericanas que viven en la ignorancia absoluta del triunfo libre en otros escenarios menos pomposos.

Pero cuando el espectador se aproxima, las decoraciones pierden el efectismo de conjunto. Entonces la república surge como un fruto marchito, descolorida, arbitraria; entonces se explica la frase profunda de uno de sus adictos desencantados: «¡Qué bella era la república en tiempo del imperio!»

Los pensadores ajenos á la parcialidad militante no

---

(1) Leyret, *La République et les politiciens:* «Un pensamiento único me ha inducido á escribir este libro: el propósito de probar á fondo y en la medida de mis observaciones que no existe ninguna semejanza entre la república, de la cual decía Gambetta que ella era la verdadera fórmula de la salud social, y la república convertida por ciertas camarillas en una razón social para encubrir su dominación corruptora.»

disimulan su amargura cívica, y aun los miembros caractizados de este sistema de gobierno exprimen idéntico disgusto. Habla M. Poincaré: «El régimen parlamentario atraviesa en todas partes una crisis terrible, pero en ninguna parte, salvo en Austria, donde ella se complica con una lucha entre nacionalidades rivales, ella tiene tanta intensidad y violencia como en la república francesa. Si nosotros no queremos que por una de esas oscilaciones de las que tantos ejemplos ha dado, el país, desengañado y abatido, vuelva al despotismo como á una solución normal y tranquilizadora; si tenemos el deseo de ahorrarnos las tristezas y los peligros de una nueva abdicación nacional; si estamos decididos á defender con el renombre de las instituciones libres los intereses vitales y permanentes de la democracia, no hay un minuto que perder: es necesario hacer de nuevo un mecanismo descompuesto; es necesario sustituir un sistema nuevo y mejor coordinado á la imitación fraudulenta del régimen parlamentario. La extrema izquierda propone revisar totalmente la Constitución; el radicalismo oportunista se contentaría con una revisión parcial. Pero antes de revisar la Constitución se podría tal vez ensayar aplicarla. De nada sirve tener leyes fundamentales destinadas á reglar las relaciones de los poderes públicos si en el hecho esas leyes son violadas y caen en el desuso. No son los escritos los que hay que revisar, por cuanto los escritos son letra muerta; son las costumbres y las prácticas.»

El régimen enfermo que cuenta con médico de cabecera de tanta integridad profesional, puede alentar esperanzas de alivio.

Por lo demás, la opinión lapidaria del notable político francés parece emitida teniendo á la vista el cuadro de las demagogias sudamericanas: los gobiernos encastillados en el texto de las leyes electorales escritas que no cumplen y el pueblo reclamándoles su cumplimiento en nombre de la sinceridad institucional. Como que somos sus ardientes imitadores, poseemos los mismos defectos de la Francia teorizadora. El desencanto cívico extendido en Francia causa impresión.

Aquí también, como en Sud América, existe la certeza de que contra el gobierno no se puede luchar y como el viejo continente no conoce el desesperado recurso revolucionario, la resignación y la indiferencia son el refugio de la sinceridad pública defraudada.

Usufructuando la actual república la férrea centralización administrativa remachada en segunda instancia por Napoleón, nadie ignora que los prefectos y subprefectos, distribuidores mágicos de favores oficiales, deciden de la suerte del sufragio. Tal vez no fueron más desnaturalizados los resortes publicos comparados por Carlos Fox en Inglaterra con filtros invertidos que devuelven barrosas las aguas que reciben claras.

El célebre abogado Labori, diputado republicano, acaba de renunciar su candidatura en los siguientes términos, que vale la pena conocer: «El descrédito de nuestras costumbres políticas, la conducta de ciertos políticos, el favoritismo impúdico que perjudica, cada día más, la existencia de nuestro país, sin embargo tan honesto y tan sinceramente laborioso, hacen impotentes en el Parlamento á las mejores voluntades. En tanto que una reforma electoral profunda no venga á regenerar nuestra vida pública, me parece imposible aceptar de nuevo la responsabilidad de representar en la Cámara á mis conciudadanos, á pesar de la estrecha adhesión que por ellos siento y de la viva gratitud que les guardo. En asambleas próximas, para las cuales me pongo á vuestra disposición, yo explicaré, más en detalle, las razones que me deciden. Yo os diré cuál es, en mi opinión, la profundidad del mal social y qué remedio es urgente aplicarle.»

Otro prestigioso parlamentarista, M. Lasies, renunciando á su candidatura, ha dicho: «La Francia sufre de un malestar que nadie, salvo quienes lo aprovechan, intenta desconocer. Desgraciadamente cada cual quiere salvarla sólo en su beneficio.»

Nótese que este lenguaje procesal no lo inspira la repulsión de las deficiencias secundarias que son, por así decirlo, el sarro de las instituciones libres, su atributo obligado. La ardorosa condenación se dirige con-

tra sus intérpretes, descalificados ante la opinión nacional, desengañada de sus apóstoles. A los miembros del Cuerpo Legislativo ella los designa con el mote de *los quince mil,* vulgarizado en todas las esferas y referente al monto de las dietas que ellos perciben. Claro está que en el fondo de estos crueles epítetos palpitan bajos instintos populacheros, pero es que los desahogos del plebeyismo dan comentario rudo á la ironía descreída que bulle en todos los pensamientos. Parecería como si el régimen imperante desfalleciera por agotamiento.

El diputado republicano Jules Roche, tenaz propagandista de la regeneración cívica, ha examinado el grave problema. «Hacerse reelegir—dice—es para el parlamentario «el interés superior de la república», su único objeto, el principio y el fin de todas las leyes. La cortesanía al Número, á los grupos fuertes del Número, ha reemplazado á la cortesanía rendida al príncipe, á los favoritos del príncipe. Tal institución, tal medida, ¿es ella favorable ó perniciosa al bien público?... el asunto no estriba ahí. ¿Es ella útil, ó no, á quienes la votaran?... Esto es lo decisivo.»

A juicio del caracterizado escritor, los republicanos sinceros deben oponer un dique de enérgicas resistencias á la ola creciente de la mixtificación política y del arrivismo: «realizar la Revolución del Orden».

También crea obstáculos á la acción sana de las corrientes cívicas el poder incontrastable del Estado. Motor irrefrenado de una inmensa maquinaria, en sus dependencias mueren todas las ondas de esfuerzo autonómico. La frondosidad de su sombra esteriliza la vegetación en el suelo inmediato, reatado por sus raíces seculares, chupadoras de las mejores savias. Caja de amortización de los caracteres y de la libertad moral de los ciudadanos llamó Lamartine al presupuesto. La grave dolencia centralizadora, titulada estatismo, es decir, monopolio abrumador del Estado, gravita sobre la democracia francesa. ¿Acaso puede compararse tan desastroso espectáculo de sofisma republicano con el ejemplo que se recoge en las sociedades cimentadas sobre la comuna autonómica?

Cuando el gobierno todo lo puede no existe la posibilidad de oponerse á sus excesos. ¿Cómo igualar la batalla frente á sus recursos omnipotentes? Bien conocen su monstruoso poder los ciudadanos sudamericanos que se agitan en la llanura. También el nuevo continente está enfermo de estatismo, al igual de la madre adoptiva. También sus nacionalidades son escenario de la mixtificación institucional servida por la república centralista, aunque sus leyes digan lo contrario.

La demagogia obrera empuja más todavía en esos rumbos de concentración seudodemocrática. Porque las reivindicaciones simpáticas del socialismo moderado pierden en Francia prestigio colectivo bajo la invasión adulteradora de la propaganda anárquica.

Se ha renunciado á la gestión altruísta del ideal acariciado para sustituirla por el ataque violento al derecho ajeno y por el odio increíble de clases á que ya nos hemos referido. Un caracterizado publicista, M. Gastón Calmette, reconocido por su imparcialidad y cultura, acaba de decirlo: «Por su política de baja adulación, de odiosidad ó de descrédito, por sus leyes fiscales y sindicales, pretendidamente sociales, la Cámara ha lanzado á la mitad de la Francia contra la otra mitad. Ella ha hecho una apelación á los sentimientos más indignos: la desconfianza, la envidia, la sospecha, la persecución dominan en todos sus discursos; el odio á los que poseen, economizan ó trabajan, los resume á todos. La inconsciencia ó la ignorancia se muestran en todas partes. Al pueblo sólo se le habla de explotadores y de explotados. Jamás se le recuerdan sus deberes; siempre se le ponderan sus derechos. Este detestable lenguaje, caído cada semana desde la tribuna francesa, debía producir algún día su resultado. Ese día comienza y todavía estamos en el principio de su aurora.»

En efecto, los peores instintos revolucionarios hacen camino en el espíritu de las muchedumbres francesas y el régimen republicano contemporiza con la amenaza que se dibuja, obediente al impulso de las demagogias jacobinas en pleno retoñamiento.

Las clases conservadoras del país vibran de indig-

nación ante la incalificable pasividad del gobierno, no ya en los conflictos entre el capital y el trabajo—reglables entre patronos y obreros—, pero sí en presencia de su actitud indiferente cuando se trata de reprimir los abusos atentatorios dirigidos contra las libertades fundamentales del individuo industrial. El saqueo de las usinas rebeldes á la nueva dictadura que nace y el ataque alevoso á los trabajadores independientes, no lo estorba como debiera el complaciente gobierno republicano. La huelga de funcionarios señala otra manifestación extraordinaria de la disolución de las ideas de gobierno. Reconocido, en forma implícita, ese derecho, por decreto de la impotencia oficial, ya los guardias municipales han renovado el ejemplo de los carteros y ya ellos han hecho sentir á la superioridad sus reclamaciones, abonadas por la agresiva amenaza.

Estimulada por estas complicidades de la autoridad, que así encela los bajos apetitos de la turba, la marea antisocial extiende en todos los terrenos sus guerrillas destructoras, que penetran en la escuela, para envenenar sus enseñanzas, que invaden el ejército, para divulgar la renegación del patriotismo, que amasan el alma de las juventudes que llegan, con mezcla de rabia y de teoría, para arrojarlas, como un mastín, sobre las columnas en fecunda marcha de la sociedad existente.

Con diferencia de meses hemos presenciado en París dos sucesos que descubren la intensidad del malestar jacobino en las filas del pueblo.

Era el día de las grandes carreras de Auteuil. Por desarreglos de gremio, que no es del caso apreciar, los cuidadores copan á los caballos antes de entrar á la pista y el inmenso público se entera de que el programa ha sufrido modificaciones. Á la vez se advierte, á quienes deseen retirarse, que se les devolverá en boletería el importe abonado por su entrada. No había motivo para protesta que, por lo demás, sólo hubiera cabido contra el abuso de los cuidadores, tolerado por la autoridad; pero la ocasión era propicia para mostrar los frutos siniestros del verbo de disolución social con tanto entusiasmo preconizado. Entonces el público impresionado

de las tribunas vió al populacho regar con petróleo las casillas del circo y prenderles fuego, á pesar de las cargas impotentes de la caballería. El espectáculo de aquellas gentes desatentadas daba la explicación de los excesos históricos.

Con razón iniciaba así su crónica de lo ocurrido un autorizado órgano: «Escenas de revuelta, cuyos entristecedores detalles damos á continuación, se han producido ayer, en ocasión del gran premio de Auteuil, y han dado á la *élite* del mundo entero, venida para esta fiesta, de ordinario tan lucida, el afligente espectáculo del estado de desorden y de anarquía en que vivimos.»

El segundo cuadro ilustrativo lo recogimos cuando las dos manifestaciones de protesta por el fusilamienta de Ferrer. La noche en que se conoció la ejecución, tan torpe, de este conocido anarquista, la multitud, incitada por Jaurés y Hervé, pretendió asaltar á la embajada de España. Las tropas evitaron ese atropello, pero un guardia municipal fué asesinado por cumplir con su deber y al noble jefe de policía, M. Lépine, le chamuscaron el rostro de un balazo. También, á título de desagravio, se hicieron barricadas y asaltaron trenes.

El domingo inmediato desfiló la manifestación anunciada, contenida por dos cordones de millares de soldados. ¿Ese es el pueblo? ¿Son esos los herederos de la libertad? Al compás, cantando el coro de la *Carmagnole*, de las innobles estrofas que saludaran antes á la guillotina decapitadora, avanza aquella columna furiosa, bajo el impulso de una demencia asaltante. Domina el frenético estertor un estertor más poderoso: «¡Muerte á Alfonso!»

Sólo las tropas, tan compactas que forman cerco, evitaban á París las vergüenzas de mayores desenfrenos.

Estremecía el espectáculo de aquella turba, ajena al calor de los ideales equilibrados, que á título de protestar contra un exceso extranjero, se desbordaba en injurias al orden establecido, refunfuñando odios á la autoridad, como la fiera que sólo retrocede ante el domador, bajo la intimación del látigo.

Allí se leía la síntesis de todas las pasiones iracun-

das encendidas por el encono de clases, por el antimilitarismo y por el amargor enfermo de los grandes desencantos colectivos.

Al disolverse la columna en la plaza de la Concordia, entre la indiferencia de las gentes sensatas, un sacerdote que cruzaba la calle fué asaltado, golpeado, y sólo la intervención de varios gendarmes, que resultaron heridos, evitó mayores extravíos.

Al día siguiente el hilo eléctrico enteraba á la conciencia sudamericana de la protesta parisiense, callando, por entendido, sus rasgos odiosos, y pocas horas más tarde, fieles á la religión del plagio francés, grupos movidos por exaltaciones lamentables cometían en el Río de la Plata atropellos sin justificación posible. Por entendido que tampoco faltó himno hiperbólico al altruísmo, no igualado, y á la generosidad de la Francia, que cuida tanto de la libertad ajena como de la propia. Pero en esencia y viendo los sucesos desde cerca, si algo probaba la lucha entre la fuerza pública insultada y el populacho manifestante era la deficiente capacidad libre de este último. Hemos visto en la calle al pueblo de Nueva York, empujado por el apasionamiento contradictorio de las emociones eleccionarias, y hemos visto á los liberales de Roma, reunidos en el aniversario del 20 de Septiembre. En este último caso, cruzó más de un sacerdote entre la multitud sin oir un agravio; y en aquel caso la corriente humana, que estorbaba de noche el tránsito en Broadway, se abría respetuosa á la simple indicación de un policiano sin armas.

¿Alcanza, por ventura, este grado de capacidad cívica el cuadro de cólera malsana ofrecido por la muchedumbre parisiense? (1).

Las mismas sociedades incipientes de Sud América calzan punto superior en esta materia, por la simple razón de que ellas, jóvenes y viriles, vibran bajo el ca-

(1) La opinión europea imparcial condenó, sin discrepancia, la ejecución de Ferrer—ya no se fusila ni aun por delitos comunes amparados por la cubierta de la exaltación política—, pero mucho más severo y prestigioso que la explosión anárquica de una multitud parisiense fué el veredicto sereno de la prensa inglesa y alemana.

lor de ideales ardorosos, renegados por las puebladas que sustituyen con demagogia el culto del patriotismo y de su historia.

A su impulso disolvente obedeció también el ciudadano que encontrándose en la calle con el anciano y respetable presidente Fallieres tuvo á bien darle una bofetada.

Así, por todos los extremos, brotan vigorosos los mismos humores de decadencia moral. No en vano, oprimido por nobles alarmas, ha dicho M. Poincaré: «Examinados de cerca estos signos de anarquía espontánea, sorprende tristemente la analogía que ellos presentan con los que Taine ha descrito en páginas admirables, y que aparecieron como fuegos esparcidos é intermitentes en la víspera de la Revolución. Hoy, como entonces, «el poder se desliza de las manos de quienes tienen la misión de guardarlo á las manos de la multitud agitada», «los instintos destructores se aprovechan del desorden para darse impunidad», los soldados violan la consigna y rehusan el servicio: es «un edificio cuyos tirantes principales han cedido, sucediéndose y multiplicándose los hundimientos en todos los tirantes secundarios».

Los más diversos síntomas denuncian el mismo malestar. Parecería que la nación hubiera perdido fe en su propio esfuerzo y que, bajo un excesivo desgaste nervioso, ella se entregara á todas las despolarizaciones del hastío y del placer. Por cierto que, fortificada en hermosas tradiciones, una clase nutrida opone desesperada resistencia al ataque que se le trae en nombre de las más temerarias audacias teóricas.

Pero el ideal vive días de hondo duelo cuando la desesperanza se extiende á todos los campos de la creencia reconfortante.

El teatro de la época retrata esos desvanecimientos del ensueño. Nada puede la obra masculina y patriótica de Rostand, de Mistral y des Brieux, ahogada por la ola del bizantinismo imperante. Como los temperamentos gastados, sólo vibran los espectadores paladeando la más increíble pornografía trasplantada á la escena

con negación del elevado concepto artístico, mientras cruza por las tablas, sin despertar entusiasmos, ese *Chanteclair,* de alta inspiración, que es un himno cantado á la pujanza intelectual de la Francia, encarnada en el gallo de la Galia, que da cita todas las auroras al sol naciente.

¡Qué distancia entre estas tintas desvanecidas y los rasgos firmísimos de otras grandes sociedades políticas donde los individuos y los gobiernos marchan aliados en el culto de los anhelos públicos que son axiomas de salud nacional!

En su reciente libro sobre Alemania refiere el escritor francés Huret el efecto singular que le causó apercibirse de las intensas repercusiones que la palabra deber tiene en el seno del pueblo germánico.

Procede observar que aun después de 1789 el pueblo parisiense ha seguido dando ejemplo de singular crueldad en sus reacciones políticas, al extremo de poderse afirmar que ningún núcleo democrático ha visto horrores semejantes á los de 1848 y de 1871. «El horrible episodio de la Comuna—ha dicho Renán—ha venido á mostrar una llaga sobre la llaga, un abismo debajo del abismo. El 18 de Marzo de 1871 es, después de mil años, el día en que la conciencia francesa ha estado más abajo.»

En época casi contemporánea, á pretexto de vengar las derrotas exteriores, se incendian los edificios públicos, se arrasan monumentos, caen las Tullerías y Saint-Cloud y el odio de la plebe dispone de la vida de la inmensa ciudad, sustituída la guillotina por los fusilamientos en masa, más expeditivos.

¡Tal vez los nietos y biznietos de los verdugos diplomados de la otra centuria también invocando los fueros sagrados de la soberanía del pueblo!...

Contestando á quienes suponen estas y otras aberraciones fruto de la caducidad europea, ahí está el consolador desmentido opuesto por otras grandes naciones en pleno renovamiento; ahí está el pueblo alemán en la cúspide de la prosperidad material y moral reunido sin una sola discrepancia al pie de su bandera; ahí está

la maravillosa resurrección de Italia que, á raíz del triunfo garibaldino tan justo, cura sus disensiones y aplaca los odios de la lucha para erguirse otra vez como luminaria orientadora; ahí están todavía ejemplares las libertades suizas, holandesas y belgas, pasadas de mano en mano por una generación á la inmediata, sin masacres, sin persecuciones, sin el agravio de la venganza feroz: ahí está, sereno en su peñasco, ese pueblo inglés, vencedor de las furias del Océano, que le son familiares, y de todos los tropiezos surgidos en el curso de su admirable evolución política.

Motivo de profunda convicción tuvo Mad. de Stael para decir que «si una de las dos naciones, Inglaterra ó Francia, debiera desaparecer, valdría más que conservara el depósito que la Providencia le ha confiado aquella que cuenta cien años de libertad, cien años de luces, cien años de virtudes».

Aquellas avanzadas asociaciones humanas no escandalizan al mundo con clamores callejeros ni reclaman para sí el patrimonio de las ideas redentoras, pero hacen algo más eficaz: rinden al derecho el homenaje de su consagración en la realidad.

En resumen, puede afirmarse que la Francia es el país más enfermo de toda la Europa. Mal dirigido iría el pensamiento que atribuyera su malestar presente al influjo de las ansias alarmantes de algo desconocido que trabajan el alma de las multitudes contemporáneas al extremo de profetizarse por algunos el surgimiento de un cuarto estado revolucionario. El contagio de esas inquietudes es universal y al conjuro de sus reclamos moderados se reforman las costumbres y se democratizan las ideas.

Las disoluciones francesas se exhiben demasiado hondas y complejas para contenerse dentro de aquel origen. Ellas han crecido al través de muchos lustros y su tenacidad orgánica resiste á la sencillez de una explicación accidental.

Por otra parte, su pasmoso desarrollo acreditaría, cuando menos, la excepcional predisposición morbosa del medio.

Porque en el seno de todas las grandes naciones hierven ponzoñas degeneradas y encuentra heraldos la renegación del ideal altruísta, pero en ningún país como en Francia han hecho tanto camino esas propagandas de iniquidad.

¡Triple y afortunada conspiración contra la patria, contra la familia, contra la historia! Las estadísticas y sucesos militantes, á cada momento repetidos, abonan la verdad de tan dolorosos asertos, confirmados por la fatiga, por el inmenso desaliento cívico y moral dominante en todas las esferas de la vida colectiva.

El espectáculo de un colosal desmoronamiento idealista.

Ahora bien, y siempre encarando el asunto desde el punto de vista de la apasionada imitación sudamericana, repetimos que nuestro lirismo nos lleva á puerto de extravío cuando nos precipita al plagio excluyente que censuramos. En la actualidad la Francia ofrece, abrillantado, el cuadro de nuestros propios defectos de origen y de educación, aumentado con otros defectos, reñidos con la vitalidad moral que recibimos en herencia directa de la pujante raza española. Si los frutos del cataclismo de 1789 se condensan, al través del tiempo, para el pueblo francés en las sombras y en los enigmas torturadores que llenan el horizonte de la patria, las naciones del nuevo continente harían obra sabia buscando ejemplo é inspiración republicana en otros escenarios políticos y sociales, extraños á las llamaradas de la Revolución.

Para finalizar: á quienes suponen exagerada la influencia que se atribuye á aquel gran suceso en el presente moral de la Francia, procede contestar con las siguientes acertadas observaciones de Lavollée: «Puede pensarse lo que se quiera de la Revolución de 1789; se puede discutir históricamente sobre ella hasta perderse de vista; se puede deplorar que ella no se haya detenido en tal fecha, que ella no haya evitado este ó aquel escollo; pero nada podrá impedir que ella sea un hecho cumplido. Y ese hecho ha dejado una huella inextinguible en el cuerpo mismo de la nación; como cualquier otro

suceso de nuestra historia, él ha ejercido, él ejerce todavía sobre el desarrollo de nuestros destinos una influencia que nada puede anular. El cuerpo humano siente, durante toda la vida, los efectos de las crisis que ha sufrido y su constitución queda modificada para siempre; lo mismo ocurre con los pueblos. Un hombre querrá correr y saltar como antes de que se le quebrara una pierna, ó leer como si sus ojos estuvieran intactos; pero él no podrá hacer que su pierna no haya sido fracturada, ó que sus ojos no hayan sido operados, y tendrá que acomodar su vida á su estado presente, consecuencia de su pasado. A proceder de otro modo, él perecería. Lo mismo pasa con la Francia del siglo XX: nada puede evitar que ella sea hija de la Revolución de 1789 y que ella siga la huella trazada por su madre.»

XIII

Persecución á la creencia

Los ideales permanentes del alma humana sufrieron recio choque, á título regenerador, es cierto, durante los ensayos de la Revolución.

Por entendido que, á guiarse por el eco de las palabras y de pomposos decretos, fué en aquella época cuando florecieron más vigorosos los ensueños sentimentales. Nada debe sorprendernos la contradicción flagrante que se señala entre ambas afirmaciones: los hechos dan la razón al primer aserto enunciado y la declamación tribunicia al segundo, aunque apenas iniciada la tiranía revolucionaria, hasta la fácil declamación se pone de acuerdo con los hechos para aprisionar, en guantelete de hierro, á las conciencias.

En la etapa inicial obtienen hermosa consagración escrita las libertades reclamadas por las nuevas ideas, pero pronto la persecución y el crimen se encargan de abrumarlas. En el proyecto de constitución presentado por Sismondi, se decía: «Todos los franceses serán virtuosos; todos los franceses serán felices»; sólo falta agregar que al servicio de estos anhelos elementales se pusieron todos los recursos de la intransigencia y del terror.

La reacción jacobina atacó al ideal en sus diversas manifestaciones de sinceridad, y tanto la fe política, como la creencia cristiana, como el dulce aliento de la esperanza filosófica, sufrieron el asalto formidable de sus odios. Ataque semejante al experimentado por el adversario monárquico y por los hombres cultos y acau-

dalados. Los «buenos republicanos» ordenaban ese asalto general contra los corazones y contra la propiedad, á pretexto de que era necesario «desaristocratizar».

Todavía no nos hemos referido á esos excesos en el terreno de la convicción mística.

Conviene apuntar algunas de sus manifestaciones á fin de construir el cimiento de posteriores comentarios sobre la materia. Nadie ignora que los sectarismos liberales sudamericanos beben su origen en aquellas fuentes, tan ataviadas por la fantasía de versiones adulteradoras. También de aquellas nacientes arranca el cansancio moral del pueblo, que ahora repite el espectáculo de las viejas anarquías espirituales.

Veamos si la Revolución ofrece á la curiosidad imitativa de los sudamericanos modelo de tolerancia religiosa semejante al que brota de la historia de los Estados Unidos ó de las naciones luteranas.

En capítulos anteriores ya hemos bosquejado en síntesis las masacres organizadas por espacio de años contra las clases dirigentes.

Considerada por entonces seria delincuencia la religiosidad, casi huelga agregar que muchas cabezas rodaron por voluntad de culpa tan imaginaria.

Así se abonaba la libertad de conciencia declarada en memorable documento.

Siendo la sociedad francesa católica en su absoluta mayoría, natural es que contra ese credo se hayan estrellado los bajos enconos de la época.

Ajenos en absoluto á la disciplina espiritual del dogma, sólo en carácter ilustrativo haremos índice de algunas de esas hostilidades, á fin de bosquejar mejor el cuerpo de aquellas siniestras intemperancias, que despertarían igual repulsión tratándose de cualquier otra creencia honorable.

Apenas iniciado el drama se procede á la organización constitucional del clero. Aquellos de sus miembros que resisten al nuevo juramento decláraseles fuera de la ley, y como la casi totalidad de los sacerdotes se resistieron á pasar por esa fórmula, la cacería de adversarios adquirió intensidad todavía más vigorosa. «Reli-

giosos y religiosas, curas y prelados, sin techo, sin pan, presos, deportados, guillotinados ó por lo menos fugitivos y acosados, más desventurados que las bestias feroces, es el paisano quien durante las persecuciones del año II, del año IV y del año VI, los socorre, los oculta y los alimenta» (1).

Ya hemos dibujado los caracteres espantosos de esa nueva caza del jabalí, complementada con los más grotescos atropellos.

En todos los departamentos se incita á los ciudadanos á renegar de la religión nacional. Espontáneas, inconscientes ó bajo el impulso del terror, las abjuraciones en masa se suceden. En el seno de la Convención Hebert hace pública mofa de algunas reliquias, que la Asamblea manda quemar.

Mientras tanto las secciones de París deciden abatir los campanarios «porque ellos, por su dominación sobre los demás edificios, parecen contrariar los principios de la igualdad». Por un bando especial, la Comuna de Pau acuerda que las campanas, «signo odioso y ridículo», serán arrancadas.

Más adelante el obispo juramentado Lindet presenta su esposa á la Convención, «pobre de fortuna, pero rica en virtudes, que ha elegido—dice—en la clase de las *sans-culottes*, donde reside el candor y la amable simplicidad». Para fomentar estas apostasías se sancionan leyes especiales que colocan en situación privilegiada á los desertores de la religión. La propaganda disolvente de toda creencia celebra luego la actitud del obispo de París, que vencido por el pánico renuncia en forma pública á su ministerio.

Recibido por la Convención y empujado por la plebe, Gobel hace entrega de la cruz y del anillo episcopal, aceptando, en cambio, el gorro rojo que le ofrece la turba. El ha dicho antes que se despoja de una investidura que debe á la superstición, no reconociendo en lo sucesivo otro culto que el culto de la libertad, agregando que nacido plebeyo, siempre hizo suyo el princi-

(1) Taine, *Le régime moderne.*

pio de la soberanía del pueblo. Á pesar de estas protestas, pronto Robespierre lo entregaría á la guillotina.

Por otra iniciativa singular se redacta un nuevo catecismo, calcado sobre la fórmula católica y dirigido á sustituirla. Pocos testimonios se encontrarán más típicos de los desvaríos dominantes. A la pregunta ¿qué es el bautismo? se contesta: «El bautismo es la regeneración de los franceses iniciada el 14 de Julio de 1789 y apoyada en seguida por toda la nación francesa.» ¿Qué es la confirmación? Respuesta: «Es la convocatoria de una Convención nacional que, corrigiendo los numerosos errores de las dos primeras asambleas, ha abatido totalmente la realeza, sustituyéndola por el régimen republicano.»

Los espíritus rectos y equilibrados jamás podrán convencerse de que semejantes estallidos de demencia han contribuído á fundar el reinado esplendente de la tolerancia religiosa.

En la sesión del 22 de Noviembre de 1793, la Convención recibe á mascaradas cuyo propósito es reproducir en forma burlesca el desfile de las procesiones eclesiásticas. «Hombres vestidos con hábitos sacerdotales, dalmáticas, capas y casullas, bailan en presencia de la asamblea al son de *Ça irá* y de la *Carmagnole*. Así se entrega al pillaje á la vieja Iglesia. Un observador, si alguien hubiera podido observar en tales momentos, se habría inquietado de ver que ningún sentimiento, ninguna idea, reemplazaban á las cosas que se creía haber derribado. Ya entonces, entre tantos devastadores, él habría estado en aptitud de vaticinar que un gran número irían á arrodillarse, antes de muchos años, ante la misma Iglesia que ellos pensaban destruir» (1).

Quinet no toma en serio al culto de la diosa Razón como capaz de ocupar la plaza que se negaba en las conciencias al credo perseguido.

En efecto, sólo puede aceptarse esa tentativa en calidad de fruto de las insanias vigentes. Si mares de sangre no lo hubieran consagrado, su recuerdo se erguiría

(1) Quinet, *La Révolution.*

en la historia con perfil de gran bufonada. Sus detalles son extraordinarios.

En la sesión del 17 Brumario se decreta la nueva religión, que tendrá su sede oficial en Notre-Dame, donde ante una estatua de la libertad, «que se erigirá en el sitio ocupado hasta entonces por la titulada Santa Virgen», la guardia nacional cantará himnos patrióticos. Para la década siguiente—ya suprimido el domingo—se fijó la fiesta inaugural. ¡Tres días para revolucionar las almas! exclama el profesor Aulard, furibundo republicano de la actualidad (1).

La catedral de París fué despojada, en la medida de lo posible, de todos sus atributos religiosos; fué entonces cuando por mandato de una infinita torpeza se destruyeron á martillo las esculturas góticas de su entrada magnífica. Sobre un catafalco en forma de montaña, elevado en honor de la Filosofía, brillaba una luz: la luz de la verdad; mientras encarnada en una actriz de la Opera, «imagen de la belleza», penetraba en el nuevo templo la diosa Razón. Artistas de teatro desempeñaban los restantes papeles escénicos.

En seguida recibe la Convención al cortejo, después de oir á Chaumette, que la arenga en estos términos: «Nosotros no hemos ofrecido nuestros sacrificios á vanas imágenes, á ideales inanimados. No; es una obra maestra de la Naturaleza—la artista de la Opera—la que hemos elegido para que la represente, y esta imagen sagrada ha inflamado todos los corazones.»

En nombre de la Asamblea, el presidente Laloy se felicita del «triunfo obtenido por la Razón sobre la superstición y el fanatismo». Por moción de Thuriot, la Convención se dirige á Notre-Dame, donde la ceremonia se renueva en su honor.

También se resolvió, «para curar al Papa de sus errores», que le fuese enviada una traducción en italiano de los nuevos decretos.

Pronto adquiere proselitismo plebeyo la peregrina ocurrencia mística, que nada inventaba, limitándose á

(1) El culto de la Razón duró veintiséis días.

ser una mala reproducción del paganismo. Interpretando el ejemplo dado por la gran capital, los jacobinos de Besançón designan doce apóstoles para que vayan á predicar la buena nueva; y Burdeos repite el espectáculo parisiense utilizando las vestiduras eclesiásticas y haciendo una parodia de los cardenales y del Pontífice, personificado en un enano con triple tiara que, jinete en un asno, repartía bendiciones.

Las ceremonias culturales se multiplican. En el antiguo emplazamiento de la Bastilla se rinde curioso homenaje á la Naturaleza, saludada por Herault de Séchelles, en nombre de la Convención, con un discurso apologético que empezaba así: «Soberana del salvaje y de las naciones esclarecidas, ¡oh Naturaleza! este pueblo inmenso, congregado delante de tu imagen al romper el día, es digno de ti: es libre.» ¡El eterno abuso de la palabra libertad, tan predilecta de todas las tiranías! (1).

En un relámpago de sinceridad escribía el jacobino Saloville: «¿Queremos, acaso, imitar á los sacerdotes, nosotros que los destruímos? ¿Estableceremos nosotros, como ellos, la Inquisición, el proselitismo obligado, las violencias públicas y privadas contra quienes no piensan como nosotros?»

Pero ninguna contradicción más flagrante que la señalada por la improvisación de una idolatría creyente, á raíz de renegar de toda idea religiosa. Sin embargo, á medida que crece la influencia de Robespierre pierden terreno los adictos de la diosa Razón.

El 16 Frimario, año II, se aprueba sin debate un proyecto que sanciona la libertad de cultos, precedido por un manifiesto del día anterior en que se declara que «el pueblo francés y sus representantes respetan la libertad de todos los cultos y á ninguno proscriben. Ellos honran la virtud de los mártires de la humanidad sin

(1) Burke, *Réflexions sur la Révolution de France:* «Fué en la época más sumisa del servilismo de Roma cuando se daban á los niños en las escuelas, para sus ejercicios diarios, temas sobre el derecho de matar á los tiranos: *Cum perimit sævos classis numerosa tyrannos.*—Juvenal.»

embeleco y sin idolatría; ellos detestan la intolerancia y la superstición, cualquiera que sea el pretexto con que se cubran; ellos condenan las extravagancias del filosofismo, como las locuras de la superstición y como los crímenes del fanatismo».

La labor incesante del cadalso da fe de ese homenaje á las creencias morales (1).

Se está en vísperas del culto sustituyente del Ser Supremo, también pedido á las páginas desconcertantes del filósofo ginebrino.

Rousseau, en alguna parte de sus escritos, había aceptado la existencia de un primer impulso universal de vida. Más tarde, cuando bosqueja al vicario saboyano vuelto al estado evangélico de naturaleza, reconoce la ventaja de un culto exterior, como medida de policía colectiva.

En el *Contrato social* propone una «profesión de fe civil»; una verdadera religión de Estado, como observa M. Aulard en sus comentarios (2).

El eje de esa devoción nueva será el principio de causalidad de todas las cosas, es decir, la suprema perfección. Ahí surge la fórmula del Ser Supremo, recogida por el doctrinarismo sombrío de Robespierre en su famoso discurso contra el ateísmo y los enciclopedistas.

Así empezaba el texto de la nueva ley, que sancionó el flamante misticismo: «El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma; él coloca, en primer rango, el deber de detestar la mala fe y la tiranía, de castigar á los tiranos y á los traidores, de socorrer á los desgraciados, de respetar á los dé-

(1) Taine, *La Révolution*: «Guerra al domingo, al antiguo calendario y á la vigilia; paro obligatorio en la década, bajo pena de multa y de prisión, fiestas obligatorias en los aniversarios del 21 de Enero —guillotinamiento de Luis XVI—y del 18 Fructidor; participación obligatoria de todos los funcionarios y de sus familias en el culto nuevo; asistencia obligatoria de los maestros públicos y privados, con sus discípulos de ambos sexos, á los ceremoniales cívicos; liturgia obligatoria; catecismos y programas expedidos de París, reglamentación del decorado, cantos, lecturas, posturas, aclamaciones é imprecaciones.»

(2) Aulard, *Le culte de la Raison*.

biles, de defender á los oprimidos, de hacer todos el bien posible á los demás y de no ser injustos para nadie.» Esta creación imaginativa, como la anterior, pronto se perdería en el olvido.

En cuatro brochazos hemos señalado las reacciones violentas de la Revolución contra las creencias establecidas.

Repetimos que para nuestra argumentación tiene importancia secundaria la filiación de los credos perseguidos. Sólo nos interesa saber que el drama de 1789 no dió cuartel á los hondos amores de la conciencia humana. Del mismo modo que se quiso arrasar todos los convencionalismos del orden social, derribando nombres, jerarquías y preferencias cívicas, se intentó demoler las grandes pasiones del sentimiento.

Empeño tan temerario debió perecer, al igual de aquellas otras insensateces; pero la huella labrada por el filo de sus sofismas destructores tal vez no ha cicatrizado por completo cuando todavía vemos á la civilizada Francia conmovida por la furia volcánica de aquellas intolerancias de tabla rasa.

Por otra parte, los pueblos sudamericanos, plagiarios á la letra de la conmoción transoceánica, también van pidiendo á los fastos anticuados de la Revolución francesa el ejemplo de sus sectarismos antirreligiosos. Y ahora entramos, bajo este aspecto, en el fondo de la cuestión.

Entendemos que la imitación, bastante inconsciente, de aquellas hostilidades clásicas á la creencia adversaria—sea la que fuere—lanza al extravío, todos los días, á la opinión y á los gobiernos del Nuevo Mundo, hasta el punto de que los más sinceros adictos del glorioso partido liberal vense á menudo obligados, en homenaje á su misma sinceridad, á rechazar contacto solidario con el seudoliberalismo dominante.

Todo esto fuera de pensar que con ataques odiosos á la creencia privada no se edifica el bienestar moral de las asociaciones políticas.

Ningún exponente más persuasivo de esas desintegraciones que el espectáculo actual del pueblo francés.

—cuando se le ve de cerca, sustrayéndose á la magia de las palabras—, que despierta en el espíritu del observador la imágen de un caminante doblado por la fatiga: cautivo de la inmensa sábana de nieve y de sus punzantes heladeces (1).

La Revolución francesa fué implacable con la creencia íntima. ¿Concíbese á ninguna sociedad libre lanzada, con acierto, en esta senda de desvarío?

Sin discutir, por un sólo instante, la verdad absoluta de las religiones, reveladas ó no, abrazándolas en un comentario sin sombra de matiz fraccionario, entendemos, como verdaderos liberales, que ellas son poderosos elementos de vida asociada.

Si se las embiste con criterio de ciencia cruda, encarándolas con prejuicios, diremos, con el profundo Taine, que «el prejuicio hereditario es una especie de razón que se ignora; él tiene sus títulos tanto como la razón misma». Si se las embiste con criterio desdeñoso, como afán superfluo de ciertos espíritus, preguntaremos cuál es el alto interés social que se invoca para apagar las esperanzas juzgadas orientadoras por muchos viajeros, y en nombre de qué suprema razón prosaica se arrancan las flores que esmaltan los follajes en el fondo de la selva obscura.

Pero por lo demás, ¿acaso no son religiosos los hombres bien templados que alientan nobles ideales y que tienen la energía de adaptar á ellos su conducta, acariciándolos siempre en todo el curso de la fuerte brega? ¿Acaso no constituye una religión cualquiera de esas convicciones sanas, compartidas ó no por nosotros, que iluminan el fondo de la personalidad humana? ¿Acaso el ideal mismo, cualquier ideal, no es, en esencia, un más allá soñado por la sentimentalidad, lo perfecto perseguido por lo imperfecto?

Ensánchese el campo de visión, quítese de la pupila

(1) Quinet, *La Révolution*: «Pasado el Terror, yo esperaba encontrar un pueblo libre. Todo lo contrario, sólo quedan despojos de partidos, una nación dislocada por la tortura, miembros separados y esparcidos, caracteres quebrados, no reconocibles, que se caen á pedazos.»

la obsesión deficiente de la polémica católico-liberal y con asombro asistirá el pensamiento al desarrollo de concepciones superiores y ecuánimes, que jamás soñara, favorecido con las revelaciones panorámicas excepcionales que sólo alcanza, como premio á su ardentía, el explorador de las altas cumbres.

Dilatando los términos de la ecuación y suprimiendo su nombre de pila á las preferencias espirituales, también se expanden las fronteras del propio criterio y cada vez se comprende menos el afán suicida de las naciones que declaran guerra sin cuartel á la convicción moral de sus hijos, á título de redimirlos del error y de iluminarlos, como si hubiera luz más poderosa, para romper la noche humana, que la luz de la pasión altruísta sustentada por cada cual.

Bien sabido es que los gobiernos no deben tener divisa religiosa y que la creencia se adultera y reclama enérgica represión civil cuando ella invade el fuero de las cosas temporales; pero esta premisa elemental de disciplina jamás conducirá, por declive lógico, á las demasías del viejo jacobinismo francés y de su retoño directo el moderno jacobinismo sudamericano.

Sólo esa enfermedad deplorable, definida con todo acierto por Mr. Paúl Deschanel «como el temor de no parecer bastante avanzado», puede llevar de aquella sensatez á esta intemperancia, debiendo también afirmarse que tan violento contacto no se establece con una línea recta.

Porque las sociedades civilizadas no se fundan sobre negaciones, y sólo por consejo desatentado puede la autoridad política llevar á la mesa clínica, para someterlos á cruel mutilación, á los ideales que alienta el alma de su pueblo.

Si un deber primario ordena á los gobiernos el mantenimiento, en toda su prestigiosa integridad, de la potestad civil, otro deber de salud pública les manda rendir respeto y consideración á la creencia íntima de sus gobernados (1).

(1) El célebre abogado Labori, defensor de Zola en el asunto Drey-

Más que derecho escrito, ¿habría sabiduría moral en lesionar con arbitrariedad á las corrientes religiosas que señalan, cada una á su modo, rutas de su deber? ¿Por ventura no concurren ellas á la realización de los fines morales del Estado? Sin agregar que así como la soberanía y el tesoro público se amasan con la suma de todas las unidades y de todos los tributos, sean blancos ó negros, del mismo modo el tesoro cívico y moral de una nación se constituye con la síntesis de todas las convicciones y de todos los amores sinceros, vinieren ellos de donde vinieren.

Los pueblos que insisten en rebelarse contra esta regla de equidad se abren las arterias, fuera de que ellos prueban desconocer la fórmula fecunda de la verdadera libertad.

En Inglaterra nunca encontrará el creyente la rudeza de un comentario amargo. De ella ya decía Montesquieu siglos atrás: «Es el pueblo del mundo que mejor ha sabido prevalerse de esas tres grandes cosas: religión, comercio y libertad.»

En Alemania la autoridad militar estimula á los oficiales y soldados á cumplir con sus deberes de conciencia, y para facilitar esa tarea, erige capillas para el culto luterano y el católico en las guarniciones importantes.

En los Estados Unidos hemos visto á los masones interviniendo, en presencia oficial del presidente Roosevelt, en la primera parte de la consagración de un gran edificio público y á un obispo católico coronando la ceremonia sin el menor pestañeo del auditorio protestante.

Pero ya adivinamos la objeción que palpita, impa-

---

fus, liberal y republicano, acaba de expresarse en los términos siguientes: «No corresponde al Estado tratar de unificar la moral de la nación en un ateísmo oficial que los mismos hombres del poder no practican cuando se trata de ellos mismos. Ya sufrió bastante la Francia cuando Luis XIV quiso hacer esa unidad moral en la fe católica, para que el Estado republicano ensaye, en la actualidad, un esfuerzo semejante en nombre de yo no sé qué dogma materialista, el menos satisfactorio de todos, en mi entender, para la razón.»

ciente y ruidosa, en algún labio juvenil: todo eso será muy seductor y muy útil, pero la verdad científica lo repudia como resabio de las viejas supersticiones.

¡Estamos frente á la soberbia destructora de los universitarios!

Desde luego, á ellos podríamos decirles que, aun no siendo axiomáticas las creencias, ellas poseen el precioso mérito de ser voz de consuelo para los doloridos y de disciplina para quienes las alientan; podríamos decirles que frente al abatimiento sentimental, engendrado por las crudezas y exageraciones de los modernos desencantos sociales—olvidadizos de que el romance no es ley de organización efectiva—es más que nunca necesario fortificar los anhelos superiores que prestan alegría á la vida solitaria y estimulan y edifican el altruísmo público; podríamos decirles que el análisis exagerado de las afecciones morales es otro síntoma de la debilidad de nuestro criterio colectivo, todavía ofuscado por el engaño de las declamaciones bachilleras, siendo recurso de todos los vencidos antes de pelear buscar excusa sabionda á sus desalientos y á sus neurastenias; podríamos decirles que ningún apóstol esclarecido, de cabeza cana, encontrará plausible el empeño de atacar á la vida, ya de sí tan amarga, en el caudal de sus ilusiones, limando sin piedad acicates que no hacen daño, á buen seguro, y que, á buen seguro, hacen bien; podríamos, en fin, decirles que el frío extremo, que obra mortal sobre el organismo físico, también ataca al organismo moral, que el culto de lo mejor nuestro, la suprema belleza, la ofrecen las voluntades cuajadas de ideales levantados —deleznables, si se quiere, para el criterio matemático— y que cuesta arrancar esos ideales, que son perfume glorioso de la personalidad humana, como cuesta arrancar la vida á la entraña que la engendra.

Pero estas apreciaciones nada valen para el desafío escéptico, como tampoco nada valdría agregar, en otra etapa de la respuesta, que el radicalismo candoroso de la opinión sudamericana, sólo apasionada de las tesis extremas, sólo cómoda en los polos de las divergencias, señala un rasgo de adolescencia espiritual apenas igua-

lado por el error de colocar en el mismo plano de comentario á todos los asuntos, catando sin paladar todos los vinos.

¡Pero es en nombre de la verdad absoluta en el que se exige contestación satisfactoria!

La invocación de tan pesada personería nos trae á la memoria la exactísima frase de Paúl Bourget: «Estamos enfermos de un exceso de pensamiento crítico, enfermos de exceso de literatura, enfermos de exceso de ciencia.»

Antes de que se nos despedace por reaccionarios, esclareceremos el sentido de esta frase, que así, aislada, podría encender calumnias injustas hacia su autor.

Por cierto que Bourget nunca ha intentado reprochar los soberbios arrestos de la sabiduría humana, ni las conquistas que ella realiza á diario. El ilustre escritor sólo apunta el error corriente de esgrimir el escalpelo en todas las circunstancias y sin consultar condiciones.

La verdad absoluta, se dice. Muy bien; pero obsérvese que si el asalto demoledor se coloca bajo sus férreos auspicios, en el afán de probar, se probará demasiado y en el entusiasmo de derribar las creencias de los que creen y el idealismo generoso de los que creen de otro modo, también se herirá de muerte á otros grandes convencionalismos que son base fundamental de la acción racional y sin cuyo apoyo marcharíamos vacilantes, como borrachos, como una rueda privada de su eje, loca, ya inclinada á caer á la derecha, ya vencida hacia la izquierda. Ese mismo delirio de la verdad absoluta fué agitado, como una bandera de redención luminosa, por los heraldos de la Revolución francesa; y ya sabemos cuáles fueron las caídas y los ensayos estériles nacidos al calor de tan vistosas falsedades. Bajo su invocación altanera se llamó á juicio á las conciencias, para enrostrarles la inmensidad de su error creyente y condenarlas al silencio, por destilar ellas enseñanzas nocivas, «anticientíficas».

Ya hemos visto al culto idolátrico de la diosa Razón brotando sobre las supuestas ruinas de la espiritualidad

de un pueblo y más tarde á la adoración del Ser Supremo instituyendo fiestas «para vigorizar en el hombre la idea de la divinidad y recordarle su propia dignidad». ¡Así se llegaba, por rumbo creído de soberana sabiduría, á la reproducción, pero grotesca, de los ceremoniales maldecidos, empeorada la caricatura por la ausencia de los grandes y sentidos fervores!

Si por un lado la intentada regresión al estado de naturaleza condujo á la más feroz tiranía, cuando lo que se buscaba era la adquisición inmaculada de la libertad, por otro lado, ese mismo esfuerzo destructivo de lo existente—para edificar mejor—se coronó, en el concepto religioso, con estupendas resurrecciones fetiquistas, cuando lo que se quería era lo contrario, es decir, concluir para siempre con la vieja adoración de los altares.

¿Insistís en reclamar la verdad absoluta?

Pero es que esa verdad no la encontraréis ni en los dominios del ensueño, ni en los campos de la realidad despojada de atavíos, ni en el fondo de los conocimientos á mayor alcance explicativo para nuestra imaginación. Porque sólo la multitud cree que ya no restan zonas por explorar en el mundo real. En cambio, los sabios repiten que el orden universal está repleto de enigmas, ajenos, es cierto, al misterio sobrenatural, pero sin embargo hostiles á la solución definitiva; y son tan opulentos los signos interrogativos, que saltan por todas las fronteras, que apenas domina la investigación victoriosa una montaña, se ofrecen á su examen nuevas cordilleras de dudas hasta entonces insospechadas.

La multitud teórica, con su bagaje de generalidades fáciles, ignora las emboscadas de la jornada ansiosa y gana batallas desde la platea, mientras los hombres-fuerza, que alguien ha dicho valoran las complicaciones del problema arduo y procuran, empeñosos, alcanzar el éxito soñado, pero como generales que ven y aquilatan las dificultades que la tropa ignora.

Estas fueron las torturas que Gustavo Flaubert pintó, describiéndolas, del espíritu, infinito en sus ensueños, encarcelado por las deficiencias realistas: el desencanto que se recoge persiguiendo á la intangible quimera.

Aquel rápido radicalismo es bien patrimonial de la juventud que acoge con ardiente unción ciertas ideas de apariencia indiscutible, y que se exalta, convencida, en su defensa, porque ella no duda que todos las vean clarísimas como ella las ve. Pero en etapa superior, más razonada y discreta, esa misma generación se apercibe de que los axiomas dichosos de la primera hora están envueltos en tules de niebla, y entonces empiezan las moderaciones de la edad fecunda con más frío en el corazón y con menos tinte de salud y de pasión en las mejillas.

¡Qué bosques de impresiones complejas separan al pensamiento de los cuarenta años de las definiciones ingenuas del tiempo escolar! ¡Cuántas sendas de extravío y cuántas encrucijadas nos apartan de aquel primer punto de partida, tan claro, de donde salimos radiantes una mañana que nos pareció inmortal y victoriosa!

Antes no provocaba vacilaciones y ahora las provoca, muy justificadas, el concepto sobre la naturaleza de casi todas las cosas que nos rodean, que sentimos y que vemos á nuestro alrededor, con las que nos codeamos á cada instante, prisioneros de sus hilos, y sobre los cuales deslizamos nuestra labor como la araña, dominadora de su teclado fragilísimo y por su teclado fragilísimo dominada.

Antes sabíamos y ahora no sabemos qué es el calor, qué es la luz, qué es la electricidad, dónde empiezan y dónde mueren los límites del reino animal.

En el mundo real hasta el número, piedra angular de las ciencias exactas, es un concepto relativo, como la unidad de pesos, como el metro, como la noción materializada de lo más y de lo menos.

En el mundo moral ese relativismo sólo se acentúa. Cuando hablamos del deber, de la honradez, cuando rendimos alabanza á la generosidad y á la gloria y procesamos al crimen y á la traición, nos alejamos muchos miles de leguas del criterio científico exigido por las juventudes fogosas y por los jacobinismos implacables. Ese poderoso acicate de conducta que se llama honor cambia, como el concepto de los lutos, de un país á otro

país. Sin embargo, nadie intentaría medir su conducta con el patrón del honor asiático, á pesar de traer de allí su origen las civilizaciones.

¿Hay, acaso, nada más convencional que la patria? Tan vulnerable se ofrece su fórmula á la crueldad matemática, que antes de entablar debate en ese terreno, ella se da por muerta. *¡E pur se muove!*

Siempre será granítico ese culto viril, tan deleznable para quienes sostienen en Francia, con Hervé, la necesidad de derribarlo por ser una superstición.

Pero acercándonos más á los prosaísmos de la actualidad militante, puede afirmarse que las acciones de todas las horas son una constante colaboración prestada al absurdo convencional; debiéndose observar, por otra parte, que también encarado con severidades de clínico cae por tierra el engranaje de la organización social, perecen todos los principios morales, se desploman, como castillos de naipes, los gobiernos, desaparece el sufragio y naufragan el derecho y la libertad, también convencionales.

Errado propósito pedir comprobación de sumas y restas en la pizarra y con tiza en mano para los grandes amores abstractos que, heridos en su misma índole por el examen documentado, pliegan entonces las alas como enmudece el ruiseñor oprimido por los hierros que lo enjaulan.

Y aquí nos pide espacio oportuno la frase de Federico Amiel, tan amargado por el desencanto: «El grano convertido en harina ya no puede germinar ni crecer.»

No; ni es de sabios ni es de estadistas atacar á la bayoneta á los ensueños que endulzan la existencia, que beben verdad en el océano infinito encerrado entre las tablas del pecho, que impulsan á caminar al hombre y que lo mantienen erguido: no olvidemos que sin el ungüento precioso de la médula de nada servirían los eslabones, duros como la misma piedra, de la columna vertebral.

¡Si parece que hasta la Naturaleza quiso acentuar la importancia indispensable de los sentimientos radicándolos en el corazón, que sólo se detiene cuando todo

acaba, y que una consigna idéntica dió residencia en él cerebro á las ideas, lo más distante posible del suelo vil, encarnando el símbolo gráfico de esa pureza la delicada tradición que supone luminosa á la cabeza de San Juan Bautista!

La prosa mata á la poesía, sin ser por eso más verdadera.

Nótese que los más ilustres pensadores y guías de la humanidad han anclado en las márgenes del panteísmo, sin articular el agravio favorito de las mediocridades.

Pero limitando nuestro comentario á las exigencias de la ciudadanía, apreciando el desarrollo feliz de las sociedades políticas, seguimos viendo insensata la condenación de las creencias, sea el que fuere el timbre de su voz.

Poco nos significa para hilvanar esta reminiscencia conocer la filiación mística de Pasteur; sólo sabemos que la divisa de combate del ilustre redentor, que él quiso fuera repetida en el mármol de su tumba, «Feliz quien tiene un ideal y á él obedece, llámese Dios, patria, virtud ó sacrificio», define la aspiración cálida de las almas generosas.

Creemos que las afecciones sentimentales no son equivocadas, concibiendo á los espíritus que se deslizan en su orfandad sin alegría, secos y duros como esas zonas estériles donde nunca llueve, reacias á la vegetación noble. Pero aun á quienes reniegan de este concepto acariciador, cabe decirles que apagar esos levantados entusiasmos causa el mismo daño desorganizador que produciría la supresión de las ordenanzas en el servicio militar; la vida es también briosa milicia. Porque la elemental enseñanza creyente apoya, estimula y ampara en el comienzo de la jornada, esclarece la huella que otros han trillado, sirve de baranda para aprender á caminar, es como el yeso protector del hueso herido. Transformado el niño en hombre puede desprenderse de su valiosa ayuda, ó conservarla, ó sustituirla con nuevas formas de convicción ampliada, dilatando el horizonte de sus energías morales.

Jamás evocaremos con disgusto los días plácidos de la infancia, alimentados con doctrinas vigorizantes, y siempre vibrará en nuestra memoria, como eco delicioso de la primavera que se fué, el recuerdo nítido de aquellos ceremoniales severos de formas á que asistiéramos, llevados por nuestra madre, en el templo protestante de nuestra ciudad, erigido, como último contrafuerte de la costa, sobre la inmensidad del mar.

¡Envidiables exponentes de una raza aquellos sajones, fuertes de alma y de cuerpo, que después de cantar en coro sus oraciones domingueras y de pedir ventura para su país y para su reina, se pasaban la tarde, haciendo, con otro género de devoción, juegos atléticos pujantes!

Aquella enseñanza en nada ha perjudicado el desarrollo natural de nuestro pensamiento, lo ha favorecido, y á ella debemos gratitud aunque la vida y la sinceridad hayan socavado á la creencia inicial.

Aquel antecedente suave en nada nos ha impedido votar luego, como legisladores, fórmulas de avanzada justicia social.

¡Pero es que sólo la vulgar demagogia puede predicar el ensañamiento con las sentidas florescencias del alma!

Ernesto Renán ha sido el más formidable adversario de las religiones reveladas, siendo tan intensa la fuerza de su intelecto, que sus escritos han ensanchado el engarce de la conciencia contemporánea. Pues bien; ¡qué enorme distancia media entre la intemperancia jacobina, adversaria jurada de las más selectas convicciones morales, y el descreimiento relativo, sereno y reconfortante de Renán, que niega el milagro sin ofensa, jamás como recurso de combate estrecho, á la vez de tejer un himno magnífico á la palabra evangélica!

A cada instante se sorprende en sus opiniones á la alta unción religiosa, acentuada de continuo con rasgos de sentido misticismo. Así vemos que empieza su libro revolucionario sobre la vida de Jesús, dedicándolo «al alma pura de mi hermana Henriette», á la que luego pregunta «si se acuerda, desde el seno de Dios donde

reposa», de los días que juntos invirtieran en la honda labor estudiosa. Al terminar la misma obra estampa Renán estas levantadas apreciaciones, que califican un bellísimo programa de respeto al ajeno credo: «A esta sublime personalidad, que cada día preside todavía el destino del mundo, es permitido denominarla divina, no en el concepto de que Jesús haya absorbido todo lo divino, sino en el concepto de que Jesús es el individuo que ha hecho dar á su especie el más grande paso hacia lo divino. La humanidad, en su conjunto, ofrece una asociación de seres bajos, egoístas, sólo superiores al animal en que su egoísmo es más reflexivo. Sin embargo, en medio de esta uniforme vulgaridad columnas se elevan hasta el cielo y atestiguan un más noble destino. Jesús es la más alta de esas columnas que muestran al hombre de dónde viene y adónde debe tender. En él se ha condensado todo lo que hay de bueno y elevado en nuestra naturaleza.»

Como imputación defectuosa tal vez se ha denominado «renanismo» á la indecisión de rumbos, cuando las fluctuaciones críticas del gran filósofo—la vacilación de los fuertes de espíritu—eran inquietudes de brújula. Por la sabiduría él llegó á la duda relativa, fiel á la regla de los exégetas alemanes, sus maestros, que habían dicho: «Nuestro método consiste en mostrar completos, al alcance de los dedos, los motivos por los cuales quienes han creído no solamente son excusables de haber creído, sino fueron como obligados á creer.»

Los pensadores de tan soberbia garra vuelan por encima de las nubes, en una atmósfera pura, y ellos saben lo que muchos ignoran: que en filosofía, como en arte naval, es en alta mar donde se defienden las costas.

Inútil pedir esta amplitud de horizontes al jacobinismo entronizado por la Revolución, que se empeñó, sin descanso, en descritianizar á la Francia, renegando así la tradición, que ha sido cimiento de la cultura moderna. El pueblo, obsequiado con esas agitaciones sectarias, sabrá hasta dónde ellas han servido ó perjudicado el desarrollo de sus destinos superiores. Lo indudable es que las demagogias heredadas trabajan en la actua-

lidad el organismo de la nación y que son consecuencia genuina de su grito de guerra las decadencias morales del presente, que ya nadie disimula.

Esa labor destructora no se detiene, y hasta el campo creyente virgen de las colonias llega la temible vacuna. Como ha dicho con espiritualidad procesal Deroulède, «La moda manda insultar al sacerdote imprudente que hace el signo de la cruz.»

¡La instabilidad colérica de los enfermos manifestada en los detalles más fútiles! Hace pocos días un diputado presentó en serio á la Cámara un proyecto proponiendo la demolición inmediata de la Capilla Expiatoria —erigida donde fueron enterrados Luis XVI y María Antonieta—, porque ella «constituye una página viva de insulto á la memoria de la Revolución francesa» (1).

Después de esta jornada descriptiva y reanudando el tema principal, casi no es necesario preguntar si el ejemplo de los excesos jacobinos, en el orden de la convicción religiosa, ha sido ejemplo útil para las sociedades ingenuas de la América del Sur.

Mordidos ya por graves anarquías de otro género, no precisábamos desatar nuevos motivos de conflicto interior, mucho más así cuando el régimen colonial nos había conservado, por fortuna, alejados de esas prematuras divergencias.

Porque si bien nuestra incapacidad democrática prometió desazones políticas tenaces en los tiempos independientes, ninguna circunstancia nos llamaba á la

---

(1) Barrett Wendell, *France of to-day:* «Yo no me siento competente para entrar al detalle de la situación actual. Una cosa, sin embargo, parece cierta. La conducta de los librepensadores, al presente en el poder, ha renovado los tiempos que la tradición histórica denomina de persecución. Bien entendido, ellos no han resucitado los métodos anticuados de antes: ellos no han matado á nadie. Pero ellos han confiscado gran número de propiedades; ellos han hecho todo lo que ha estado en su poder para impedir la adquisición de otras nuevas, y bien que reclamando para sí absoluta libertad de conciencia, ellos han inaugurado, en el hecho, una legislación que hiere la libertad de conciencia de los creyentes. Ninguna intolerancia clerical ha sido jamás más sincera y más implacable que la intolerancia anticlerical de estos últimos tiempos.»

exaltación en asuntos de conciencia. Un impulso artificial ha engendrado en esta materia á nuestro jacobinismo, que si antes fué tímido en sus ensayos, ahora extiende la ramazón de sus extravíos en todos los campos de la energía continental.

En marcha también está entre nosotros el afán insensato de ultrajar todas las creencias, de romper todas las normas honorables de conducta espiritual, de propiciar grandes orfandades, mal disimuladas con pomposas actitudes declamatorias.

Las neurastenias francesas no tienen objeto en la América; á tan exóticos dolores opone el Nuevo Mundo la salud y la dicha de sus sociedades, vivificadas en el contacto íntimo con la Naturaleza, maestra soberbia que enseña bondad y alegría.

A pesar de las muchas crueldades estampadas á su respecto, nadie ha podido afirmar todavía que los pechos españoles, pulcros y opulentos, nos dieron la leche enferma del desencanto y de la renegación idealista.

Ninguna razón histórica impone en Sud América la guerra civil por causa religiosa, ya demasiado próspera en otros palenques de controversia. Ningún antecedente nos invita á arrancar la raíz de la creencia humana, que atraviesa los siglos sin parar mientes en la persecución y en el crimen.

En pleno período incipiente, abrazados á las creaciones imperfectas de la mitología política criolla, estamos aún bajo el calor de pasiones idolátricas para los hombres y pretendemos enmendarle la plana al espiritualismo secular.

Es increíble la magnitud de esta inconsciencia perturbadora que nos induce, con olvido de los analfabetismos locales, á herir los sentimientos ambientes, menoscabando convicciones íntimas, que son energías moderadoras y auxilio civilizador (1).

---

(1) En nuestro libro *Desde Wáshington*, escrito hace diez años, cuando tuvimos la fortuna de conocer de cerca á los Estados Unidos, decíamos: «¡Responsabilidad grandísima la de insistir en que se arranque de cuajo el sentimiento religioso, que brota en los corazones felices como las aguas puras de una fuente, sin proponer elementos

En boga la intransigencia estéril, el jacobinismo prestado nos va enseñando á llevar cargas inclementes contra el ideal ajeno, á apedrear los templos donde él se ejercita, á ironizar las plegarias de sus fieles, á exigir el destierro de los Cristos, que son símbolo de misericordia, que achican las tristezas del hospital, entibiando con dulce esperanza el pecho de los agónicos.

Esa hostilidad equivocada y tan lamentable posee el mismo grave defecto de los viejos sectarismos: ella se cree, con ardor sincero, encargada de redimir á la sociedad que la soporta del yugo de viejos fanatismos; olvidando que media distancia enorme entre esas demasías y el sano liberalismo que se preocupa de corregir la parcialidad religiosa de las Cartas constitucionales, armonizando su espíritu con el espíritu del siglo é introduciendo en la legislación vigente reformas sancionadas por la equidad. Pero la intolerancia americana prefiere, por lo común, aquella actitud extrema, porque siempre resultará más fácil ser intransigente que moderado: el criterio absoluto entusiasma más y pide menos reflexión que el criterio relativo.

Empeora el carácter de estas fiebres la certidumbre de que ellas carecen de origen local. En homenaje al plagio, se renuncia al encanto espontáneo de la juventud, sustituído por el consejo de la vejez escéptica, empeñada en contagiar su cansancio al organismo extranjero que debiera rebelarse, por instinto, contra esa tentativa.

En política, en historia, en religión, el Nuevo Mundo sólo debe reconocer una sola divisa, contenida en una palabra mágica: tolerancia. Es la inversa de esa fórmula sabia, es intolerancia máxima, la consigna que se desprende de las páginas de la Revolución francesa, cuyo culto desequilibra nuestras ideas y adultera el impulso natural de nuestras tendencias.

---

morales para reemplazarlo! No se tenga duda que la incontrastable fuerza social de los Estados Unidos se basa, en mucha parte, en el cimiento creyente *moderado*, *sencillo*, *libre*, de sus multitudes. No seamos, pues, soberbios al extremo de desechar enseñanzas de conducta colectiva que llegan de tribuna tan alta.»

A su calor brotan los más dolorosos sectarismos cuando una ley de cordura manda rendir el mismo respeto á todos los cultores de la alta idealidad, tanto á quienes, buscándola, pasan por el camino de la izquierda como á quienes eligen el camino de la derecha.

Ni el sonido llega con igual intensidad á todos los oídos, ni todos los ojos ven idéntica á la misma imagen. Entonces ¿por qué desconocer estas diferencias de capacidad auditiva y de fuerza observadora en el escenario, tan inmenso, de las convicciones? Esas divergencias de credo dan el exponente de una sociedad y escriben, con notas enérgicas, el pentagrama de una dicha colectiva.

Como decía Guizot, concedamos á cada cual el derecho de vivir con sus propias heridas morales: «Todo lo que yo he deseado es que ellas no me impidiesen disfrutar de las alegrías que me venían de afuera.»

El jacobinismo francés nos estimula á poner en la picota, por atrasados y supersticiosos, á los hombres de profunda creencia religiosa, á quienes doblan la rodilla ante un altar. Vanas serán, sin embargo, las soberbias sectarías para lesionar, en un ápice, á la figura apostólica de aquel Kruger, pastor de su rebaño, que, absorbido siempre en la lectura de la Biblia, levantó una vez de sus páginas la vista serena para asombrar al universo con su austeridad y agregar un capítulo entero á las tradiciones del patriotismo.

Pero aun en la misma Francia las clases conservadoras protestan contra el desgaste producido por esa furiosa arremetida contra la espiritualidad que, como todas las pasiones exaltadas, en vez de fecundizarlas enferma á las ideas.

Un expresidente, M. Loubet, acaba de condensar, con aplauso de la opinión, ese anhelo de reacción sensata: «Verdad, buen sentido, gastos proporcionados á nuestros recursos, y sobre todo, aplacamiento: he aquí los remedios financieros y morales para los dolores que sufrimos.»

Ni el actual gabinete, representativo de la exageración republicana, ha creído posible colocarse frente á la aspiración cordial del país, harto de sectarismos, y

la promesa de una política de *apaisement*, de tolerancia, en todos los terrenos, ha tenido espacio en su programa.

Las sociedades de Sud América van en camino de conocer quebrantos iguales á los enunciados, por su empeño en identificarse con el ajeno desvarío demoledor. Porque para las fortalezas del ideal la demagogia es el enemigo que las sorprende por traición, aprovechando el sendero de la tortuosa retaguardia que vende á la montaña.

Los hijos de este hemisferio no tienen motivos, ni históricos ni de actualidad, para entablar lucha encarnizada, fuera de la ley y de la justicia, con la conciencia pública. Neutralidad sincera de los gobiernos y ejercicio holgado de todas las convicciones es lo único que reclama la sensatez popular, tanto en sentido político como en sentido religioso.

Los consejos de la Revolución, al través de las estrofas literarias, insinúan lo contrario y siembran injustificadas anarquías morales en la tierra extranjera.

Afirmando su propia personalidad, los países de la América del Sur deben emanciparse de tan perniciosa tutela intemperante, abordando la solución de sus litigios con criterio autonómico. Ellos no tienen para qué recoger los errores del jacobinismo francés, que ahora exhibe, otra vez, sus excesos disolventes.

«*Unhappy friends of liberty*», dijo Carlyle. Repitamos con Carlyle: «¡Infortunados amigos de la libertad!»

XIV

El mejor ejemplo republicano

Siempre encarando á la Revolución francesa desde el punto de vista que crea el interés de este hemisferio, hemos sostenido que las nuevas nacionalidades de Occidente eligieron mal su modelo republicano. También hemos sostenido muchas veces que en otros ambientes sociales y políticos hubiera encontrado nuestra curiosidad democrática más fecundas enseñanzas y ejemplos.

Sin ser Francia, hay países donde la libertad y el derecho conocen sanciones seductoras. Más aún: hay países más familiares, más sinceros, más avanzados que Francia en el culto de las instituciones libres. Todavía podríamos repetir que ese éxito no se ha alcanzado en otros escenarios á precio de arbitrariedades y de crímenes.

Mientras en Francia cada tentativa intensa de innovación cívica ha ido acompañada, en los tiempos modernos, de sacudidas y de hecatombes pavorosas, idénticos esfuerzos se han coordinado, sin contribución de masacres y con más provecho práctico, en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Suiza, en Holanda y en otras naciones europeas.

Dedicaremos breves comentarios á esos testimonios militantes de buen gobierno y de cordura ciudadana, que pasan tan inadvertidos para los pueblos de América.

Desde los orígenes los Estados Unidos se levantan con magnitudes de astro. Fijados con firmeza racional los puntos de partida, antes de recorrerla ya está señalada la trayectoria de la sociedad política que en la actuali-

dad llena el espacio con hermosas victorias morales. Con suma razón alguien ha dicho que cada inmigrante puritano de la época remota era promesa del destino de la Unión. De aquellas células no podía esperarse resultado distinto al que ahora se recoge.

Por la evolución, contenida dentro de varios siglos, han alcanzado los Estados Unidos la realidad libre que la utopía quiso radicar en Francia con un asalto revolucionario, por virtud milagrosa de un pistoletazo.

Natural, pues, que á la elección de diversos rumbos hayan correspondido diversos temperamentos y diversas consecuencias finales.

En efecto, mientras 1776 determina un eslabón de la cadena, síntesis de los anteriores, 1789 define el rompimiento con la experiencia acumulada. Allá se triunfa en nombre del pasado, sin interrumpir contacto con sus recuerdos poderosos, más bien apoyándose en ellos; parece como si se alcanzara la meta cumpliendo la consigna de las generaciones muertas que se yerguen jubilosas en sus lechos centenarios. Aquí se intenta triunfar contra el pasado retándolo á desafío, como á un gran delincuente, y despertando á las generaciones desaparecidas para enjuiciarlas.

Siendo estas tendencias contradictorias, 1776 caracteriza un fenómeno normal, esperado, lógico: apenas el pequeño desgarro exigido por la Naturaleza á la maternidad llegada á plena madurez recuerda este alumbramiento regular, que no deja cicatriz. Nuevo capítulo del mismo libro y nada más; sólo el sentido práctico, deductivo, extraño á las fantasías doctrinarias, fué el consejero de la espléndida jornada.

En cambio, 1789 equivale á un terremoto que no deja piedra sobre piedra, que se complace en sellar su estallido con desahogos hirvientes. Destruirlo todo, para reconstituirlo de otra manera, fué su divisa. Sólo la teoría pura, para el ensayo inductivo, clamoroso y apasionado, de todos los radicalismos, podía servir á los fines de esa dislocación audaz.

Procede agregar que las resultancias experimentales de los dos esfuerzos libertadores confirman la diversi-

dad de las impulsiones iniciales y de los procedimientos que les dieron cauce.

1776 evocará siempre la encarnación de la república verdadera; cuando la imaginación agita sus memorias, el espíritu se ensancha y el descreimiento cívico se rinde ante el espectáculo maravilloso de aquella ascensión, casi matemática, que todavía no ha llegado al cénit y que, sin embargo, ya ha quebrado todos los términos de paralelo feliz. La democracia sale bonificada, esclarecida, de aquella prueba, que fué un triunfo excelso, sin dolores, sin alevosías, noble y generoso.

1789 hace dudar de los beneficios de la libertad; el desfile histórico de sus protagonistas estremece de horror y de piedad; el pensamiento se resiste á reconocer en sus verdugos á los servidores de la humanidad, y en cuanto á las víctimas inocentes, la tradición de su suplicio enciende ¡después de cien años! indignaciones póstumas. La democracia sale manchada de esta sangrienta retorta que hermanó al verbo sin mácula con los castigos inquisitoriales, que elevó altar á la tiranía y á la ferocidad (1).

Se dirá que los escombros seculares exigían esta inmolación apocalíptica. No tenemos la intención pretenciosa de resolverlo, aunque sería del caso observar que otras grandes naciones, más libres, no han pedido cimiento para su progreso á semejantes hecatombes. Pero sí observaremos que los pueblos de Sud América, extraños en absoluto á los prejuicios hereditarios, dormidos, como buenos adolescentes que eran, en los brazos de las ilusiones primeras, é ignorantes de la opresión feudal, no tenían una sola razón para lanzarse al plagio incondicional del drama francés y de sus excesos.

Todas las advertencias de la sensatez imponían, en

---

(1) Barrett Wendell, *France of to-day:* «Las cicatrices de la Revolución son todavía visibles en la fisonomía entera de la Francia, y su recuerdo ó el de sus consecuencias divide en dos, hoy mismo, al país. No es menos cierto que durante este tiempo los hombres y las mujeres han vivido y han muerto, han amado, han sufrido y triunfado, como ellos vivían, como ellos morían, como ellos amaban antes de la borrasca, y esto continuará así tanto como dure la humanidad.»

cambio, la copia discreta del modelo nortermericano, que recalcamos discreta porque las imitaciones exageradas, aun las buenas, suelen conducir al sacrificio pernicioso de la propia personalidad. Salvo notorias diferencias de otro orden, la formación social de los Estados Unidos era fruto de la colonización, como fuera la nuestra. En ambos extremos tierras vírgenes, la lucha heroica con el salvaje y con las inclemencias del medio, la misma escasez de recursos, todo por hacerse, la misma subordinación ilusoria á una metrópoli lejana, el mismo fermento del porvenir.

Hasta tuvimos la ventaja accidental de que el Norte, adelantándose en el esfuerzo viril, nos ofreciera á la vista cultivo de felices experiencias. La diferencia de raza y de cualidades privadas y públicas, que algunos señalan como obstáculo á ese aprendizaje razonado, acreditan su más eficaz justificación. Porque, como ya lo hemos mencionado, de la escena francesa recogimos demagogias, para las cuales ya teníamos aptitudes de raza, remachando así nuestros propios defectos y dejándonos embriagar con el licor dulcísimo de las declamaciones ilimitadas.

En el hogar norteamericano no prosperaban estas debilidades utópicas. El contacto sesudo con los protagonistas en el desenlace vecino habría corregido nuestros defectos de costumbres, disipando las vaguedades que nos han extraviado durante tantos lustros de estéril ensayo.

Enloquecidos por las quimeras de 1789, quisimos radicar de súbito, por mandato altanero de las leyes escritas, los más audaces ensueños que hierven en el espíritu humano, que hacen crujir, bajo su alta presión, al mismo cráneo de sus divulgadores. Ya hemos revistado los males inmensos de esta obsesión, nobilísima pero suicida, que nos precipitó en tropel á la conquista de una abstracción.

Recién empezamos á regresar de esa jornada, sudorosos, diezmados, heridos de desaliento neurasténico.

¡Cuánto despliegue inútil de coraje, cuántas marchas al azar en el fondo de las tinieblas y persiguiendo la realización de idealismos imposibles!

En otra parte estaba esperándonos la escuela de democracia.

Concíbase el ingente caudal de energías ahorradas si, en vez de engolfarnos en el ensayo de vacías generalidades, hubiéramos obedecido á la sugestión sabia que allá, al Norte, desde la extremidad superior de nuestro mismo hemisferio, reverberaba soberbias imantaciones de derecho. En este último caso habrían caído por tierra, quebrados, esos axiomas pomposos y engañadores recogidos en las páginas de la Revolución francesa, á los que sólo debemos el ejercicio malabar, sofisticado, de la ciudadanía.

1789 nos enseñó el culto de las fórmulas impecables, insistiendo en que, una vez ellas encontradas, era apostasía no darles rigurosa sanción. Criterio ideólogo parecido al que retrata la retumbante frase histórica, que tantas víctimas hace todavía entre los jóvenes bachilleres: «Sálvense los principios, aunque perezcan las colonias.»

1776 nos habría dicho, si escuchada su voz serena, que los dogmas inflexibles no tienen cabida en el gobierno de las sociedades, que exige en sus instituciones amplia elasticidad para adaptarlas á las líneas y á la musculatura propia del busto que visten. Criterio rebosante de sabiduría, condensado por Boutmy, en oposición al anterior, en el aserto exactísimo de que en los Estados Unidos ningún principio se sigue hasta el fin.

Otro de los grandes errores sudamericanos, que habría corregido el ejemplo de los Estados Unidos, lo condensa la repudiación generalizada del propio pasado. Porque aquella ilustre nación ha construído su éxito sobre el cimiento adorado de las nativas tradiciones, ni siquiera desdeñadas en su acepción indígena. Allí se entiende que también las tribus desaparecidas han concurrido á la formación vigorosa del tipo nacional. En ceremonias diplomáticas de la Casa Blanca hemos visto á caciques de vistosos atavíos agasajados, con especial aprecio, por el presidente de la república.

Ninguna colaboración histórica se rechaza y nadie soñará en reemplazar el culto de las viejas leyendas del

terruño por ajenos episodios. Sólo se dobla la frente ante los héroes y estadistas del país que son, por así decirlo, los guías y los dioses tutelares de su evolución.

Este buen juicio, este admirable equilibrio de opiniones, señala el rasgo culminante—ausente en nosotros—del carácter nacional.

En ningún momento de su desarrollo los Estados Unidos ha comprometido la unidad del esfuerzo local con plagios extranjeros inconsultos.

Descendientes de ingleses y de holandeses, sus fundadores sólo necesitan recogerse sobre sí mismos para realizar el ensayo fecundo. La distancia geográfica y la humildad de la tentativa colonial echaron lápida de olvido sobre los emigrantes puritanos. Ellos también olvidan al mundo civilizado que dejan á la espalda, pero apenas puesto el pie en las costas inhospitalarias, delínean clarísimo el programa de sus libertades. Por acta dijeron, en 1620, los primeros pobladores de la Nueva Inglaterra: «Nosotros, los abajo nombrados, que por la gloria de Dios, la divulgación de la fe cristiana y el honor de nuestra patria, hemos decidido establecer la primera colonia sobre estas distantes orillas, acordamos, por consentimiento mutuo y solemne ante Dios, organizarnos en sociedad política, con el fin de gobernarnos y de trabajar en el cumplimiento de nuestros destinos; y en virtud de este contrato resolvemos promulgar leyes, actas y ordenanzas é instituir, según las necesidades, magistrados á los cuales prometemos sumisión y obediencia.»

Ahí ya está bosquejada, en miniatura, la admirable democrocia del presente. Una preciosa fe de bautismo. Pocos documentos de su índole poseerán tan noble unción y tanta elocuencia viril, prestigios que han crecido y siguen creciendo, confirmados por una maravillosa realidad cívica.»

¡Qué diferencias de fondo con las declamaciones de la Revolución francesa!

Las fronteras del desierto se cerraron detrás de los nuevos cruzados. En todas sus partes se cumplió el juramento libre de la hora inicial. Muchas décadas co-

rrieron en la penumbra: en el silencio se llenaban los capítulos más importantes y menos llamativos de la propia historia. Cuando en 1776 rompe para el mundo la alborada, ya hace muchos lustros que ella destella sobre la cabeza de un pueblo pujante, siempre inclinado sobre el surco.

Ni en esta etapa ni en las posteriores se abdican las ideas nativas en holocausto á las virtudes políticas prometidas por ruidosas propagandas.

El medio americano asimila, forja á los demás á su estilo; pero jamás hace inmolación de sus fueros y de sus tendencias tradicionales. Por eso el cataclismo de 1789 no conmueve en un ápice sus destinos.

Poco importa que la Revolución francesa declare que es su propósito regenerar al género humano y redimirlo de sus pecados cívicos; poco importa que se formulen declaraciones memorables con la intención soberbia de abrir una nueva era; poco importa que se pregonen principios de apariencia deslumbradora y que invocándolos se ataque al orden existente.

Esos rayos y centellas, que encuentran campo de ejercicio en el alma cándida y generosa de los sudamericanos, vencidos por la brillante sugestión, cruzan ignorados para los habitantes del extremo Norte, insensibles ellos al contagio de la demagogia extranjera.

Los Estados Unidos no necesitaban lanzarse á la teorización y adherirse á fórmulas abstractas cuando ya para sus hijos la libertad y el derecho encarnaban realidades definitivas. Pueblo de cordura sobresaliente, ha resuelto sus problemas internos con criterio emancipado, sin menoscabar la independencia de sus opiniones en ninguna circunstancia; bien persuadido de que nada como la propia Naturaleza, es decir, el espíritu nacional, sabe encontrar satisfacciones á las exigencias locales.

La Unión se gobierna con leyes y con procedimientos cortados á su hechura, sin consultar códigos extraños, sin incurrir en la debilidad de someterse á doctrinas exóticas. Ejemplo de esa saludable autonomía lo ofrece la significación innovadora de la Corte Suprema.

Para su mal, la América del Sur ha incurrido en el anhelo contrario. Avergonzada casi y contra razón de sus orígenes y de sus imperfecciones lógicas, tuvo apuro en mutilar sus costumbres y sus ideas, en arrancarse su personalidad moral para reemplazarla por otra más á la moda.

Tal vez ha sido este un error tan grande como sincero.

En materia de igualdad, de soberanía y de religión también hubiéramos recogido muy útiles impresiones en el seno de la democracia norteamericana. Ella nos enseña que las aspiraciones igualitarias no se identifican en manera alguna con el exceso jacobino, que á título escrito de libertad crucifica en los hechos á esa misma libertad; ella nos afirma que la voz de la soberanía tiene inflexiones sagradas, no consintiendo las interpretaciones torcidas y los sofismas habituales que para adulterarla esgrime la chicana política entre nosotros; ella nos dice que ningún gobierno consciente de sus altos deberes públicos debe permitir el ataque irregular á los ideales místicos del pueblo cuyos destinos rige, mucho más así cuando, como sucede en la gran república, la potestad civil goza sin el menor sacrificio de sus atributos naturales.

Aproximándonos á aquella fuente serena, también mucho bueno aprenderíamos en otros sentidos.

La tolerancia, tan mal practicada en el Sur, á pesar de elevarle á diario himnos de intensa inspiración lírica, resplandece en el Norte para todas las convicciones. No nos referimos á la fácil y banal tolerancia de consentir á cada cual que diga lo que piensa, pues sólo las tiranías crudas pretenden lo contrario; pero sí nos referimos á la tolerancia que se abona en las horas difíciles y que se manifiesta de mil maneras: no persiguiendo al adversario, olvidando en el poder los enconos de la llanura, derramando óleo de bondad y de dulzura en las heridas morales de la sociedad que se preside, escuchando para obedecerlos los clamores de la opinión, fusionando en la milicia del país á ciudadanos de todos los colores, abriendo puerta ancha para todos los merecimientos y para todas las virtudes.

Bien necesita de lecciones morigeradas la política imperfecta sudamericana, que todavía estalla sus atavismos en los ejércitos de partido, en el dominio por la fuerza, en la falsificación odiosa del sufragio y en el régimen anticivilizado de las confiscaciones, marcado con el reproche del mismo Maquiavelo (1).

Mientras los apotegmas tajantes de la Revolución francesa nos estimulan á afilar nuestras pasiones ardientes y á obtener la felicidad pública echando mano aun de las armas de la inicua persecución, la experiencia triunfal del pueblo norteamericano proclama, con el derecho á ser oído que le da su republicanismo verdadero, que la democracia se radica con el esfuerzo solidario de todos los individuos, de todas las creencias y de todos los sufragios espirituales, siendo su negación los exclusivismos que se pretenden redentores.

Para curarse de las demagogias contagiadas y de las propias deficiencias cívicas, la América del Sur ha debido agregar, á la acción del tiempo y de las inmigaciones europeas, el ejemplo venturoso que le ofrece esa América del Norte, donde sin sangre, sin arbitrariedades y sin suplicios, sin atacar á nadie en sus ideas, en sus bienes ni en su cuerpo, han constituído los hombres su hogar más perfecto.

Según la gráfica expresión de Tocqueville, «el pueblo de los Estados Unidos es la porción del pueblo inglés encargada de explotar los bosques del Nuevo Mundo».

Por cierto que el pasmoso desenvolvimiento de aquella sociedad política ha acentuado su autonomía moral, pero los triunfos propios, en todos los órdenes de la actividad, no empalidecen en la hija americana la filiación vigorosa transmitida por la metrópoli. Tan intensas y perdurables son las calidades de la raza, que con mucha razón se ha dicho que el niño inglés es igual al adulto. Sólo separadas por una diferencia de edad, también puede afirmarse idéntica cosa de las colonias con respecto á la madre patria.

---

(1) Maquiavelo, *Le Prince*: «Nada en mi concepto hace tan odioso un principio como la violación del derecho de propiedad.»

En consecuencia, al dedicar muy rápidas reflexiones á la democracia británica impónese repetir, con pequeñas variantes, los juicios provocados por los Estados Unidos.

De exprofeso hemos escrito democracia británica, aun tratándose de una nación regida por instituciones monárquicas, pues Inglaterra sanciona en los hechos aquella prestigiosa fórmula popular, es decir, el gobierno del pueblo en ejercicio de la soberanía. Más valedero resulta este acatamiento efectivo á la libertad que las definiciones avanzadas de otros escenarios que lucen membrete republicano desmentido por la realidad.

Los sudamericanos hemos sido mucho tiempo víctimas de ese engaño que en 1810 nos llevó á mirar con sincero horror todo régimen de organización en cuyo texto se deslizara la palabra monarquía, y que más tarde nos condujo en procura de enseñanzas ejemplares al campo francés, por llevar éste dominación republicana, y á renegar también de los restantes modelos europeos (1).

Seducidos por la teoría, nos empeñamos en ignorar que Francia, generadora del cesarismo moderno, ha sido y continúa siendo aristocrática en su esencia y en sus gustos. En ninguna parte obtienen mayor reverencia los títulos nobiliarios. Su Legión de Honor, que repite las condecoraciones de clase y motivo, por su descrédito de cortantes epigramas populares, causa verdadero mareo social (2).

Puede afirmarse que la monarquía inglesa ofrece mejores y más fecundos ejemplos republicanos que la Francia.

Recién después de una centuria de extravío em-

---

(1) Sumner Maine, *Popular Government*: «No hay funcionario viviente que acupe posición más penosa que un presidente francés. Los antiguos reyes de Francia reinaban y gobernaban; el rey constitucional, según M. Thiers, reina, pero no gobierna; el presidente de los Estados Unidos gobierna, pero no reina. Está reservado al presidente de la República francesa no reinar ni gobernar.»

(2) Se recordará la venta de la condecoraciones que provocó la caída del presidente Grevy.

piezan á comprenderlo así las nacionalidades de Sud América.

Nos sorprende que sean exponentes de dos tipos sociales y políticos muy diversos, aun sin tomar en cuenta la diferencia de razas, dos pueblos que elaboran su civismo de acuerdo á opuestos procedimientos.

En efecto, hasta 1789 el apego apasionado á las tradiciones caracterizó al espíritu francés; pero la Revolución señala un cambio total de criterio, decretado por los dogmas radicales del nuevo credo. Si, como lo proclamaron sus heraldos, la realeza era signo de ignorancia y su fruto exclusivo, en una carrera de muchos cientos de años, las injusticias dominantes, se imponía combatir con dureza al régimen derrocado y destruir su obra moral con el fin de fundar el orden perfecto soñado.

En ese sentido fueron lógicos con su tesis los demoledores implacables. La Francia contemporánea señala, pues, un experimento antitradicional en las esferas del gobierno. Del 14 de Julio hace arrancar el protocolo allí vigente la gloria institucional, económica y administrativa del país (1).

En cambio, Inglaterra califica el caso contrario; es decir, una adhesión fidelísima, no interrumpida, al lote de sus antecedentes cívicos. Cada generación acepta y acrece el aporte de las generaciones anteriores, sin que nadie intente mutilar ese precioso concurso de la experiencia. El país de los precedentes y de las convicciones seculares inconmovibles.

Notre-Dame y Wéstminster dan el símbolo concreto de esas tendencias públicas, tan diversas. La catedral y la abadía, maravillas de la misma arquitectura, arrancan del visitante idéntico homenaje de admiración, bien merecido por la pureza de su gótico, por sus líneas, tan audaces que parecen hundirse en lo alto, persiguiendo

(1) Barrett Wendell, *France of to-day:* «El resultado inevitable de la Revolución, su consecuencia obligada, fué que en política como en religión los franceses del siglo XIX se mostraron más que intolerantes los unos con respecto á los otros. Según todas las apariencias, ellos todavía en la actualidad son incapaces de rendirse la justicia de una mutua comprensión.»

al ideal, y por el perfume de imponente espiritualidad que flota en sus inmensas naves.

Pero mientras Notre-Dame exhibe los rastros de la mutilación jacobina y evoca el culto grotesco y advenedizo de la diosa Razón, aunque aumentada en su elegancia por la soledad de su recinto desnudo de monumentos, Wéstminster es testimonio del clasicismo, del respeto tradicional, siempre vibrante, de la nación cuya creencia encarna. Sólo los siglos han tenido el derecho de dejar huella en su fisonomía que, por ser obra sagrada del tiempo, nadie ha intentado modificar. Por allí no ha pasado ninguna tempestad jacobina. Pero el patriotismo inglés ha pedido á sus bóvedas de sombra inmortal y deliciosa amparo digno para las estatuas de sus grandes reyes y de sus estadistas eminentes. Con perjuicio, es cierto, de la impresión artística, allí se agrupan, se hacinan las lápidas recordatorias y los monumentos, expresando todos gratitud á los mayores ilustres, confundidos ministros, soldados, exploradores, prelados y monarcas.

Wéstminster evoca al pasado y á su sabiduría: es una síntesis. Notre-Dame reniega de ese mismo pasado: mata el recuerdo.

Las libertades inglesas no admiten fecha convencional de origen, como suele pretenderse con las propias en las sociedades latinas. Ellas nacen con la nacionalidad y realizan su evolución abrazadas á su tronco. Ese desarrollo paulatino obedece en absoluto al mandato de las costumbres, que van dejando en la legislación el timbre de su desfile, semejantes á las mareas sucesivas que marcan en la orilla el rastro visible de su pasaje.

Inglaterra no conoce ni ha querido un texto constitucional inmutable, que esterilizaría los plebiscitos morales del país, la colaboración espontánea de las costumbres. Sólo en emergencias extraordinarias se ha aceptado la conquista brusca, mas en la apariencia, de derechos ya comprendidos y exigidos por la opinión general. Tal es el caso de la gran Carta, de la Declaración de derechos y de la Revolución de 1688.

Las libertades públicas aumentan y se perfeccionan

en armonía con el adelanto de las ideas; son su consecuencia.

De ahí que no haya asambleas constituyentes especiales y que todos los parlamentos posean esta importante facultad, siendo legítimas todas sus resoluciones adoptadas en forma.

Los resultados de esta labor acumulativa, extraña á la opresión férrea de los dogmas *a priori*, han sido tan felices como sólidos. Del siglo XI al XIV afirma el pueblo británico su soberanía, razón por la cual no se incurre en aserto exagerado diciendo que Inglaterra fué libre mucho antes que el resto de la Europa. Manifiesta Boutmy: «Las instituciones de la Edad Media, profundamente modificadas por la conquista, han engendrado en cierto sentido, por sí mismas, la unidad nacional, la noción del Estado, la igualdad ante el impuesto, el *self government*, la libertad política y sus órganos, en una fecha en que ninguno de los otros pueblos europeos ni aun tenía el presentimiento de esas grandes cosas.»

Esto pasaba con anticipación de siglos á la Revolución francesa.

También en Inglaterra se desenvuelve vigoroso el concepto racional de la igualdad, que florece en el siglo XIII, época en que ya en la gran Carta «los grandes estipulan en favor de los humildes y de los pequeños».

Esta armonía de clases ha sido consecuencia lógica de la propia organización. Porque el aislamiento y la seguridad geográfica, en primera línea, se opusieron al desarrollo de una categoría militar, arrebatando vigor al feudalismo. En segundo término concurrió á establecer la homogeneidad de la raza, liberalizando sus ideas, la desaparición del espíritu provincial, que se alcanza ya en el siglo XI. El régimen parlamentario, adquirido doscientos años después, no perjudica, por cierto, ese fusionamiento social.

Pero la huella más honda en ese sentido la traza la clase rural, surgida al calor del cultivo de la tierra, y en especial de la cría de ganados.

Ninguna nación del continente ha contado con tan intenso factor evolutivo. Con el tiempo esa fuerza labo-

riosa—nuestros estancieros—obtiene representación en la Cámara de los Comunes, y cuando se extingue la aristocracia feudal, de sus filas brota la nueva aristocracia que ocupará las plazas vacantes en la Cámara de los Lores. Este advenimiento paulatino, fundado en el trabajo, rinde opulentos beneficios morales. Los sentimientos colectivos se bonifican, crece la unidad de las aspiraciones públicas y se suavizan los distingos de rango. De ahí que la Revolución de 1688 sea un accidente en el desarrollo de la libertad inglesa, que venía recogiendo adhesiones tributarias desde los orígenes.

Saludables razones se coligan, pues, en Inglaterra para extinguir los enconos de clases, á pesar de monopolizar un grupo reducido de propietarios el dominio territorial. La sangre no crea fronteras inviolables y en la actualidad aquella monarquía constitucional, sin prometerlo y no cumplirlo, como lo hace la ley orgánica de casi todas las repúblicas, honra y recompensa á los merecimientos nacidos del talento y de las virtudes.

Las reformas de 1832, 1867 y 1884 amplifican las energías de la democracia inglesa, é incorporan nuevos contingentes eleccionarios á la masa votante. Así, en forma prudencial, por etapas, se va entregando el derecho de sufragio á las multitudes nacionales. Cada una de las mencionadas fechas señala un paso más avanzado en esa senda de sabiduría trillada, con tan admirable acierto, que jamás ha sido necesario retroceder en el curso de la soberbia evolución.

¡Acreedor á los más calurosos homenajes el pueblo que, ajeno á las fascinaciones embriagadoras, somete á los consejos maternales de la experiencia su anhelo inextinguible de justicia y felicidad!

Testimonio muy diverso de impaciencia y de estériles alternativas doctrinarias nos presenta la democracia francesa, que llena el siglo XIX con el eco de sus contradicciones; que adopta en 1789 el sufragio universal para sacrificarlo en seguida; que de nuevo lo bautiza con sangre, en 1848, para perderlo otra vez con el segundo Imperio y labrar más tarde su descrédito, una vez reobtenido.

Sin hipérbole de lenguaje, puede afirmarse que el sistema representativo de gobierno es obra de la sociedad inglesa, que ratifica ese hermoso mérito repitiéndolo en el desarrollo también libre y esclarecido de sus colonias.

Preguntad á esa constelación magnífica de derecho, integrada por los Estados Unidos, Australia, Canadá, Sud Africa y Nueva Zelanda, quién abrió para ella ruta en el cielo de la fama; preguntad á la India, con sus trescientos millones de almas subordinadas á la voluntad de seis mil oficiales británicos, quién recogió esa posesión de manos de portugueses y franceses para arrancarla al entorpecimiento del Nirvana; preguntad á Egipto de dónde ha venido la fuerza casi sobrehumana que ha interrumpido su sueño de piedra, compitiendo con el Nilo en la fertilización de sus llanuras; preguntadle al Japón, estupendo de la actualidad, cuál fué el modelo elegido por sus estadistas para modernizarse y aprender el secreto de sus victorias. El nombre de Inglaterra está al final de cada una de esas interrogaciones.

No es por decreto de la fantasía como se otorga título de maestra en materia institucional á la sociedad política inglesa. El carácter nativo, la templanza de las pasiones alentadas, los frenos de una religiosidad discreta y moralizadora, el amor instintivo de la justicia, el culto del deber, la soledad, la ausencia de peligros fronterizos, las tareas rurales y el clima recio, todos esos factores se aliaron para dar una síntesis prestigiada por todos los equilibrios.

Ninguna invasión ha interrumpido en los tiempos modernos esa labor sedimentaria, tonificada por las aguas salobres. Parecería que la isla, protegida en todos los flancos por las ondas de un mar siempre agitado y salpicada por sus espumas amigas, hubiera nacido con la misión excepcional de servir de refugio seguro á la libertad perseguida, reparo semejante al que ofrecen al cóndor las alturas.

Por entendido que no faltan en la historia nacional páginas de oprobio y servilismo; pero á renglón siguiente debe observarse que en ningún otro escenario ha en-

contrado muralla más resistente el exceso despótico. No hay, por otra parte, nacionalidad que presente tan dilatada serie de triunfos institucionales continuados como Inglaterra. Ya en su época decía Mad. de Stael que, desde 1688, «no se contaba una sesión del Parlamento que no hubiera aportado un perfeccionamiento al orden social».

Tan porfiada prosperidad, como siempre ocurre con los grandes éxitos, ha enardecido rivalidades celosas, descontándose, á menudo, el eclipse de esa fortuna política. La civilización no retrocede en sus conquistas espirituales, fuera de ser muy difícil que sufra quebranto un civismo encarnado en las costumbres que, como observaba M. de Remusat, acepta la teoría después de haberla confundido con la práctica *a posteriori*.

En 1760 Rousseau daba plazo de veinte años á esa ruina moral anhelada. Extremando el desprecio, el jacobinismo denominaba á Inglaterra apéndice de Francia.

La cordura ejemplar del pueblo inglés contesta al cálculo hostil. Su recta inspiración democrática desconcierta á las presunciones de la anarquía. Esa respuesta acaba de repetirse en ocasión del conflicto interno producido alrededor de la Cámara de los Lores, cuya abolición muchos exigen. Cuando se pensaba que la turbulencia se pronunciaría en las urnas en condiciones abrumadoras, el veredicto eleccionario del Reino Unido favorece al partido conservador, evitando contagio con posibles estallidos demagógicos.

Una nación con ese equilibrio de ideas, consolidado por un patriotismo poderoso y sereno, que no comprende el antimilitarismo, ni la intolerancia, ni las masacres del adversario, ni el sofisma burlador del derecho, una nación con tan firme envergadura está muy lejos del atardecer de las decadencias.

Casi no necesitamos agregar que Inglaterra hubiera sido para los jóvenes organismos de Sud América un modelo viviente de salud republicana. Acercándose á ella, estudiando sus instituciones, comprendiendo la inspiración libre que las engendró, y recogiendo allí un respeto por las costumbres, que tanto ignoramos, para

nuestro inmenso perjuicio, habríamos hallado fórmula más expeditiva para los problemas locales, complicados y torcidos á fuerza de torturarlos con fantásticas teorías (1).

Por otra parte, existía similitud de elaboración cívica, pues allá, al igual de la América, las clases rurales fomentaron las reacciones libres y fueron la gran fuerza económica y social del país. Ya Le Popge describe á los ingleses, en edad remota, como «ciudadanos dedicados á la agricultura, que venden la lana de sus ovejas y las crías de su ganado mayor, no teniendo vergüenza en enriquecerse de este modo y juzgando á la nobleza según la fortuna».

Sólo la declamación, que nunca se encontrará cómoda entre gentes serias, extrañas al dominio de los impresionismos populacheros, podrá resistir en el Nuevo Mundo á la influencia regeneradora sobre nosotros del pueblo británico y de su sabiduría política.

Después de una visita detenida á Holanda, el viajero no necesita leer la historia para aquilatar las energías varoniles del pueblo que prospera en sus verdes llanuras, energías condensadas, á justo título, en la divisa orgullosa: «Dios hizo el mar y nosotros las costas.»

Tal vez la impresión vistosa, superficial, se inicia por un pequeño descalabro. Las crónicas novelescas perjudican siempre á las más bellas realidades, y hasta el mismo Niágara nos ha parecido víctima de la leyenda milagrosa. Pero en Holanda pronto vuelve el espíritu observador de este desconcierto, cuya responsabilidad pertenece, sobre todo, á nuestra soñadora imaginación latina, incurable en la exageración, en el endiosamiento de todas las famas ausentes de su control visual.

Por otra parte, el temperamento flemático y conciso de sus hijos, la naturaleza y el clima hacen de la reser-

---

(1) Vincent, el popular socialista inglés, decía: «Yo puedo manifestar todo lo que me pasa por el pensamiento, atacar á quien quiera que sea, salvo á la reina y al cristianismo; si yo hablara contra ellos el público me apedrearía.»

va calmosa la virtud del país, confirmada, se dijera, por las nieblas que, invitando al silencio, extienden su telón impalpable en los horizontes.

Debajo de estas exterioridades poco agradables, que son la cáscara gruesa, endurecida, de una raza templada en la adversidad, descubre el examen intenso, escondidos en el fondo de conciencias puras y de corazones infantiles, á los más culminantes merecimientos sociales.

Empieza á florecer justicias el elogio cuando se recuerda que fueron brotes de ese organismo humano muchos de los fundadores de la democracia norteamericana.

Afianzan la reflexión admirativa, que nace tibia, el espectáculo de las canalizaciones que cortan el territorio como las líneas de un damero; el desfile manso de la labor rural, contenida dentro de límites reducidos, pero siempre próspera; la memoria de las heroicidades defensivas de aquel pueblo, cuyos soldados tuvieron á raya á la Europa y cuyos almirantes barrieron de enemigos el Océano, que fuera alguna vez suyo; y la convicción, tardía en apoderarse del cerebro, de que esa tierra, cruzada por el ferrocarril, redimida por el trabajo infatigable, alvéolo de ciudades y de tradiciones y de esperanzas pujantes en pleno éxito, que esa tierra es un pedazo de dominio arrebatado por la violencia al mar, y que tanto sus millones de habitantes como sus huéspedes de un día, estamos á la merced de aquellas mismas digas protectoras que, una vez, en tiempo de Luis XIV, rompió el patriotismo para librar al país del extranjero devolviéndolo á su antiguo dueño y señor.

No sin base de razón altanera afirmó Bonaparte que Holanda era un aluvión de los ríos franceses.

Pues la patria creada sobre ese barro fecundo ofrece también ejemplo de verdad institucional á las sociedades políticas del nuevo continente. «Porque el holandés posee en alto grado el sentimiento de la independencia y el respeto de la personalidad humana. Estas dos cualidades tienen profundo arraigo en las costumbres y ellas hacen parte del carácter nacional; ninguna Carta,

ninguna declaración las ha decretado oficialmente, pero ellas son virtudes tradicionales y las leyes las acatan» (1).

Nada se desconoce más en Sud América que ese respeto por la conciencia humana, ese culto elemental de la tolerancia en todos los órdenes del pensamiento, ignorancia agravada por la persuasión sincera de ser ella todo lo contrario, es decir, exponente de la más alta ecuanimidad espiritual.

En ningún país de Europa adquirieron las luchas religiosas carácter tan intenso y rencoroso como en Holanda. Allí protestantes y católicos se someten á masacres sucesivas.

De esas controversias sangrientas, complicadas con sentimientos patrióticos, surge purificada la libertad religiosa y deriva la hermosa coexistencia en el mismo solar diminuto de los credos antagónicos, hermanados al presente en el gobierno de la sociedad que los alimenta.

El ciudadano holandés ha sido, en toda época, un enamorado de su derecho, capaz de los más austeros sacrificios en su homenaje.

Escribía Diderot, después de asistir á la reunión de los Estados generales de Holanda: «Allí se ve á comerciantes y á banqueros tomar el tono imponente y el aire majestuoso de los reyes.» En el territorio defendido con singular bizarría desde edad remota, encontraron siempre ambiente propicio las grandes redenciones, y más de una vez el derecho proscrito tuvo albergue generoso en las orillas olvidadas del Zuiderzee.

Fragua de libertad, mucho antes de las jornadas reivindicadoras de Guillermo el Taciturno, Holanda figura entre los brillantes servidores del ideal moderno.

El civismo de sus hijos no desmerece de los más grandes pueblos que señalan ruta á la humanidad. Las palabras tiranía y fanatismo se pierden, sin eco pasional, en el seno de la nación sobresaliente, primogénita de la lucha y del deber fuerte.

---

(1) Verschave, *La Hollande Politique*.

No se sostendrá, por cierto, que esa devoción libre, orgánica, nacida con la misma raza, interpreta una derivación regeneradora de las ideas francesas. A ellas sólo debe Holanda la conquista ordenada por la Revolución, que le impuso tributos agobiadores intentando vacunarla, sin éxito, con sus teorías de odio y exterminio (1).

Nombrando á Suiza se señala otro de los más poderosos y felices hogares de la justicia. Hay allí mucha ejemplaridad útil para las jóvenes naciones sudamericanas.

De las llanuras holandesas y de las montañas suizas se desprenden dos corrientes de experiencia y de sabiduría política, identificadas en la virilidad de sus enseñanzas.

También la tolerancia, el equilibrio de las ideas, su abono en las más difíciles emergencias, la sinceridad de su sufragio, la autonomía municipal y la confederación de esfuerzos, con respecto de las unidades y de todos los localismos, labran índice de honor en las filas de la democracia helvética.

Recojamos estas palabras que sintetizan, á la perfección, el merecido comentario ponderativo: «Una mayoría germánica respetando á una minoría romana; una mayoría protestante respetando á una minoría católica; un cierto número de Estados relativamente populosos y fuertes, lanzados á velas desplegadas en la corriente de la vida moderna, respetando la lentitud de viejas democracias pastorales para las que los siglos pueden ser

(1) Taine, *La Révolution*: «Contribuciones en numerario, impuestas por decreto, en Bélgica, en Holanda, en Alemania, y en Italia, 655 millones; apoderamiento y despojo de materiales de oro ó dinero, plata, alhajas, objetos de arte y otros efectos preciosos, 305 millones; requisiciones en especies, 361 millones; confiscación de bienes muebles é inmuebles, pertenecientes á soberanos derrocados, al clero secular y regular, á las corporaciones y comunidades, aun laicas, á propietarios ausentes, á fugitivos, 700 millones; total, en tres años, dos millares. Si se mira de cerca este tributo monstruoso, se encuentra, como en el cofre de un pirata algeriano, un botín que hasta entonces los generales de un ejército regular repugnaran aceptar y sobre el cual los jefes jacobinos ponen la mano incontinenti, de preferencia.»

años: he aquí el ejemplo que la Suiza debe dar al mundo; he aquí la misión que le ha impuesto la Naturaleza» (1).

Nada más exigido por el deficiente civismo sudamericano que esa magistral lección de cordura; nada más impuesto que contestar á las propagandas sectarias, que envenenan nuestras anarquías de países despoblados, oponiéndoles el testimonio de tan soberbia equidad nacional; nada más útil que esa elocuencia frente á los enconos desatados que hierven en nuestras entrañas, que abogan por la persecución implacable del adversario, que arrebatan á la opinión pública la expansión del comicio libre, acallando luego sus legítimas protestas con metralla y con cargas de caballería.

Estos deplorados fanatismos sinceros, decimos mal, calculados, han recibido agravante con el préstamo de cóleras autoritarias que debemos á la Revolución francesa.

La alta serenidad de la democracia suiza reconforta al ideal generoso y ofrece un valioso contingente de neutralización sensata.

Procede observar que también el jacobinismo triunfante conquistó á la nación helvética esgrimiendo al efecto adulterados los principios de 1789. La herencia que él dejó en su pasaje efímero por los valles libres fué una perjudicial tentativa centralista. «Examinada y corregida por el Directorio, la Constitución proyectada fué la Carta de la República helvética de 1798, una é indivisible. Es de ella de donde data la lucha entre las dos tendencias, la idea unitaria y la idea federal, que ha llenado todo el siglo XIX y que dura todavía» (2).

¿También se pretenderá que la Revoloción ha libertado á esa Suiza, que destaca como un modelo y que colaboración tan principal ha prestado al desarrollo de las instituciones democráticas?

La elocuencia de la historia pone en guardia contra tan descaminadas afirmaciones (3). El pueblo que ya

---

(1) Rambert, *Etudes Historiques et nationales.*
(2) Clerget, *La Suisse au* XIXe *siècle.*
(3) Taine, *La Révolution:* «Se reclutan en Suiza veinte mil suizos

en 1536 declaraba obligatoria la enseñanza primaria y los ciudadanos que en el siglo XIV juraban libertar á su patria y también ser luego justos con sus adversarios, poseían íntegro el concepto del derecho y de la felicidad social.

El mismo ímpetu romántico que decide en Sud América el entregamiento á la sugestión francesa, concebida soberana en el universo, decreta actitud encogida, casi una repudiación, cuando se menciona la pujanza germánica. Porque el prejuicio dominante entre nosotros sólo quiere creer que al Occidente del Rhin aletea monopolizado el ideal superior, mientras al Oriente una montaña de fusiles, un rey de temple absoluto y un pueblo en pleno automatismo militar definen la renegación de aquel patrimonio luminoso.

Idéntica y porfiada aberración de perspectiva nos induce á sostener que en Inglaterra no se rinde á la libertad la devoción intensa que Francia le prodiga; que allá el interés prosaico mueve las actividades nacionales puestas en marcha aquí por fluido de constante desinterés; que la moneda vil alienta á los unos, sustituída por la pasión generosa en el pecho de amplitud internacional de los otros.

De sobrados contratiempos somos ya deudores á equivocaciones tamañas para insistir todavía en su cultivo. Chile, que ha sido desde los orígenes la nación más seria y previsora del continente, se ha sublevado contra la hipérbole faccionaria y ha tenido el acierto de pedir también al pueblo alemán enseñanzas fecundas y alto estímulo para sus viriles energías patrióticas.

Como la honorabilidad de procederes es sinónimo de pureza de espíritu, la pasión ardiente del país, de

---

para combatir contra la Suiza y los enemigos; se somete á la conscripción á la Bélgica incorporada; se oprime, se comprime, se hiere el sentimiento nacional y religioso hasta provocar insurrecciones religiosas y nacionales; cinco ó seis Vendées rurales y persistentes en Bélgica, Suiza, en el Piamonte, en Venecia, en Lombardía, en los Estados Romanos, en Nápoles, y para reprimirlas se quema, se saquea, se fusila.»

sus héroes, de sus glorias, la caricia emocionada de su porvenir denuncian en los ciudadanos el culto de los ideales más selectos. Así, con esa potencia social, se exhibe en la actualidad la joven Alemania, exponente de una maravillosa conquista de la cumbre, sólo igualada, en plano más modesto, por esa también joven Italia, libre y feliz, tan irradiadora de derecho moderno.

«Imperio sin súbditos, sin instituciones y sin soberano», en los días contemporáneos de la Revolución, como lo califica Sorel; nación nominal, dividida en trescientos sesenta Estados y obligada á consentir en algunas regiones—Hanóver, Pomerania y Elba—el gobierno delegado de reyes extranjeros; patria todavía más deshecha por la subyugación napoleónica. Al conjuro desesperado de esas adversidades coligadas, tal vez por ser ellas tan amargas, se irguió la raza germana y produjo el milagro de su reconstitución organizada. ¿Acaso debe atribuirse este extraordinario paso de avance al empuje férreo de sus hulanos y coraceros obrando como arietes maquinales? No; esa milicia, esa fuerza naval improvisada, los gestos victoriosos que se acumulan, Sadowa, Metz y Sedán, son la consecuencia lógica, escrita, de la labor entusiasta de muchos millares de brazos y de corazones unificados en la misma energía nacional, en la misma idolatría de la bandera, en el mismo orgullo nativo. No en vano las novias alemanas habían sustituído por anillos de acero sus alianzas de oro, cuando la derrota inmensa de Jena, en abono de que todas las joyas se donaban á la nación, y no en vano la reina Luisa hizo del ensueño reivindicador la ley de su vida de patriota.

Es que en Alemania laten en toda su vitalidad las sanas pasiones colectivas, que en Francia se empeñan en sofocar la demagogia triunfante y la disolución del régimen republicano, no comprendiéndose en su seno ni el antimilitarismo, tan desarrollado en el escenario rival, ni el ataque destructor á los antepasados ilustres, ni los sectarismos que perturban el criterio de la niñez, ni el ejercicio adulterado de las libertades públicas, ni

la injuria sistemática á los representantes del poder social, ni el odio de clases, ni la persecución encarnizada de la idea religiosa (1).

Las demagogias de 1789 rebotaron sobre el temperamento alemán, firme y equilibrado, impotentes para morderlo. En cambio, ellas concurrieron á la unificación del adversario histórico, despertado por las humillaciones de la invasión, que en silencio juróse vengar (2).

La democracia sudamericana, perturbada en sus tendencias fecundas por las declamaciones disolventes del pensamiento cívico francés, también encontrará correctivo eficaz á sus dorados escepticismos en el seno de esa patria alemana, entre los ciudadanos idealistas, apasionados por la música, por el hogar y por la patria, que creen en su emperador y en su bandera.

---

(1) Sorel, *L'Europe et la Révolvtion française:* «Los alemanes han conservado tradiciones religiosas. Los que no creen tienen por lo menos el respeto de la religión; ella es para ellos un motivo de ciencia, asunto de poesía y siempre un elemento de edificación moral. El escepticismo volteriano sólo pasa por la superficie de la sociedad, no la penetra, y en el concepto de la mayor parte de los alemanes empalidece la gloria de Federico. La irreligión en Francia precede á la revolución, la prepara y le imprime un carácter anticristiano; en Alemania el racionalismo se hace piadoso.»

(2) Renán, *La reforme morale et intellectuelle:* «La resolución fija de la aristocracia prusiana de vencer á la Revolución francesa, ha tenido dos fases distintas: la una desde 1792 á 1815, la otra desde 1848 á 1870, las dos victoriosas, y probablemente así se repetirá en el porvenir, á menos que la revolución no se apodere de su enemigo...»

XV

La hipérbole sudamericana

Nuestro último capítulo obedecerá al propósito de precisar la argumentación compleja alineada en las páginas anteriores.

Hemos tratado de demostrar que, como suele ocurrir con las amistades muy exclusivas, el entregamíento total de la opinión sudamericana á la enseñanza francesa ha sido origen de una información fraccionaria, y por ende bajo muchos conceptos equivocada.

Más que á la cátedra, tal vez ignorante de la sugestión ardorosa que ella enciende en determinado escenario, el reproche de aquel perjuicio corresponde al discípulo que mal ha recogido y sigue recogiendo las voces que oye en tierras distantes, empeñándose en adaptarlas, como decoraciones portátiles, á otros sucesos y á otras circunstancias históricas.

Porque si el cataclismo de 1789 y sus derivaciones dramáticas tuvieron razón secular en otro campo de lucha y de perfeccionamiento, sólo la ofuscación imitativa de las horas primeras, cuando todo estaba por hacerse, pudo transplantar á nuestro suelo, virgen de memorias feudales, el gajo de pasiones, de dolores y de fanatismos que no eran nuestros.

Concretarse sobre sí mismo es el primer consejo que da el instinto á la autonomía que nace. Ya llegará el momento de romper esa consigna juiciosa cuando se haya afirmado la propia personalidad. Los polluelos no abandonan el nido hasta que se sienten firmes las alas; grandes ya de cuerpo y con apariencia de haber concluído su crecimiento, ellos todavía, sin ser regalones,

siguen recibiendo alimento del pico de la madre, que por ellos enflaqueció y marchitó su plumaje.

Este era el caso de Sud América: España había creado á su raza. Aun rota, por el azar inesperado, su severa potestad, el deber lógico mandaba no renegar de sus vínculos morales, á pretexto de que alguien habría descubierto una maternidad sustituyente, más liberal, más avanzada.

Deslumbradas y creyendo llegar más pronto al destino soñado, las jóvenes nacionalidades tomaron el camino del atajo, haciendo suyas instituciones y principios políticos que les eran desconocidos, cuyo ejercicio elemental ignoraban, que se esterilizarían en sus manos, reducidas á una pomposa simulación, como sucede con los trofeos irreprochables de las salas de armas.

La imaginación tropical se encargó de convertir á la sombría tragedia extranjera en un poema lírico, salvado en sus deficiencias por el ruido de cascada de los grandes giros metafóricos.

Pero la experiencia, que es hija del tiempo y que por eso se teje con hilos de plata, muestra ya la intensidad del error de rumbo en que incurrimos.

Por «cortar campo», como dicen nuestros viriles paisanos, abandonamos el camino real abierto en la hierba por el trillo acumulado de las generaciones y de los expertos. Es cierto que, á vuelo de pájaro, resultaba mucho más corta la distancia á recorrer; pero las desorientaciones y demoras recogidas en el ensayo y el obstáculo de montes y collados, nos advirtieron pronto que la inexperiencia no debe separarse de la columna que marcha lenta, flanqueando las resistencias del terreno. Descontentos del atraso de las ideas políticas españolas, caímos, hundiéndonos hasta besar el fondo en el mar de las quimeras francesas. De la serenidad tradicional pasamos en un instante al vértigo más furioso que haya presenciado la sociedad moderna. Un siglo justo nos separa del atrevido y sincero empeño. El testimonio documentado de esa centuria, el resumen de sus acciones y reacciones, también salvo error ú omisión inadvertidos, como se dice en los balances comerciales,

no es favorable á esa tentativa. La influencia de la Revolución ha complicado, en vez de simplificarlo, el problema democrátíco en Sud América.

Con hipérboles y con definiciones, que suenan á hueco, como los moldes vacíos, no se construye á los organismos de carne y hueso ni á las nacionalidades, que son sus síntesis. Mucho menos así cuando aquellas fórmulas eran inhábiles para fundar orden estable en parte alguna.

Pero casi oímos el estribillo murmurado que, después de repetir el juicio procesal sobre la incapacidad ibérica para el ejercicio avanzado de la libertad, agrega que igual ó peor hubiera sido el fracaso en el supuesto de no apartarnos de su ejemplo.

Amortizando la respuesta dígase, con lealtad, que ninguna nación elegida por modelo, aun la más dichosa en sus éxitos, ni la misma República de los Estados Unidos, habría evitado á Sud América sus quebrantos internos, sin perjuicio, obsérvese, de haber sido ellos agravados, en mucho, por la demagogia francesa.

Por otra parte, en vez de obedecer como brazos á una voluntad ajena, debimos conservarnos dentro del surco propio, consecuentes con la impulsión histórica recibida; es decir, no renegar de la cuna, de nuestros antecedentes y de nuestro temperamento que, á pesar de todo, continuaría y continúa fecundando nuestra conducta. Ya se encargarían por sí los sucesos de ir desgastando la solidaridad con las ideas y con las tendencias de la madre patria, como así se vió cuando rompen los días gloriosos de la Independencia y como así viérase cuando el comercio libre arrolló todas las barreras del monopolio colonial.

La incipiente democracia sudamericana no exigía fórmulas de gobierno superiores á las que practicaba, y la prueba categórica de esta afirmación la ofrece el desconcierto anárquico, infernal, de la época emancipada, que no se conociera bajo la autoridad peninsular.

Ni el ditirambo á la raza de origen, ni su condenación crítica en materia de civismo, debieron inspirar la conducta de las nuevas naciones. Mala ó buena la metró-

poli, acertada ó no en el cultivo de la libertad política, lo sudamericanos éramos su obra más genuina, sangre de su sangre, y sólo la insensatez teórica pudo aconsejar la rebelión fulminante contra su herencia, avasalladora todavía. Con simple variante de denominaciones escritas no se modificaban el medio ambiente y las cualidades orgánicas de sus frutos. Planteando el problema en sus verdaderos términos, había dicho antes del Congreso de Tucumán, clarividente, el doctor Manuel Castro: «Demos que se organice la más bella constitución federal que han conocido los Estados: ¿cuál será el genio que acierte á ponerla en ejecución? Momento peligroso; el tiempo resolverá esta gran cuestión.» ¡Y sólo el tiempo la va resolviendo, despacio!

En vez de copiar á la letra, en algunos casos, el régimen federativo de los norteamericanos, para llevarlo á un ruidoso fracaso, y en otros la receta de las demagogias francesas, cuánto más hubiera convenido conceder á los propios sucesos, á nuestras tendencias espontáneas, á nuestra originalidad, el derecho de darnos composición de lugar...

No éramos hábiles para el ejercicio democrático; pero con el linaje español habíamos recibido un lote de bellas cualidades morales que sólo la ingratitud puede discutir. En vano se querrá empalidecer esa tradición étnica; en vano se debatirá su bizarría; en vano se opondrán á su brillo generalidades de gran fachada, llamando á la cita cruel á fanatismos mutilados, á atrasos y al lote de rudos infortunios, mientras en el otro platillo de la balanza hagan peso las enérgicas virtudes españolas, la irreductible salud moral del ibérico, su desinterés y su honor legendarios, su ardiente patriotismo y su adhesión romántica á los grandes idealismos que ponen alas al fango humano, mientras España continúe siendo hogar de todas las honradeces y de tanta pasión lírica, tendremos razón sus descendientes americanos para apoyarnos orgullosos sobre tan limpia alcurnia.

La infancia colonial no nos favoreció, lo repetimos, con el aprendizaje de la libertad política avanzada, pero en esas centurias de eco patriarcal se construyó el

cimiento poderoso de los nuevos núcleos sociales. Sobre ese cimiento sano, sobre esa gran institución madre, obra exclusiva de la metrópoli, se elevan las instituciones militantes de la actualidad prestigiadas, aun en lo peor de nuestras caídas, por las noblezas hereditarias.

Pero oponerse al agravio contraproducente de la propia estirpe no importa rehusarse al beneficio de las influencias extranjeras, al contagio reformador de otras ideas y de otras tendencias civilizadas. En ese concepto moderado todas las grandes naciones podían ofrecer consejos de preciosa experiencia al mundo naciente. A pesar de sus turbulencias republicanas, Francia, gloriosa por su historia y por su alta intelectualidad, se ofrecía como fuente de útil información organizadora. Fué el entregamiento total, exclusivo, á ese ejemplo, sombreado por nuestras mismas deficiencias latinas, la razón de los perjuicios que hemos señalado, y que son ley irremisible de todos los abusos.

Insistimos en recordar que la mayor parte de la culpa en la derrota sufrida recae sobre la ligereza sudamericana, que eligió los excesos y no las virtudes del ajeno escenario.

Diremos también que la crítica se reduce al aspecto político de la cultura francesa en su relación con el problema republicano de Sud América. En otros sentidos, resaltan indiscutibles los refinamientos artísticos é intelectuales que debemos al verbo trasatlántico, aunque también en estas materias sólo veamos y leamos y admiremos, restringidos y exagerados, la obra parisiense.

Tendemos línea, sí, frente al jacobinismo y á sus degeneraciones, fruto genuino de las entrañas francesas, que transplantados al continente nuevo siguen atacando la vitalidad de sus ideales, adulterándolos. Nuestros adversarios son sus sofismas y sus postulados, tan brillantes, y por eso peligrosos y engañadores, como las aguas dormidas que ocultan un fondo alevoso.

Esos sofismas nos han enseñado á extremar las tesis; á redimir á los pueblos con teorías, ciegos á los hechos; á ver en el contradictor el símbolo de una calamidad social; á fundar todas las intolerancias; á burlar, con

palabras retumbantes, los anhelos de la opinión pública y á legitimar las más odiosas persecuciones (1).

Esa mezcla de ensueño y de baja tiranía ha dado su fórmula á todos los despotismos sudamericanos. Esa vacuna ha enloquecido nuestro pensamiento democrático, al extremo de inclinarnos á mirar con profunda antipatía á las naciones opuestas á sus tendencias.

Testimonio gráfico de tan lamentable sugestión lo ofrece la imputación utilitaria que nos es familiar tratándose de las asociaciones político-sajonas. Arrebatados por la declamación tan bien aprendida, no disimulamos gesto repulsivo á los ciudadanos equilibrados y serios que, en vez de pregonar los bienes de la libertad con frases tribunicias, se preocupan de fundarla. Apasionados por las bellas palabras francesas, miramos en menos á los hechos luminosos de origen distinto. Los más selectos espíritus suelen rendirse á esta fascinación popular.

Nada vale que sea notorio el brillo democrático de los pueblos sajones; nada significa que ese éxito se apoye sobre la más hermosa normalidad; nada importa que ella retrate la dicha interior, ni que las instituciones libres deban su mayor parte á esos laboratorios, ni que el atentado, la mixtificación cívica, la mentira electoral, el ataque á la prensa, á la creencia religiosa y al ideal filosófico sean desconocidos en sus anales.

El jacobinismo cierra los ojos á esas evidencias bienhechoras. Para sus innúmeros adeptos sudamericanos, enfermados por el sofisma extranjero, más que ese admirable capital de progreso institucional representan las divagaciones temerarias, llevadas hasta sus más de-

---

(1) Burke, *Réflexions sur la Révolution de France:* «Pocos conquistadores bárbaros han hecho jamás una revolución tan terrible contra la propiedad. Ninguna facción romana, aunque ellas establecieron *crudelem illam hastam* sobre el fruto de todos sus botines, jamás llevó la venta de los bienes de los ciudadanos sometidos hasta extremo tan considerable.»

Quinet, *La Révolution:* «Sólo quedaban los hombres del sistema que, en todo tiempo, son el menor número. La Revolución francesa descansaba en la cumbre de una pirámide fúnebre. ¿Cómo podía ella dejar de caer?»

moledoras consecuencias en homenaje á la fantasía de igualdad absoluta, de libertad demagógica, de fraternidad paradisíaca. Para nada se tiene en cuenta el desmentido deplorable que se da todos los días, en la realidad, á tales dogmas, resplandecientes sobre el papel.

Esas ideas extraviadas, empobrecidas, de anarquía social, nos inducen á suponer utilitario al legislador que no dona sus dietas á la circunscripción que lo eligió, al propagandista que acepta el óbolo de sus oyentes, al sacerdote que no convierte su sueldo en limosnas, al hombre público avanzado que discrepa de los sectarismos populacheros; utilitario, en fin, todo miembro de la soberanía capaz de alentar opiniones emancipadas y de resistir, firme en su probidad, al empuje de las aberraciones ruidosas. Pero ese alto concepto utilitario es atributo de las naciones selectas, que han sabido cristalizar sus hermosos anhelos y enfrenar al instinto desquiciador. La confusión de ideales existente en Sud América habrá desaparecido el día en que sus clases dirigentes alcancen idéntica victoria.

Mucho contribuirá á esa cura de alma la información cívica recogida en fuentes menos exclusivas que las actuales y la visión personal de otros escenarios. ¡Ya es tiempo de que la ruta de todas las travesías oceánicas no se cierre en Cherburgo!

Esta observación nos recuerda el caso corroborante de Pierre Lotti, tan hostil en sus escritos á la cultura inglesa, sin perjuicio de no conocer á las Islas Británicas.

Huésped ahora el ilustre literato de aquella hospitalidad, descalificada antes, no ha vacilado en confesar el yerro de muchas de sus apreciaciones, rompiendo así sus comentarios: «¡Cuántas sorpresas me reservaba Inglaterra, además de la más grande, que fué la de verme allí! Antes que todo, Londres: una ciudad á la que yo me había jurado jamás venir, pero que hoy yo me envanezco verdaderamente de haber descubierto. Bajo su cielo pluvioso yo me la imaginaba compacta y oprimente, con casas demasiado altas, como en América, y yo la encuentro, por lo contrario, extendida con sereni-

dad, casi difusa, si puede decirse, en medio de sus jardines de grandes árboles, sus praderas y sus lagos.»

Una experiencia personal semejante desalojaría del espíritu de nuestros viajeros muchos conceptos falsos y esterilizantes. Por lo demás, en tanto que Alemania asombre con la virilidad de su patriotismo militante, que los Estados Unidos sea escuela de todas las tolerancias y que Inglaterra conserve su tradicional misticismo, será difícil encontrar en ellos espacio mortal para el dardo utilitario.

También la embriaguez jacobina ha convencido á los pueblos sudamericanos de que ellos ya están en aptitud de competir con los pueblos europeos por la eficiencia de su civismo y de los nuevos ideales que alientan. Hipérbole perniciosa, timbrada por nuestra declamación imitativa en mérito á que poseemos insuperables textos de leyes, aunque ignoremos su jurisprudencia. Por inducción nos atribuímos; ya cometido reparador en el desarrollo de los destinos humanos, cuando si algo prueban los hechos es la enorme imperfección política de nuestras repúblicas.

A cien años de su autonomía, las naciones sudamericanas siguen siendo la negación de las instituciones libres, más veces derrotadas que triunfantes en su seno. Escasísimas son las excepciones de esta regla. La despoblación, el analfabetismo, el extravío de los anhelos cívicos plagiados, dan amplia explicación de los repetidos fracasos. Pero la demagogia corriente cierra los ojos á la evidencia, olvidando que si poseemos un envidiable bienestar económico no poseemos, en cambio, los refinamientos morales, que son atributo impuesto de la alta civilización.

Esa demagogia olvida que, á pesar de los engendros legislativos, cuyo brillo doctrinario nos deslumbra, carecemos en Sud América del ejercicio elemental de la libertad política: ya no se mata ni se persigue, pero todavía la opinión pública asiste, impotente y defraudada en sus aspiraciones más legítimas, al simulacro del comicio, al triunfo canónico en las urnas de las policías sobre los ciudadanos.

En nuestro ingenuo optimismo vamos perdiendo la noción exacta de las perspectivas sociales y creyendo que algo hemos agregado al derecho universal, sin apercibirnos de que somos un simple reflejo, á menudo mal recogido, de las enseñanzas del viejo mundo: un efecto lunar.

Para aquilatar el volumen considerable de esa dependencia bastaría suponer interrumpida por un instante nuestra conexión moral con la sociedad europea. Sin sus libros, sin sus testimonios cultos, sin sus influencias multiformes, nos sentiríamos desfallecer. Y sólo la vanidad incurable puede rebelarse contra el imperio de la cultura secular, generadora lógica de la cultura novísima.

Para penetrarse aun más del carácter superficial de nuestra civilización en pañales, basta comparar al fruto hombre de los dos hemisferios. Fuera de duda que ambos ejemplares vestirán igual, tal vez más impecable en sus líneas el recién llegado; con seguridad competirán ellos en la corrección de los juicios generales; pero apenas se profundiza el examen aparece aquí la discreción del pensamiento, la tranquilidad interior, la guardia fuerte de los grandes equilibrios, contestada allá por la pedantería académica y por el engreimiento localista, aliados á una precipitación lamentable de actitudes y de veredictos.

El contraste preciso de la infancia y de la edad adulta.

Habrá injusticia en la crítica europea, próspera por mucho tiempo, que sólo concibe á los sudamericanos, si mandatarios, maestros en el latrocinio; si simples ciudadanos, deslumbrando con sus alhajas y con su dinero; pero algún motivo ha tenido la severidad extranjera para marcar con la palabra *rastaquoerisme* á la ostentación desalada de nuestras opulencias y de nuestro progreso muscular.

Estamos lejos todavía de la serenidad fecunda que pretendemos: todavía nuestros corales no han conseguido cerrar el pedazo de mar elegido para fundar su dominio.

Se pagará sólo tributo á la seducción de las formas, descuidando la clínica del fondo, si se objeta que ciertos núcleos continentales marcan derrotero por el prestigio de su desarrollo. Ríndase merecido homenaje al éxito laborioso en determinados escenarios; pero en materia de civismo encontramos igual espectáculo negativo de la soberanía en todos los pueblos de América, disimulado en la Argentina por la fiebre de los negocios, y puesto á lo vivo, en otros casos, por airadas agitaciones.

La intensidad del poder presidencial, incontrastable, más avasallador en sus caprichos que la voluntad legítima de un rey constitucional, mide el diámetro de nuestras subversiones políticas.

¿Acaso alguien ignora que los gobernantes sudamericanos integran los Cuerpos Legislativos con sus amigos, distribuyen entre ellos los cargos de la administración y se permiten el placer feudal de designarse sucesor, sin tomar para nada en cuenta los latidos y las demandas de la opinión pública?

¡Qué distantes están del concepto democrático vigente en cualquier monarquía europea los desafueros de las oligarquías que son flagelo de nuestras instituciones escritas!

Sin embargo, es tan sugestiva la fraseología jacobina en actividad, que el sofisma republicano no pierde terreno. Es que la cátedra francesa nos ha dado la fórmula acabada de las ruidosas simulaciones libres, aplicada con éxito singular por nuestras razas, tan imaginativas. De ahí que sea nuestra especialidad el culto de la impostura democrática; que mentemos á diario las jornadas del derecho, la voz del pueblo, la pureza del sufragio; de ahí que hablen los gobiernos de la legalidad como de un sagrado inviolable del cual son ellos guardadores infalibles.

Austeras y justificadas, á primera vista, esas pompas de equidad, esa adhesión al orden y á la ley; pero ¡qué pronto se disipan ellas cuando el observador se apercibe de que tan cálidos gestos son declamación pura, el disfraz invariable de las fracciones convertidas en autoridad por virtud del fraude y de la usurpación!

El porvenir reservará un destino político brillante á la América del Sur, pero en la actualidad ella se agita en el ensayo infortunado del gobierno libre, exhibiéndose ante el concepto universal como una negación republicana. ¡Cuánta necesidad hay de repetir esta verdad dolorosa, que lastima los oídos, para desvanecer necias vanidades y para apurar el advenimiento de la reacción consoladora! ¡Cuánta falta hace en nuestras democracias inorgánicas la labor investigadora de un pensamiento atlético, de un Taine sudamericano, capaz de auscultar al gran enfermo acostado sobre un continente entero, de poner en relieve sus deficiencias y sus excesos y sus virtudes, y de arrancar de los ojos, á su nutrida parentela, la espesa venda de los prejuicios del orgullo y de las declamaciones jacobinas que le impiden verse, palparse, conocerse y corregirse!

Porque los más grandes historiadores del mundo nuevo esquivan el examen crítico, filosófico, hondo, del organismo social americano y de sus desventuradas experiencias autonómicas. Ya sea por mandato de la imaginación intensa, por reclamo rotundo del estilo, por brioso espíritu localista ó por exaltado fervor patriótico, la exageración bondadosa sigue rodando y hasta no falta quien afirme, repetimos, que la América ya empieza á ejemplarizar á la Europa.

Testimonio gráfico de ese desequilibrio romancesco lo ofrecen los escritores argentinos, que dirigen todo su esfuerzo dialéctico, en primera línea, á la prueba de la barbarie artiguista y del refinamiento bonaerense, en contrapunto, y que luego exhiben á nuestros pleitos coloniales decidiendo el desarrollo de la cultura universal. Ni aun el general Mitre se sustrae á estas parcialidades, y basta leer los primeros capítulos de su Historia de San Martín para descubrir la lucha que libran en sus páginas la realidad de los orígenes emancipados y su versión fantástica, ó por lo menos muy misericordiosa. Es la realidad quien dicta cuando el ilustre escritor dice:

«Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas,

la corrupción de las costumbres en la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política é industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían á viciar el organismo en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar.»

Pero se moja la pluma en fantasía cuando se afirma que la causa de la independencia «era la última esperanza de la libertad humana»; cuando se agrega: «Del triunfo ó de la derrota de la revolución sudamericana dependen los destinos revolucionarios de ambos mundos»; cuando se define á la nuestra «democracia genial»; cuando se habla de «su acción directa para restablecer el equilibrio del mundo», refiriéndose á la América del Sur; cuando se insiste: «No son los sudamericanos los que lo han dicho, sino los ingleses, que han reconocido que la guerra de la Independencia de las colonias españolas, por esta causa declarada, fué más gloriosa que la de los americanos del Norte, y los mismos americanos del Norte han confesado que ella fué más sólida y más legal que la suya en su punto de partida y en sus formas»; cuando se avanza que á nuestra América se debe «la consagración de un nuevo derecho de gentes y un nuevo derecho constitucional»; cuando se declara: «No puede desconocerse que sin la invasión napoleónica á España en 1808 y la desaparición accidental de la dinastía española, la revolución se hubiera retardado, pero esto no implica que la América no estuviese madura para la emancipación...»

Con los respetos debidos, y aunque sea un eminente escritor quien haya estampado estos últimos conceptos, visible está la inspiración hiperbólica que los dictó, la misma inspiración hiperbólica que achicaría luego la historia de las demás naciones americanas para engrandecer, con señalado espíritu sectario, á la historia argentina.

Cada vez que las voces en exceso ponderativas, ya sean de la propia casa ó pronunciadas por la cortesía

extranjera, nos inclinen á creer que, todavía en plena adolescencia, ya estamos en aptitud de perturbar la marcha moral del mundo con nuestras ideas, con nuestros ejemplos, con nuestro derecho, con nuestro civismo, levantemos la vista, á imitación del creyente que mira al cielo para castigar su vano orgullo, y sigamos con el pensamiento la dirección de nuestros mismos meridianos geográficos hasta tropezar, allá en el Norte remoto, con un testimonio insuperable de grandeza democrática cuyo contraste con nosotros nos invitará á ser modestos, á ser discretos, á volver á la realidad.

Los Estados Unidos, que ya aproximan su población al centenar de millones; experimento de democracia el más estupendo que hayan conocido los tiempos; libre por sus cuatro costados; que sólo fué á la guerra civil una sola vez para redimir al hombre de color; vibrante en su vitalidad y en sus sentimientos colectivos como el arco de una flecha siempre en tensión; con todos sus problemas resueltos, los Estados Unidos ha permanecido, durante muchos lustros, mudo, abstraído, recogido en su labor equilibrada, sin pedir plaza en el concierto de las naciones dirigentes.

¿Pretenderá, acaso, la América del Sur, despoblada, con muchos de sus problemas fundamentales por resolver, en plena simulación democrática, desoir el ejemplo de serenidad y de fuerza que le llega del otro trópico?

Ya en 1840 sorprendía á Tocqueville la escasa producción literaria y artística del pueblo norteamericano. Sin embargo, ya el canciller Kent había dicho de *El Federalista* que no conocía libro más sabio. Explicando esa improducción inicial, tan juiciosa, ha observado en la Sorbona el profesor Van Dyke, con todo acierto, que no ha existido tal lentitud desde que son las apuntadas manifestaciones de una alta espiritualidad que no se adquiere en la primera juventud, agregando que sus conciudadanos tuvieron el buen tino de remitirse á las madureces aleccionadoras del viejo continente: «Ellos fueron herederos de la literatura europea...» «la oferta igualaba á la demanda».

¡Qué buena lógica y cuánta salud de criterio!

Por cierto que no será el jacobinismo imitado el mejor consejero para estimularnos en la senda del esfuerzo pujante y de la alta cordura. Por si olvidáramos sus doctrinas desquiciadoras, junto con la hermosa marea de las emigraciones espontáneas, llegan á las playas americanas agentes de perturbación social, unidades sin patria y sin el calor de la convicción honda, que hacen una profesión, prestigiada por su preparación clásica, de las propagandas más disolventes y más reñidas con las exigencias morales de nuestro medio. La mayor parte de la culpa pertenece al candor continental, que presta autoridad á esas sugestiones del ajeno extravío, mercenarias.

Es en la propia carne, es en su temperamento, es en su ambiente donde nuestras repúblicas deben buscar, para encontrarla, la solución de sus conflictos internos y el fomento de sus aspiraciones justicieras. En cada escenario plantean los hechos diversas situaciones y reclama el derecho, sin sacrificio de su fundamento, renovadas formas de aplicación práctica. En alguna parte hemos leído que para comprender á la democracia norteamericana y su desarrollo es necesario empezar por quemar los libros, á fin de olvidarse de las doctrinas hieráticas, y en alguna otra parte también hemos aprendido que no hay hombres públicos más exclusivos en sus conocimientos que los políticos ingleses (1).

Observa Alberto Sorel que «lord Chatam no sabía nada completo; él no se había dedicado con firmeza á ningún estudio; el derecho le era tan ajeno como las finanzas, é ignoraba hasta el reglamento de la Cámara de los Comunes». De su hijo, William Pitt, agrega: «Conocía mal la Europa; por lo demás, él desdeñaba estudiarla, y dejaba ver claramente, como Walpole, que la diplomacia le importunaba. Pero Pitt conocía á la Inglaterra; eso le bastaba y era su gran superioridad sobre los hombres de Estado de la escuela de Kaunitz, versados en todos los asuntos del mundo fuera de la

(1) «Es prodigioso—decía el ministro austriaco Kaunitz—todo lo que los ingleses ignoran.»

nación que ellos tenían que gobernar. Los sucesos interiores de su país, su prosperidad, el perfeccionamiento de sus instituciones, el progreso de la justicia para todos y del bienestar de todos, esa fué la primera y constante preocupación de Pitt... El se interesaba, sobre todo, por el buen gobierno interior y por la paz exterior, convencido de que el buen gobierno interior, llegada la ocasión, haría en el exterior la grandeza y el poderio de su patria.»

Guiada por estadistas de ese sólido equilibrio mental, prevenida contra las ideas políticas generales, ha llegado á ser Inglaterra modelo de democracia.

Es ley de la Naturaleza que para curar sus propias afecciones cada organismo busque remedio, en primera línea, en sus propias energías. No hacerlo así fué el error de la democracia sudamericana. Ella pidió á 1789, á la teoría y al sofisma, las preciosas enseñanzas que sólo da la vida, cobrándolas con muchas amarguras.

Ese exclusivismo de información internó á las sociedades políticas del continente en un desfiladero dogmático flanqueado por todas las intolerancias. Para estimularlas en la jornada sectaria, á ellas se les dijo que esa senda, tan estrecha y tan peligrosa, las conduciría á la conquista de la abstracción perseguida. Después de muchos lustros de insistente trastorno, sus multitudes empiezan á retroceder bajo el desconcierto, dudando del rumbo elegido.

Ya el Brasil, Chile y la Argentina van rompiendo el credo de las ideas generales francesas y de sus esterilizantes fanatismos, recabando su dicha venidera al trabajo, á la prosperidad interior y al cultivo de sus fuerzas morales y materiales, esclarecidas por el consejo de las más diversas civilizaciones.

Ya sus clases dirigentes están persuadidas de que no hay panacea de palabras capaz de sustituir á la obra del tiempo, admirable cincelador de todas las energías.

La fascinación francesa—la única reconocida por la moda cívica—mucho ha estorbado, entre nosotros, el arraigo firme de esa convicción equilibrada. Trae de ella su origen directo la raza de nuestros decadentes,

de nuestros *deracinés*, de nuestros precoces hastiados. La verba parisiense, tan suelta, ha bautizado esa disolución de ideales, esa suprema indiferencia, que responde á la necesidad triste del medio con la denominación gráfica de *Je m'en fichisme*, apenas traducible por nuestro «¡Qué se me importa!»

No puede decretarse divisa más ajustada la sociedad política que va perdiendo los grandes entusiasmos que ponen levadura al pan de la vida (1).

Por otra parte, conviene observar que, en contrario de lo que afirma la exageración corriente, el despertar fecundo de la América del Sur debe mucho más á Inglaterra que á la Francia. Ya en los días inciertos de la independencia es aquella nación y no ésta escudo vigoroso de las esperanzas autonómicas. En nuestra libertad definitiva influyó decisiva la actitud propicia de la diplomacia inglesa. En este concepto el mundo nuevo sólo debe á la madre del republicanismo declamatorio la tentativa imperial lanzada sobre México, pues el socorro de antes á los Estados Unidos fué obra gloriosa de la vieja monarquía.

En cuanto á la civilización eficiente de nuestros núcleos y de nuestros territorios, ¿cómo es posible dudar que los rieles que nos han redimido de la barbarie, los telégrafos, los puertos, los servicios municipales, la canalización de los ríos, el régimen bancario, la alta ga-

(1) Taine, *La Révolution*. Bosquejando el ambiente moral de la Francia antes de 1789 dice Taine: «En el orden político la inepcia, la envidia y la brutalidad no eran soberanas; el sufragio universal no excluía del poder á los hombres nacidos, educados y calificados para ejercerlo; los innumerables empleos públicos no eran ofrecidos como presa al charlatanismo y á la intriga de los politiqueros. La Francia no estaba en vías, como ahora, de convertirse en un vasto hotel amueblado, entregado á gerentes casuales, condenado á quiebras periódicas, poblado de habitantes anónimos, indiferentes los unos á los otros, sin vínculo local, sin intereses ni afecciones de cuerpo, simples locatarios y consumidores de paso, colocados por numeración alrededor de una mesa de huéspedes, igualitaria y banal, donde cada uno sólo piensa en sí mismo, se sirve lo más ligero posible, bebe y come todo lo que puede y concluirá por descubrir que en tal sitio la mejor condición, el partido más sabio, consiste en vivir soltero, después de haber colocado su capital en títulos de renta viajera.»

nadería, el refinamiento inteligente, los empréstitos auxiliadores y la serie de factores económicos que nos han arrancado al sueño de la gran siesta colonial, traen su derivación de la gran nación sajona, propulsora de bienestar en todos los ámbitos del orbe? ¿Puede, por ventura, disputarle Francia, á nuestro respecto, esa preeminencia regeneradora? ¿Acaso sostendrá el sectarismo jacobino que también nuestros progresos son consecuencia de los principios de 1789?

El interés muy legítimo que para poblar y civilizar nuestros desiertos ha estimulado al capital británico y á las juventudes itálicas no ha conseguido lanzar en idéntica empresa al capital francés ni á sus agentes privados. Pero aun más; aproximando á la actualidad estos rápidos comentarios, notorio es que no hay sociedad europea más extraña que la sociedad francesa—bajo apariencias acariciadoras—al sentimiento solidario con los sudamericanos, ni más desdeñosa de sus esfuerzos generosos, de sus aspiraciones, de sus angustias espirituales.

Coronando estos juicios emancipados, que á muchos parecerán blasfemia, nos viene á la imaginación el caso del célebre poeta Wordsworth, cantor apasionado, en la primera parte de su preludio, de las liberaciones de la Revolución francesa, que enardecieran desde la distancia su amor á la justicia y á la libertad. Huésped más tarde de la gran nación conmovida en sus entrañas por el cataclismo y testigo de sus aberraciones, el bardo refleja el dolor de su desencanto en las estrofas finales de su vehemente himno.

La culpa no es del viajero, la culpa es de su sinceridad, si apreciando de cerca las consecuencias de la gran borrasca histórica, él también siente en plano cien veces más modesto el mismo desconsuelo idealista y democrático que nublara en idénticas circunstancias la inspiración elevada del poeta Wordsworth.

Nuestro Uruguay no escapa al contagio de la declamación extranjera que venimos de señalar.

El país nuestro, á la par de casi toda la América del Sur, ha dibujado muy correcto el contorno de sus instituciones, pero dándoles el ardiente colorido de sus pasiones excesivas; repitiendo en otro sentido el ejemplo de ciertos pintores, maestros consumados en un concepto y deficientes en otro.

Sin embargo, aunque las nuevas naciones sufren en su desarrollo cívico los mismos trastornos de ruta, es innegable que se descubren en su civismo dos matices definidos: núcleos donde todavía son un anhelo las más elementales aspiraciones de buen gobierno y administración honorable, y núcleos donde se ha salido de ese feudalismo, sin entrar en el ejercicio sincero de la legalidad.

La república de los Orientales forma en esta segunda categoría; ya han desaparecido de su seno los mandatarios poco escrupulosos, cerrado para siempre el ciclo de los despotismos, sin que por eso se haya abierto el capítulo de la democracia efectiva.

Figuramos, pues, entre los organismos sociales menos descalificados del continente; pero este aserto, en vez de encarnar un elogio, sólo acredita el atraso del medio americano.

Porque la civilización moderna ya no permite—porque no puede ser—que el latrocinio y el crimen se apoderen de los destinos de los pueblos caucásicos; esa misma civilización exige que las naciones de este hemisferio empiecen á aproximarse siquiera al tipo de las repúblicas verdaderas. Sin perjuicio de ser sus Cartas constitucionales la quintaesencia de la sabiduría previsora, en la actualidad ellas ignoran las virtudes clásicas del gobierno libre.

El principio y el fin de esa irregularidad cívica estriba en la ausencia del sufragio, convertido en una simple impostura.

Apreciando la última elección presidencial en la Argentina, acaba de expresarse en la siguiente forma un autorizado órgano europeo: «Los diarios de aquel país hablan de la *vox populi* y los aspirantes fingen conquistar á los cuerpos electorales. Pero en realidad es el

partido que manda quien elige al presidente y á los diputados provinciales y nacionales. En las provincias cada gobernador tiene sus adictos más ó menos numerosos que, apoyados más ó menos abiertamente por las policías, se encargan de hacer hablar á las urnas en favor del candidato de su capricho. Más arriba, en la capital federal, el presidente de la república se sirve de los gobernadores de las provincias federalizadas en favor de su candidato preferido para sucederle.»

Con un simple cambio de términos y trasladado á campo más reducido, idéntico cuadro ofrece la situación política en el Uruguay, con la muy seria agravante de poseer aquí enorme repercusión sobre la vida pública tan penosas aberraciones, mientras en la Argentina ellas se pierden, sofocadas por el vértigo de los negocios.

Las protestas violentas son en aquel inmenso territorio sucesivas, fraccionarias, bastando para apagarlas el peso de una intervención nacional; al revés de nuestro país, donde ellas adquieren perfil total y llevan la perturbación á todos los extremos.

Entre nosotros la opinión pública sólo conoce el desahogo de platónicos veredictos morales. El comicio, señalado por la ley como palenque regular de todos los derechos, sólo posee el valor de los asertos retóricos. Porque siempre que lo quiera la voluntad omnipotente del poder, los policianos ganarán las elecciones á la más compacta de las mayorías opositoras. En consonancia con esas prácticas y para afirmar la arbitrariedad, el texto de la legislación pone límite infranqueable al triunfo de la minoría, entendiéndose por tal á la mayoría efectiva de los ciudadanos ahogada por la gravitación abrumadora del fraude.

Por entendido que el poder niega que bajo sus auspicios prospere tan grave subversión del ideal republicano; pero los espíritus independientes y serenos no necesitan pedir auxilio crítico á los grandes escenarios de civismo para aquilatar la burla democrática en que vivimos, inquietados siempre por sus dolorosas consecuencias.

También entre nosotros el sofisma declamatorio pretende disimular con ruido de palabras el volumen de tanta enormidad. Ahí aparece, pues, uno de los tantos rasgos del jacobinismo sudamericano, invocador eterno como él otro de la justicia y de la libertad, sin perjuicio de ponerlas á diario en el tormento.

Es la semilla de los viejos sofismas trasatlánticos germinando con fuerza tropical en esta latitud, tan propicia á su desarrollo. Poco importa que el tiempo y la distancia nos separen del modo extraviado: sus enseñanzas continúan penetrando en nuestro pensamiento como esos ácidos muy fuertes que siguen corroyendo los tejidos, á pesar de todos los medicamentos en contrario.

Dígase si en estos rasgos fisionómicos no aparece de cuerpo entero cada una de las unidades constituyentes de nuestras oligarquías adueñadas del país. Escribe Taine: «Según el jacobino, la cosa pública es suya, y á sus ojos la cosa pública comprende todas las cosas privadas, cuerpos y bienes, almas y conciencias; por consiguiente, todo le pertenece: por la sola razón de ser jacobino, él se siente legítimamente zar y Papa. Poco le importa la voluntad real de los franceses vivientes; su mandato no le viene del voto: desciende de más arriba, le ha sido otorgado por la Verdad, por la Razón, por la Virtud. Unico clarividente y patriota único, sólo él es digno de mandar, y su orgullo imperioso juzga que toda resistencia es un crimen. Si la mayoría protesta, lo hace porque ella es imbécil ó corrompida; esas dos razones autorizan que se la aplaste, y se la aplastará.»

Al bosquejar esta definición gráfica, el maestro insigne también se refirió, sin adivinarlo, á nuestro caso.

Es bajo consigna de jacobinismo que se niega el despojo visible de la soberanía y que se torturan sus fallos; es jacobinismo puro la afirmación oficial de nuestra normalidad interior; es por mandato jacobino que, en vez de dar válvula noble á la voluntad eleccionaria del país, apagando así toda causa de malestar político, se confía á las bayonetas y á los cañones ¡tantas veces impotentes! la misión de pacificar á los espíritus; es ja

cobinismo recalcitrante la hostilidad, contra derecho, al ejercicio de la creencia religiosa; es delirio jacobino la tentativa de crear pena especial, severísima, para la agitación revolucionaria, porque el jacobinismo entiende que «si la mayoría protesta, lo hace porque ella es imbécil ó corrompida»...

¡Cuándo dejaremos descansar el sofisma engañador! ¡Cuándo se pedirá á la equidad y al respeto sincero de ley la curación de la anarquía social que nos trabaja desde hace tantos años! ¡Cuándo se tendrá la lealtad de no confundir los efectos tristes con sus causas, persuadiéndonos de que á golpes no se gobierna, de que los entorpecimientos funcionales son consecuencias de la mala circulación: la protesta cívica permanente resultado del permanente atentado cívico!

También corresponde al llanto colaborar en esa empresa bendita de aplacamiento y de regularización política, renunciando, al efecto, á las tesis absolutas, á los anhelos utópicos, al estéril principismo académico, que se niega á descender de la cátedra por temor de manchar su albura, cuando nunca resplandecen más altos el desinterés y la pureza que en las controversias de la realidad, exponiéndose al naufragio y no naufragando.

Esa exageración, infecunda y dogmática como todas las solteronías, recoge ejemplo en el girondinismo histórico, y si ella fué comprensible y seductora en los tiempos siniestros, frente á la tiranía asaltante, ella carece de justificativo en días mucho mejores, á pesar de sus hondas deficiencias.

Por lo demás, ya piden prescripción las propagandas estrechas que, en vez de dilatar los horizontes, se manifiestan por un pugilato de recíprocos agravios, apuradas como los protagonistas de todas las catástrofes, en enrostrarse una responsabilidad que, por lo general, se divide entre las dos partes. Uno no vió, otro no pudo; uno avanzó, el otro también... ¡La eterna explicación ciega, que tan poco explica, de todos los desastres individuales y colectivos!

El remedio milagroso de tantas angustias, la tranquilidad tan deseada, la daría el advenimiento verda-

dero del sufragio, su reglamentación equitativa por voz de la ley y su garantía honrada por órgano de los gobiernos.

Bajo su égida bienhechora se iniciaría la evolución de nuestros partidos, obligados hoy al encasillamiento antagónico, cuando desde cada campo nutridos grupos de ciudadanos se miran con simpatía, identificados en las mismas aspiraciones dignas de orden y de regeneración cívica.

También protegido por ese amparo de derecho crecería, adquiriría el volumen dirigente que le corresponde esa gran columna de opinión constituída por el elemento rural, llamado á dibujar nuestro futuro y á resolver todos nuestros problemas internos, desde la cuestión agraria hasta el pleito político, suavizándolo en sus líneas.

Salgamos pronto de la pequeña legalidad que ahoga á la soberanía para entrar de lleno en la gran legalidad, que sólo conocemos de nombre. Con razón alguien ha afirmado que la moral chica mata á la grande.

Hasta las exigencias de nuestro problema exterior, cada vez más difícil, imponen la pacificación de los espíritus y la unificación de los esfuerzos.

Porque su cuestión de los Balkanes la tiene Sud América en el Río de la Plata, atada á sus principales afluentes. El Paraguay y el Uruguay son la Servia y la Bulgaria del continente, y de sus entrañas podrá salir en el futuro, como ya ha salido en el pasado, la chispa de la gran guerra.

Malo ó bueno ese porvenir, esperémoslo firmes, unidos, abrazados todos á la sombra de la bandera artigüista, que fué la de nuestros padres y que será la de nuestros nietos.

¡Una larga ausencia y dos mil leguas de distancia abonan la serenidad de estos votos del patriotismo!

FIN

INDICE